This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

STANFORD
UNIVERSITY
LIBRARIES

RECUERDOS HISTORICOS

DE

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

POR EL GENERAL

MANUEL ANTONIO LOPEZ

COLOMBIA Y EL PERU. 1819 — 1820

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA

BOGOTA
Imprenta "La Comercial" — Directores, Ignacio Forda y J. M. Lombana
1889

1559

AL LECTOR

EMPLEADO en el Estado Mayor General Libertador de 1822 á 1824, allí contraje la afición de escribir, y la ejercitaba apuntando, para informar á mi familia y mis amigos, algo de lo que presenciaba ó se disponía en aquella Dirección general de las operaciones redentoras de la América del Sur; y hacía otro tanto en mis intervalos de servicio de línea, como lo fué el de la campaña de Ayacucho, para la cual solicité del Libertador en Huamanga me permitiera quedar en las filas del ejército porque quería participar de las glorias de aquélla campaña, y habiéndomelo concedido, fuí destinado al batallón *Vencedor* en el que serví hasta que se consiguió la Independencia del Perú y Bolivia.

Aunque perdí la mayor parte de mis apuntaciones, se habían fijado muchos pormenores en mi memoria; y en 1843, á excitaciones del señor Coronel Alejandro Mackinsie, publiqué en Caracas una relación de la *Campaña del Ejército Libertador en el Perú*, que no ha sido inutil á los señores Restrepo, Larrazábal, Azpurúa y á otros historiadores posteriores, como que les ha merecido más de una honrosa mención que agradezco.

No tocaba ciertamente á un soldado subordinado el relatar tan grandes sucesos, ni bastaba su origen para dar autoridad al relato; pero antes de atreverme á ello aguardé en vano diez y nueve años á que *por parte de Colombia* lo hiciese alguno de los más caracterizados actores. Han corrido treinta y cinco años más, y el vacío está aún por llenar, y ya no sobrevive quien pueda hacerlo cumplidamente. Tenga esto en cuenta el lector, y ojalá sea bastante benévolo para interpretar mi nuevo atrevimiento como un tributo, como un bien intencionado servicio, más que como un acto, acaso disculpable, de personal vanagloria.

Mi relación de 1843 no ha sido contradicha públicamente, que yo sepa; por el contrario, fuébien acogida aunque rozaba susceptibilidades encontradas; y la han confirmado extensas documentaciones, biografías y otros escritos parciales publicados después.

En los últimos veinte años he solido dar á luz en la prensa perió-

dica artículos sueltos conmemorativos de batallas y episodios interesantes de la gran lucha, olvidados por otras plumas; y mi intención respecto del presente libro fué simplemente coleccionar en tal forma dichos artículos y terminarlos con una reproducción de mi opúsculo de 1843. Pero algunos amigos me aconsejaron llenar los claros haciendo una relación continua, y rectificando las partes que conviniese: lo cual explica lo muy rápido de unas, lo muy circunstanciado de otras, tal cual repetición ó resumen al principio de algunos artículos, y las dedicatorias que rematan uno ó más de ellos: desigualdades que no afectan lo sustancial y que confío se perdonen á un soldado cuya única literatura es decir la verdad.

Nuestro benemérito investigador histórico y querido amigo mío, José María Quijano Otero, se me ofreció para la introducción que va en seguida, ofrecimiento que desde luego acepté, como honrado y favorecido por él, y que pago á mi turno con el más vivo agradecimiento. Su aprobación da respetable apoyo á lo que, por callado hasta hoy, añaden estas páginas á las noticias del lector.

Puedan tan generosos auxiliares captar para mis RECUERDOS la benevolencia del público; y ojalá encuentre en ellos la juventud americana algo digno de su atención, siquiera para inducirla á buscar lecciones mejores que las mías, de las muchas que al patriotismo y al arte de la guerra inspirada y culta ofrece el estudio de los hechos de nuestros dos grandes Capitanes,—no inferiores por cierto á los más famosos del mundo de quien políticamente nos emanciparon su genio y su espada.

Aquí va mi alma llevando un abrazo á los demás camaradas que no duermen el gran sueño, y me permito excitarlos á que, antes de que él les llegue, rindan su testimonio. Que yo entre, tanto instado por varias personas, hago la segunda edición de mis RECUERDOS HISTÓRICOS, corregidos, aumentados y rectificados los hechos que tal vez no fueron bien explicados en la primera edición.

MANUEL ANTONIO LÓPEZ.

INTRODUCCION

CADA época en la larga peregrinación de la humanidad varía sus tendencias, y á ellas vienen á amoldarse las costumbres.

En antes el hombre de letras, que sólo buscaba en ellas una posición ó mejorar la que tenía, escogía entre los altamente colocados el Mecenas que apadrinara el libro, fruto de sus conocimientos ó parto de su ingenio; —hoy no sucede así sino por excepción; y somos los aficionados á las letras quienes, inclinándonos reverentes ante el autor y el amigo, solicitamos de él el permiso de presentar al público un nuevo libro que enriquecerá la literatura nacional, y será al propio tiempo prenda valiosa en nuestros anales históricos. De esta manera ansiamos,—al menos es lo que á mí me pasa,—salvar nuestros nombres á la sombra de aquellos á quienes, más afortunados, cupo en suerte hacer registrar los suyos en el Libro de oro de los lidiadores de la Patria.

Honor á ellos!

***

Benévolamente concedido el permiso, tengo el honor de presentar á los lectores el importante libro de "RECUERDOS HISTÓRICOS," escrito por el señor General MANUEL ANTONIO LÓPEZ, en el cual, en estilo llano, sencillo, claro, y á veces sublime, como cumple á un viejo veterano, se hallarán preciosos pormenores en los grandes hechos de la lucha de Independencia, narrados por quien fué testigo presencial, es decir, testigo abonado ante la Historia.

Sin pretender otra cosa que dar al lector una breve idea para despertar su natural y legítima curiosidad, séame permitido decir algo de lo que el libro contiene,

galana y sencillamente narrado como era debido hacerlo á quien, teniendo derecho á las coronas del patriota, podría considerar sobrado el lauro del literato.

Hacen buen juego las canas con las guirnaldas de laurel y olivo; que los cabellos blancos aparecerán allí como la cinta de plata con que Marte ató los haces que segó el soldado republicano.

*
* *

A grandes rasgos narra el autor los acontecimientos que tuvieron lugar en los años de 1816 á 1819, desde el desastre de Cachirí que abrió las puertas del territorio á las fuerzas expedicionarias, hasta la memorable jornada de Boyacá, en que quedó derrocado en Nueva Granada el Poder peninsular. Entre estas dos batallas, que el autor describió con notable concisión y exactitud, y que pueden señalar la infancia y la juventud de la República, porque á veces los pueblos *crecen* más aprisa que los hombres, *siente* uno pasar envueltos en la doble majestad de la muerte y de la gloria á aquellos egregios varones que fueron sacrificados en los patíbulos y que vinieron á formar el martirologio de la Patria; admira la abnegación de aquellos valerosos soldados y hombres civiles que se refugiaron en los Llanos de Casanare, único punto donde la libertad buscó y halló asilo; y con ellos sufre uno toda clase de privaciones, con ellos lucha, con ellos sucumbe para rehacerse días más tarde, y al fin triunfa con ellos y hace coro al grito de victoria que resonó en Boyacá, y que halló eco en todos los ámbitos de la República.

Pero yo no acierto á explicar lo que se siente al presenciar con la vista del alma la formidable carga en que Rondón y Carvajal decidían la batalla de *Pantano de Vargas*, y menos lo que se experimenta al contemplar á Rook empuñando, á guisa de bandera, el brazo que le acababan de amputar, para dar ante sus heroicos compañeros el mismo grito de ¡Viva la Patria! con que tres días después, al darle sepultura, se despedía el ejército de los libres del valeroso legionario británico,

que había cruzado los mares para luchar en pró de nuestra emancipación, y para hallar tumba gloriosa.

*
* *

Pero una vez redimidos el Norte y el Centro, era preciso libertar el Sur de la República; y el ánimo se encoleriza en ocasiones y se espanta en todas al ver los horrorosos asesinatos que se siguieron á la sorpresa dada en Popayán (24 de Enero de 1820); y las terribles represalias que, para ponerles freno, tenían que ejercer los patriotas.

Aun duraba la época terrible de la *guerra á muerte*; horrible renunciación de la razón humana; pero también á veces terrible necesidad de un pueblo cuando lucha por desprenderse de las garras que le oprimen. Epoca de espanto, como dice D. Fermín Toro, "en que..... un grito de guerra, un grito de muerte no más se oyó, y en el campo, en las prisiones, en los palacios, en los templos, se combate, se triunfa, se persigue, se extermima!..... Tiempos temerosos en que la virtud se refugia en la fuerza, la justicia en los combates, y en la destrucción el mérito. Entonces hay decretos de exterminio, y víctimas sin cuento; y hay obligaciones de sangre y regeneración en cenizas." Epoca cuyo recuerdo solamente evoca el señor Coronel López como triste y solemne memoria de lo que costó la Independencia, y á manera de amuleto que envían los próceres que ya partieron, para preservar á la República de nuestras continuas é insensatas guerras fratricidas.

*
* *

En las páginas del precioso libro goza uno con el triunfo de nuestras armas en *Pitayó*, sufre en el desastre de *Jenoi*; pero ¿quién no se siente orgulloso del nombre colombiano ante el heroismo de los veintiseis "VENCIDOS EN CHANCAI," como lo dice el lema de la medalla de oro que para ellos se mandó abrir? ¿Quién no querrá saber cómo resistieron contra seiscientos, y cómo, después de perder á catorce compañeros, los siete heridos y los otros cinco sobrevivientes se arrojaron á

las ondas del Pacífico, en busca de muerte que creían segura, ó de gloria que será imperecedera?

¿Quién no se espanta y al propio tiempo no se entusiasma en esa penosa marcha del Capitán Molina y sus compañeros, salvados en la derrota de *Guachi*, en que sortean entre ellos quién debe morir para servir de alimento á los otros ya extenuados por el hambre? ¿Quién no puede figurarse la fisonomía del mismo Molina, á quien *favoreció* la terrible suerte, en el momento en que él mismo insta porque le quiten la vida pero que los otros se salven?

*
* *

Cuando el entusiasmo ó la convicción habían llegado á ese punto, era ya imposible que el Poder español subsistiera en la Colonia. Los americanos, herederos del generoso y bien fundado orgullo de la Madre Patria, y amantes de su libertad, desde el momento en que la sospecharon, como los Vascos lo son de sus fueros, habían aceptado ya aquel campo cerrado que no tiene otra salida que la de la muerte, y cuya arena es indeclinable quede enrojecida con la sangre del vencedor ó con la del vencido. Por eso los prisioneros que debían ser canjeados en Guayaquil, después de la batalla de Yaguachi, prefirieron un pontón en Colombia á sus antiguos puestos en las filas del Rey.

*
* *

Grandes eran aquellos tiempos, como grandes los hombres que en ellos figuraron, y variada la suerte de nuestras armas. El triunfo de *Yaguachi* hace creer que ya está cercano el día de nuestra emancipación;—la derrota de *Guachi*, que *hoy* viene á explicarse, haría perder la esperanza á quien no fincara todas las suyas en la justicia de la causa y en SUCRE, héroe dotado de fuerzas creadas en la gran lucha de un mundo;—*Bomboná* ó *Cariaco*, como otros dicen, cuyo designio estratégico se precisa en este libro en aumento á las glorias de Bolívar,—hacen extremecer el entusiasmo al ver caer, uno en pos de otro, á *todos* los Jefes de la División que co-

mandaba el General Pedro León Torres; y justo es, y debido, que uno se descubra ante el honor castellano al leer la nota de D. Basilio García, al día siguiente de la batalla, con la cual remitió al Libertador las banderas, ó mejor, los girones de las banderas, de los inmortales batallones "BOGOTÁ" y "VARGAS," de quienes dice que "si fué posible destruírlos, fué imposible vencerlos."

*
* *

Pero entretanto que Bolívar apresta fuerzas para invadir al Ecuador por la vía de Pasto, precaviéndose de las asechanzas de los reacios realistas del valle de Patía, y que Concha y Varela reúnen toda clase de elementos para conducirlos por Buenaventura á Guayaquil, Sucre avanza sobre Quito. Los Jefes españoles luchan con los patriotas en pericia, en energía y valor; pero al cabo de unos cuantos días de marchas y de encuentros de mayor ó menor significación, el Ejército libertador acampó en las faldas del Pichincha, cuyas nieves debieron de reverberar con doble brillo al reflejar el sol del 24 de Mayo de 1822.

Tan decisivo fué el triunfo como reñido había sido el combate, que el señor Coronel López narra con claridad, precisión y lujo de pormenores heroicos, teniendo el buen gusto de consagrar una hoja á la memoria de aquel olvidado ABDÓN CALDERÓN que alcanzó con su heroismo el que Bolívar ordenase que la compañía que él había honrado mandándola, no volviera á tener Capitán, y que, al pasar la lista de revista, contestara ella en coro: "Murió gloriosamente en *Pichincha*, pero vive en nuestros corazones!"

Y más de uno de aquellos á quienes he referido este episodio, me han contestado: Por un decreto igual, dictado por aquel Hombre..... ¡quién pudiera morir!

*
* *

Con tanta claridad como rectitud de miras y de apreciaciones da el autor á conocer la situación del Perú en los momentos en que Bolívar sólo aguardaba el per-

miso del Congreso colombiano para ir con las armas de la libertad á redimir la capital de los Pizarros. Con el entusiasmo que era del caso describe la situación, y alcanza el lector á divisar á Necoechea, Silva, Carvajal, Suárez etc., etc., perdiéndose entre la polvareda que levantaba el arrebatado tropel de sus caballos para volver á aparecer en el último arrebol de la gloriosa tarde de Junín.

En la relación que de la campaña del Perú hace el señor Coronel López se ve, se palpa y se admira el genio de Bolívar, su voluntad de hierro, la fe en el triunfo de su causa, que no le abandonó nunca; y se le distingue siempre á manera de roca inconmovible en medio del cúmulo de contradicciones, de embarazos y de defecciones con que le era preciso luchar. La emulación entre los mandatarios; las determinaciones contradictorias de los Congresos; la conducta, ya calificada por la Historia, de Rivagüero y Torre-Tagle; la traición del Sargento Moyano, que puso en poder de los peninsulares las fortalezas del Callao; y aun la misma orden del Congreso de Colombia que le obligaba á deponer el mando del ejército,—y luego lo quebrantado de su salud por tantas fatigas, y el cansancio que su alma debía sentir después de tanta lucha,—motivos eran estos en que cualquiera de ellos habría podido bastar para que flaqueasen aquellos que sólo aspiraron al papel de Caudillos, pero que unidos todos no hicieron vacilar un solo instante á aquel *hombre-causa.*

*
* *

El autor destina una gran parte de su libro á narrar la famosa retirada del Apurímac y la batalla de Ayacucho. Y ¡cómo lo hace! El mismo nos dice que "los recuerdos de la juventnd vienen á formar una especie de segunda vida para los que ya se acercan á su término. Por eso al evocar estas sombras de los tiempos gloriosos de la Patria, vuelve á sentir en su corazón el fuego que los años no han conseguido extinguir."—Y los recuerdos se agolparon claros, precisos, á su memoria privilegiada; y ya que no era necesario esgrimir una espada

como lo hizo en 1824, *esgrimió* una pluma para describir aquella gran jornada, coronación sublime del edificio levantado durante catorce años de lucha y de sacrificios;—jornada singular en la historia, en que en una hora imperecedera quedaron rotos los lazos que habían atado á un mundo.

Es esta seguramente la relación más exacta y circunstanciada que hasta ahora se haya hecho de aquella gran batalla, y quizá de cualquiera batalla en nuestra lengua; y con el auxilio del mapa que la complementa, fácil es para cualquiera seguir paso á paso las Divisiones; estimar los movimientos de los unos y de los otros, en aquel estrecho campo en que el Poder colonial y la Libertad se asían, como Jacob y el ángel, en la lucha genesíaca, lidiando á muerte frente contra frente, flanco contra flanco, rodilla contra rodilla. La libertad triunfó! y Sucre fué el encargado por el cielo para derramar sobre cinco naciones las aguas bautismales de la República; el inmortal Sucre, cuya sombra se cierne todavía medisabunda en el espacio viendo la charca de su propia tangre, que aún no ha oreado..... ¡ Pasad tristezas !

*
* *

Si no me asaltara el temor de hacer interminable esta introducción, yo diría cómo fué de tenaz aquella lucha en que ni de una ni de otra parte se regateaba la vida, puesto que los heroes de Chancai no desdeñarían, aunque en filas contrarias, á los pastusos prisioneros que se suicidaron en las faldas del Chimborazo por no servir á Colombia, ó á sus compañeros que pocos días después se sublevaron á bordo del bergantín "*Romeo*." Ni el Capitán Calderón, el héroe entre los heroes en Pichincha, desdeñaría estrechar la mano del Capitán D. Narciso García que, en Ayacucho, rechazó tres veces al Coronel Carvajal, y que alcanzó en aquel campo glorioso la insignia de Coronel que le enviaba el Virey, á razón de grado por hazaña, y el tributo de admiración y de respeto de los mismos vencedores, que le dieron—y con razón—los honores debidos á los heroes.

Ni cómo podría yo dejar de consignar aquí el nombre del entonces Coronel Laurencio Silva que, en un instante de sublime locura, se olvida de la orden que él mismo ha dado, y seguido por el Teniente Zurbarán y cinco compañeros, carga al enemigo, fiando en su lanza como el león que no cuenta aquellos que le acosan sino que tantea lo acerado de sus garras.

Ni cómo no recordar al hasta hoy olvidado Sargento Manuel Pontón, que al tomar la batería del centro, regida por D. Fernando Cacho, se puso caballero en el primer cañón exclamando: " Este es mío! sírvanme de testigos! "-el mismo que tomó prisionero y salvó la vida al Virey Laserna, amparado en la noble tarea por Rafael Cuervo, figura que deslumbra, que enamora; tipo del caballero y del tronera; escándalo del heroismo. Sin ello en el campo de batalla, y sin la pronta y enérgica piedad, en la iglesia de Quinua, del Teniente Ramón Chabur, que aún vive y cuya mano nunca toco sin sentirme honrado, como me honro siempre al descubrirme ante sus canas, el Virey Laserna habría sido sacrificado después de rendido, con lo cual habría quedado un borrón en aquella gloriosa página de nuestra historia.

*
* *

Vencedor el ejército republicano en Ayacucho;—libre de enemigos el Alto-Perú que, al constituírse, se dió por nombre el de su Fundador;—rendidas las fortalezas del Callao;—y, en una palabra, concluída la campaña y con ella la guerra de emancipación de América, el Coronel López regresó á Colombia, acompañando al Libertador que venía á ver de calmar los disturbios que anunciaba esa lenta y dolorosa agonía en que meses después entró la Patria de los grandes recuerdos.

*
* *

Ahí termina el libro del Coronel López:—él no quiso llegar hasta la desaparición de la República colombiana, sacrificada á la ambición de los caudillos que creyeron engrandecer sus glorias empequeñeciendo el

escenario en que figuraban como actores; ni menos á la época de las guerras civiles con que damos tormento á la Patria;—pero al dar punto á su trabajo nos recuerda los sacrificios que fué forzoso hacer para adquirirla, y nos muestra la generosa sangre que fué nuestro rescate, como protesta que, contra las pasiones que nos agitan, hacen desde la tumba nuestros mayores.

Hasta tal punto nos enseñaron ellos amar la libertad, que más de una vez la hemos desconocido, y en casi todas ocasiones no hemos recordado que, como dice Cantú, ella es el verdadero Judío errante que avanza, avanza siempre, avanza sin cesar, y.....nunca llega!

*
* *

Temerario fuera de mi parte emitir un juicio sobre esta obra, para lo cual sería preciso abundar en dotes de que yo carezco. Pero sí es justo, y permito para mí reconocerle, entre otros muchos, el mérito especial de haber salvado para la historia nombres, datos y pormenores preciosos, que estaban ya al canto de perderse en el tenebroso mar del olvido y de la ingratitud, que es las más veces "el salario de la popularidad, y el pago de los merecimientos."

Quiera Dios que la conducta del señor Coronel López, al dar á la prensa su itinerario heróico para dejarlo á la posteridad, tenga imitadores entre los que sobreviven de aquella gloriosa época, ya que tan pocos, tan contados ejemplos ha tenido él que seguir.

*
* *

¡Vé, pues, libro de sagrados recuerdos y de patrióticas memorias! vé á circular en el mundo de las letras, y déjanos esperar que de cada una de tus páginas se desprenda una enseñanza para el porvenir, y que todas juntas formen una corona cívica para las sienes del viejo soldado de la Patria.

J. M. Quijano Otero.

Bogotá, 26 de Junio de 1878.

RECUERDOS HISTORICOS

Habiendo sido derrotado el General Rovira en Cachirí el 22 de Febrero de 1816, el Gobierno de la Unión encargó al Coronel Serviez del mando del Ejército, en cuyas filas servían los venezolanos, después Generales, José María Carreño, Francisco Conde y Tomás Montilla, y los granadinos Francisco de Paula Santander, Mayor General, el después General José María Córdoba y los después Coroneles J. M. Vergara, José Concha, Francisco Madrid, el Comandante de caballería Espinosa, el Mayor Ugarte y otros.

Muy reducido el Ejército por las pérdidas sufridas en Cúcuta y Cachirí, se hicieron algunos reclutamientos; pero Serviez no se atrevió á presentar batalla con tropas colecticias, cuando el Presidente Madrid le consultó si se podría aventurar una con buen éxito, ó si convendría capitular con los españoles.

Serviez recibió comunicaciones de varios venezolanos y granadinos, refugiados en Casanare, en que le hacían la más lisonjera pintura de los recursos en caballos y ganado para la subsistencia; del entusiasmo de los llaneros, y de las ventajas que los independientes habían alcanzado en la provincia de Barinas, así como de la tenacidad con que en varios puntos de Venezuela peleaban Cedeño, Zaraza, Monagas y Rojas, lo cual de acuerdo con los oficiales venezolanos, lo decidieron á retirarse á Casanare, y se lo participó al Presidente Madrid, quien mandó expedir la orden para que lo verificara; mas luégo, no sé por qué contrariedad, le dió orden al Mayor General Santander para que le diera pasaporte á Serviez y á los que quisieran acompañarle, y que él se retirara con el Ejército á Popayán, á reunirse con la División que mandaba allí el valiente General José María Cabal. El Mayor General Santander manifestó la orden á Serviez; se tuvo una Junta de Jefes y Oficiales y se acordó unánimemente desobedecerla y retirarse á Casanare.

Entre tanto las tropas españolas, al mando del Brigadier Latorre, se aproximaban, y el Presidente Madrid, que se hallaba en Chía, se retiró con las pocas tropas que tenía en esta capital para Popayán, emprendiendo Serviez la suya por Cáqueza á los llanos de San Martín; mas se le antojó á Serviez llevarse

la Imagen de la Virgen de Chiquinquirá en un gran cajón, con la esperanza de que así lo seguirían muchas gentes, lo cual entorpecía la marcha, y fué alcanzado en la Cabuya de Cáqueza por los enemigos, que le mataron en ese encuentro algunos soldados, le hicieron prisioneros otros, y murió batiéndose con valor el Comandante Espinosa, saliendo herido el Mayor Ugarte; así fué que de 800 hombres de infantería y 100 y tantos de caballería que llevaba, sólo llegaron á Pore como 80 de caballería y 200 y tantos de infantería, con algunos emigrados que huyeron de esta capital.

Perseguidos inmediatamente por la columna del Brigadier Latorre, y temiendo otra que entraba á los Llanos, por la salina de Chita, á las órdenes del Coronel Don Manuel Villavicencio, determinaron ir á reunirse con el General Rafael Urdaneta en Chire, quien tenía 400 ginetes bajo las órdenes del Gobernador Moreno, y dieron una acción indecisa en Guachiría el 29 de Junio, á consecuencia de la cual la columna realista del Coronel Villavicencio se retiró á la cordillera, por haberse unido á los independientes el Coronel Miguel Valdés, Comandante en Jefe del Ejército de la Unión, llamado de Oriente, con las tropas que tenía en Guadualito.

Tres columnas de tropa había en Casanare que obraban independientes una de otra, y el Coronel Valdés tomó la iniciativa de convocar una Junta en la Villa de Arauca de todos los Jefes de los cuerpos, para establecer algún orden en las operaciones: en ella fué nombrado Presidente el honrado patriota Fernando Serrano, y Secretario el señor Francisco Javier Yáñez, natural de Caracas, y Comandante en Jefe de todas las tropas el Coronel Francisco de Paula Santander; mas á los dos meses los llaneros quisieron deponer á éste del mando, y antes que lo efectuaran, el Coronel Santander renunció el destino ante el Presidente, renuncia que le fué admitida, y una nueva Junta de Jefes y Oficiales designó por Comandante en Jefe al Teniente Coronel José Antonio Páez, haciéndolo General de Brigada, quien al momento se declaró en ejercicio de la autoridad suprema, decretando la cesación del Gobierno civil creado en la Junta, y organizó el Ejército en tres brigadas de caballería, confiando el mando de la primera al General Urdaneta, la segunda al Coronel Santander, y la tercera, que contaba los hombres ilustres de Venezuela y Nueva Granada que habían salido huyendo de los españoles, al Coronel Serviez.

El primer combate, después de esta organización, tuvo lugar el 8 y 10 de Octubre en el Yagual contra las tropas que

mandaba el Coronel Don Rafael López, en donde el Comandante Jenaro Vásquez hizo prodigios de valor, derrotando á los enemigos; y en muchos encuentros parciales que subsiguieron, siempre triunfaron los independientes.

Mientras un puñado de valientes republicanos luchaba por la Libertad é Independencia de su Patria, en los llanos de Apure y Casanare, entre Achaguas, Mantecal, Guadualito, Arauca y Pore, héroes que no tenían un lugar seguro donde permanecer ocho días, porque eran perseguidos por grandes columnas enemigas desprendidas de un numeroso Ejército disciplinado y aguerrido; muertos de hambre, porque muchas veces, careciendo de ganado, era necesario batirse para quitárselo á los españoles; sin otro alimento que carne asada sin sal; desnudos, porque no había sino uno que otro que tuviera una camisa: descalzos, durmiendo á la intemperie, muchas veces sobre el agua en esas sabanas anegadas, sin cobija, disputándose los cueros de las reses que se mataban, para que les sirvieran de abrigo por la noche; sin armas, sin municiones, pues había escuadrones cuyas lanzas eran de palma de albarico; mientras todo esto pasaba, el bárbaro de Morillo aconsejado por el sanguinario Enrile, sacrificaba en los patíbulos en esta capital, á los más ilustres varones Camilo Torres, Caldas, Torices, Casa Valencia, Villavicencio, Baraya, Gutiérrez y otros cuarenta y tantos más que fueron burlados por las promesas de Latorre, y cada gota de sangre derramada producía centenares de patriotas, que en partidas se dirigían á Casanare á engrosar las filas de los republicanos, siendo unos de ellos los Oficiales Antonio Morales, Vicente González, José María Cancino, Pedro Fortoul, Antonio Obando, Antonio Arredondo, que murió en Gámeza, y otros muchos que no recuerdo.

El año de 17 muchos oficiales de infantería, venezolanos y granadinos, que no tenían colocación en el Ejército de Apure, compuesto sólo de caballería mal armada; para quienes era insoportable hacer lo que los llaneros acostumbrados á esa vida errante, obtuvieron pasaporte del General Páez, y á riesgo de perecer entre los enemigos al atravesar esas dilatadas sabanas, se fueron á reunir, unos con el Libertador en Barcelona, y otros con el General Piar en Guayana, contribuyendo eficazmente á la libertad de esta provincia.

En Agosto del año de 18 el Libertador ascendió á General de Brigada al Coronel Santander, confiándole 1,200 fusiles con las municiones correspondientes, y le dió al Coronel Jacinto Lara, á los Tenientes Coroneles Antonio Obando y Vicente González, y al Sargento Mayor Joaquín París, para que

viniera á Casanare á formar una División, nombrándolo Comandante general de ella. El 29 de Noviembre llegó el General Santander á Casanare, y el General Páez, que todavía conservaba el mando supremo en todos esos llanos, lo hizo reconocer como Comandante general de esta Provincia de Casanare y de la División que debía crearse.

Dicha provincia era el teatro de la más funesta discordia cuando llegó el General Santander: tres Jefes, acaudillando cada cual sus tropas, se disputaban el mando y se desconocían recíprocamente; pero la presencia entre ellos del General Santander calmó la agitación, todos atendieron á su voz, le prestaron obediencia, y trabajaron con él en la formación de una hermosa División que contribuyó en parte muy activa á realizar el plan del Libertador, de redimir á la Nueva Granada.

En Abril de 1819 el General Barreiro se presentó en Casanare con una brillante División de cerca de 3,000 hombres de infantería y caballería, con el objeto de destruír á los insurgentes; pero descubriendo que allí sí había patriotismo y resistencia, y que se le hacía una clase de guerra para él desconocida, tuvo que retirarse sin adelantar nada, contentándose con dejar en Paya un destacamento de más de cuatrocientos hombres á las órdenes del Coronel Don Juan Tolrá.

El Coronel Jacinto Lara se presentó en el Cuartel general del Libertador á informarle verbalmente del estado de la División creada en Casanare y de las buenas noticias que se habían recibido del interior de la Nueva Granada, respecto á la opinión de los pueblos, que sólo esperaban la presencia de alguna fuerza republicana para levantarse contra los españoles, cuyas atrocidades no podían soportarse. El General Santander le indicó también que en su concepto, una sola batalla ganada contra Barreiro, podía decidir de la suerte de estos pueblos.

El Libertador, que no tenía fuerzas suficientes para batir á las de Morillo y Latorre, y calculando por los informes recibidos, que al ocupar á la Nueva Granada encontraría recursos suficientes, que podía aumentar el Ejército á un estado capaz de hacerles frente con ventaja al volver sobre ellos, se decidió á emprender esta campaña, y así lo decretó en el Mantecal, Provincia de Barinas, en Venezuela, el 25 de Mayo de 1819.

El 28 todas las tropas que se hallaban en el Mantecal se encontraban en movimiento, atravesando ríos caudalosos, esteros profundos y ciénagas inmensas en la estación más cruda del invierno, cuando las sabanas se aniegan que parecen un océano; dirigiéndose á Guadualito y aparentando con este movimiento que intentaban salir por San Camilo á los valles de

Cúcuta, para llamar la atención de los españoles á este punto, y dejando al General Páez con su caballería, encargado de esta operación simulada, se dirigieron al Arauca, cuyo río atravesaron el 4 de Junio, reuniéndose el 11 al General Santander, en Tame.

Reunidas las tropas de Venezuela con las de Casanare, se organizó el Ejército libertador compuesto de los batallones *Rifles*, *Bravos de Páez* (después *Vencedor*), *Barcelona*, *Cazadores de Vanguardia*, el de *Línea* y *Albión*, de los Escuadrones *Guías*, el del *Llano-arriba* y el de *Lanceros*, formando dos Divisiones mandadas, la de vanguardia por el General Santander y la de retaguardia por el General Anzoátegui, y sin perder momento se puso en marcha para Pore, á donde llegó el 18.

El Comandante Nonato Pérez, hijo de Pore, con su influjo y relaciones, consiguió unas panelas y mandó hacer unas tinajas de guarapo para obsequiar al Libertador con un convite, el cual no era otro que preparar una novilla gorda bien asada al uso del Llano. El día 20 en la sabana, á la salida de la ciudad, bajo la bóveda celeste que era el suntuoso palacio donde se celebró esta comida, se reunieron á las tres de la tarde el Libertador, su Estado Mayor general y los Jefes y Oficiales del Ejército, cada uno con su *belduque* en mano, que era el cubierto obligado.

El Libertador, con aquella viveza y penetración que nada dejaban escapar, observó que el valiente Coronel Jaime Rook llevaba una casaca vieja, bien abrochada, y que no tenía camisa, y le preguntó:—¿Coronel, no tiene usted camisa?—No, General, le contestó. Entonces llamó á su mayordomo José Palacios y le dió orden que le diera una de sus camisas al Coronel Rook. —¿Cuál? repuso el mayordomo. Usted no tiene más que dos, la puesta y otra rota que la están lavando.

Aquel era el tiempo del heroismo, de la abnegación y del más acendrado patriotismo. Nadie pensaba en negocio propio.

El 22 salió de Pore el Ejército lleno de entusiasmo, para batir á los españoles en el primer encuentro, y resuelto á superar todos los obstáculos que se le presentaban en aquella campaña, porque de todo carecía, menos de valor y de serenidad para arrostrar los peligros; y empezó por perder al atravesar la montaña, una gran parte de los caballos y todo el ganado que se conducía para racionar el Ejército.

Los españoles no podían concebir ni calcular que en una estación tan penosa, en que se aniega todo el territorio, hubiera tropa alguna que lograse transitar por aquellas dilatadas sabanas que en el mes de Junio parecen un lago inmenso, sin ori-

lla, y mucho menos que pudieran venir desde Venezuela, superando tántos inconvenientes; así fué que se quedaron sorprendidos al verse atacados el 27 por la vanguardia de un Ejército en sus fuertes posiciones de Paya, donde después de una hora de combate, el valiente Coronel Antonio Arredondo, con el batallón *Cazadores de Vanguardia*, forzó el puente, desalojando al enemigo; éste se declaró en derrota, y huyó precipitadamente para la provincia de Tunja á reunirse con su Cuerpo de Ejército en Sogamoso, sin poder dar razón de cuáles eran las tropas que lo habían batido.

Ocupado Paya por la División de Vanguardia, la de Retaguardia vivaqueó en el llano de Miguel con el cuartel general, porque no alcanzó á llegar á aquel punto. Con el Capitán Freytes, edecán del Libertador, le mandó éste una carta al General Santander, llamándolo al cuartel general para asegurarse de la resolución de los Jefes al continuar una campaña tan penosa. El General Santander reunió los Jefes de su División, exigiéndoles que le dijeran con libertad su parecer para manifestarlo en la conferencia: los Coroneles Pedro Fortoul, Antonio Obando, José María Cancino, y los Mayores Joaquín París y Ramón Guerra, con la más firme decisión, le manifestaron que preferían una muerte segura, combatiendo contra los opresores de la Nueva Granada, antes que retroceder á los llanos á sufrir las penalidades pasadas, y que opinaban que la División en todo caso siguiera adelante. Al día siguiente el General Santander pasó al llano de Miguel, y reunido con el Libertador, los Generales Soublette y Anzoátegui, y los Coroneles Lara y Salom, el Libertador les hizo presente la desnudez de la tropa, pues había soldados que sólo tenían por vestido un guayuco de palma de moriche y un sombrero de paj ó de cuero, el mal estado en que se hallaban con sólo un d de marcha en la cordillera, las penalidades que le esperaban cruzar lo más elevado de ella, sin abrigo, donde una neva podría concluír con el Ejército, la falta de caballos y el disg to de los llaneros de marchar por un país montañoso: les n nifestó también que si en aquella situación en que se encont ba el Ejército, el enemigo se colocaba al pie de la cordiller retiraba todos los recursos que necesitaban, la pérdida s completa; que en tal caso podría retrocederse para inte por Guadualito una incursión sobre el valle de Cú Santander, conociendo el designio del Libertador, adujo, yado por Lara, varias razones en contra, añadiendo: que salvar las tropas venezolanas que habían estado haciendo te á las de Morillo en Apure, la División de Vanguardia

vesaría la cordillera, recorrería el terreno, observaría si el país tenía recursos, se informaría de la opinión de los pueblos y resistiría al enemigo si estaba apoderado de alguno de los puntos por donde debía entrar á la provincia de Tunja: que si por desgracia la División era destruída, las tropas de Venezuela quedaban intactas para seguir obrando como antes, sin contar con las de Casanare; pero que si al contrario la campaña presentaba un aspecto lisonjero, todos reunidos la seguirían hasta lograr el objeto. El General Anzoátegui respondió de ejecutar su parte en este plan, y así quedaron todos comprometidos como lo deseaba el Libertador.

Sin embargo de encontrarse el Ejército escaso de recursos y en el estado que se acaba de exponer, el Libertador, á quien nada arredraba, porque estaba acostumbrado á superar todos los obstáculos, y animado por la decisión de los Jefes del Ejército, no vaciló un momento en emprender la marcha, atravesando el páramo de Pisba, en donde quedaron muertos más de cien soldados, un número mayor llenó los hospitales, y el resto de la tropa quedó tan estropeado que no podía hacer la más pequeña marcha. El 5 de Julio salió el Ejército al pueblo de Socha, y el 6 el resto, pero la caballería, sin caballos, sin monturas, y hasta sin armas, porque todo le parecía un estorbo al soldado para caminar y salir del páramo; quedaron abandonadas las municiones de boca y guerra, porque no hubo acémilas que pudieran salir ni hombre que se detuviera á conducirlas; preferían encontrar al enemigo á la salida en cualquiera estado y morir heroicamente antes que perecer víctimas del frío. Cuando el Ejército se reunió en Tasco era un cuerpo moribundo; al ver la triste situación de aquella tropa, el primer sentimiento que se apoderaba de todo corazón sensible era el de la compasión, pues sólo había uno que otro Jefe que pudiera hacer servicio; pero el Libertador, que era el alma de ese Ejército, todo lo dominaba; en tres días remonta la caballería, la arma, reúne el parque y con su presencia y actividad anima y establece las fuerzas de esa tropa que había desfallecido; por todas partes dirige partidas contra el enemigo, entusiasma los pueblos, los pone en efervescencia contra sus opresores y amaga atacar al enemigo en varias direcciones. El día 7 el Comandante Durán con una partida de caballería sorprende en Corrales un destacamento de los españoles, haciendo prisionera toda su tropa, y el día 9, tomando una actitud imponente, marcha aquel Ejército lleno de entusiasmo sobre el enemigo.

El General Barreiro, que tuvo noticia de la salida del

Ejército libertador á Tasco, dejando su campamento de Sogamoso, salió á encontrarlo. El día 10 presentó su fuerza en dos columnas, la una que marchaba sobre Corrales, dirigida por su segundo Jiménez, y la otra sobre Gámeza, conducida por el mismo Barreiro. El Coronel Justo Briceño, con su escuadrón de caballería, atacó la vanguardia de la primera, y rechazó toda la columna. El General Santander, que con la vanguardia marchaba sobre Gámeza, donde estaba situado el Teniente Franco con 60 hombres de caballería para que observara al enemigo, hizo nombrar una partida de 60 infantes para que se adelantaran á explorar el terreno; el Sargento Mayor Joaquín París nombró al Teniente Ascanio, dándole 60 cazadores de su Batallón; este Oficial, aunque de acreditado valor, se adelantó imprudentemente más de lo que se le previno, y de repente se encontró con toda la columna enemiga, que al ver tan poca tropa, la cargó y destrozó completamente, salvándose solamente el Teniente Ascanio que volvió á dar parte de su temeridad; todos los 60 hombres fueron muertos, porque no perdonaron á uno solo, ni después de prisioneros. Al mismo tiempo cargaron en Gámeza al Teniente Franco, quien se retiró tiroteándose con el enemigo, siendo perseguido hasta donde encontraron la vanguardia del General Santander que les impuso respeto, y retrocedieron inmediatamente, tomando posiciones en la peña de Tópaga, reuniendo allí la otra columna que venía por Corrales. Viendo que no se le atacaba por entonces, se acamparon allí, donde pernoctaron esa noche.

Aunque el Ejército libertador ansiaba dar una batalla, con una tropa decidida á morir ó vencer antes que volver á experimentar los rigores de las campañas anteriores, como era demasiado tarde, se acampó también en Aposentos de Tasco, y al amanecer del día 11 marchó con resolución de atacar al enemigo en cualquiera posición que ocupara. Cuando el Ejército libertador se aproximaba al puente de Gámeza, los enemigos venían también á buscarlo, y al ver que nuestro Ejército marchaba con resolución sobre ellos, retrocedieron, repasaron el puente, y por un rápido movimiento ocuparon la peña de Tópaga, disponiéndose á recibir el ataque.

El Ejército libertador, sin detenerse, siguió su marcha, encontrando tendidos en el camino 60 cadáveres de la descubierta que habían destrozado el día antes sin perdonar un soldado. Tal era la humanidad de los españoles!

El Libertador, á quien ningún obstáculo parecía insuperable, con una tropa que consideraba invencible, sin atender á la fuerte posición del enemigo, mandó al Batallón *Cazadores*

de Vanguardia y á tres compañías de los otros cuerpos, que lo atacaran; esta tropa llena de entusiasmo se arrojó sobre el puente y lo pasó bajo los fuegos cruzados del enemigo, intentando escalar aquella inexpugnable posición que dominaba todo el campo de batalla, y tuvieron que retroceder. Sin arredrarse nuestras tropas volvieron á la carga con nuevo ardor, varias veces pasaron y repasaron el puente, sin poder desalojar al enemigo de aquel baluarte que les ofrecía su posición, por lo cual después de ocho horas de incesante combate se suspendió el ataque, permaneciendo los dos ejércitos al frente. Por la tarde un Capitán español, por hacer alarde, se destacó de su cuerpo con su compañía, marchó de frente, descendió la loma, vino hasta la orilla del río, quedando como á una cuadra del Batallón *Vanguardia* en la ribera opuesta; como estaba tan cerca, con sólo el río de por medio, algunos creyeron que se venía á pasar; pero el Capitán que lo conducía mandó hacer alto, alinearse por la derecha, preparar y hacer fuego sobre el Batallón *Vanguardia*, matando con la descarga al Abanderado Carballo é hiriendo á algunos soldados; seguidamente mandó media vuelta á la izquierda y marchar en retirada. Nuestra tropa hizo fuego sobre ella hiriéndole algunos soldados antes de llegar á incorporarse á su cuerpo. Más tarde el enemigo varió de posición á los Molinos de Tópaga, posición más inexpugnable que la de la peña, y el Ejército libertador se acampó en Gámeza.

Perdimos en esta batalla al Coronel Arredondo, al Teniente Lobo Guerrero, á los Alféreces Gómez y Carballo, doce individuos de tropa muertos y 76 heridos. Los enemigos perdieron, según informes, 300 hombres entre muertos y heridos.

El 12, el Ejército Libertador se retiró á Tasco con el objeto de esperar allí á la *Legión de Albión* y la columna de Pérez que quedó á retaguardia, y recibir noticias del General Páez que obraba sobre Guadualito. El 15 llegaron estas tropas, dejando muertos en el páramo 60 ingleses y otros más de la columna de Pérez, y ninguna noticia se recibió del General Páez, porque se hallaba en Achaguas combatiendo contra las fuerzas del Coronel Don Rafael López. Reunida esta tropa, el Ejército se dirigió al Departamento de Santa Rosa para obligar al enemigo á que abandonase su posición de Tópaga, lo que se consiguió retirándose éste á los Molinos de Bonza. Nuestro Ejército por uno de sus movimientos ocupó los Corrales de Bonza, y los españoles se movieron ror su flanco izquierdo con dirección á Paipa, ocupando el pueblo y tomando posiciones.

De los Corrales el Libertador mandó al Coronel Antonio

Morales al Socorro, donde estaba de Gobernador el Capitán español Don Lucas González, con el objeto de insurreccionar la provincia y reclutar alguna gente, lo mismo que al Coronel Pedro Fortoul á Pamplona con igual encargo: Don Lucas González y el Gobernador de Pamplona huyeron para Cúcuta, y siguieron para Venezuela á reunirse con el General Latorre; y los Coroneles Morales y Fortoul ocuparon aquellas provincias, cuyos habitantes entusiasmados corrieron á tomar las armas contra sus opresores; en pocos días reunieron una columna de 400 hombres voluntarios que remitieron al cuartel general, donde sin perder tiempo se les instruyó en lo posible del manejo del arma.

El 20 nuestro Ejército se presentó al frente del enemigo, provocándolo á un combate, sin conseguir otra cosa que batir las guerrillas que salieron á nuestro encuentro, porque no abandonaron su posición. El 25, á las cinco de la mañana, se puso en marcha por el camino del Salitre de Paipa, con el objeto de atacar al enemigo por la espalda ó forzarlo á que abandonase su posición y parapetos; á las diez acabó de pasar el Ejército el río de Sogamoso, y á las dos de la tarde el enemigo, que nos observó, salió á encontrarnos, presentándose cuando los nuestros se hallaban en una falsa posición en el Pantano de Vargas. Los españoles atacaron con denuedo, creyendo que el Ejército libertador sería destruído en la primera carga. El Batallón 1º *del Rey*, con tres compañías del 2º se dirigió á nuestra izquierda á tomar las alturas que nos dominaban, y se le opusieron los dos batallones de Vanguardia: luégo movieron por el frente los batallones 2º *de Numancia*, el del *Tambo* y el resto del 2º *del Rey* con el Regimiento de *Dragones de Granada*, que fueron recibidos por la División de Retaguardia, á cuya cabeza estaban unas compañías de *Albión*, que cargaron con tanta intrepidez sobre el enemigo, que al momento fué batido y dispersado. Por una reacción vigorosa que hizo, empeñó de nuevo el combate con desesperación y se apoderó de las alturas: nuestro Ejército, casi envuelto, sufría un fuego horroroso por todas partes. Otra tropa que no hubiera sido la de ese heroico Ejército, que se hallaba resuelto á morir ó vencer, habría desfallecido en aquel momento al aspecto terrible que presentaba la batalla; pero nuestros soldados no se sabían intimidar con el peligro. Cuando más se empeñó el enemigo en arrollarnos, salió el bizarro Coronel Rondón con su caballería y derrotó completamente la infantería del centro del enemigo, poniendo en desorden la que no fué cargada; al mismo tiempo nuestra infantería, arrojándose con decisión,

batió á retaguardia á la del enemigo que ocupaba la altura á la espalda; simultáneamente el Teniente Coronel Lucas Carvajal, con un escuadrón de caballería, cargó por el camino principal á la del enemigo, arrollándola completamente. En aquel instante todo el Ejército español fué desalojado de todos los puntos que ocupaba con ventaja; y si su destrucción no fué completa, lo debió á la aproximación de la noche y á la buena posición á que se acogió su caballería.

El combate duró hasta que se oscureció, sostenido con una tenacidad y encarnizamiento de que no hay idea. El enemigo perdió entre muertos y heridos como 500 hombres, dejando en nuestro poder algunos prisioneros, fusiles, lanzas, cajas de munición, cajas de guerra, cornetas y dos estandartes del *Regimiento de Granada*, sin poder calcular el número de sus dispersos. Nosotros perdimos ciento, entre ellos al valiente Coronel Rook, que murió de la amputación de un brazo, al Teniente Coronel José Jiménez, y á los Capitanes Ramón García y Manuel Orta y al Teniente Mateo Franco, con dos Jefes y tres Oficiales heridos.

Aquella noche y el día siguiente los dos ejércitos permanecieron al frente: el nuestro se mantuvo en la hacienda de Vargas hasta que volvió á ocupar sus posiciones en los Corrales de Bonza, y el enemigo se retiró á Paipa.

En esta batalla, el valiente Coronel Rook, que mandaba la *Legión Albión*, recibió un balazo en el codo del brazo izquierdo, que le rompió la articulación, desflorándole el hueso. El cirujano mayor no pudo hacerle la amputación sino hasta el día siguiente, á la que se prestó gustoso con un valor poco común; entregó el brazo con serenidad, se le aplicó el torniquete, se le cortó la carne, se le cabecearon las arterias y tres segundos después el cirujano le había cortado el hueso. Al desprenderse la parte inferior del brazo que le acababan de cortar, el Coronel Rook, con la mayor impavidez, lo tomó con la mano derecha por la muñeca, se puso de pie antes que le cauterizaran el hueso, y levantándolo arriba de la cabeza, exclamó:—"¡Viva la Patria!" Este valiente inglés murió á los tres días.

El Libertador hizo imprimir en un periódico estos conceptos: "el Coronel Rook, dejando la cuna de la gloria, vino á encontrar su tumba combatiendo por la libertad americana. El día feliz que la República cuente ya por suyo, no se olvidará la memoria del bravo Coronel Rook."

Nuestro Ejército, más reducido yá, no contaba con tropa suficiente para dar una batalla decisiva, pues las que se reunieron en Tasco no reemplazaron las que se perdieron en el páramo,

en Gámeza y en el Pantano de Vargas. Entre tanto los españoles tenían refuerzos para reemplazar sus bajas; le repartieron dinero á su tropa, le ofrecieron el botín de los pueblos, la entusiasmaron cuanto fué posible, haciéndole creer que el Ejército libertador venía huyendo del General Morillo que lo perseguía, y establecieron una disciplina tan rigurosa, que sin embargo de haber en sus filas muchos Oficiales que habían servido á la Patria anteriormente y se hallaban condenados á servir de soldados, no se pudo pasar uno solo. Pero aquí fué donde el Libertador desplegó más su actividad y energía, poniendo en acción todos los recursos de su genio. Hizo publicar la ley marcial, mandó á todos los pueblos Jefes y Oficiales á reunir gente y repartió por todas partes guerrillas que molestaran al enemigo, manteniéndolo en continua alarma, mientras que fueron llegando los reclutas: 400 vinieron del Socorro y Pamplona, y más de 500 se reclutaron en la provincia de Tunja, que formaron dos columnas. Los pueblos que se vieron libres de la barbarie española, ó que no habían sufrido ninguna exacción de nuestra parte, se entusiasmaron y levantaron guerrillas para hostilizar á los enemigos; así fué que en pocos días se aumentó el Ejército con más de mil hombres de los reclutas y voluntarios que se presentaron á tomar las armas. Mientras se distraía al enemigo con varios movimientos y continuos tiroteos, la mayor parte del Ejército descansaba, hacía su rancho tranquilamente y se disciplinaban los reclutas á la vista del enemigo, en medio de las balas, y con tanto interés, que á los doce días estuvieron en aptitud de batirse, como lo probaron en Boyacá.

El día 3 de Agosto el Libertador, con el objeto de reconocer la posición y fuerza del enemigo, ordenó un movimiento con todas sus tropas sobre sus puestos avanzados, y nuestra descubierta de caballería arrolló completamente la del enemigo en los molinos de Bonza. Los españoles abandonaron precipitadamente la población y tomaron posiciones en una altura que está en la confluencia de los dos caminos de Tunja y el Socorro; el Ejército libertador continuó la marcha hasta el mismo pueblo, y por la noche, pasando el puente de Paipa, acampó á la orilla derecha del río Sogamoso.

El día 4 permanecieron los dos ejércitos en sus posiciones, sin que el enemigo intentara movimiento alguno; por la tarde el Ejército libertador repasó el puente aparentando ocultar el movimiento, pero con el objeto de que lo viera para que creyese que volvíamos á los Corrales de Bonza, y á las ocho de la noche contramarchó aprovechándose de la oscuridad para no

ser visto, dirigiéndose á paso acelerado á la ciudad de Tunja por el camino de Toca, dejando al enemigo á la espalda. Se caminó sin descanso: el día 5, á las 9 de la mañana, el Ejército entró al pueblo de Cibatá, y á las once el Libertador con la caballería ocupó á Tunja, haciendo prisionera la guarnición, y no cayó en nuestro poder el Gobernador Don Juan Loño, porque aquella madrugada había marchado con el tercer Batallón de *Numancia* á incorporarse al Ejército. Conducían tres piezas de artillería. A las cuatro de la tarde entró á la ciudad el resto del Ejército.

El enemigo, que no pudo saber la dirección que llevaba el Ejército libertador hasta las 9 de la mañana del 5, se puso en marcha para Tunja por el camino principal de Paipa, haciendo alto á las cinco de la tarde en el Llano de Paja, á la vista de un destacamento de caballería que después de la ocupación de la ciudad se destinó á observarlo. A las ocho de la noche siguió su marcha por el páramo de Cómbita, y el 6 á las nueve de la mañana entró al pueblo de Motavita, á legua y media de Tunja. Nuestra caballería siguió tras él toda la noche, molestando su retaguardia y haciéndole algunos prisioneros.

La ocupación de Tunja nos puso en posesión de 600 fusiles, un almacén de vestuarios con que se vistieron los soldados más desnudos, paño para construír otros, los hospitales, botiquines, maestranza y cuanto poseía el enemigo. Sus habitantes, llenos de entusiasmo por la libertad, no sabían cómo manifestar su gratitud al Ejército; todo lo facilitaban con la mayor presteza y actividad, y varios se enrolaron en sus filas.

El Libertador se propuso interponerse entre el Ejército español y la capital de Bogotá, cortarle la comunicación con el Virey, privarlo de los refuerzos y demás recursos que éste le pudiera enviar, y obligarlo á un combate decisivo, pues hasta entonces su táctica había sido de posiciones. Con este objeto el Ejército libertador se encontró formado al amanecer del día 7 en la plaza de Tunja, dispuesto á marchar á primera orden, esperando para ello tener noticia del movimiento del enemigo, el que, si seguía para Bogotá, podía efectuarlo por dos caminos, y era necesario saber cuál escogía. Siempre se creyó que escogería el más corto, como lo ejecutó efectivamente.

Los cuerpos avanzados dieron parte muy temprano de que el enemigo había emprendido la marcha por Samacá, lo que indicaba que tenía intención de pasar el puente de Boyacá, y conservar su comunicación con el Virey, poniéndose en contacto con la capital, donde contaba con más tropas y toda clase de recursos.

Sin perder un momento nuestro Ejército salió de Tunja al paso redoblado por el camino principal que conduce á esta ciudad, y á las dos de la tarde, cuando la vanguardia del enemigo llegaba al puente de Boyacá, se le presentó nuestra descubierta de caballería. Sin duda creyó que ésta era una partida de observación, porque en el acto no descubrió toda nuestra fuerza, que iba marchando á la sombra del cerro que la ocultaba. Una compañía de tiradores del enemigo cargó á nuestra descubierta intentando alejarla del camino, para dejar libre el paso al resto de su Ejército que seguía su movimiento. A los primeros tiros de fusil nuestras divisiones redoblaron la marcha, y con gran sorpresa del enemigo se presentó nuestra infantería formada en columna sobre una altura que dominaba los dos caminos. La vanguardia del enemigo había adelantado una parte del camino en persecución de nuestra descubierta, en tanto que el resto del Ejército, acabando de descender la cuesta, se encontraba abajo, como á un cuarto de legua del puente, presentando una fuerza de 3,000 hombres. El Comandante París, desplegando en tiradores una compañía de su Batallón y las otras en columna, atacó á la vanguardia del enemigo, obligándolo á retirarse precipitadamente hasta el paredón de una casa donde se apoyó; pero allí les cargó con decisión desplegando en batalla las otras compañías de su cuerpo; los enemigos fueron desalojados de aquel punto, y pasando el puente fueron á tomar posición al lado opuesto. Al ver el enemigo que nuestra infantería bajaba de la loma para atacarlo, y que la caballería marchaba por el camino hacia el puente, intentó un movimiento por su derecha, como para unirse con su vanguardia, y se le opusieron los Batallones *Rifles* y *Albión*, que lo impidieron, por lo que se resolvieron á esperar el ataque ocupando la altura de su derecha; formó su infantería en columna, colocando á su frente tres piezas de artillería, y su caballería á derecha é izquierda, y destinaron un cuerpo de cazadores que ocupara la orilla derecha de una cañada para que hiciera fuego diagonal sobre nuestra infantería. Los batallones 1º *de Barcelona* y *Bravos de Páez*, con el Escuadrón del Llano arriba, atacaron por el centro; el Batallón de *Línea* y los *Guías* de retaguardia reforzaron al Batallón *Cazadores de Vanguardia*, formando la izquierda de la línea de batalla, y quedaron en reserva las columnas de Tunja y el Socorro.

Empeñada la acción, el General Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y derecha de la línea, é hizo atacar el batallón que se hallaba en la cañada, el cual fué arrollado,

obligándolo á retirarse al grueso de su Ejército; despreciando los fuegos de los tiradores situados á derecha é izquierda del enemigo, cargó á la fuerza principal, envolviéndola por un movimiento simultaneo, y el Coronel Rondón con su caballería acabó de poner en desorden al enemigo, de tal suerte, que el General español, aunque hizo el esfuerzo posible, no logró restablecer el combate, y perdió su posición. La infantería arrollada trató de rehacerse en otra altura y quedó destruída en el primer encuentro : un cuerpo de caballería que estaba en reserva, esperó la nuestra, lanza en ristre, y fué destrozado completamente.

El General Santander, que por la izquierda había encontrado una vigorosa resistencia en la vanguardia enemiga, cargó con el Batallón de *Línea* y los *Guías*, atravesó el rio y completó la derrota. Cercado el Ejército español por todas partes, rindió las armas y se entregó prisionero. El General Barreiro, su segundo Jiménez, los Jefes y Oficiales, 1,600 de tropa, todo su armamento, sus municiones, su artillería, su caballería y multitud de despojos quedaron en nuestro poder, sólo se salvaron algunos Jefes y Oficiales que huyeron antes de decidirse la batalla, 500 hombres que el Teniente Coronel Nicolás López salvó de su batallón, y un escuadrón de españoles mandados por el Teniente Coronel Víctor Sierra, que cobardemente huyó también al principio de la batalla: más de 100 muertos y otros tantos heridos se encontraron en el campo de batalla. Nuestra pérdida consistió en 30 de tropa muertos y 67 heridos, entre los primeros el Teniente Pérez y el R. P. Fray Miguel Díaz, Capellán de vanguardia; entre los segundos el Sargento Mayor Rafael de las Heras, el Capitán Johnson y el Teniente Rivero. Tal fué la batalla de Boyacá, corona de una de las campañas más audaces y felices concebidas y ejecutadas por el General Bolívar.

Honorables Senadores y Representantes: aceptad este recuerdo como una ofrenda presentada por los últimos restos de los que, con abnegación y patriotismo en los tiempos heroicos, combatieron por la Independencia, sin otra aspiración que la de legar la libertad á sus descendientes y la memoria de sus hechos á la posteridad.

RESULTADO DE LA BATALLA DE BOYACA.

Como á las tres de la tarde terminó la batalla de Boyacá, porque los enemigos fueron batidos en la primera car-

ga que con asombroso arrojo les dió nuestra infantería y caballería en la posición que se vieron obligados á ocupar para resistir el ataque. El General Santander, con la División de Vanguardia, continuó la persecución de los restos que escaparon hasta Ventaquemada, haciendo algunos prisioneros y recogiendo otros que voluntariamente se fueron presentando, entre éstos el después General Laureano López, que se hallaba condenado á servir de soldado en las filas del Ejército español.

El General Anzoátegui, que con la División de Retaguardia quedó en el campo de batalla recogiendo los prisioneros, armas, municiones y cuanto se tomó á los enemigos; el día 8, muy temprano, se unió con su División en Ventaquemada á la del General Santander.

El Libertador, que aún no sabía cuáles habían sido los trofeos de la victoria, pidió la lista de los prisioneros, y encontró en ella el nombre del Comandante Bignoni, italiano de nacimiento. Este Jefe traidor en el año de 12, hallándose sostenindo el castillo de Puerto Cabello, cuando el Libertador mandaba aquella plaza, se insurreccionó en el castillo con la tropa que tenía á sus órdenes y lo entregó á Monteverde, que lo sitiaba: el Libertador tuvo que salir huyendo del puerto en una goletita, y al pasar por el frente del castillo, Bignoni se presentó en la muralla insultándolo, y le mandó hacer fuego con unos cañones : el Libertador, al ver aquel cinismo, de pie en la cubierta le tendió la mano amenazándolo con estas palabras:—"Anda, traidor infame, que no pierdo la esperanza de ahorcarte."—El Libertador, que no había olvidado acontecimiento tan grave de su vida pública, hizo venir á Bignoni á su presencia, le recordó su traición, diciéndole que había llegado el momento de cumplir la promesa que había hecho de ahorcarlo; mandó poner un palo en la plaza y que lo ahorcaran, y la orden se cumplió inmediatamente, pagando Bignoni con la vida la infame traición.

Sin perder un momento, el Comandante Mujica, con el Escuadrón de Guías, continuó la persecución del enemigo, y el Libertador, con el Escuadrón del Llano arriba, se le unió en Chocontá para venir rápidamente á esta capital, siguiendo luégo el mismo movimiento el resto del Ejército. El 9 llegó el Libertador con la caballería al Puente del Común, y el 10 por la mañana tuvo noticia de que esta capital había sido abandonada por el Virey y las tropas que la guarnecían, huyendo el primero para Honda con su guardia de alabarderos, y las segundas para Popayán á las órdenes del Coronel Don Sebastián de la Calzada: aprovechando la ocasión el Libertador, con 60

hombres de caballería escogidos, al mando del Comandante Leonardo Infante, ocupó esta capital á las cinco de la tarde, y media hora después el citado Comandante con sus 60 hombres marchó en persecución del Virey.

El día 11 entró el Ejército á esta ciudad. El Coronel Ambrosio Plaza siguió inmediatamente con el Batallón de Línea y los *Guías* hasta La Mesa en alcance de Calzada, y el General Anzoátegui, con el Batallón *Barcelona* y un escuadrón de caballería, hacia Honda en persecusión del Virey y de los emigrados. Al llegar á Villeta tuvo noticia de que el Virey se había embarcado en la bodega para Cartagena, y de que el Comandante Infante se encontraba en Honda con algunos prisioneros de los emigrados, y regresó á esta capital.

El día 18 el Teniente Coronel Joaquín París, con el Batallón *Cazadores de Vanguardia*, siguió para Popayán persiguiendo á Calzada; y en el tránsito de aquí á Neiva fué recogiendo los desertores y cansados que iban segregandose de los españoles. Entre tanto en esta capital la juventud más distinguida, y todos los hombres capaces de tomar las armas, se agolpaban á presentarse al Libertador, ofreciendo sus servicios á la Patria: en pocos días el Batallón *Barcelona* contaba con 1,800 plazas, y fué necesario dividirlo en dos cuerpos, y todos los otros batallones aumentaron su fuerza considerablemente. Los Barrigas, los Ricaurtes, los Buitragos, los Vargas, los González, los Peñas, Acosta, Santa Cruz, Benítez, Posse, Mariño, Trujillo, Ortega, Plata, Alvarez, Duro, Padilla, Caballero, Arenas, Silva, Castellanos, Chabur, Meléndez, Espina, Cubillos y otros en esta capital; Melo, Arciniegas, Vezga, Lopera, Galindo y los Urueñas en Mariquita; González, Ordóñez, Mejía, Vargas, Collázos, Trujillo, Tello, Perea, Zorro, Bonilla, Jeraldino y los Borreros en Neiva; Cabal, Micolta, Lloreda, Salcedo, Vergara, Concha, Garcés, Vernaza, Durán, Lozano, Céspedes, Varela, los Borreros y los Caicedos en el Cauca; Quintana, Ibarra, López, Quijano, Arboleda, Mosquera, y los Delgados en Popayán; Córdoba, Correa, Montoya, Jiraldo, Benítez, Jaramillo, Gómez, Botero, Callejas, Enao y los Alzates en Antioquia, y otros muchos en las demás provincias, que no me es fácil recordar en este instante, se enrolaron en el Ejército libertador, y fueron á combatir contra los españoles en Venezuela, en el Sur de Colombia y hasta en el Perú.

Al Teniente Coronel Pedro A. García se le destinó á Neiva con un cuadro á formar un Batallón con el nombre de esa provincia, que fué después el *Vargas de la Guardia*, con cuyo glorioso nombre combatió en Ayacucho. El Teniente Coronel

José María Córdoba siguió para Antioquia con 60 hombres á formar dos batallones, con los que concurrió al último sitio de Cartagena. El Sargento Mayor Custodio Gutiérrez marchó con un cuadro para Cartago á formar otro batallón que hizo parte de la División del Sur. El Coronel Pedro Fortoul organizó otro en Pamplona, que marchó con el Ejército que fué á libertar á Venezuela.

La batalla de Boyacá dió por resultado la libertad de las provincias del Socorro, Pamplona, Tunja, Cundinamarca, Mariquita, Neiva, Antioquia, una gran parte de la de Popayán, algo de la de Mompox y la del Chocó. Los recursos que el Libertador acopió en la Nueva Granada para continuar la guerra contra los españoles, fueron inmensos: dinero, hombres, caballos y cuanto necesitaba para el Ejército, todo se le facilitaba gratuitamente; las familias que habían perdido sus padres, sus hermanos, sus maridos y sus hijos sacrificados en los patíbulos, ofrendaban gustosas cuanto poseían en las aras de la Patria.

La batalla de Boyacá fué la crisis de la Libertad. Desde ese campo afortunado las armas del Ejército libertador marcharon de victoria en victoria coronándose de laureles en Bomboná, Pichincha, Carabobo, en el sitio y rendición de la plaza de Cartagena, en la batalla naval de Maracaibo, que dió por resultado la ocupación de la ciudad y del castillo de San Carlos, y últimamente en el sitio y rendición de la plaza de Puerto Cabello. Ese brillante Ejército que combatió con heroico valor por la libertad de su Patria, agobiado por el peso de los laureles que ceñían sus sienes, y no encontrando ya espacio bastante en Colombia para cebar el ardor de su generoso entusiasmo, voló al Perú en busca de más hermanos oprimidos á quienes libertar. Junín y Ayacucho serán eternos monumentos para recordar á la posteridad que allí fué humillado y rendido el poder de los tiranos que por tantos años oprimieron la Patria de los Zipas y el imperio dorado de los Incas. Y, como dijo el Libertador, una nube preñada de los rayos que le sobraron en Carabobo, pasó desde el Atlántico al Pacífico, para ir á descargarlos sobre el campo de Ayacucho, aniquilando para siempre en el Continente Americano el tiránico poder de los Borbones.

CAMPAÑA DEL SUR.

El Comandante París, con el batallón *Cazadores de Vanguardía*, ocupó el 8 de Octubre á Popayán, ciudad que Calzada

había abandonado pocos días antes, tanto porque en la fuga precipitada que hizo desde esta capital no llevaba más municiones que las de las cartucheras, como porque creyó que una fuerte División lo perseguia, según se lo dió á entender el Comandante París desde La Plata en una comunicación que le dirigió, contestando á otra de Calzada á las autoridades de esta ciudad previniéndoles que le tuvieran listos cuarteles y raciones para 3,000 y tantos hombres con que regresaba sobre los insurgentes que habían invadido á Santafé.

Aunque el Comandante París no tenía orden de ocupar á Popayán, sino de dirigirse al Cauca, cuyos habitantes se habían levantado en masa contra los españoles, el Vicepresidente de Cundinamarca no desaprobó esta operación porque se tomaba posesión de una extensión mayor de terreno y de una ciudad capital de provincia.

Para emprender operaciones sobre los enemigos del Sur no teníamos tropas suficientes; era necesario crearlas: con este motivo el Vicepresidente ordenó reclutamiento en el Cauca, en Neiva y aun en Bogotá, para formar una División en Popayán, sirviendo de base los 600 hombres del Batallón *Cazadores de Vanguardia* que mandaba el Comandante París; al efecto dictó las providencias más activas, y nombró de Comandante general de ella al Coronel Antonio Obando.

Entre tanto Calzada, que llegó asustado á Pasto, pidió auxilios al General Don Melchor Aymerich, Presidente de Quito, quien le mandó inmediatamente armas, municiones, dinero y un batallón de 400 y más plazas, llamado *de Los Andes*. Reorganizado Calzada, formó una División de 2,000 hombres, compuesta del Batallón *Aragón*, de 800 plazas, la columna de *Cazadores* de otras 800, el Batallón *de Los Andes*, de más de 400, el Batallón *Milicias de Pasto*, de 400, un escuadrón de caballería de ciento y tantas plazas y una brigada de artillería de 50 artilleros (hago esta explicación para rectificar la historia en esta parte), y con ella salió de Pasto el 18 de Enero de 1820. En Patía aumentó su fuerza con las guerrillas que mandaban Sárria, Córdoba, Simón Muñoz y J. M. Obando (después General de Colombia).

El Coronel A. Obando, que llegó á Popayán á principios de Enero, se encargó del mando de la plaza y de la poca tropa que había en ella, y esperaba con ansia la llegada de reclutas y armamento para formar la División; pero hasta el 22 no se había recibido nada, ni se tenía noticia del enemigo, porque todos los habitantes nos hacían la guerra. Cuando por una casualidad supo el 23 que Calzada había llegado con su Divi-

sión al Cabuyal, (*) distante de Popayán tres fuertes jornadas de tropa, calculando que no llegaría hasta el 25 en la tarde, dispuso retirarse el mismo 25 por la mañana; mas Calzada, seguro de batirnos en detall con la superioridad de su fuerza, pues sabía que no teníamos más que un pequeño batallón, sin pernoctar en el Cabuyal caminó toda la noche del 22, todo el día y la noche del 23, y al amanecer del 24 nos sorprendió y nos destrozó completamente, no porque los Oficiales se hubieran trasnochado en un bailecito, como dice el señor Restrepo, sino porque no era humanamente posible resistir con 600 hombres á 3,000 de que se componía el Ejército enemigo, y mucho menos en sorpresa. En la descripción que sigue de la acción de Pitayó, antes de ocuparme de ella, hablo extensamente de este desastre.

ACCION DE PITAYO, LIBRADA EL 6 DE JUNIO DE 1820.

Antes de describir la acción de Pitayó, me parece oportuno referir algunos hechos que la precedieron, para hacer conocer los horrorosos efectos de aquella guerra de desolación y exterminio que hicieron los españoles en Colombia.

El 24 de Enero de 1820 fué sorprendido en Popayán el Coronel Antonio Obando (después General) por el Brigadier Don Sebastián de la Calzada, con una División de 3,000 hombres, como he dicho. Desde el 23 en que se tuvo noticia de la llegada de Calzada con su División al Cabuyal, se redobló la vigilancia, y el batallón permaneció sobre las armas toda la noche en la plaza. Nuestras partidas de observación tal vez no hicieron el reconocimiento que se les previno, y antes de amanecer dieron "parte sin novedad," por lo cual la tropa se retiró al cuartel. Empezaban á salir los soldados á la calle cuando se oyeron los primeros tiros en la avanzada de Chune, corrieron á tomar las armas, entraron en formación y precipitadamente salieron á la plaza: en este momento los enemigos

---

(*) Una mujer muy patriota del pueblo de Popayán, llamada Sebastiana Sandoval, alias *la Pavo real*, muerta no há muchos años, afirmó toda su vida haber dado al Coronel Obando, por postas propios, varios avisos de toda la marcha de Calzada, hasta su proximidad, y que Obando no hizo caso de ellos. Aunque este no es testimonio despreciable, y en aquella ciudad nadie duda de él, como los Oficiales no lo oímos decir entonces, requiere otras pruebas en su apoyo. Lo del baile, que también se cree, me consta que es falso.

se encontraban en las primeras calles de la entrada de la ciudad, y á paso redoblado, convencidos de que no había quien les hiciera frente, siguieron hasta donde se les opuso la resistencia posible, empeñando un combate desesperado. No teníamos más que los 600 hombres del Batallón *Cazadores de Vanguardia*, y sin embargo, se hizo una resistencia vigorosa hasta las ocho de la mañana en que fué invadida la ciudad por todas partes y se nos cortó la retirada en el puente del Cauca con su caballería. Sólo se salvaron cinco Oficiales y ciento y tantos de tropa, que en la fuga, al verse cortados, alcanzaron á tomar la montaña de Puracé y salir á La Plata. El Coronel Obando y el Capitán León Galindo fueron favorecidos por una señora muy realista que los ocultó en su casa hasta que disfrazados lograron salir de Popayán y venir á esta capital.

Todavía se hacía la guerra á muerte, cuyo recuerdo me extremece. El Teniente Coronel Don Basilio García, Comandante del Batallón *Aragón*, español cruel y sanguinario, no dejó con vida ni á los heridos que á su paso encontró en las calles y en la plaza, y mucho menos á los prisioneros que hizo su batallón. Dueños de la ciudad, procedieron á saquear los almacenes de comercio y algunas casas principales; y yo, que servía en el Estado Mayor y me hallaba á pie, aproveché aquella circunstancia para emprender mi fuga por el camellón del Cauca con algunos otros. Un escuadrón nos persiguió inmediatamente: al llegar á la estancia del Obispo nos iban alcanzando, y salvando un vallado entramos á un potrero, en donde viéndonos cortados por otra caballería, no nos quedó más recurso que buscar un lugar para ocultarnos: un jovencito Mariño, de Bogotá, dos soldados y yo, dimos con una chamba honda, cubierta con algunos árboles, donde nos favorecimos por entonces. Estábamos deliberando cómo haríamos para salir de allí sin ser vistos y tomar el camino de Puracé, cuando un batallón á paso redoblado, dejando el camellón, entró al potrero y se situó un poco adelante de nosotros, privándonos de toda esperanza de salvarnos: eran los esbirros de *Aragón*, mandados por su feroz Comandante Don Basilio García. Este, sin perder un instante, hizo nombrar ocho partidas de su cuerpo, que, como perros de caza, salieron á buscar y sacaban de las chambas y bosques á cuantos habían alcanzado á ocultarse en ellos, los que eran asesinados por las mismas partidas, sin excepción alguna; y si conducían á algunos á Don Basilio, los hacía decapitar en su presencia con un sable de latón á la orilla del río del Molino, que quedaba inmediato, lo que alcanzábamos á ver desde el lugar en donde estábamos ocultos. Hasta las

cuatro y media de la tarde habíamos logrado escapar de la pesquisa; llegamos á creer por un momento que las partidas habían saciado ya su sed de sangre, porque se retiraron á su campo, y deseábamos con ansia que se ocultara el sol y que las sombras de la noche nos cubrieran con su manto para poder escapar; pero muy pronto volvieron á empezar el registro de las chambas, y una partida de quince españoles dió con nosotros y nos hicieron salir. A Mariño y á mí nos despojaron de la ropa de paño que teníamos puesta, se la distribuyeron, lo mismo que el dinero que nos encontraron en el bolsillo, y se pusieron á deliberar si nos matarían allí mismo; pero el Sargento Agustín Dávalos * que mandaba la partida, les dijo: "llevémoselos á Don Basilio, que es lo mismo." Convencido de que iba á morir, marché resignado á la presencia de Don Basilio, quien nos recibió haciéndonos reconvenciones amargas é insultantes porque servíamos á los insurgentes, y concluyó por destinar á Mariño de pito á la banda, los dos soldados á una compañía, y á mí me entregó á un cabo y cuatro soldados, diciéndoles: "á éste que lo bañen." ** Ya me conducían á un lugar donde alcancé á ver un montón como de cincuenta y tantos cadáveres de los prisioneros que habían asesinado, y habíamos andado unos pocos pasos cuando llegaron á mis oídos estas palabras: "¿ Comandante, no le da á usted lástima matar á este jovencito ? perdónelo como á los otros, que su delito no es mayor que el de ellos, y puede ser útil á la causa del Rey." Volví la cabeza para manifestarle, aunque fuera con una mirada, mi gratitud al que sin conocerme se interesaba por mí: era el Mayor de *Aragón*, Don José Quirós, *** de una de las familias más distinguidas de España, por quien se tenían algunas consideraciones; y Don Basilio inmediatamente mandó que me filiaran de soldado en la 2ª compañía. Fuimos los primeros y últimos á quienes dejó con vida, pues en seguida, habiéndole presentado otros, entre ellos al Alférez José del Carmen Consuegra, los hizo decapitar en mi presencia por el mismo sistema del sable de latón, en la orilla del río.

En aquella sorpresa murieron los Capitanes Fernando

---

* Este era uno de los 800 españoles que Piar hizo prisioneros en la acción de San Félix, y que atados de dos en dos, espalda con espalda, fueron lanceados y arrojados al Orinoco. Dávalos sobrevivió; el cadáver de su compañero le sirvió de balsa, y la corriente lo llevó al Delta, donde un indio lo favoreció y curó: nos aborrecía de muerte.

** Esta era la voz que usaba para mandar decapitar los prisioneros á la orilla del río.

*** Después de la batalla de Pichincha se quedó en Quito, donde se casó con una señorita Gijón, que fué más tarde cuñada del General Flórez.

Vargas, José M. Báez, Macedonio Castro y José Galindo. Hicieron prisioneros á los Capitanes Joaquín Céspedes y Manuel Santa Cruz, á los Tenientes Meléndez y Alderete (éste, herido gravemente, y sin embargo, pocos días después lo sacaron al Ejido y lo lancearon), á los Alféreces Hernández, Ayala, Duarte, Bermúdez y Delgado, y á los Aspirantes Borrero, Ordóñez, Zorro, Benítez, Posse, Ortega, Plata, Alvarez, Mariño, Trujillo y López: á estos últimos los destinaron á servir de soldados en sus filas, reservándose los oficiales para ir á fusilarlos en el pueblo de la Candelaria, en el Cauca, donde se les fugó el Capitán Santa Cruz, lo cual abrevió la ejecución de los otros. Al Aspirante Leonardo Trujillo lo fusilaron después en la hacienda del Troje, en Timbío, porque intentó fugarse, y antes de ejecutarlo lo obligaron á que abriera su sepultura. Más de 250 individuos de tropa perecieron; pero en la acción sólo morirían como cincuenta, los otros fueron asesinados por los soldados de *Aragón*, después de prisioneros. Los que hizo la columna de *Cazadores* que mandaba el Teniente Coronel Don Nicolás López, que era americano, fueron destinados á servir en ella.

Informado Calzada de que no había tropas republicanas que se le opusieran en toda la provincia, salió de Popayán con su División en Febrero, y recorrió el Valle del Cauca hasta Cartago, talando y destruyendo todas las haciendas y los campos; las casas de los infelices aldeanos eran entregadas al saqueo y la rapiña; los soldados de *Aragón* se aparecían al campamento cargados con inmenso botín de ropa de hombres y mujeres, sin que se les escaparan ni los efectos más ruines y despreciables, así como de toda clase de animales domésticos que encontraban á su paso, mientras que Don Basilio García cometía los asesinatos más atroces. Le haré justicia á Calzada: no era cruel; estos asesinatos se cometían sin su conocimiento. Desde que pasamos de Quilichao, Don Basilio procuraba acampar lo más distante que podía de la tienda de Calzada para dar pábulo á sus feroces instintos sin oposición alguna: los soldados de *Aragón* se repartían por todo el campo, que generalmente encontraban desierto, lo cual los irritaba más; los viejos, los enfermos, las mujeres y los muchachos, huyendo de sus persecuciones, se retiraban á los montes, y cuando por desgracia de aquellos infelices, sorprendían los sicarios á uno ó más labriegos, los apresaban y conducían á la presencia de su feroz Comandante, quien los mandaba amarrar á una cerca ó á un árbol, y en el mayor silencio, para que Calzada no lo supiera, los hacía degollar con un cuchillo como corderos, ó bien

eran lanceados, espectáculo que nos hacía presenciar para intimidarnos, concluyendo por dirigirnos una insultante arenga después de la ejecución.

Después de un mes de una cruzada de horrores y devastación en todo el Valle, temeroso Calzada de que por el Guanacas salieran tropas y lo cortaran á la vez que por el Quindío, resolvió, en Marzo, regresar á Popayán, llevando cuanto ganado y bestias pudo recoger. A su llegada á aquella ciudad supo de una manera positiva que hasta Paicol no había tropas republicanas, y determinó mandar á La Plata al Capitán Don Juan Domínguez, en quien tenía mucha confianza, con dos compañías de *Aragon*, que elevó á trescientas plazas. Domínguez llegó á La Plata con sus trescientos hombres y se informó de que en toda la provincia de Neiva no había más tropas republicanas que un batallón que se estaba formando en la capital, lo que participó inmediatamente á Calzada. El 20 de Abril volvió á darle parte de que hasta aquella fecha no tenía noticia de que fueran tropas de Santafé, y le parecía que por entonces no había nada que temer de los insurgentes. Calzada confiado en este informe se preparaba á invadir la provincia de Neiva, á principios de Mayo, pero un accidente inesperado desbarató su proyecto.

El General Santander, luégo que tuvo conocimiento de la sorpresa de Popayán, haciendo los mayores esfuerzos organizó una División en el menos tiempo que le fué posible, compuesta del Batallón *Cundinamarca* que se formó sobre los que se salvaron en Popayán, el de *Neiva*, creado en aquella provincia, el de *Albion*, y los escuadrones *Guías* y *Oriente*, confiándole el mando de esta fuerza al General Manuel Valdés, quien llevó por su segundo al Coronel José Mires (después General), y lo hizo marchar al Sur sobre Calzada. Al mismo tiempo el Teniente Coronel Pedro José Murgueitio (después General) fué destinado al Cauca con un cuadro de infantería provisto de armas y municiones, para que desde Cartago empezara á reclutar cuanta gente pudiera, quien formando un cuerpo ó más, si alcanzaba á tánto, marchase á reunirse con el General Valdés en Quilichao, á donde debía salir según las instrucciones que llevaba.

El General Valdés llegó á Neiva el 20 de Abril con los cuerpos que llevó de Bogotá, incorporó el que se había creado en aquella provincia, y el 22 adelantó al Coronel Mires con 600 infantes y 100 ginetes, el cual con esta fuerza llegó á Paicol el 26, pasó todo el día 27 en la quebrada hasta que oscureció, y poniéndose en marcha por la noche, logró sorprender á Domínguez en La Plata al amanecer del 28. El Capitán

Reseche, de *Albion*, que mandaba la descubierta, forzó el puente y lo atravesó con sable en mano, dejando catorce muertos á su paso; la descubierta lo siguió protegida por el resto del batallón, cargó con impetuosidad y arrolló á los enemigos, que se sostuvieron con valor; el Comandante Lucas Carvajal y el Teniente Trinidad Moran con un piquete de caballería, atravesaron el río y les cortaron la retirada. Domínguez, obstinado en defender aquel punto, pereció allí en medio de 80 de sus más valientes soldados, los restantes quedaron prisioneros; sólo lograron escaparse el otro Capitán, un Teniente, dos Alféreces y nueve de tropa, que fueron á llevar á Calzada la noticia de su desastre. Este acontecimiento, inesperado para Calzada, como he dicho, lo persuadió á no quedarle duda de que marchaban tropas sobre él, y lo que le interesaba era saber su número y el camino por donde se dirigían á Popayán; con este motivo salió de aquella ciudad con la División el 10 de Mayo, acampó en Guambía (hoy Silvia) y estableció el espionaje más activo; supo que á La Plata había llegado una división como de 2,000 hombres, al mando del General Valdés, y como él contaba con más fuerzas, se dispuso á esperarlo, confiado en que le sería fácil batirlo á la salida de los páramos, cualquiera que fuera el camino que llevara.

Entre tanto el General Valdés, después de dar parte al Gobierno de la función de armas de La Plata, salió de Neiva con el resto de la División á principios de Mayo, y sólo se detuvo en aquella ciudad el tiempo indispensable para conseguir bagajes y acopiar víveres para atravesar la cordillera. El 28 emprendió la marcha, con el objeto de dirigirse á Quilichao por el camino de Tierra-adentro y reunirse allí con el Comandante Murgueitio, de quien había recibido una comunicación fechada en Tuluá, participándole que tenía formado un batallón con el nombre de *Cauca*, con el cual y la demás tropa que pudiera reclutar, se le uniría en Quilichao como le estaba prevenido, lo que podía efectuar sin ningún inconveniente, porque en todo el Valle no había otras tropas enemigas que se lo impidieran.

El General Valdés luégo que llegó á Inzá, dejando el camino de Guanacas tomó el de Tierra-adentro, y desde Lame redobló la marcha para pasar el páramo en el menor tiempo posible, y el día 5 de Junio salió á Pitayó con la mayor parte de la División, y el resto con el parque acabó de llegar al día siguiente por la mañana. Como no tenía temor alguno de la aproximación del enemigo, dispuso que la tropa se pusiera á limpiar las armas.

Los espías de Calzada que llegaron á Guambía el 4 por

la noche le informaron que habían dejado las tropas republicanas saliendo de Inzá por el camino de Lame, y que indispensablemente debían salir á Pitayó; pero que según las marchas que iban haciendo, lo malo del camino y lo fuerte del páramo, no podrían salir á dicho pueblo antes del 7 por la tarde. Confiado en esta relación, se propuso ocuparlo antes que llegara el General Valdés, tomar posiciones y batirlo á la salida del páramo de Moras. El día 5 por la mañana, después de combinar su plan de campaña, dispuso que el Teniente Coronel Don Nicolás López, con su columna de *Cazadores*, el Batallón de los *Andes* y un escuadrón de caballería en número de 1,400 hombres, marchara el 6 á las cuatro de la mañana á tomar posesión de Pitayó, inspeccionar todas las salidas del páramo y colocar la vanguardia en el punto que creyera más conveniente para esperar y batir á los insurgentes, ofreciéndole que lo seguiría con el resto de la División el 7 muy temprano, para llegar á tiempo oportuno.

El pueblo de Pitayó está situado en una hoyada á la salida del páramo de Moras, rodeado de monte alto; por el camino que viene de Guambía hay que descender una cuesta montañosa bastante larga y de mal piso, y la ruta sólo se mejora un poco y se ensancha cerca de la población, la que no se descubre sino casi á su entrada.

El Teniente Coronel López salió de Guambía con la vanguardia el día 6 á las cuatro de la mañana, como se le había prevenido: la primera compañía de la columna de *Cazadores*, mandada por el Capitán Gil, un valiente coriano, en la cual iba de soldado el que esto escribe, (*) llevaba la descubierta; habíamos andado más de las tres cuartas partes del camino y no se tenía noticia de que el General Valdés con su División estuviera en Pitayó, porque en todo el camino no encontramos una alma que nos pudiera dar razón alguna, ni se tenía la más leve sospecha de encontrarnos con tropas colombianas; y tampoco el General Valdés sabía que se le aproximaba el enemigo. Descendímos la cuesta al paso de camino en el mayor silencio; el Comandante López nos seguía á retaguardia haciendo que la tropa marchase reunida, y á eso de las doce del día íbamos llegando á una vuelta del camino de donde á poca distancia

(*) El Capitán Francisco Eugenio Tamaris, Gobernador de Popayán, que me había conocido en el seno de mi familia, logró con Calzada que me pasara del Batallón *Aragón*, que era casi todo de españoles, á la columna de *Cazadores*, que se componía de americanos, recomendándome á su Comandante Teniente Coronel Don Nicolás López y al Capitán Gil, los que me trataron muy bien.

se divisan las primeras casas de la población, cuando de repente un centinela avanzado preguntó con arrogancia: "¡Quién vive!" Habíamos dado con la avanzada del Peñón mandada por el Comandante Cruz Arenas, que aún vive en esta ciudad y entonces era Teniente; los ocho exploradores que precedían la descubierta se soprendieron, y no sé por qué extraño impulso contestaron con una descarga. Aquello sirvió de alarma en el campo del General Valdés y dió tiempo á que la tropa preparara sus armas, entrara en formación y saliera á batirse. El Teniente Coronel Lopez, sorpendido también, corrió á la vanguardia, la descubierta había roto sus fuegos contra la avanzada antedicha, la que fué reforzada á los primeros tiros con una compañía de tiradores, y ya no era tiempo de retroceder. En el acto hizo desplegar en tiradores la 1ª y 2ª compañías de la columna, internándolas en el monte al lado izquierdo del camino, para descender á una quebrada; al lado opuesto de ésta se presentó de improviso el Batallón *Albión*, que recibió con sus fuegos á las tropas realistas; á mí me tocó salir en la primera guerrilla de aquellas tropas, y haciendo fuego al aire avancé rápidamente; á la sombra de unos árboles gruesos que me ocultaron del Teniente Juan Bautista Arévalo que mandaba la guerrilla, volví el fusil con la culata arriba, descendí á la quebrada, la atravesé sin detenerme y me presenté delante de una tropa vestida con casacas encarnadas; unos soldados intentaron hacerme fuego; pero afortunadamente se encontraba entre ellos el Alférez Carlos Ludovico que me conoció en el acto, les habló en inglés, se contuvieron y corrió á abrazarme. Inmediatamente fuí presentado al Coronel Manuel Manrique, Jefe de Estado Mayor de la División, quien me condujo á la presencia del General Valdés. Por los informes que dí de las operaciones y situación del enemigo, así como de la fuerza que se estaba batiendo, se puso en actitud de dirigir el combate con acierto y precisión: me destinó al Estado Mayor, de donde yo había sido adjunto, picó el caballo y marchamos á recorrer la línea de batalla.

El Teniente Coronel López, que se vió comprometido á librar el combate sin esperanza de ser protegido por el resto de su División, se abandonó al destino y cargó toda la columna á su costado izquierdo sobre *Albión*; el Batallón de los *Andes* fué colocado en la parte más ancha del camino, desplegando una compañía de tiradores á su derecha, internada en el monte, y la caballería formó en columna á retaguardia en el mismo camino.

El General Valdés hizo reforzar á *Albion* con el Batallón

Cundinamarca, cubriendo su retaguardia el Escuadrón *Oriente*; el resto del Batallón *Neiva* reforzó la línea por el centro y costado derecho del enemigo, teniendo á su espalda el Escuadrón *Guías*. El fuego se sostuvo con vigor por más de una hora, y sin embargo de observar que nuestros tiros hacían más estragos en las filas enemigas que los suyos en las nuestras, porque aun sin tener parapetos nuestra posición local era mejor, el General Valdés se resolvió á decidir aquella lucha, confiado en el valor de nuestra infantería y en el arrojo de la caballería llanera; en consecuencia dispuso que medio Batallón de *Neiva* cargara de frente por el camino contra el Batallón de los *Andes*, hasta llegar á un punto que se le indicó, en donde debía replegarse á derecha é izquierda sobre el monte, dejando libre el camino para que pasara la caballería; que el otro medio batallón, internándose al monte por la izquierda, atacase la compañía de *Tiradores de los Andes*, procurando cortarla ó batirla en detal, y que *Albion* apoyado por *Cundinamarca*, cargara al mismo tiempo sobre la columna de *Cazadores*, procurando arrollarla, para que, saliendo al camino, nuestros dos escuadrones pudieran dar una carga decisiva, lo que se les indicaría ejecutar al toque de ataque. Dadas estas disposiciones, se mandó activar el fuego, y se le sostuvo con vigor por más de diez minutos. Oída la señal de la corneta, cada uno de los cuerpos ejecutó con prontitud el movimiento que se le había prevenido. El medio batallón de *Neiva* atacó por el frente al Batallón de los *Andes*, y con tanto ímpetu, que ya vacilaba este cuerpo, cuando por obedecer la orden aquel medio batallón tuvo que replegarse á derecha é izquierda. También el otro medio batallón desalojó del monte á la compañía de *Cazadores* del enemigo, haciéndola emprender la fuga en dispersión. El Comandante Lucas Carvajal cargó intrépidamente con sus *Guías*, rompió las filas enemigas y las puso en desorden; *Albion* arrolló á la bayoneta la columna de *Cazadores* que en dispersión salió al camino y se mezcló en confusión con los restos del Batallón de los *Andes*; toda nuestra caballería, sin darles tiempo de rehacerse, les cargó en masa por segunda vez con su acostumbrado arrojo; algunos perecieron lanceados, y los demás fueron dispersos, refugiándose al monte para salvarse, con lo cual se consumó su derrota. La caballería enemiga huyó vergonzosamente sin esperar la nuestra.

La pérdida del enemigo consistió en un Capitán, dos Tenientes, un Alférez y ciento treinta individuos de tropa muertos; heridos el valiente Capitán Gil (murió) y ochenta de tropa; y, según informes, se le dispersaron más de trescientos

hombres. Se le hicieron prisioneros tres Oficiales y ciento cuarenta y siete de tropa, entre los cuales rescatamos algunos de los prisioneros hechos en Popayán, y á todos se les destinó á los cuerpos. Los tres Oficiales fueron decapitados en represalia de los fusilados en la Candelaria.

No se pudo perseguir activamente al enemigo, porque los caballos no resistían una jornada precipitada, ni la infantería una marcha forzada. El paso de la cordillera, el páramo y la fatiga de tres horas de combate, los tenían sin aliento. Si Calzada viene sobre nosotros con el resto de su División, nos habría puesto en apuros; pero se contentó con que lo dejaran retirar tranquilamente sin perseguirlo.

Con repugnancia he consignado en esta relación algunos pormenores de la guerra á muerte que ensangrentaba entonces, del Orinoco al Atrato, casi todo el suelo de Colombia; guerra de bestias feroces, pero no lícita entre hombres, y que especialmente entre hermanos, en miserables rebatiñas civiles, espero que mis generosos compatriotas no consientan jamás. Vean aquí algo de lo mucho que ha costado la Independencia nacional, y muéstrense dignos de ella con inviolables prácticas de conciliación y cultura, únicas que honran á un pueblo y arraigan en su corazón sus instituciones.

Habiendo triunfado el General Valdés en Pitayó, marchó con la División para Caloto y de allí á Quilichao, donde se le incorporó el Batallón *Cauca*, que había formado el Comandante Murgueitio, ascendiendo ya su fuerza á 2,500 hombres de tropa escogida, pues el soldado más viejo no alcanzaba á cuarenta años, pero no estaba vestida; en el Sur era grande nuestra escasez; sin embargo, había entusiasmo y patriotismo y no se pensaba en otra cosa que en batir á los españoles.

El Coronel José Concha, que llegó en esos días, se encargó en Cali de la Gobernación de la provincia y empezó á sacar recursos y á reclutar alguna gente; proporcionó algunos caballos para remontar la caballería, bagajes y ganado y víveres para racionar la tropa. El 9 de Julio el General Valdés salió de Quilichao con la División, y el 13 acampó con ella en el puente del Cauca. Calzada, al tener noticia de la aproximación de nuestras tropas, levantó el campo de Timbío y se retiró á Pasto. El 16 la División ocupó á Popayán, á las doce de la noche, hora en que el General Valdés hizo lancear al anciano señor Manuel José Velasco, y ocho días después á un señor Puente, vecinos de esa ciudad, porque le informaron que eran muy realistas, y que constantemente mandaban postas á los enemigos dándoles cuenta de nuestras operaciones y situación.

Por lo desafecto del pueblo, obra de la hábil política de Don Miguel Tacón desde 1811, nuestra escasez de recursos llegó al extremo; faltaba lo más preciso, y la tropa empezó á desertarse con escándalo: un Oficial de caballería, el Alférez Ramoncito, lo hizo con 25 guías armados y montados, causando varias atrocidades en el tránsito; y habiendo sido aprehendido en Purificación, fué fusilado en Neiva. Todos los días faltaban 30, 40, 50, 60 individuos de tropa, sin poderlo remediar, aunque á uno que otro que fueron aprehendidos se les castigó con la pena de muerte; los soldados se enfermaban por centenares, y ya no había hospitales suficientes para colocarlos; el botiquín de la División se agotó, y la Comisaría no tenía un centavo para comprar medicamentos; la ración para Jefes, Oficiales y tropa estaba reducida á carne, leña, y algunas veces sal, y varias ocasiones nos faltó hasta la carne. Nuestra situación era cada día más aflictiva, pues casi no teníamos tropa disponible que hiciera el complicado servicio que requería nuestra posición. Para remediar esta falta, el General Valdés mandó formar un cuerpo de milicias de Popayán, en el cual recuerdo entraron á servir de Capitanes el General Mosquera y Don Isidoro Cordovés; pero como ni aun así se pudo llenar el objeto que se propuso, resolvió retirarse al Cauca, y lo anunció por una alocución que mandó publicar el 13 de Agosto, la que yo mismo escribí en el Estado Mayor, y se me han quedado impresos en la memoria estos conceptos: "Habitantes de "Popayán! El Ejército de mi mando debe trasladarse al Cau-"ca porque así lo requieren motivos muy poderosos. ¿Será "necesario referirlos cuando están á vuestro alcance? La de-"serción escandalosa, las enfermedades, la escasez, la dificultad "de emprender sobre el enemigo, y las desventajas locales en "caso de una invasión, me obligan á abrazar este partido," "&c.—*Manuel Valdés.*"

El 16 por la mañana la División, en un estado lamentable, salió de Popayán, dejando unas partidas volantes de caballería para proteger la inmigración y cubrir la retaguardia. En Quilichao el General Valdés distribuyó los cuerpos á varias poblaciones: el cuartel general, el Batallón *Albión* y los hospitales se destinaron á Cali; los batallones *Neiva* y *Cauca* con la caballería, á Llano-grande, hoy Palmira, y el Batallón *Cundinamarca* á Buga. En estos acantonamientos los Jefes de los cuerpos se consagraron á disciplinarlos, tomaron el mayor interés en aunmentarlos, se recibieron varias partidas de reclutas con que se reemplazaron las bajas que habían tenido; los enfermos fueron saliendo curados de los hospitales, tuvimos víveres sufi-

cientes para racionar la tropa, se reanimó el espíritu militar que había desfallecido, y en el mes de Noviembre una brillante División de 3,000 hombres, bien disciplinada y orgullosa, se encontraba en aptitud de batirse contra 6,000 españoles.

El Gobernador Concha organizó también una hermosa columna de infantería, que puso á las órdenes del Teniente Coronel Angel María Varela, destinándola á la Buenaventura para que obrase sobre las costas del Pacífico, ocupadas por los españoles; columna que marchó regularmente equipada, bien armada y con suficientes municiones para su destino.

En el mes de Diciembre los cuerpos dejaron sus acantonamientos y se reunieron en Quilichao, y la División marchó inmediatamente para Popayán, donde descansó unos días.

ACCION DE GENOY.

El 2 de Enero de 1821 la División salió de Popayán escasa de todo recurso; la mayor parte de los Oficiales marcharon á pie, descalzos, y, lo mismo que la tropa, sin más equipaje que la ropa que tenían puesta, la que teníamos que lavar nosotros mismos, sin jabón, y esperar á que se secase para volver á ponérnosla; y, de Capitán para abajo, todos cargábamos nuestro fusil al hombro. No se nos daba otra ración que carne, los primeros días con sal, después sin ella; desde el Tambo la tropa empezó á desertarse y enfermarse; las guerrillas de Patía nos hostilizaban á todas horas; los soldados que se atrasaban eran asesinados, y donde acampábamos acechaban á los que iban por agua para asaltarlos y matarlos.

Vigilando día y noche llegamos al Salto de Mayo, donde encontramos un destacamento enemigo de más de cien hombres, que fué batido por nuestra vanguardia; de la Venta, dejando el camino de Berruecos, tomamos el de Taminango para atravesar el Juanambú por Guambuyaco, y aquí nos esperaban los españoles, ó más bien los pastusos, atrincherados. Dos compañías de *Albión* fueron destinadas á batir las trincheras mientras el Comandante Carvajal, con un piquete de caballería, cruzó el río, y después de alguna resistencia, fué forzado el paso, sin mayor dificultad, ventaja que halagó y sedujo al General Valdés.

Antes de llegar al Juanambú, este General recibió comunicaciones del General Santander, en las que le participaba el

convenio de regularización de la guerra y armisticio, celebrado en Santa Ana entre el Libertador y el General Morillo, encargándole que hiciera cuanto le fuera posible para que cuando llegaran los Comisionados, Coronel Antonio Morales y Teniente Coronel Moles, la División se encontrara al otro lado de aquel río, con el objeto de que, al publicarse los tratados, la línea de demarcación nos quedase en el punto que ocupasen nuestras tropas, y de que así al romperse las hostilidades, no fuese el Juanambú un obstáculo para las operaciones.

El 1º de Febrero la División llegó al pueblo de Tambopintado; los deseos del Vicepresidente se habían cumplido; y acaso el General Valdés creyó que no solo podía satisfacer los deseos del General Santander en esta parte, sino también batir á los españoles y tomar á Pasto, que apenas distaba diez leguas, antes que llegaran los Comisionados, pues el día 2 á las cuatro de la mañana emprendió la marcha con la División para esta ciudad, con toda la confianza que le inspiraba su imprecaución. A las once de la mañana, en la montaña de Chaguarbamba, encontramos las primeras guerrillas enemigas; el General Valdés mandó cargarlas con la caballería y las desalojó de su posición; los pastusos (pues eran pastusos) se fueron retirando haciendo fuego y aumentándose cada vez más con nuevas guerrillas siempre en retirada; esta operación del enemigo la atribuyó el General Valdés á falta de valor para resistirle; dispuso que toda la caballería cargara al galope, y mandó tocar paso de trote á la infantería; desde aquella hora los soldados empezaron á correr en el mayor desorden, porque no todos resisten un paso forzado; el camino que llevábamos era ascendente y pedregoso hasta salir de la montaña, y el trayecto que teníamos que recorrer hasta llegar donde se encontraba el cuerpo del Ejército enemigo, no era menos de tres leguas. Cuando nuestra vanguardia llegó al pie de la loma de Genoy, se encontró con todas las tropas enemigas parapetadas detrás de los barrancos y las piedras, y, sin una disposición preliminar del General, empezó el ataque por el centro; la mayor parte de nuestros soldados se habían atrasado en una marcha forzada casi á la carrera; los que iban llegando entraban en combate sin atender á qué cuerpo se unían; los del *Cundinamarca* se mezclaban con los del *Neiva*, los del *Neiva* con los del *Cauca*, los del *Cauca* con los del *Cundinamarca*, y nadie pensaba sino en hacer fuego sobre el enemigo. Aunque la posición de los españoles era flanqueable por la derecha, el General Valdés no tomó ninguna medida para ello: se empeñó en atacarlo por el centro, que era una loma quebrada y estaba bien defendida;

el Comandante Carvajal intentó trepar la loma con su caballería, y al empezar á subir recibió un balazo en el pecho y cayó muerto, lo que desalentó á nuestros ginetes. El Capitán Isidoro Ricaurte con su compañía atacó vigorosamente al enemigo por el camino que conduce al pueblo de Genoy, y al poner el pie sobre un parapeto que defendía el Batallón *Aragón*, fué atravesado por una bala y cayó de espaldas muerto; la compañía no pudo forzar aquel punto, y tuvo que retirarse haciendo fuego. A las cinco y media de la tarde nuestros soldados, cansados y fatigados de la marcha y de la lucha, cedieron el campo al enemigo, quien hizo bajar de la loma como 600 pastusos de ruana y sombrero, que sin piedad, empezaron á asesinar á todos nuestros heridos, lo mismo que á los prisioneros que lograron hacer en el campo, operación en la cual se detuvieron dando lugar á que muchos se salvaran.

El General Valdés huyó con la caballería, y nuestra infantería emprendió la fuga en dispersión. A las siete de la noche, hora en que llegamos los últimos á la montaña de Chaguarbamba, encontramos el camino obstruído por los pastusos, y tuvimos que internarnos en el monte el Comandante Fredental, el Teniente Nicolás Caicedo, el Alférez José María Vergara, once individuos de tropa y yo; á las ocho de la noche dimos con una cañada que nos condujo al Juanambú, á donde no nos fué posible alcanzar hasta el día 4 por la mañana. Al llegar al paso de este río encontramos un ranchito y una sementera de arracacha; nuestros soldados alegres por encontrar con qué satisfacer el hambre, corrieron á la plantación, arrancaron unas matas y en una ollita que se encontró en el rancho, se pusieron á cosinarlas; pero aún no había empezado á hervir la olla cuando una partida de más de 50 pastusos, nos atacó, nos defendimos, lo atravesamos, tomamos la cuesta de Taminango, y el día 5 llegamos al Salto de Mayo, sin haber tomado más que agua por todo alimento en estos tres días. Allí encontramos los restos que se habían salvado de la División, al General Sucre, recientemente destinado por el Gobierno á tomar el mando y dirigir las operaciones de aquel Ejército, y á los comisionados Moles y Morales, conductores de los tratados de regularización de la guerra y el armisticio, los que siguieron ese mismo día para Pasto y lograron salvar al Mayor León Galindo, al Alférez José Silva y otros que fueron hechos prisioneros algunos días después del combate y que hubieran sido fusilados si no se publican los tratados.

En esta mal dirigida acción perdimos veinte oficiales, entre los cuales recuerdo como más conocidos míos al Teniente

Coronel Lucas Carvajal, al Capitán Isidoro Ricaurte, á los Tenientes Pedro Vélez, José Baréa y Juan José Rebolledo, de Popayán; á los Subtenientes Castro y Benjumea, algunos ingleses del Batallón *Albión* * y como trescientos de tropa muertos, dispersándose más de ciento, y saliendo herido el Teniente Hermenegildo Correa. Publicado el armisticio, nos quedó por línea divisoria el río de Mayo, que era el punto que ocupábamos, porque perdimos la ventaja de haberla establecido al otro lado del Juanambú, como se le había recomendado al General Valdés.

El General Sucre, compadecido de nuestra miseria, repartió su equipaje entre los oficiales y dispuso retirarnos al Trapiche, lo que se ejecutó el día 15. En este pueblo empezó á dar disposiciones para reorganizar lo que se llamaba Ejército del Sur y aliviar la suerte del soldado, que carecía de todo; mas á principios de Marzo recibió orden del Gobierno para que marchara inmediatamente á Guayaquíl, llevándose parte de aquellas tropas y un cuerpo de nueva creación que se le mandaba al efecto, y anunciándole que el General Pedro León Torres había sido nombrado para sucederle en el mando, el cual dejaría interinamente el General Valdés mientras llegaba aquél.

Para cumplir con esta disposición, marchó con el llamado Ejército á Popayán, á donde llegó al mismo tiempo el Batallón *Santander*, que era el cuerpo de nueva creación que se le indicaba. Con este batallón, el de *Albión* y el Escuadrón de *Guías*, dejando el mando del resto de las tropas al General Valdés, marchó á fines de marzo á la Buenaventura, donde se embarcó con ellas para Guayaquíl.

Dejemos al General Valdés en Popayán esperando al General Pedro León Torres para entregarle el mando de la División y sigamos al General Sucre en su marcha para la Buenaventura. La expedición, de la cual iba por segundo Jefe el General José Mires, se embarcó en Abril, y el 14 de Mayo de 1821 arribó el General Sucre á Guayaquíl con una parte de ella, y pocos días después el General Mires con el resto; pero antes de ocuparnos de las campañas del Ecuador, quiero consignar aquí un hecho heroico de 25 colombianos, acaecido por ese mismo tiempo en las costas del Perú, y del que no se hace ninguna mención en la historia. Conocí en Lima á los que sobrevivieron, orgullosos de llevar en su pecho la condecoración tan bién ganada por su indomable valor.

---

* El Teniente Vélez quedó herido en el campo, y allí con los otros fué asesinado; no hicieron ningún prisionero porque no dieron cuartel á uno solo.

LOS VENCIDOS EN CHANCAY.

Cuando el General Don Pablo Morillo, desembarcando en Margarita, ocupó una parte de las costas de Venezuela en el año de 1815, uno de sus primeros cuidados fué el de organizar fuerzas americanas, con base de cuadros de Oficiales y tropa expedicionaria, con el doble objeto de reponer las pérdidas sufridas en un viaje tan dilatado y de utilizar los servicios de aquellos pocos americanos que por desgracia seguían con entusiasmo la causa del Rey de España. En consecuencia dispuso Morillo que se crearan los Batallones *Del Rey*, *Barinas* y 1º y 2º *de Numancia*. La organización de este último Regimiento se encargó al Coronel Don Sebastián de la Calzada, quien formó el primer batallón en la ciudad de Barinas, elevándolo allí mismo á 600 plazas con un lucido cuerpo de oficiales, la mayor parte americanos, de las pocas familias realistas de Venezuela y Puerto-Rico.

Este primer batallón fué destinado después de la batalla de Cachirí á reforzar las tropas realistas que á ordenes de Sámano obraban al Sur de la Nueva Granada; y á su paso por Bogotá se aumentó á 1,200 plazas, en cuyo número figuraban muchos Oficiales republicanos hechos prisioneros en los últimos combates y destinados por castigo á servir de soldados rasos. En su marcha hacia Popayán encontró y batió en La Plata los últimos restos republicanos que escaparon en la Cuchilla del Tambo al mando del Comandante Monsalve; y con esta pequeña función de armas quedó ocupada la Nueva Granada por las tropas españolas. El Comandante Don Carlos Tolrá, después de hacer alarde de este triunfo insignificante, fué ascendido á Coronel y premiado con otro destino, y le sucedió en el mando del batallón el Teniente Coronel Don Ruperto Delgado. Este recibió orden del Pacificador de acantonarse con el cuerpo en la ciudad de Neiva y establecer un Tribunal, que llamaron de Purificación, para juzgar á los republicanos que cayeran en sus manos, y fueron víctimas de sus juicios militares el doctor Luis García, los señores Fernando y Benito Salas, el Brigadier José Díaz, el Coronel Manuel Tello, * el Capitán José María López y su hermano Francisco, todos fusilados,

* Al hijo de éste (José María), que se hallaba de soldado en el batallón, quisieron los españoles nombrarlo en la escolta que debía fusilar á su padre; pero los Oficiales americanos Luis Urdaneta y los Corderos se opusieron á esta infamia, y lo hicieron salir de Neiva en comisión antes de la ejecución.

y en estatua el doctor Joaquín Borrero (alias Catilina) á quien no consiguieron aprehender.

A principios del año de 1817 el Batallón 1º *de Numancia* fué destinado al Cauca, y allí, á expensas de los habitantes de la provincia de Popayán, se le uniformó y equipó lujosamente, poniendo á trabajar en la construcción del vestuario á las principales señoras de las familias republicanas, á quienes redujeron á prisión con un grillete al pie.

Don Pablo Morillo, orgulloso de haber ocupado á la Nueva Granada y Venezuela con su Ejército expedicionario, que consiguió elevar á 21,300 y más hombres, se equivocó en sus cálculos creyendo que no tendría más enemigos que combatir que las guerrillas de Apure y Casanare para cumplir con su misión de Pacificador, guerrillas á las cuales podía de sobra hacer frente con sus fuerzas; y con ostentación de su preponderancia, resolvió mandar al Virey Don Joaquín de la Pezuela algunas tropas para que reforzara su guarnición, porque ya se notaban en el Perú los síntomas de un descontento general que debía dar por resultado la proclamación de la Independencia; y el año de 1818 hizo marchar á Lima el Batallón 1º *de Numancia*, que fué recibido por el Virey Pezuela con bastante satisfacción.

Desde mediados de 1819 los hijos del Perú amantes de la libertad é independencia de su Patria, y que desde el año de 1812 habían hecho diversas tentativas para sacudir el yugo español, viéndose supeditados por un Ejército numeroso y aguerrido, y comprendiendo que sin la cooperación de las Repúblicas que habían alcanzado su independencia, todo nuevo esfuerzo de patriotismo sería infructuoso, se dirigieron con la mayor actividad y reserva á los Gobiernos de Chile y Buenos-Aires para que llamando la atención del Ejército realista con operaciones hacia la costa y fronteras del Sur del Perú, se disminuyese de tal modo la guarnición de Lima, que pudiera el pueblo dar el grito de hombres libres y afrontar con buen suceso el debilitado número de sus opresores.

Entonces fué cuando los Gobiernos de Chile y Buenos Aires formaron un Ejército unido para abrir operaciones sobre el territorio, á las ordenes del General Don José de San Martín, vencedor en Maipú.

Aquel General desembarcó en Pisco en el mes de Septiembre de 1820, con 4,000 hombres, y venía además á sus ordenes una bonita escuadra, muy regularmente organizada, y su desembarco alentó de tal modo el entusiasmo de los oprimidos peruanos, que poco después empezaron los pronunciamien-

tos de aquellos nobles patriotas, siendo de los primeros pueblos que dieron el grito de independencia los del departamento de Trujillo, encabezados por el desgraciado Marqués de Torre Tagle, que más tarde había de empañar tan glorioso precedente.

El Batallón *Numancia*, estacionado en Chancay, y que, como he dicho, se componía de americanos naturales de Colombia, no pudo ser indiferente á la explosión del entusiasmo que se despertó en aquellas comarcas, y acaudillado por los Capitanes Tomás Heres (después General) y Ramón Herrera (quien más tarde como secuaz de Rivagüero emigró con él á Europa), secundados por los Oficiales republicanos prisioneros, que se hallaban de soldados en el cuerpo, proclamaron la Independencia el 2 de Diciembre de 1820, prendieron al Comandante Don Ruperto Delgado y á unos pocos Oficiales españoles, acérrimos partidarios de Fernando VII, y marcharon á reunirse al General San Martín que se hallaba á las inmediaciones de Lima.

Aquellos Oficiales republicanos prisioneros, que estaban de soldados, Cuervo, Bustamante, Tello, Torres, Zornoza, Geraldino, Antique, Puerta, Montero, Canelones, Guzmán, etc, fueron restituídos á sus empleos; pero al aceptar colocación manifestaron que no perdían su nacionalidad colombiana, y lo mismo hicieron los Capitanes Heres, Herrera y todos los que componían el batallón. Hé aquí por qué aquel cuerpo se reputó siempre colombiano, y por qué el General San Martín al unirlo á su Ejército lo participó al Libertador, poniéndolo á sus órdenes. El Libertador dispuso, en contestación, que siguiera prestando sus servicios á la libertad del Perú, y en Marzo de 1823 vino á tomar en Guayaquil el nombre de *Voltígeros*.

Después de la ocupación de Lima ordenó el General San Martín que 25 hombres con un buen Oficial marchasen á una exploración sobre Chancay para adquirir noticias de la situación del enemigo, y aquella comisión tocó en suerte al Batallón *Numancia*. Marchó en efecto el piquete á las órdenes del Teniente Arango (si mal no recuerdo), recorrió la costa por la orilla del mar hasta el pueblo indicado, y no pudo obtener noticia alguna del paradero del enemigo; regresaba por el mismo camino cuando á poco de haber salido de Chancay se vieron cercados por un Regimiento de más de 600 hombres de caballería que les intimó rendirse; Arango y los suyos, que no eran inferiores en valor y heroísmo á la guardia imperial del primer Napoleón, respondieron á la intimación con una descarga que bajó á algunos hombres; los españoles, admirados de tánta au-

dacia, los estrechan sin resolverse todavía á cargarlos lanza en ristre; y se limitan á intimarles rendición nuevamente; la respuesta fué una nueva descarga que bajó á un número mayor de ginetes; entonces la rabia y el furor se apoderan de los españoles, cargan sobre el pequeño número de tan osados adversarios; éstos, sin dar un paso atrás, reciben calando bayoneta el empuje de la numerosa caballería : mueren catorce ; son heridos el Oficial y siete más ; y sin embargo, los cuatro numantinos que aún quedaban en pie, como si á pesar de haber repudiado á la España, quisieran hacer una última honra á la antigua ciudad heroica cuyo nombre llevaban, continúan haciendo fuego! Estrechados á la ribera del mar, se lanzan á las ondas, y los heridos los acompañan, buscando unos y otros una tumba segura é inevitable en el fondo del océano, antes que volver á recibir la oprobiosa cadena de la servidumbre que con tanta gloria acababan de sacudir.

Justicia á la España siempre que la merezca !

El Jefe español, asombrado al presenciar tánto heroísmo, tánta resignación, tan indomable valor, debió conmoverse; tal vez vino á su memoria, como me ha venido á mí, el recuerdo glorioso de la siempre célebre ciudad de Numancia ; ó acaso el de las empresas del Cid, ó tantos otros que señalan la antigua hidalguía castellana : el hecho es que con voz de trueno mandó apear aquellos de sus ginetes que fueran buenos nadadores ; bajan treinta ó cuarenta, les ordena que se arrojen á las ondas á salvar aquellos valientes, y unos minutos después, doce cuerpos casi exánimes, entre ellos ocho exangües, yacían tendidos en la playa de aquella ribera.... ....Estos eran los vencidos en Chancay.....

Siento no tener seguridad de que el Brigadier Ferraz fuese el Jefe del Regimiento, porque cuando se conmemora una acción noble y gloriosa, el corazón se deleita en nombrar al que la ejecuta ; pero fuese el Brigadier Ferraz ó cualquiera otro, reciba, si vive, el homenaje de mi gratitud. El llevó su caballeroso esmero, después de curarlos y proporcionarles toda clase de recursos, al extremo de mandar aquellos doce valientes, con los mayores cuidados y consideraciones, al cuartel general del Protector San Martín, expresando su admiración por la heroicidad de su conducta, y recomendándolos como valerosos y egregios guerreros.

El General San Martín, que no era indiferente á ningún rasgo de heroico patriotismo y de abnegación, y que ejercía entonces el mando supremo en el Perú con el título de Protector, expidió inmediatamente un decreto por el cual mandó abrir

una medalla para honrar aquel glorioso apostolado : dicha medalla tenía la figura de una S al revés, pendía de una cinta bicolor, y llevaba el siguiente mote :

"A LOS VENCIDOS EN CHANCAY."

CAMPAÑA DEL ECUADOR.

En la trasformación política de Guayaquíl tuvieron que entrar, á pesar suyo, arrastrados por el movimiento popular, los Oficiales que hacían la guarnición de esa plaza ; el Gobierno que se estableció necesitaba crear tropas para sostener su pronunciamiento, y dichos Oficiales, algunos de ellos sin convicción, tomaron servicio en los cuerpos que se organizaron.

El Presidente del Ecuador, General Don Melchor Aymerich, no disponía en Quito de fuerza alguna capaz de obrar sobre Guayaquíl, porque hasta entonces no creía tener otros enemigos que lo atacaran sino los que fuesen de Popayán sobre Pasto, en cuya defensa había fijado su atención particular.

La Junta gubernativa de Guayaquíl, aprovechando la ocasión para dar libertad á los pueblos del Sur, hizo organizar una columna, y regularmente equipada la puso á las órdenes de los Coroneles Luis Urdaneta y León Febres Cordero, los que sin pérdida de tiempo abrieron operaciones sobre Quito. Sin obstáculo, favorecidos por la opinión de los habitantes de Cuenca, Loja, Riobamba, Ambato y Tacunga, penetraron hasta Machache, donde sorprendieron una partida realista que el Presidente del Ecuador mandaba para Cuenca, conduciendo presos al Brigadier Don Sebastián de la Calzada y al Coronel Don Nicolás López; Calzada logró escaparse y por no volver á Quito á disposición de Aymerich, se internó en la montaña, se embarcó en el Marañón, salió al Brasil y de allí pasó á Venezuela, donde continuó sirviendo al Rey hasta que se ocupó la plaza de Puerto-Cabello por las tropas republicanas, y López fué remitido preso á Guayaquíl. El General Aymerich con la mayor actividad, reunió toda la fuerza que le fué posible y los atacó en Guachi, donde después de una función de armas bastante reñida, Urdaneta y Cordero fueron derrotados, con pérdida de la mayor parte de la columna.

No desalentada por este revés, la Junta de Guayaquíl

hizo una leva y reorganizó su actitud militar. El Coronel Don Nicolás López, que era americano, aparentó decidirse por la causa de la Independencia, y se le dió colocación, confiándole el mando del Batallón 1º *de Guayaquíl* y dándole por segundo Jefe al Teniente Coronel Salgado; y la Junta lo mandó situar en la Bodega de Babahoyo, á la vanguardia, puede decirse, haciéndole frente al enemigo.

Hallábanse las cosas en este estado cuando el General Sucre arribó á Guayaquíl y se encargó del mando de las tropas que encontró allí, y reuniéndolas á las que llevó, organizó una División. Aunque desconfiaba del Coronel López y de otros, no se atrevió á removerlos, respetando las disposiciones de la Junta gubernativa que los había empleado.

El 17 de Junio, cuando el General Sucre se hallaba en la frontera á consecuencia de un movimiento del enemigo, que le obligó á salir de Guayaquíl, los Capitanes Caamaño y Ollague se sublevaron con seis lanchas cañoneras que había en el puerto, llevándose además la corbeta *Emperador Alejandro* allí fondeada, y emprendieron su fuga mar afuera, á tiempo que el día 19 López y Salgado, sublevados también con su batallón en Babahoyo, emprendieron la fuga para Quito. Luégo que el General Sucre tuvo noticia de estos sucesos, voló á Guayaquíl, tripuló en el acto dos buques con los Batallones *Gámeza* y *Albión*, y mandó perseguir las lanchas, con tal eficacia que fueron apresadas antes de que salieran del río, menos la dicha corbeta, que á toda vela pasó de la isla Puná en dirección al Istmo. Los Comandantes Federico Rasch y Cayetano Cestaris con un escuadrón, persiguieron á López y Salgado, que con la mayor parte de su reducido cuerpo, continuaban su fuga; en Palo-largo, antes de llegar á Guaranda, les dieron alcance, y los sublevados, sin valor para batirse, dejaron disolver el batallón, salvándose solamente aquellos dos Jefes prófugos y unos pocos Oficiales comprometidos.

Con motivo de este alzamiento, 69 españoles fueron reducidos á prisión en Guayaquíl, como muy partidarios de Fernando VII y activos cooperarios en aquel escándalo. Se les deportó á las costas del Pacífico, y allí recibieron pasaporte de orden del General Santander para trasladarse á donde quisieran, excepto, por entonces, á Guayaquíl.

La sublevación de estas tropas paralizó las operaciones que se trataba de emprender; el General Sucre tuvo que ocupar su atención en restablecer el orden y la tranquilidad turbados momentáneamente; hizo muchos arreglos en la División, y se preparó á esperar á los enemigos, que por dos puntos, se-

gún las noticias recibidas, intentaban invadir á Guayaquíl, confiados seguramente en los pérfidos golpes de López y Salgado, Caamaño y Ollague, y por instigaciones de algunos peninsulares.

Sin embargo de que esta sublevación no produjo ventaja alguna á los españoles, el General Don Melchor Aymerich organizó una División en Quito, y una columna de mil y tantos hombres en Cuenca; púsose á la cabeza de la primera, confió la segunda al mando del Coronel Don Francisco González; salió aquél de Quito con su División por Guaranda en vía para la Bodega de Babahoyo, y González de Cuenca con su columna atravesando la montaña de Yaguachi para salir al pueblo de este nombre, donde según su plan de ataque debían reunirse y obrar en combinación sobre Guayaquíl.

ACCION DE YAGUACHI Y SUS PRISIONEROS.

El General Sucre, bien instruído de los movimientos de Aymerich, reunió todas sus fuerzas en la bodega de Babahoyo el día 7 de Agosto, para hacer frente á la División que venía por Guaranda y cortarle la comunicación con Yaguachi; el 12 se presentó ésta al frente de nuestros puntos avanzados y nuestro Ejército salió á recibirla en Palo-largo; pero no quiso Aymerich comprometer ni una guerrilla; hizo alto por dos días en aquel punto, y en sus movimientos se conocía que aguardaba noticia de la columna de Cuenca para obrar con su apoyo. Como el General Sucre tenía un espionaje muy activo y contaba con buenos prácticos del terreno y con la cooperación de todos los moradores de aquellas comarcas, los hacendados de Yaguachi, y especialmente uno de ellos muy patriota, el señor Icaza, informaron el día 14 que el Coronel González con su columna debía salir á aquel pueblo precisamente el 18, porque los espías lo habían dejado en el páramo á la entrada de la montaña. Colocado el General Sucre entre estos cuerpos enemigos, se propuso batir primero al más débil, y después al otro antes que pudieran reunirse; y, aparentando que intentaba atacar la División que tenía al frente, la entretuvo con algunos movimientos, y al amanecer del 17 se movió aceleradamente y ocupó á Yaguachi aquella noche; el 18 por la mañana una compañía de *Dragones*, con el Comandante Cestaris, fué destinada á reconocer al enemigo que ya salía de la montaña y examinar el terreno para escoger un campo donde presentarle la batalla,

llevando además el encargo de tomar á todo trance un prisionero á quien examinar. Esta recomendación fué plenamente satisfecha, pues tomó no sólo un prisionero sino toda la descubierta sorprendida sin que se escapase ninguno. Al amanecer el 19 salió el Ejército de Yaguachi á encontrar al enemigo y ocupar la posición elegida el día antes por el Comandante Cestaris. Como á tres leguas de camino, nuestra descubierta divisó la del enemigo que avanzaba á paso acelerado; el General Mires con el Batallón *Santander* y una compañía de *Dragones* trató de rechazarlo para ocupar el punto que se le había indicado, que ya quedaba á retaguardia del enemigo, y con esta ocasión se empeñó el combate como á las once de la mañana. El terreno, aunque plano, estaba cubierto de bosque alto, sin más espacio para desplegar las tropas que un camino angosto donde sólo dos hombres podían pasar de frente; sin embargo, haciendo un esfuerzo, la compañía de *Cazadores de Santander* penetró en orden de tiradores por entre el bosque á su flanco derecho, y otra guerrilla de la primera compañía por la izquierda; el fuego fué sostenido largo tiempo hasta que el resto del batallón cargó de frente y rechazó al enemigo hasta un punto donde le permitió el terreno formar cuadro; y allí resistió al ataque de nuestros tiradores que lo acometían por derecha é izquierda. El Comandante Félix Soler pudo formar dos compañías por mitades, y con ellas intentó romper el cuadro: lo cargó con decisión y arrojo, y precipitándose sobre él, cayó muerto este valiente Jefe entre las filas enemigas. El Capitán Trinidad Morán, que con una compañía de *Dragones* secundó al Comandante Soler en el ataque, y un piquete de caballería conducido por el Teniente Icaza, dieron una carga vigorosa al enemigo, que aterrado á su aspecto, plegó al instante cediendo el campo, y se declaró en completa derrota. De toda la columna que llevó el Coronel González, sólo se salvaron 120 con él; su pérdida consistió en 150 muertos, tres Oficiales y 76 heridos de tropa; se le hicieron prisioneros al segundo Jefe, Teniente Coronel Francisco Eugenio Tamarís, que tomó servicio entre nosotros, 12 Oficiales y 600 de tropa; quedaron en nuestro poder 819 fusiles con sus correspondientes fornituras, 20 cajas de guerra, 22 cornetas, todas sus municiones, y cuanto conducía la columna.

Nuestra pérdida consistió en el Mayor Félix Soler y 19 individuos de tropa muertos; heridos el Capitán Cabal, los Subtenientes Vergara y Quintana, y 21 de tropa, saliendo con una contusión el sereno General Mires.

Al día siguiente de esta feliz jornada, el General Sucre

marchó con el Ejército á Babahoyo á hacerle frente á la División de Aymerich, quien ya se adelantaba hacia Yaguachi á reunirse con la columna de Cuenca según su combinación, y al efecto había hecho un movimiento por el flanco izquierdo; pero al presentarse nuestra vanguardia retrocedió hasta Sabaneta; allí tuvo noticia de la destrucción de la columna en Yaguahi, y aunque se le provocó con varios movimientos, no quiso comprometer un combate. El 24 por la tarde levantó repentinamente el campo, emprendiendo una retirada precipitada y vergonzosa que parecía más bien derrota, pues nos abandonó bagajes, armas, municiones y un número considerable de dispersos que se fueron presentando á nuestra caballería que les picó la retaguardia.

Informado el General Sucre de que en Quito se encontraban unos prisioneros de los que nos habían hecho en el Sur, propuso canje al General Aymerich por los que acababa de hacer en Yaguachi; Aymerich convino en ello anunciándole que tenía ciento en las cárceles de aquella ciudad, y comisionó al Teniente Coronel Don Francisco Jiménez para que lo efectuara. Jiménez llegó á Babahoyo el 27, y el General Sucre, impuesto de su comisión, dejando el mando del Ejército al General Mires, se trasladó á Guayaquíl con Jiménez. Luégo que llegaron á la ciudad puso á su disposición los doce Oficiales, y como no había ningunos nuestros para el canje, fueron juramentados de no tomar servicio mientras aquél no tuviera lugar, y se les franquearon todos los auxilios de dinero y cuanto necesitaban para su marcha. En cuanto á la tropa, el General Sucre no se resolvió á escoger quiénes fuesen canjeados, y propuso que se explorase su voluntad; dió facultad á Jiménez para que fuera á los pontones y viese él mismo los que quisieran seguir con él; pero aquí vino á manifestarse ese sentimiento tan natural en el americano por la libertad. El Comandante de los pontones presentó á Jiménez los 600 prisioneros, manifestándoles que iban á ser rescatados para volver á servir en el Ejército español; el mismo Jiménez les hizo presente el objeto de su misión, previniéndoles que los que tuvieran gusto en marchar con él á Quito á continuar prestando sus servicios al Rey, dieran un paso al frente: todos se mantuvieron firmes en sus puestos; un murmullo sordo corrió por las filas, y requeridos nuevamente por Jiménez, contestaron á una voz:—"Preferimos ser prisioneros de la República, antes que volver á servir al Rey de España. ¡Viva Colombia! ¡Muera el Rey de España!"—Jiménez, avergonzado y confuso, volvió á dar cuenta al General Sucre de lo ocurrido, y le ase-

guró al mismo tiempo que la conducta de los prisioneros le servía de lección convenciéndolo de que no debía continuar en las filas de la tiranía ; pidió servicio en las republicanas, y por escrito dió cuenta de todo al General Aymerich, inclusive la resolución que había tomado, de no servir más al Rey de España.

El General Sucre informó al Vicepresidente de aquel acontecimiento en la comunicación que sigue :

Cuartel general en Guayaquíl, á 31 de Agosto de 1821.

Al Excelentísimo señor Vicepresidente de Cundinamarca.

Excelentísimo señor : En la Gaceta que acompaño verá Vuecencia las comunicaciones que he dirigido al General Aymerich para estipular canje de nuestros prisioneros. El Teniente Coronel español Don Francisco Jiménez ha venido comisionado por dicho General para llevarlo á efecto ; se le ha franqueado dinero y todos los auxilios que ha pedido para los Oficiales ; pero habiendo indicado á la tropa prisionera en los pontones, el objeto de su comisión, le han contestado públicamente que prefieren ser prisioneros de la República á ser soldados del Ejército español. Le han gritado en su presencia repetidas vivas á Colombia y execraciones numerosas al Rey de España. Este suceso ha comprometido mis ofertas del canje estipulado, particularmente cuando el mismo Jiménez ha protestado que no servirá jamás á la tiranía y se ha alistado en las banderas del Ejército libertador : él lo ha anunciado así al General Aymerich, indicándole la dura lección que ha recibido de los prisioneros, lo que influirá poderosamente sobre los restos de la tercera División. He resuelto efectuar el canje de los doce Oficiales que están en mi poder, y vacilo en la incertidumbre de si debo ó no sortear de los 600 prisioneros los que necesitamos para libertar los cien nuestros que me anuncia estar en las cárceles de Quito ; mas veo por otra parte, que es una crueldad exponer al furor de los españoles á cien americanos que han manifestado tan nobles sentimientos.

Dios guarde á Vuecencia muchos años.

Excelentísimo señor—Antonio Jose de Sucre.

El triunfo de Yaguachi, y la fuga, más bien que retirada de la División de Aymerich, halagaron al General Sucre, y sin perder momento, abrió operaciones sobre Quito. Mas los españoles recibieron auxilios en su fuga, se rehicieron, cobraron aliento y tomaron la resolución de esperarnos en Ambato.

El General Sucre se demoró en Guayaquíl unos pocos días á fin de efectuar el canje de los prisioneros; pero entre tanto hizo marchar la División á las órdenes del General Mires con la esperanza de batir á los españoles en el primer encuentro, y no se reunió á ella sino el día 5 de Septiembre, en *Palo-largo.*

BATALLA DE GUACHI.

La campaña de 1821 en el Ecuador empezó bajo muy buenos auspicios : la jornada de Yaguachi, la conducta de los prisioneros, el paso dado por el Comandante Jiménez, encargado del canje, y la precipitada fuga que la División española emprendió en desorden para la Sierra, perdiendo más de 400 soldados, todo presagiaba un éxito feliz. Con estos precedentes el General Sucre, lleno de confianza, hizo marchar el Ejército desde Babahoyo, á principios de Septiembre, y por el Zapotal al Coronel Illingrot, con 300 hombres, para que saliendo á Latacunga, amenazase á Quito, que estaba descubierto por haber salido toda la guarnición á reforzar la División que salió de Babahoyo.

El General Aymerich, que con el auxilio de esta guarnición reemplazó las bajas que había tenido y aun aumentó sus fuerzas, logró restablecer el orden é introdujo en sus filas la moral y disciplina, y contaba con una caballería tres veces mayor que la nuéstra, con excelentes caballos, puesta á las órdenes del Coronel Moles.

El General Don Melchor Aymerich, ya por su avanzada edad, ó tal vez cansado por la campaña que emprendió sobre Guayaquíl, se resolvió á dejar el mando personal del Ejército y lo confió al Coronel D. Francisco González, dándole por segundo al Coronel Don Carlos Tolrá, que hallándose de Gobernador en Antioquia cuando se dió la batalla de Boyacá, salió huyendo para el Chocó, se embarcó en la costa y fué á dar al Perú, de donde vino al Ecuador, poniéndose á las órdenes de Aymerich, los cuales, informados de que iba el General Sucre, se situaron en el pueblo de Mocha, resueltos á esperarlo.

El Ejército republicano, al cual se unió el General en Jefe en Palolargo, llegó á Guanujo, donde remontó la caballería en malos caballos. Supo allí el General que el Coronel Illingrot ocupaba á Pujilí, y resolvió hacer un movimiento sobre su izquierda y salir á Ambato por Pucobamba, con la mira de interponerse entre el enemigo y la capital del Ecuador; mas los enemigos, avisados de esta operación, abandonaron á Mocha y se retiraron á Ambato, é inmediatamente el General Sucre ocupó este pueblo.

Aunque los españoles tenían más fuerzas, el General Sucre confiaba en la muy buena calidad de la infantería, y se resolvió á presentarles la batalla. El 12 de Septiembre al llegar á la llanura de Guachi, se encontró en una ensenada al pie de

la cordillera, con el enemigo que allí tenía oculta su infantería; al intentar reconocerlo nuestra vanguardia, la cargaron con su caballería, que fué rechazada por el Batallón *Albión*; repitieron la carga, y *Albión*, apoyado por el primer batallón de Guayaquíl, los rechazó nuevamente hasta las filas de su infantería, que se presentó en aquel momento, desplegando su línea de batalla. El General Mires compremetió el combate con la vanguardia, cargando con resolución y denuedo; los españoles tenían su punto de apoyo á la izquierda sobre su caballería, nuestra derecha era el flanco más descubierto porque no había suficiente caballería que oponerles; sin embargo la infantería se sostenía con valor y arrojo; en más de dos horas de combate se consiguió rechazar el ala izquierda del enemigo, que fué reforzado para volver á la línea, y en aquel instante ocurrió un incidente que decidió la lucha. Parece que fué necesaria la intervención del cielo para que el casi infalible Antonio José de Sucre fuese derrotado en operaciones hechas bajo su dirección. Acaso era providencial que así sucediera, á fin de poner á prueba y ejercitar su actividad, y aquella impasible seguridad de cálculo estratégico que en una campaña de mayores proporciones había de desplegar pocos años después para corona de la libertad de América y de su propia gloria.

El campo de Guachi es un plano árido, y su suelo un arenal de grano muy fino. Cuando más empeñadas estaban las infanterías, un impetuoso viento del Sudeste empezó á levantar espesas columnas de polvo que remolineaban; los españoles emplearon su caballería, no en cargarnos, sino en hacer un movimiento de flanco hasta el punto donde el viento batía con más violencia; corrían de un lado al otro, levantando nubes de polvo cada vez más densas, de suerte que nuestros soldados, fatigados y con los ojos llenos de tierra, no distinguían un objeto á corta distancia; á la sombra de ese inesperado auxiliar, la caballería enemiga se fué acercando y de repente cargó á nuestra infantería, que casi ciega quedó desorganizada aunque no arrollada; pero no le fué posible volver á entrar en formación y se consumó nuestra derrota.

El General Sucre se salvó en su caballo herido, y él mismo con una contusión en un pie y una pequeña herida en la mano izquierda. Nos hicieron prisioneros al General Mires, 36 Jefes y Oficiales y 600 de tropa, inclusos los heridos; y quedaron muertos en el campo los Capitanes Jorge Lozano, hijo del Marqués de San Jorge, Nicolás Gamba y Manuel Buendía, natural el primero de Bogotá, el segundo del Cauca y el tercero de Neiva con 10 Oficiales más, los que ahogados con el polvo no pudie-

ron defenderse ni salvarse. En cuanto á la tropa, no se logró saber el número. En un parte interceptado al General Aymerich después de la batalla, se expresa así: "Aún no puedo calcular el número de muertos; pero horroriza al menos sensible el ver estos campos sembrados de cadáveres y teñidos en sangre. Entre ellos deben contarse más de 170 de su caballería que murieron en las filas de nuestra infantería en la última carga."

El Coronel Antonio Morales, Comandante general de la plaza de Guayaquíl, que comunicó al Gobierno este desastre, no da detalle alguno; se limitó á decir que el General Sucre se había salvado con los Comandantes Cestaris y Rasch, un Ayudante y cien hombres, y á pedir auxilios de tropas y armas pues sólo contaba con 1,00 fusiles que se estaban componiendo en la maestranza, mas después salieron á Guayaquíl cinco Oficiales y algunos soldados.

UNA MARCHA SIN RACIONES.

Los arenales de Guachi, donde el General Sucre perdió la batalla del 12 de Septiembre de 1821, están situados al Sur de la ciudad de Quito, entre la de Ambato y el pueblo de Mocha; como una legua adelante de este pueblo se apartan los caminos, el que se dirige al Sur por toda la planicie hacia Riobamba, y el que por el Occidente, atravesando la cordillera por el pie del Chimborazo, llega á Guayaquíl por Guaranda. Entre estos dos caminos la cordillera se dilata al Sur, oblicuando un poco al Occidente hasta el Asuai.

Deshecho el Ejército del General Sucre como á las tres de la tarde, la flamante caballería del enemigo ocupó ambos caminos, persiguiendo, lanceando y haciendo algunos prisioneros de los derrotados. El General Sucre, que con un piquete de caballería pudo escapar por el camino de Guaranda, fué perseguido hasta el pie del Chimborazo. Los Oficiales y tropa de infantería que lograron escapar de ser prisioneros, se dispersaron en la fuga, procurando no tomar ningún camino para evitar la caballería enemiga.

Entre los pocos que escaparon, una partida de diez y siete hombres con el Capitán Molina, el Teniente Morales y los Subtenientes González y Hernández, se reunieron al pie de la cordillera adelante de Mocha, entre los caminos ya mencionados, y se propusieron subir á la cumbre y descender á la costa,

calculando que no les sería muy difícil atravesar la montaña y salir á las orillas del Guayas, bien á la bodega de Babahoyo ó bien á Samborondón, ó salir á las del Yaguachi ó al pueblo de este nombre.

El 12 por la noche pernoctaron en la cumbre; el 13 muy temprano emprendieron la marcha, y como á las diez de la mañana divisaron, no la costa como ellos pensaban, sino un espacio inmenso, cubierto de vapores que no les permitía distinguir el terreno que tenían al frente, aunque estaban seguros que era la montaña que desde el pie de la cordillera se dilata hasta la ribera de los ríos que he mencionado. Sin arredrarse siguieron su camino bajando por una cañada bastante escarpada al principio, cuyo piso fué mejorando á proporción que descendían; mas no les fué posible llegar al pie de la cordillera. El 14 en la tarde encontraron el terreno llano, se hallaban en la parte plana de la montaña, y esto los reanimó; pero viéronse acosados del hambre porque no encontraron animal ninguno que pudieran matar para alimentarse. El 15 muy temprano continuaron la marcha con la esperanza de llegar aquel día á uno de los ríos á donde se dirigían; extenuados de inanición y de fatiga llegaron á la orilla de una quebrada á las seis de la tarde; pusiéronse á deliberar qué medio empleaban para satisfacer el hambre, y acordaron que al día siguiente harían otro esfuerzo para ver si alcanzaban á salir de la montaña; pero que si al medio día no lo habían conseguido, echarían suerte á ver á quién le tocaba morir para que se alimentaran los demás. El 16 tomaron el curso de la quebrada, y al medio día, casi exánimes, hicieron alto en una vega y sortearon la víctima decretada, la cual resultó ser el Capitán Molina, quien se prestó gustoso á morir, con tal que se salvaran sus compañeros; mas quiso la suerte que el simpático y valeroso Molina fuese el más querido por todos los individuos de esa hambrienta partida, y en fuerza de esto, sintiéndolo todos y callándolo al mismo tiempo, difirieron su muerte para más tarde, y haciendo otro supremo esfuerzo, continuaron la marcha halagados siempre con la esperanza de encontrar un camino ó vereda que los condujera á alguna casa, pues según sus cálculos la orilla de uno de los dos ríos no podía distar mucho. Sinembargo, llegó la noche y se encontraron como antes, en la montaña desierta. Acamparon á la orilla de la quebrada, y como casi ninguno tenía aliento, el mismo Capitán Molina los animaba á que le quitasen la vida y se alimentaran con su carne, toda vez que con su muerte se salvaban veinte hombres que podían ser más útiles que él á la causa de la libertad. A pesar de que los de-

voraba el hambre, pues no habían encontrado en la montaña ni una fruta silvestre, ninguno se atrevió á proponer la ejecución del sentenciado. Aunque no sabían dónde se hallaban, el curso de la quebrada les ofrecía una ruta segura para llegar á uno de los ríos anhelados, en cuyas márgenes se encuentran establecidos algunos labradores. El 17 muy temprano se movieron de nuevo, caminando despacio y descansando de trecho en trecho, con los piés hinchados, y lastimados algunos en las asperezas de las rocas al bajar de la cordillera. Ya serían las doce, y el desaliento se iba apoderando de todos, porque les faltaban las fuerzas para caminar, cuando el Capitán Molina, agradecido por la prueba de afecto que le habían dado perdonándole la vida, se puso en pie y les habló con energía: "Camaradas, les dijo, hagamos el último esfuerzo y nos salvamos todos ó todos perecemos, adelante!" y reanimándolos los hizo emprender la marcha. Estas breves pero elocuentes palabras, les infundieron de nuevo el perdido aliento y apuraron el paso cuanto les fué posible. Como á la una de la tarde oyeron cantar un gallo y se hincaron de rodillas á dar gracias á la Providencia que los había salvado. A poco trecho encontraron la casa de un aldeano y una familia hospitalaria que se apresuró á socorrerlos, suministrándoles todos sus alimentos disponibles. Allí pernoctaron esa noche, y al día siguiente fueron conducidos por el amo de la casa al pueblo de Yaguachi, donde el Alcalde les proporcionó los auxilios necesarios y una balsa para seguir á Guayaquíl. Con esta clase de hombres se consiguió la Independencia.

Los mismos Molina, Morales y Hernández en Guayaquíl me hicieron esta sucinta relación, que no he podido olvidar, porque ella me recuerda la situación casi idéntica en que me encontré cuando nos derrotaron en Genoy, el 2 de Febrero del mismo año de 1821.

El General Sucre, salvado únicamente con los Comandantes Federico Rasch y Cayetano Cestaris, y con su Ayudante de campo Capitán Jordán, hijo de Chile * y cien hombres de tropa, tuvo la precaución de dar aviso desde Guaranda al Coronel Illingrot del desgraciado suceso de Guachi, previniéndole que se retirara antes que los enemigos lo atacaran. El Coronel Illingrot, burlándose de una columna que mandaron en su persecución, por un movimiento aparente que emprendió á su vista en la tarde del 15 sobre su flanco izquierdo, retrocedió

* Este valiente Oficial volvió á su patria al año siguiente, y fué ascendido á Teniente Coronel, confiándole el mando de un batallón con el cual se le destinó á combatir contra los araucanos, y murió en el primer encuentro que tuvo con ellos.

por la noche y volvió á tomar la ruta hacia Babahoyo, y salió con sus 300 hombres á Guayaquíl. Esta tropa, los ciento que sacó el General Sucre, cinco Oficiales, cincuenta y tantos soldados de los derrotados que salieron después, y los prisioneros de Yaguachi que voluntariamente se enrolaron en las filas del Ejército, muchos de los cuales fueron á morir en Pichincha, Ayacucho y el sitio del Callao, fieles á las banderas de la Patria, sirvieron de base para formar una División.

No se arredró el General Sucre por este gran revés. Siempre sereno, siempre laborioso y activo, y vigilantísimo en todo momento, improvisó nuevas fuerzas como por un dios creador, y haciendo uso de las facultades que se le habían conferido, formó los Batallones *Guayas* y *Yayuachi*, reorganizó el de *Albión*, creó dos escuadrones, uno de *Dragones* y otro de *Lanceros*, y reclamó al Perú el Batallón *Colombiano de Numancia*, que no se le mandó porque se hallaba en la campaña de Janja con el General Arenales; mas en su reemplazo el General San Martín le ofreció la División que estaba formando en Puira el Coronel Don Andrés de Santa Cruz, á quien le previno que con toda la fuerza que tuviera se pusiera á disposición del General Sucre y cumpliera las órdenes que éste le comunicara. Haré una mención honrosa del Coronel Santa Cruz. Luégo que tuvo noticia de la derrota de Guachi, y antes de recibir la orden del General San Martín, le ofreció al General Sucre su cooperación y aun concurrir personalmente con su División á la libertad del Ecuador: deseos que se le cumplieron más tarde.

El Gobierno de Colombia, que tenía fija su atención en las operaciones que emprendiera el General Sucre en el Ecuador, antes de tener noticia alguna del desastre de Guachi había dispuesto que el Batallón *Paya* de 600 plazas, mandado por el Teniente Coronel José Leal y que hacía parte de las tropas que estaban en Popayán, embarcándose en la Buenaventura arribara á Guayaquíl á reforzar aquella División. Este cuerpo salió de Popayán á principios de Septiembre, y al llegar á Cali fué acometido por una fiebre violenta, aunque no peligrosa; sin embargo 300 hombres entraron á curarse en el hospital y el Comandante Leal siguió con los otros 300 á la Buenaventura, dejando en Cali al Mayor José González para que cuando se alentaran los soldados marchara con ellos á reunírsele.

El Comandante Leal encontró en el puerto el buque que debía trasportar aquella tropa, y sin esperar la que quedó en Cali, se hizo á la vela con la que llevaba, arribando á Guaya-

quíl en Octubre, cuando el General Sucre tenía más urgente necesidad de ello.

El General Aymerich, que después del triunfo en Guachi creyó obra muy fácil invadir á Guayaquíl, puso una Divisón al mando del Coronel Don Carlos Tolrá, y lo hizo marchar con ella desde Riobamba. Tolrá llegó sin obstáculo alguno hasta la Sabaneta, y avisado de ello el General Sucre, salió á encontrarlo *en la bodega de Babahoyo* con las tropas que había podido arreglar. El invasor no se atrevió á intentar, no digo un combate serio, pero ni siquiera una escaramuza; convencido de que no tenía tropas suficientes para seguir en la empresa de que estaba hecho cargo, entró en comunicación con el General Sucre, y el 20 de Noviembre tuvieron una entrevista, de la cual resultó un armisticio por noventa días, retirándose Tolrá con su División á Riobamba. Con este motivo el General Aymerich no intentó otra excursión sobre Guayaquíl, y dió lugar á que el General Sucre, repuesto de la pérdida de Guachi, y reorganizado, abriera á principios del año siguiente la gloriosa campaña que terminó en Pichincha. Darle tiempo á un enemigo como el General Sucre, era aguardar su perdición.

El General Don Juan de la Cruz Mourgeón, nombrado Virey de Santafé y Presidente y Capitán General de Quito, llegó á Panamá á fines de Agosto con el Batallón *Tiradores* de Cádiz y muy pocas plazas, y un lucido cuadro de Oficiales españoles. Como en la Nueva Granada empezaba ya la libertad, y Guayaquíl había proclamado su independencia, no le quedó otro recurso que seguir á Quito: dejó en Panamá encargado del mando de esa plaza al Coronel Fábrega, zarpó de aquel puerto con la pequeña tropa que trajo y el Batallón *Cataluña* que se hallaba de guarnición en Panamá, desembarcó en Atacames, y por la montaña de Esmeraldas salió á la capital del Ecuador, sufriendo en el tránsito una caída que le afectó sensiblemente una pierna y vino más tarde á ocasionarle la muerte. Este General español, de principios muy liberales, luégo que llegó á Quito, fué reconocido en su carácter de Presidente y Capitán General; por su política se captó las simpatías de los ecuatorianos, aun los más patriotas, que no recibieron de él vejación ninguna, lo estimaban particularmente y se mostraban satisfechos de su administración. La primera medida que adoptó fué la de soltar los presos políticos que había en las cárceles, y darles libertad igualmente á los prisioneros de Guachi, exigiéndoles juramento de no tomar servicio mientras no fueran canjeados, exceptuando sólo de esta gracia al General José Mires, por ser español de nacimiento.

Entre tanto los soldados del Batallón *Paya* que quedaron enfermos en el hospital de Cali, se fueron restableciendo, y á principios de Noviembre estaban todos buenos. El Mayor González marchó con ellos para el Cascajal (hoy Buenaventura), donde tuvo que esperar el regreso del bergantín *Ana Bolívar*, que fué el mismo buque que trasportó el otro medio batallón. Aunque esta tropa hubiera seguido antes con el Comandante Leal, se habría demorado en el puerto, hasta que el buque volviera de Guayaquíl, porque siendo un bergantín de guerra de 18 carronadas, no podía recibir á su bordo más de 300 hombres. Al fin llegó éste el día último de Diciembre, y á principios de Enero salió del puerto, llevando á su bordo al señor doctor Joaquín Mosquera, Ministro Plenipotenciario de Colombia para los Gobiernos del Perú y Chile. La navegación fué dilatada y penosa por la falta de viento: á los 22 días, escasos de víveres y sin poder remontar la punta de Santa Elena, desembarcó la tropa en el puerto de Manta, partieron atravesando la provincia de Manabi, llegó á Daule donde se embarcó en balsas para Guayaquíl arribando á esta ciudad á principios de Febrero.

Resuelto ya el General Sucre á emprender la campaña con la cooperación de las tropas del Perú, comisionó al Coronel Tomás Heres para que fuera á Piura, se pusiera de acuerdo con el Coronel Santa Cruz, acordaran el punto de reunión con las de Colombia, que precisamente debía ser al occidente de la ciudad de Cuenca, donde los enemigos no podían impedirlo.

Arreglada la ejecución de este movimiento, el Coronel Santa Cruz salió de Piura con su División, atravesó el Macará por el pie de la cordillera, y ocupando la provincia de Loja, se dirigió luégo á la de Cuenca. El General Sucre se hizo á la vela con su División en Guayaquíl el 23 de Enero de 1822, desembarcó en el Naranjal, ocupó á Machala y por la infernal montaña de este mismo nombre, superando muchas dificultades, salió el 9 de Febrero al pueblo de Saraguro, punto de reunión, á donde llegó ese mismo día la vanguardia de la División del Perú, y organizó inmediatamente allí el Ejército libertador.

Al partir el General Sucre de Guayaquíl, dejó dispuesto que cuando llegara el Mayor González con el medio Batallón *Paya*, después de un descanso de pocos días, marchara con él por Yaguachi, atravesara aquella montaña, y saliera á la provincia de Alausí, en donde se incorporaría al Ejército, según sus planes de campaña.

El Coronel Tolrá, situado entonces en Cuenca con su División, supo que el General Sucre había salido al pueblo de Yuleg con una montonera, según creyó él, y se puso en marcha

resuelto á batirlo; pero informado en el tránsito de que esa no era montonera sino tropa reglada y de que en Saraguro se había reunido con una División del Perú, fuerzas que juntas componían ya un Ejército, al cual no podía él resistir con las de su mando, retrocedió inmediatamente, abandonó á Cuenca, y ésta fué ocupada por el Ejército libertador, el 21 de Febrero. Entusiasmados los cuencanos con la vista de un Ejército que les prometía su libertad, proporcionaron gustosos cuantos auxilios necesitaba, y 500 reclutas aumentaron las filas de nuestra infantería, los que fueron disciplinados convenientemente en poco más de un mes que permanecimos en esa capital.

El Mayor González con el medio Batallon *Paya*, cumpliendo con las órdenes que le dejó el General Sucre en Guayaquíl, atravesó la montaña de Yaguachi y salió al pueblo de Cañar en la provincia de Alausí en donde se incorporó al Ejército, en el mes de Mayo, al emprender éste sus operaciones.

Como el Vicepresidente de Colombia lo esperaba todo de la capacidad y pericia militar del General Sucre, no le escaseaba los auxilios que las circunstancias le permitían enviarle. Cuando el Istmo de Panamá proclamó su independencia el 28 de Octubre de 1821, el Coronel Fábrega ofició al General Mariano Montilla, Comandante general de la plaza de Cartagena, para que le mandara alguna tropa con qué hacer frente á cualquiera tentativa de los españoles que quisieran sufocar su pronunciamiento. El General Montilla le mandó el Batallón *Alto Magdalena*, cuyo Comandante era el Coronel Hermógenes Maza; pero fué á órdenes del Coronel José María Cordóba. Al General Santander no le pareció muy necesario este cuerpo en Panamá y sí de mucha importancia en las filas del Ejército que hacía la campaña sobre Quito, y más cuando tenía á su cabeza á los valientes Coroneles Córdoba y Maza, famoso el último en la campaña de Venezuela y ambos en la del Magdalena, y dispuso que este batallón pasase al Ecuador; pero por varios inconvenientes no pudo zarpar de Panamá antes de los últimos días de Mayo y tuvo que superar otros mayores á su arribo en Guayaquíl, donde la Junta de Gobierno no le permitió desembarcar, ni que se le prestase auxilio alguno, y así le fué forzoso seguir y hacer tierra en Machala, porque dichos gobernantes querían que aquella provincia se incorporase al Perú y no á Colombia. Escaso de recursos el Coronel Córdoba, aun con el reducido auxilio que proporcionaron las autoridades de Machala, emprendió la marcha con el cuerpo por esa casi intransitable montaña; en su tránsito perdió más de cien hombres, y todavía en Cuenca en el cuartel se le incendió el parque, pere-

ciendo algunos soldados, por lo cual muy disminuído, no vino á incorporarse al Ejército sino al fin de la campaña; pero á pesar de todo, logró concurrir con el impetuoso Córdoba á su cabeza á aumentar la gloria de su Patria en la batalla de Pichincha.

El 28 de Marzo se movieron de Cuenca los primeros cuerpos del Ejército; el Coronel Diego Ibarra con la vanguardia se adelantó á Guamote, y los enemigos que ocupaban el Cañón, y supieron que tenía poca fuerza, marcharon sobre él con toda la suya; mas aquél, cumpliendo las instrucciones que llevaba se retiró á Alausí, y fué perseguido hasta Ticsan, á donde llegaron los realistas el 14 de Abril. Se creyó que el término de aquel movimiento sería presentarnos la batalla, y nuestro Ejército ya reunido se la ofreció al siguiente medio día; pero no la aceptaron, contramarchando ese mismo día; se les persiguió de cerca y no fué posible obligarlos á combatir, continuando hasta Riobamba su retirada.

El 19 el Ejército libertador se presentó á la vista de la villa, y allí el enemigo salió por fin á recibirlo, ó más bien, á situarse en las colinas de Santa Cruz para impedirle el paso de la quebrada de San Luis, colocando dos escuadrones en Guaslán; nuestros dragones los cargaron, los arrollaron y los obligaron á repasar la quebrada, y como era ya tarde, nos acampamos á su vista á la entrada del pueblo de Punín, en el que nos detuvimos el día 20, aguardando la artillería que había quedado á la retaguardia.

La detención del Ejército este día en Punín, dió lugar á que los Jefes de la caballería enemiga, usando de la mayor perfidia, queriéndose vengar seguramente de la corrida que sufrieron el día antes en Guaslán, convidaron á comer en la villa á los Oficiales de nuestros dragones; algunos de ellos tuvieron la imprudencia de admitir el convite sin conocimiento del General en Jefe. Los que quedaron con el escuadrón creyeron por esto que aquella era una especie de tregua ó armisticio; sin embargo permanecieron vigilantes con sus caballos ensillados y cada uno en su puesto. Aprovechándose los españoles de la confianza que les manifestaron nuestros Oficiales, entregándose á ellos sin cautela, destacaron sigilosamente un batallón de infantería y lo situaron á la espalda del escuadrón de *Dragones*, que, pie á tierra, estaba descuidado, y repentinamente dos escuadrones de caballería enemiga los atacaron por el frente; por fortuna se pudieron retirar por un flanco que les ofreció una salida entre el batallón y la caballería que los atacaba, resistiendo pie á tierra tres cargas consecutivas del enemigo,

hasta que pudieron cabalgar, y aunque los caballos se hallaban bastante estropeados, les hicieron frente y los rechazaron vergonzosamente. Perdimos tres valientes soldados, y los españoles dos en este ataque alevoso.

El 21 por la mañana el enemigo contraído exclusivamente á mantener las colinas de Santa Cruz, que son de muy difícil acceso, descuidó el único paso que nos ofrecía la quebrada por Pantús; á las diez el Ejército libertador levantó el campo, y la vanguardia, por un movimiento rápido, ocupó dicho paso, atravesó la quebrada y se situó en el punto principal para proteger el tránsito del resto del Ejército, sin que se aventurasen á oponérsele. Estando al otro lado, se tornó á presentarles batalla; tampoco esta vez la aceptaron, abandonaron su posición por un movimiento de flanco á la sombra de las colinas y se retiraron á Riobamba. Persiguióseles en esa dirección procurando colocarnos á su espalda para comprometerlos, y de repente nos encontramos con toda su caballería á la falda opuesta de una colina; mas aunque se les provocó nuevamente, eludieron el combate, quizá por una fuerte lluvia que empezó á caer, y se retiraron á paso de trote.

Empeñado el General Sucre en no perder ocasión de forzarlos á una batalla, ordenó al Coronel Ibarra que con toda la caballería los persiguiera y comprometiera un encuentro á todo trance, para ver si se lograba que nos hicieran frente; pero su infantería había abandonado la villa y la caballería había quedado allí sólo para proteger su retirada.

Cuando las casas de la población nos ocultaban del enemigo, dispuso el General Sucre que el Comandante Don Juan Lavalle (después General de Buenos-Aires), con el Escuadrón *Granaderos* de los Andes, atravesara la villa y saliera al lado opuesto por detrás de unas pequeñas colinas, y que la infantería siguiera el mismo movimiento, mientras que el Coronel Diego Ibarra con el resto de la caballería marchaba por el flanco derecho á la vista del enemigo, con dirección al mismo punto, para llamarle la atención.

El Comandante Lavalle se adelantó á galope con los *Granaderos*, y á poca distancia de la población, detrás de las colinas, encontrándose de repente con toda la caballería enemiga, tuvo la audacia de cargarla sin vacilar un momento, y la arrolló hasta las primeras filas de su infantería, donde protegida ya por las fuerzas de ésta, volvió caras. Pero á ese tiempo llegó el Coronel Ibarra con el resto de la caballería, reunióse á los intrépidos *Granaderos*, dieron juntos una segunda carga y tan impetuosa, que rompiendo todo el frente de la División enemi-

ga, derrotaron íntegramente su caballería, que huyó precipitada, dejando muertos en el campo al Capitán español Don Miguel Jaramillo, dos Oficiales más y 52 de tropa; se les tomaron algunas armas, 60 caballos y algunos despojos, y llevaron consigo más de cuarenta heridos, según informes recibidos por nosotros después de este memorable encuentro. Nuestra pérdida consistió en dos arrojados soldados que murieron entre las filas de los enemigos.

El Ejército libertador ocupó el 22 á Riobamba, donde tuvo unos días de descanso, y allí se recibió la noticia de que el 3 del mismo mes había muerto en Quito el General Mourgueón de resultas de una operación que le hicieron en la pierna lastimada, volviendo á quedar con el mando el General Don Melchor Aimerich.

Para seguir el orden cronológico de los acontecimientos, volvamos á Popayán, en donde hemos dejado al General Valdés.

El General Pedro León Torres llegó en Abril de 1821, se encargó del mando de la División y aprovechándose del armisticio, empezó á reorganizar los restos salvados en Genoy, pues los refuerzos que el General Santander se propuso enviar, no habían llegado cuando tornaron á romperse las hostilidades. Los españoles, que no carecían de noticias del estado en que se hallaba el General Torres, y convencidos de que en Popayán no había tropa bastante que pudiera oponérseles, resolvieron venir sobre esta ciudad, contando por seguro con un triunfo, como lo habían alcanzado otra ocasión.

Don Basilio García con el Batallón de *Aragón* y el de Pasto, salió de esta última ciudad, reunió de paso las tenaces guerrillas de Patía, y sin obstáculo alguno llegó con esta tropa á los egidos de Popayán. Informado el General Torres de la aproximación de García, y no contando en efecto con fuerzas que oponerle en campo raso, se atrincheró en las ocho manzanas que circundan la plaza, resuelto á esperarlo, pero tomando todas las medidas posibles para evitar un asalto. Don Basilio ocupó con sus tropas todas las calles exteriores de la ciudad, y más bien se propuso establecer un sitio que atacar al General Torres, pues una vez dueño de todas las entradas de Popayán, se contentaba con impedir la introducción de víveres á la plaza, y mandar algunas partidas á tirotearse en las trincheras, sin atreverse á formalizar un combate. El 20 de Junio, á los 22 días de sitio, convencido de que no era fácil ocupar la ciudad que estaba regularmente defendida, y teniendo noticia de que la noche anterior había llegado y aumentado su fuerza

una partida de reclutas del Cauca, levantó el campo y se retiró á Patía,y de allí á Pasto, dejando establecidas las guerrillas de costumbre, que sin respetar los tratados cometían todo género de atrocidades, con lo cual descansó por algunos días la infeliz Popayán, que es de toda la Nueva Granada el lugar que más ha sufrido en toda época las crueles vicisitudes de la guerra y varias ocasiones con la ferocidad de la barbarie, como si los méritos de sus muchos ilustres hijos sólo hubieran servido para mantener despierta y enconada la implacabilidad de su fortuna.

En el mes de Julio llegaron unas partidas de reclutas, con las que se completaron los Batallones *Cundinamarca*, *Neiva* y *Cauca*, llegó el Teniente Coronel José Leal con el Batallón *Paya* antes mencionado; llegaron también un depósito de soldados que fué de Bogotá y el Coronel Infante con alguna caballería, y así vino á quedar la División en actitud de abrir operaciones, habiéndose, á mayor abundamiento, pasado á nuestras filas el Teniente Coronel Simón Muñoz, el Capitán José Naudin y cuatro Oficiales de los que nos hacían en Patía infatigable guerra de guerrillas.

A pesar de que se carecía de muchas cosas indispensables y aun de bagajes para el parque, contando tropa suficiente, se abrió la campaña el 30 de Julio con el fin de obrar sobre Pasto, no siguiendo el camino que conduce á esa ciudad, sino el del Castigo, para atacar á los enemigos por la costa. Desde el Tambo las guerrillas de Patía empezaron á hostilizar cruelmente la División, hasta el extremo de llegar muchas veces al campamento, tirotearlo por diferentes puntos, matar algunos soldados y capturar á los que después de anochecer iban á cojer agua, para evitar lo cual se hizo necesario custodiarlos constantemente con una compañía.

A despecho de las guerrillas se recorrió el valle de Patía hasta la hacienda del Puro, en vía del Castigo, haciendo varias paradas en este punto, en Guachicono, en San Jorge, en la Herradura y en el Cabuyal; pero sin adelantar cosa alguna, ni conseguir más que la disminución de la fuerza por la escandalosa deserción, efecto del hambre y escasez que sufría la tropa. Todas las noches faltaban 25, 30, 40, y hasta 50 hombres, que con sus armas para defenderse de los guerrilleros, abandonaban las filas: la mayor parte de los Oficiales y aspirantes andaban á pie por falta de bagajes, descalzos, desnudos y muertos de hambre, porque no se encontró en todo el valle un solo animal, ni una sementera; los campos estaban desiertos, las casas abandonadas; sólo teníamos carne cuando se llevaba ganado del

valle del Cauca, para lo cual era necesario mandar un escuadrón de caballería y alguna infantería que lo custodiara desde Popayán, porque de otro modo las guerrillas se apoderaban de él en el camino, y en tales casos, pasaba la tropa hasta sin ración de carne, ni de otra cosa, dos y tres días seguidos.

Persuadido el General Torres de que no podía llevar adelante la campaña emprendida, por el estado á que quedó reducida su fuerza, determinó regresar á Popayán, sin otro resultado que pasearse en el valle de Patía, perder una parte considerable de tropa, enfermarse más de 400 hombres que tuvo necesidad de dejar en Patía, al amparo de la clemencia de los enemigos, recomendándolos particularmente al Comandante guerrillero José María Obando, quien correspondió á las esperanzas del General Torres, y en el Puro hacerle cortar la cabeza al enunciado Capitán José Naudin, porque al pasar por Patía desapareció, y no se volvió á reunir á la División sino día y medio después, lo cual hizo creer al General Torres que había estado todo ese tiempo con los enemigos y les había llevado datos oficiales de nuestra fuerza, pues no se encontraron en el Estado Mayor (del cual era djunto) varios documentos importantes.

Los patianos, más encarnizados que otra vez, seguían haciendo la guerra á muerte, sin respeto á los tratados: una partida de 40 hombres que se nos desertó en la hacienda de la Herradura, fué cruelmente asesinada; cuando la División regresaba, dos días después de su deserción, encontró los 40 cadáveres tendidos en el camino.

Desde que la División volvió á Popayán, las guerrillas quedaron dueñas de todo el Sur hasta el egido, y aun de las primeras calles de la ciudad, llegando su audacia al punto de pernoctar muchas noches en las primeras casas de la entrada, aprovechando esta ocasión para aprehender á los soldados que incautamente solían salir á las afueras. Se mandaban constantemente partidas más ó menos numerosas á despejar los caminos y protejer la entrada de los víveres que venían de los pueblos, y muchas veces fué necesario batirlos para conseguirlo. En los Arboles, Timbío, los Robles, Quilcacé, la Horqueta, Ríohondo y las Piedras, hubo varios encuentros; en el de Quilcacé nos hicieron prisioneros al Coronel Leonardo Infante, al Teniente Coronel Florencio Jiménez (no el Comandante del Callao, de gloriosa memoria), á los Tenientes Ignacio Lecumberry y Juan Moncada, al Comandante Simón Muñoz, que fueron remitidos á Pasto á Don Basilio, quien trató á este último ignominiosamente, porque poco antes se había pasado á nuestras

filas; aparentando que lo remitía preso á Quito, por orden del Presidente, lo mandó de Pasto con una partida, la que llevó orden de matarlo en el camino, y en el punto de los Arrayanes le quitaron la vida á palos. El encuentro de las Piedras fué una función de armas un poco más séria con muchas guerrillas reunidas que fueron batidas.

Entonces fué cuando el General Torres recibió orden del Vicepresidente de hacer marchar á Guayaquíl el Batallón *Paya*, y al obedecerla quedaron sus fuerzas reducidas á menos de mil hombres, por lo cual, atendiendo á la escasez de recursos y al crecido número de enfermos que tenía, determinó retirarse al Cauca, y situó sus restos en Quilichao y Caloto.

A fines de Noviembre recibió el General Torres en Caloto 500 reclutas que el General Santander le remitió de Bogotá con el Teniente Coronel Joaquín París, y con otros más del Cauca reformó la División, encargando del mando del Batallón *Cundinamarca*, con el nombre de *Bogotá*, al mismo Comandante París, á quien inmediatamente hizo marchar con 150 infantes y un piquete de caballería á Popayán, para que ocupase aquella plaza que se hallaba á discreción de las guerrillas mandadas por el Comandante José María Obando. Aquí voy á hacer uso del testimonio del General Joaquín París.

Dice que cuando ocupó á Popayán, desalojó las guerrillas de esa ciudad, y despejó sus inmediaciones hasta donde se lo permitía la poca tropa de que disponía; que el Comandante Obando se retiró á Timbío, y de allí le envió una intimación amenazante, á la cual le contestó de una manera atenta; pero enérgica, y de aquí se originó una correspondencia recíproca, que vino á ser afectuosa y familiar. Colocado en esta posición el Comandante París, se atrevió á insinuarse con el Comandante Obando para que como americano, como hombre de importancia en esa guerra y llamado á figurar en el Ejército republicano, abandonara las filas españolas y viniera á servir á su Patria; mas el General Obando en sus apuntamientos no hace mención de esto; asegura que el primero que le habló sobre el particular fué el General Antonio Obando, después el señor doctor Joaquín Mosquera en un viaje que hizo con él desde Pasto, y últimamente el General Pedro León Torres, cuando por un asunto particular vino á Popayán durante el armisticio. Este hombre dice: "Reunía á la gallardía de su presencia, el singular conjunto de valor, talento, modestia y sobre todo, el trato más dulce. Mi primer sentimiento fué no tener espada para desenvainarla contra él. Así lo conoció, y con aquella dulce y sencilla elocuencia que hacía su más bello adorno, me

habló de 'patria y libertad,' estímulos nuevos para mí. Volví á Pasto, pero ya con el aguijón punzante, que me hacía fluctuar entre los nuevos sentimientos que me había inspirado el General Torres, y el juramento de fidelidad que había prestado á los españoles."

Con motivo del armisticio celebrado en Babahoyo entre el General Sucre y el Coronel Tolrá, el cual era extensivo á la División que estaba en Pasto, el Coronel Don Basilio García comisionó al Comandante Obando para que viniera á comunicarlo al General Torres, quien no tenía facultad alguna para entender en el asunto; pero le manifestó que estaba para llegar el Libertador, por lo que el Comandante Obando regresó, sin haber alcanzado á Caloto.

El Libertador, después de triunfar en Carabobo, dejó al General Páez con tropas suficientes encargado del sitio de Puerto Cabello y puso en marcha para Bogotá los Batallones *Rifles* y *Vencedor* y los Escuadrones de *Húsares* y *Lanceros*, y se vino á Cúcuta á tomar posesión de la Presidencia de la República ante el Congreso constituyente. Autorizado por este Cuerpo para mandar el Ejército personalmente, se separó del Poder Ejecutivo, que quedó á cargo del Vicepresidente General Santander, vino á esta capital, y el 13 de Diciembre marchó para el Sur, previniendo antes que cuando llegaran las tropas de Venezuela, se formara con ellas una División que al mando del General Manuel Valdés, marchara inmediatamente á Popayán.

A fines de Diciembre el Libertador llegó á Caloto, y el de Enero de 1822 marchó para Cali con la División del General Torres, con el objeto, según parece, de seguir con ella, ó menos mandarla al Ecuador, pues de Cali la encaminó para Buenaventura; mas llegando á Papagayero, cerca del embarcadero en el Dagua, no sé por qué razón la mandó regresar á Cali.

El 6 de Enero llegaron á Bogotá el Batallón *Rifles* y el Escuadrón de *Húsares*, conducidos por el Coronel Jacinto La, y el 23 el Batallón *Vencedor* y el Escuadrón de *Lanceros* por el Coronel Bartolomé Salom. Compuesta la División de estos cuerpos, el General Valdés tomó el mando y marchó con ella para el Sur.

Sabido fué entonces por todo el Ejército que el Comandante Obando vino á Cali en Enero y entregó las comunicaciones de que estaba hecho cargo, relativas al armisticio celebrado en Bobahoyo, que el Libertador lo recibió con aprecio, manifestándole una distinción particular, y que en la prime

conferencia que tuvo con él lo reconvino porque servía á los españoles, instándole á abandonar sus filas y venirse á servir á su patria; luégo le indicó que en cuanto á su comisón, se entendiera con el General Torres, quien después de arregladas las condiciones de los tratados le volvió á hablar con entusiasmo y elocuencia de la patria, de la libertad, de la igualdad y de establecer un Gobierno nacional independiente de todo poder extraño. El General Obando confiesa que ya entonces, sin dejárselo comprender al General Torres, estaba decidido á pasar á servir en las filas republicanas y podía hacerlo desde aquel momento; pero que le pareció una felonía, una traición ejecutarlo, abusando de la confianza que habían depositado en él, y resolvió volver á Pasto, rendir su comisión honradamente, y desprendido de todo compromiso, volverse á servir á su patria.

El Libertador hizo marchar al General Torres con la División á Popayán, y él mismo llegó allí en Enero y se ocupó en hacer los aprestos necesarios para la campaña que intentaba emprender, y con aquel ardiente genio que lo animaba y que se esforzaba en comunicar al soldado, inspirándole entusiasmo por la libertad y amor á la gloria, expidió un decreto por el cual dió el nombre de *Vargas* al Batallón de Neiva, y lo colocó igualmente que al de Bogotá, entre los cuerpos de la guardia que eran de su predilección, como que fincara en ellos el orgullo militar de la República.

El Comandante Obando vino á Popayán el 7 de Febrero en la noche, se presentó al Libertador el 8, manifestándole que había venido dispuesto á servir á su patria, y fué acogido con estimación y aprecio.

El 12 dirigió el Libertador una proclama á los patianos, pastusos y españoles de Quito, llamando á los primeros y segundos al seno de su patria, y ofreciéndoles una á los terceros; el 13, confiando dos compañías de *Cazadores* al Comandante Obando, le mandó hacer con ellas un reconocimiento, dando la vuelta por Timbío, y que se dirigiera luégo al Tambo á reunirse allí con el Comandante París, que con su batallón salía el mismo día para ese pueblo.

Sucesivamente salieron los otros cuerpos, se reunió la División en el Tambo y siguió para las Piedras, allí se detuvo cuatro días, y continuó su marcha al valle de Patía, situándose en la hacienda de Miraflores mientras llegaba la División que conducía el General Valdés, que se supo había salido de la Plata, en vía para Popayán; el Libertador la esperaba en esta ciudad con impaciencia, pues su genio inquieto no le daba descanso mientras no ejecutaba lo que tenía en mira.

Llegó por último el General Valdés con la División á fines de Febrero, descansó allí unos días y á principios de Marzo marchó con ella á reunirse en Miraflores el 16 con la del General Torres. El Libertador salió de Popayán el 8, llegó al mismo tiempo que la División al cuartel general y se dió á reconocer en el acto General en Jefe del Ejército.

Pero detengámonos aquí un momento en justificación de aquel gran carácter en el calor de sus operaciones. Como la batalla de Bomboná, ó más propiamente dicho, de Cariaco, ha sido objeto de la crítica de algunos empíricos en el arte de la guerra y de los enemigos del General Bolívar, haremos algunas explicaciones preliminares antes de empezar á describir aquel conflicto, el más tenaz y sangriento que registran los fastos gloriosos de Colombia, aunque muy inferior en resultados á las batallas de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho, y á la naval del lago de Maracaibo.

Los españoles, después de su triunfo en Guachi y de la llegada del General Mourgeón con su pequeña expedición, elevaron su fuerza cuanto les fué posible para hacer frente al sur y al norte de Quito. Crearon un segundo Batallón de *Aragón*, aumentaron en plazas á los Batallones *Tiradores* de Cádiz y *Cataluña*, reorganizaron el *Constitución*, y no descuidaron completar y mejorar su caballería. Con estas tropas, ocupando una extensión de terreno que les permitía movilizarlas sin dificultad para reunirlas en el punto donde quisieran, amagaban por el Sur desde el Chimborazo á la provincia de Guayaquíl y defendían al Norte desde los antemurales que forman las escarpadas rocas del Juanambú, todo el territorio de los Pastos y la costa del Chocó.

Tal era la actitud bélica de los enemigos en el Sur, cuando el Libertador triunfante en Carabobo, llegó á Popayán con una División y se encargó del mando del Ejército y de la dirección de la guerra en aquel extremo de la República. Con su mirada de águila y el seguro instinto de su juicio militar, comprendió, aunque el territorio no le era conocido, que la situación del Ejército realista estaba admirablemente calculada para cargar con una reunión general todas sus fuerzas á cualquiera de los extremos, y batir alternativamente uno y otro Ejército.

Resolvió entonces moverse sobre Pasto, y á cada paso fué confirmándose más y más en su presentimiento por los informes que recibió, pues supo de una manera positiva que Don Basilio García se preparaba á marchar en auxilio de las fuerzas de Quito con el Batallón 1º *de Aragón* y un número

CROQUIS DE CARIACO
1 El Libertador.
2 Caballería.
3 Infantería.
4 Batallón Rifles.
5 Las dos compañías que tomaron las trincheras.
6 Campamento enemigo.
7 Su artillería.
8 Su infantería.
9 La trinchera.
10 Tres compañías de Aragón que defendían la trinchera.
11 Sus abatidas.
B—Hacienda de Bomboná.
P—Puente sobre la quebrada.
T—General Torres.
VOLCAN
LOMA DE CARIACO
QUEBRADA DE CARIACO
CAMINO DE CONSACA PARA YAGUANQUER
RIO GUAYLLABAMBA

considerable de las milicias de Pasto. Era urgente impedir á todo trance aquella operación que ponía al Ejército del General Sucre en peligro inminente de una segura derrota.

Hé aquí las razones y el designio que presidieron á la tan criticada batalla de Bomboná, y que la justifica ante la ciencia de la guerra.

BATALLA DE BOMBONA O CARIACO.

Puesto el Libertador á la cabeza del Ejército, levantó el campo de Miraflores el 20 de Marzo, llegó al río de Mayo el 23, y no se encontró enemigo ninguno como otras veces, siguió á la Venta, y dejando el camino de Berruecos, tomó el de Tuminango para descender al Juanambú y atravesarlo por cierto paso menos defensable que los otros, más abajo del de Guambuyaco, llevando por práctico al Comandante Obando.

El 29, día en que el Ejército llegó á este paso, encontró allí un pequeño destacamento de los enemigos: los batidores de la descubierta lo atacaron, le quitaron la posesión que ocupaba y sin inconveniente alguno se atravesó este río, lo que otras veces no se había alcanzado sino á costa de centenares de víctimas.

El malísimo camino establecido sobre las rocas que bordan las riberas del Juanambú, entorpeció la marcha, y hasta el 3 de Abril no pudo llegar la vanguardia al pueblo de Tambopintado; el resto del Ejército llegó el 4; el mismo día la descubierta salió á explorar el campo y alcanzó á ver algunas partidas de observación del enemigo. El 5, después de tomar algunos informes, aunque inexactos, la vanguardia mandada por el Comandante París rompió la marcha; á poco de haber salido del pueblo se encontró con las partidas enemigas; éstas, al acercarse los exploradores de la descubierta, rompieron el fuego; el Comandante París hizo cargar con la compañía de *Cazadores* y las obligó á retirarse; pero esta retirada fué en ejecución de su plan estratégico.

El resto del Ejército siguió el movimiento de la vanguardia y en el tránsito encontró sucesivamente otras partidas enemigas que se fueron uniendo á la primera; de trecho en trecho, buscando alguna posición ventajosa, se detenían éstas haciendo ligera resistencia hasta que eran desalojadas de aquel punto por la descubierta. En la montaña de Chaguarbamba, ya ascendían dichas partidas á más de 400 hombres;

sin embargo la vanguardia siguió avanzando forzándolas á replegarse.

Un poco antes de llegar el Ejército á Genoy, se presentó el Teniente Alvarez, Oficial de la División del General Valdés, que fué derrotada el año anterior en ese mismo punto, el cual se había mantenido oculto entre los aldeanos de aquella comarca bajo el disfraz de sacerdote, con cuyo carácter era respetado y considerado. Llegó donde estaba el Libertador, y éste se puso á examinarlo minuciosamente; y por los informes que le dió del enemigo, de la posición que ocupaba, las tropas que tenía y seguramente otros datos de importancia, varió en el acto de la resolución que tenía tomada, de atacarlo ese mismo día en Genoy, donde estaba situado.

Sin vacilación alguna mandó retroceder al Ejército en aquel momento, y sirviendo de práctico el Teniente Alvarez, lo condujo hasta un lugar de la montaña de Chaguarbamba, donde se encontró una vereda que conduce á la hacienda de Sandoná, se internó por ella, salió á Tambillo y acampó allí aquella noche.

Por este movimiento se inferirá que el Libertador quiso flanquear al enemigo por su izquierda, siguiendo el camino que al Occidente del volcán de Pasto pasa por las haciendas de Sandoná, Consacá y Bomboná para salir á Yacuanquer, interponerse entre Pasto y Quito, interceptarle la comunicación con el Ecuador, de donde podía recibir auxilios y atacarlo por el Sur, donde el terreno se presta más á las operaciones militares, ó ya también adquirir noticias del General Sucre, á quien se suponía muy inmediato á Quito; pero seguramente no le informaron que antes de salir á Yacuanquer por esa vía, había de encontrar necesariamente tres ó cuatro posiciones inexpugnables, donde 100 ó 200 hombres son suficientes para detener un Ejército de 8,000.

Sea de esto lo que fuere, el día 6 por la mañana el Ejército emprendió la marcha por aquella ruta y acampó á las cinco de la tarde en la hacienda de Consacá; ya de noche los prácticos informaron al Libertador que al lado opuesto de la quebrada que debían atravesar, ascendía el camino por una loma escarpada, de difícil acceso, y ofrecía un punto inexpugnable que, tomado por el enemigo, sería muy costoso desalojarlo de allí; en consecuencia, dispuso que el Comandante París, con el Batallón *Bogotá*, luégo que hubiera comido la tropa, fuera á ocupar dicha altura, lo que se ejecutó de diez á once de la noche, quedando así establecida por entonces la situación del Ejército.

Don Basilio García, que de instante en instante recibía noticias de los movimientos del Ejército republicano, informado de la dirección que éste llevaba, dió la vuelta por el Sur de Pasto, salió á su encuentro, y el mismo día 6 se situó en la formidable posición de Cariaco, que es necesario describir para dar una idea de aquel campo de batalla, donde un arrojo y heroísmo prodigiosos sostenidos durante ocho horas, lograron adueñarse de un largo baluarte natural, reconocidamente inexpugnable.

La loma de Cariaco se alza sobre la falda del volcán de Pasto, en dirección Nordeste á Sudeste, y la quebrada del mismo nombre de Cariaco sale del pie del volcán, corre encajonada por entre escarpadísimas rocas calcáreas, recorre un trecho también Nordeste á Sudeste, y trazando una curva se dirige luégo al Noroeste para ir á confundir sus aguas con las del Guáitara, cuya rápida corriente y pedregoso lecho en ningún tiempo del año dan vado al pasajero. Tampoco la quebrada era accesible sino por un puente de madera terraplenado, de vara y media de ancho, colocado sobre las peñas de las orillas opuestas, paso forzoso del camino que conducía á Yacuanquer. Los enemigos ocupaban con sus tropas toda la parte principal de la loma, cubriéndolas de nuestros fuegos casi en todas direcciones á la sombra de las sinuosidades del terreno y de los barrancos del camino que serpenteando baja al puente, y á la salida meridional de éste situaron su vanguardia y colocaron su artillería, dirigida por el presbítero Don Félix Liñán, Secretario del Obispo de Popayán, doctor Salvador Jiménez, extendiendo las baterías á su izquierda, y cubriéndolo todo con abatidas de árboles. A su derecha, y muy cerca de la cima del monte, levantaron una trinchera para cubrir aquel flanco, que era el menos inaccesible, aunque todavía sumamente difícil de trepar por lo escabroso de la loma; y sostenían ésta tres compañías escogidas del Batallón de *Aragón*, y algunos voluntarios pastusos.

No creyendo el Libertador tener al enemigo tan inmediato, pensó detenerse el día 7 en Consacá; pero falto de víveres para racionar la tropa, tomó una de esas prontas resoluciones tan naturales en él: montó á caballo, pasó la quebrada de Consacá, llegó donde estaba el Comandante Joaquín París con su batallón, y le ordenó que con el Coronel Jesús Barreto, que llevaba un piquete de caballería, marchase á Bomboná á verificar un reconocimiento y buscar ganado para racionar las tropas. El Coronel Barreto y el Comandante París llegaron á Bomboná, vieron á los españoles situados en las alturas y puen-

te de Cariaco en los términos que dejamos apuntados, se acercaron cuanto fué posible, reconocieron las posiciones del enemigo, y observando que la quebrada no tenía más acceso que el puente de que hemos hablado, destinaron un piquete de la desbubierta y la caballería á recoger el ganado que pastaba en la Sabana de Bomboná, mientras que el resto de la tropa se ocupó en vano en buscar un paso á la quebrada por el costado derecho del Ejército contrario.

El Libertador, después de haber ordenado la marcha del resto del Ejército, se adelantó, llegó á Bomboná y se puso á observar atentamente al enemigo. El Coronel Barreto se le acercó á darle cuenta del reconocimiento, á tiempo que llegaba el General Pedro León Torres á la cabeza de su División, y al pasar con ella le dijo el Libertador:—Vaya usted á batir á los enemigos. No entendió el General Torres que ésta fuese una orden terminante ó de ejecución inmediata; siguió con su División, y se paró donde estaban cogiendo el ganado, en la creencia de que se iba á racionar el Ejército. El Libertador, visto que el General Torres no había comprendido la orden, lo reconvino algo enfadado, á lo cual éste le contestó, que no creía que aquélla hubiera sido una orden terminante y de inmediata ejecución. Entonces le ordenó que atacara, y como á las diez de la mañana se abrieron los fuegos sobre el puente y el centro del Ejército español, que eran los puntos más fuertes de sus posiciones. Al mismo tiempo el General Manuel Valdés recibió orden de atacar con el Batallón *Rifles* la trinchera que demoraba en las alturas del flanco derecho del enemigo.

El combate se empeñó con ardor á pesar de todas las desventajas de la posición, pues los Batallones *Bogotá* y *Vargas* con el mayor arrojo pasaron el puente, bajo los fuegos de su artillería, para ir á estrellarse al pie de la loma, que principalmente defendía el enemigo al abrigo de sus parapetos. Al principio de la batalla fué herido el General Torres, y tomó la dirección personal del ataque el Teniente Coronel Lucas Carvajal (diferente del Comandante Lucas Carvajal que murió en Genoy); herido también, lo reemplazó el Teniente Coronel Joaquín París; herido igualmente París, le sucedió el Teniente Coronel Ignacio Luque; hirieron á Luque y ocupó su lugar el Teniente Coronel Pedro Antonio García; herido García, el Sargento Mayor León Galindo; herido Galindo como los otros, el Sargento Mayor Federico Valencia le siguió, y de la misma manera fué herido, con lo cual, á la media hora de fuego, todos los Jefes de la División de vanguardia estaban fuera de combate, y tuvieron que mandarla Oficiales de menor graduación.

Desde que se empeñó la lucha no dejó de combatirse con tesón, á pesar del horrible destrozo que hacía el fuego enemigo en nuestras filas. A las cinco y media de la tarde la batalla estaba indecisa, y tan encarnizado el combate como al principio; y el número de muertos y heridos entre Jefes, Oficiales y tropa era tan considerable, que los Batallones *Bogotá* y *Vargas* habían quedado reducidos, el uno á setenta y cuatro plazas y el otro á menos de setenta. En esos momentos el Batallón *Vencedor*, que formaba la reserva, entró en combate, pasó el puente haciendo esfuerzos sobrehumanos, pisando no el suelo sino cadáveres, y fué á estrellarse también como los otros en la tremenda posición de los enemigos. Así es que en los pocos momentos que restaban de crepúsculo quedó reducido á casi un cuadro. La noche sobrevino, y sus sombras salvaron á aquella heroica División de una destrucción completa.

Entre tanto el Batallón *Rifles*, que había marchado por nuestro flanco izquierdo, subió por la orilla de la quebrada, y muy arriba encontró un difícil paso, en que tuvo que demorarse para atravesarla, luégo bajó por el pie de la loma, se encontró con una fuerte columna situada en la parte baja de la altura atrincherada; dos de sus compañías desalojaron aquella fuerza, obligándola á replegarse á la trinchera, y allí fué lo más reñido del combate de flanco. El Capitán Felherstenhaw murió de un bayonetazo al saltar sobre la trinchera; quedaron fuera de combate los Tenientes Vicente G. de Piñeres y Justo Franco y el Alférez Ramón Bravo y 55 individuos de tropa entre muertos y heridos, á tiempo que por un último esfuerzo el enemigo fué desalojado de la trinchera, coronada la altura y la bandera del *Rifles* enarbolada por el valiente abanderado Domingo Delgado, en el mismo lugar donde poco antes flameaba la española.

El Coronel Arturo Sanders, que perdido en las honduras de las faldas del cerro con el resto del batallón, tomó al acaso una pendiente cañada, donde los soldados tenían que clavar la bayoneta para apoyarse, subió así á la cumbre, y se reunió á las dos compañías que ocupaban la trinchera.

Las tropas derrotadas allí llevaron á su campo la noticia de que estaban flanqueados por muchas fuerzas enemigas, y Don Basilio se puso sigilosamente en retirada abandonando su artillería y unos pocos heridos.

Este último resultado se alcanzaba cuando ya puesto el sol, las sombras de la la noche, que tánto se adelantan en los terrenos quebrados y montañosos, impidieron que se viera flamear aquella bandera, y el Libertador no pudo tener conoci-

miento del triunfo obtenido en aquel punto, antes de las 12 de la noche, cuando el Ayudante Coello, del *Rifles*, le llevó el parte que le mandó el Coronel Arturo Sandes, de haberse coronado la tura, quedando flanqueado el enemigo, y que ocupaba su campamento.

El Libertador se declaró vencedor, porque quedó dueño del campo, de su artillería y de algunos heridos; pero para conseguirlo fué necesario superar muchos obstáculos, derramar mucha sangre, hacinar cadáver sobre cadáver y ostentar un lujo extraordinario de heroísmo.

Tal fué la sangrienta batalla de Bomboná, cuyo verdadero resultado estratégico consistió en paralizar las operaciones de una gran fuerza que, auxiliando al Ejército del General Aymerich, habría puesto en duro conflicto al General Sucre. En aquella jornada nos acompañaron dos valientes hijos de otras Repúblicas, el Coronel Vigil, de Chile, y el Capitán Téllez, del Perú. Si alguno de ellos vive, reciba las felicitaciones de un camarada á quien piadoso el tiempo permite todavía dirigírselas.

Al día siguiente Don Basilio García dirigió al Libertador una atenta comunicación manifestándose sensible á la pérdida que había sufrido el Ejército libertador en la batalla de Cariaco, y remitiéndole las banderas de los Batallones *Bogotá* y *Vargas*, que recogió del suelo cuando los Abanderados y cuantos los rodeaban quedaron tendidos en el campo, al pie de sus parapetos y abatidas. En ella Don Basilio se expresaba así:

"Remito á V. E. las banderas de los batallones *Bogotá* y *Vargas*. Yo no quiero conservar un trofeo que empaña las glorias de dos batallones, de los cuales se puede decir que, si fué fácil destruírlos, ha sido imposible vencerlos."

El Libertador mandó trasmitir estas bellas palabras al Vicepresidente Santander en el parte del Estado Mayor general de aquel sangriento combate, consignándolas á la posteridad como autorizada ejecutoria del horoísmo de los bogotanos y neivanos, de que eran compuestos aquellos dos batallones; y por una comunicación de su Secretario general le pidió auxilios para reemplazar las bajas, completar los cuerpos, aumentar el Ejército en cuanto fuese posible y abrir nuevas operaciones sobre el enemigo, á quien consideraba incapaz de resistirle al obrar nuevamente sobre él.

Apesar de encontrarse el Ejército disminuído por su disciplina y arrojo en la batalla, y aun escaso de recursos para moverse, el Libertador pretendió por un momento seguir á Yacuanquer con la esperanza de ponerse en comunicación con

el General Sucre, ó al menos tener noticia de él para obrar, combinados, sobre el enemigo; pero desistió de ello porque le informaron que á una legua de Bomboná el camino pasa por entre una quebrada pedregosa y ascendente hasta tomar una cuesta de doscientas y más varas de altura, por donde es indispensable subir, pues no hay otra ruta que aquélla, y está bordada de rocas escarpadas y de grandes árboles que no permiten á dos hombres marchar de frente, sino desfilando de uno en uno.

El día 15 levantó el campo de Bomboná, pasó á Consacá, y dejando en esa hacienda los heridos que no pudieron marchar, entre ellos al General Torres, siguió á situarse en el Peñol con el Ejército. Don Basilio García hizo conducir á Yacuanquer los heridos que quedaron en Consacá, y allí murieron el General Torres y la mayor parte de ellos, porque sus heridas eran mortales.

Del Peñol mandó el Libertador á Popayán á los Coroneles Juan Paz del Castillo y Jesús Barreto con una partida de caballería, con el objeto de que cuando llegaran los refuerzos que había pedido al Vicepresidente, los condujeran sin dilación al cuartel general.

A los 28 días de permanencia en el Peñol, no habiendo tenido noticia alguna del General Sucre, aunque mandó varios postas valiéndose de algunas personas de influencia en ese lugar, despachó al Teniente Coronel Daniel F. O' Leary para Guayaquíl por la Buenaventura, dándole parte al General Sucre de sus operaciones y para obtener de él alguna noticia de las suyas sobre Quito, y escaso yá de recursos, se retiró á Mercaderes, y de allí, buscando un temperamento mejor para la tropa, se dirigió al Trapiche, donde tomó cuarteles y estableció un hospital para curar los heridos que había sido posible conducir; éstos se restablecieron en poco tiempo y ocuparon su lugar en las filas.

A fines de Mayo regresaron de Popayán los Coroneles Castillo y Barreto, y con ellos el Coronel Jacinto Lara, conduciendo una columna de 1,800 hombres que el Vicepresidente remitió de Bogotá con el Teniente Coronel Vicente González. Con este auxilio se completaron los cuerpos reemplazando sus bajas, y aun tuvieron un aumento de plazas, quedando el Ejército en aptitud de abrir operaciones sobre Pasto.

No dejarémos de hacer mención, aunque de paso, de la columna que el Gobernador Concha organizó en Cali con destino á las costas del Pacífico. El Comandante Varela llegó con ella á la Buenaventura, ó diré al Cascajal, como se llamaba

entonces. En ese tiempo aquel puerto (no estudiado todavía científicamente para la navegación, la defensa militar y su población, como lo hizo pocos años después el Comandante de ingenieros, Lino de Pombo), era muy poco frecuentado, raras veces se encontraban buques de trasporte, sólo por casualidad arribaban de tiempo en tiempo uno que otro, y eso con algún objeto particular. No pudiendo conseguir otras embarcaciones que pequeñas canoas de los indios, no se atrevió á navegar en ellas, tanto porque le sería muy difícil conducir una flotilla con inexpertos marinos, como porque había mucho riesgo de que se mojaran las municiones ; y tuvo que contentarse con mandar algunas partidas sobre la costa del Sur, haciendo uso de las canoas más grandes que pudo conseguir para siquiera llamar la atención del enemigo. El triunfo de Yaguachi que llegó á su noticia lo animó á embarcar la columna, aunqne fuese en canoas, y obrar activamente sobre los enemigos ; pero cuando se disponía á efectuarlo, supo igualmente que el General Sucre había sufrido un revés en Guachi, y era de temerse que los españoles mandaran más fuerzas á la costa, que sabían se hallaba amenazada, por lo cual no se determinó á emprender la navegación del Pacífico en tan endebles buques.

Cuando el General Sucre dió principio á la última campaña sobre Quito, consiguió al fin unos pequeños buques de vela de los que de Paita y Guayaquíl hacen el comercio de cabotaje en la costa, embarcó su columna, y navegando al Sur arribó á Iscuandé, que se hallaba sin guarnición porque los españoles la habían retirado reconcentrando sus fuerzas en Tumaco.

Posesionado el Comandante Varela de este puerto, le fué más fácil conseguir el bergantín *Cauca Guillermo Henderson*, lo tripuló convenientemente, embarcó su columna, se hizo á la vela el 2 de Mayo y atacó á los enemigos en Tumaco el día 8. Después de un combate bien sostenido por ambas partes, fueron batidos los españoles, con pérdida de unos pocos soldados muertos y algunos prisioneros ; dueño del puerto, despachó al Teniente Mauricio Olaya con treinta hombres en persecución de los derrotados que salieron huyendo para la Tola, donde los alcanzó allí el día 11, é hizo prisioneros al Teniente Coronel Don Vicente Parra, dos oficiales y 25 de tropa, tomándoles 50 fusiles y algunas municiones. Inmediatamente el Comandante Varela ocupó á Barbacoas, y pocos días después á Esmeraldas, quedando así sin un enemigo nuestras costas del Pacífico.

Después de la jornada de Riobamba, el Ejército liberta-

dor descansó allí seis días ; el 29 de Abril salió de esa ciudad, el 30 ocupó la de Ambato, y el 2 de Mayo llegó á Latacunga, sin haber vuelto á ver al enemigo. El día 3 se incorporaron al Ejército el Capitán de caballería, después General de Colombia, Pedro Alcántara Herrán, de los vencidos y prisioneros de la Cuchilla del Tambo, y el Teniente Hermosilla, prisionero dos veces de los españoles, que, abandonando las filas de éstos, volvían á prestar sus servicios á su Patria. El General Sucre los destinó á un cuerpo de su arma, y en su mismo empleo.

El día 12 el Ejército libertador, dejando á Latacunga, continuó sus movimientos sobre la capital del Ecuador. Los enemigos se hallaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Vindita, en el camino principal ; fué necesario excusarlos, haciendo el 13 una marcha sobre su flanco izquierdo, y tomando otro camino á la derecha para salir á las inmediaciones de Quito, muy adelante de Machachi ; los enemigos lo comprendieron y se retiraron precipitadamente á la capital.

Ese mismo día se incorporaron al Ejército los Coroneles José María Córdoba y Hermógenes Maza, con el Batallón *Alto Magdalena*. El General Sucre encargó del mando de este cuerpo al Coronel Córdoba, y al Coronel Maza lo hizo volver á Latacunga, para que á la cabeza de una pequeña columna que quedó allí, marchara inmediatamente con ella y batiera en Guaranda una partida de españoles que había en esa ciudad. El 16, el Coronel Maza salió de Latacunga llevando en su columna al Capitán Herrán; llegó á Guaranda, encontró la partida enemiga, la atacó con su acostumbrado arrojo, y después de una pequeña resistencia, los españoles se rindieron á discreción, con lo cual no nos quedó enemigo alguno á retaguardia.

En la nueva dirección que tomó en su marcha el Ejército libertador, tuvo que pernoctar sobre los hielos del Cotopaxi, atravesar varias colinas y descender al valle de Chillo ; llegó á éste el 16, y se acampó en una hacienda del Coronel ecuatoriano Vicente Aguirre. Aquí se reunió al Ejército el día 19 el General José Mires, que había logrado fugarse en Quito de la prisión, y se encargó del mando de la División colombiana.

Aunque los enemigos reconcentraron todas sus fuerzas en la capital de Quito, no dejaban de oponerse á la marcha del Ejército libertador. La colina de Puengasi, que la divide del valle del Chillo, es de difícil acceso, y allí habían colocado algunas fuerzas para impedirnos el paso. El día 20, burlando los puntos que defendían, el Ejército libertador la atravesó, y el 21 se presentó en el egido del Sur de Quito.

BATALLA DE PICHINCHA.

El 21 de Mayo de 1822, á las once de la mañana, el Ejército libertador, al mando del General Antonio José de Sucre, llegó al egido de Turubamba, situado al Sur de la ciudad de Quito. Constaba de dos divisiones : una de los auxiliares del Perú, á las órdenes del Coronel don Andrés de Santacruz (después Gran Mariscal del Perú), compuesta de los batallones número 4º de *Piura*, número 8º de *Trujillo* y un escuadrón de Granaderos montados, de Buenos-Aires, armados de sables, granadas de mano y las bolas que usan los gauchos en sus pampas y que saben manejar con la mayor destreza ; y la otra de colombianos, á las órdenes del General José Mires, español, compuesta de los batallones *Paya*, *Yaguachi*, *Alto Magdalena* y *Albión* y de los escuadrones *Dragones* y *Lanceros*, armados de lanza y carabina.

Los enemigos estaban situados y parapetados, con su artillería, detrás de los paredones que servían de cercado á las estancias que desde el egido á la ciudad, en un trayecto de más de ocho cuadras, se encontraban á uno y otro lado del camellón del camino principal que viene del Sur. Al llegar al egido el Ejército libertador, desfiló por la izquierda á la vista del enemigo, á una distancia de siete cuadras, con dirección al pueblo de Chillogallo, situado al otro extremo del egido; y á su entrada se formó por columnas en masa. Así permanecimos hasta las cuatro de la tarde; y viendo el General en Jefe que no se movían, los provocó á un combate. Adelantó el ejército en la misma formación hasta tiro de fusil de su primera posición y mandó avanzar la compañía de cazadores de *Paya*, que se desplegó en guerrilla á dos cuadras de distancia de sus parapetos. El General José María Córdoba (entonces Coronel) picó su caballo, se adelantó, se paró á la cabeza de la compañía, y con el anteojo se puso á observar el campo de los enemigos, quienes hicieron salir al egido una compañía de tiradores que se desplegó en guerrilla al flanco derecho de la de *Paya*, á una distancia de cuatro cuadras. Sacaron también de sus parapetos una batería de cinco cañones de á cuatro, la colocaron arrimada á los paredones de su derecha, y un artillero á quien seguramente llamó la atención la presencia del Coronel Córdoba, se puso á apuntarle; el Ayudante Botero, que observó eso, lo previno con estas palabras: "Coronel, mire que le están apuntando con un cañón."—"Déjelos usted tirar", contestó con impavidez el Coronel Córdoba, y continuó tranquilo observan-

do al enemigo sin mover su caballo. El artillero disparó su cañón, y la bala que le dirigió atravesó por el cuadril derecho al Capitán de cazadores Felipe Pérez, que estaba de pie á la cabeza de su compañía, arrojándolo como cuatro varas atrás; cayó prostrado en tierra á las patas del caballo del Coronel, y murió esa noche á las nueve en el pueblo de Chillogallo. La batería continuó haciendo fuego; pero no nos causó otro daño. A las seis de la tarde el Ejército libertador se replegó y acampó en el mismo egido, allí pernoctó, y al día siguiente por la mañana ocupó el pueblo, en donde se racionó y vivaqueó tranquilamente sin que el enemigo hiciera ningún movimiento. Por la tarde de ese mismo día informaron al General en Jefe que la aparente tranquilidad del enemigo era porque intentaba sorprendernos esa noche mandando una División por el pie del cerro, que nos flanqueara por la izquierda, y que saliendo á un punto dado adelante del pueblo, nos cortara la retirada, en tanto que el resto de sus tropas, saliendo de sus posiciones, nos atacaba por el frente. A las ocho de la noche emprendimos una retirada falsa por un camino trasversal que conduce á unas haciendas, con el objeto de colocarnos adelante del punto á donde debía salir la División que se decía encargada de cortarnos; á las doce hicimos alto después de haber andado más de una legua; ocupamos unos trigales á la derecha; toda la infantería se tendió á lo largo de una zanja que cerraba el trigal, se acostó á domir, y la caballería quedó cubriendo la avenida del camino. Los Comandantes Lavayen, Rasch y Cestaris, que la mandaban, ordenaron á la tropa que se desmontara, que quitaran las bridas á los caballos sin desensillarlos, los pusieran á pastar y se acostaran, dejando una partida volante de observación. A las dos de la mañana, no sé por qué motivo, se espantó un caballo y puso en movimiento toda la caballada, que á escape corría por el trigal sobre la infantería que estaba dormida. Creyóse al principio que el enemigo nos atacaba, y sin embargo de la sorpresa y confusión del momento, todos los cuerpos estuvieron prontamente formados y listos para el combate; luégo se supo el motivo del alarma, y pasamos tranquilos el resto de la noche.

El 23 por la mañana volvimos á ocupar el pueblo, y encontrámos al enemigo en su misma posición, donde no era fácil batirlo. Del egido á la ciudad sólo se podía entrar por dos caminos, porque todo el terreno estaba cercado con paredones de las estancias; el camellón del principal estaba bien defendido con sus parapetos, y el otro de la izquierda por el Panecillo, que es un pequeño cerro donde hay una fortificación que con

sus baterías domina toda la entrada antes de llegar á las calles, y estaba bien dotada. El General en Jefe varió de operaciones, se propuso pasar con el Ejército al egido de Añaquito, al norte de la ciudad, y atacar por aquel lado, que presentaba menos inconvenientes; pero para efectuarlo había que vencer otros obstáculos. Por nuestro flanco derecho era necesario romper muchos paredones de las estancias y pasar dos ríos de bastantes aguas que no tenían puente, operación que no podíamos efectuar á la vista del enemigo, ni tampoco separarnos á más de dos leguas buscando un paso por entre las haciendas, haciendo un rodeo de más de una jornada de tropa. Por el costado izquierdo teníamos la alta loma del Pichincha, en que sólo había, no un camino, sino una mala vereda de á pie por donde no pasaba hasta entonces bestia alguna. Sin embargo el General en Jefe se decidió á marchar con el Ejército por esta vía, y aquel mismo día mandó una gran partida de indios con herramientas para que abrieran el camino y lo allanaran de modo que pudieran pasar la caballería y el parque.

A las nueve de la noche el Ejército emprendió la marcha por aquella ruta apenas transitable, se anduvo sin descanso, y cuando aclaró el día no habíamos llegado á la cumbre del Pichincha, á cuyas faldas está situada la ciudad de Quito, lo mismo que Bogotá á las del Guadalupe. Como á las ocho y media de la mañana del 24, nuestra vanguardia coronó la altura, donde hizo alto para reunir el Ejército que iba disperso, y aguardar el parque, el cual se había atrasado, bajo la custodia del batallón *Albión*. Como habíamos hecho la marcha por detrás de las colinas bajas del Pichincha para ocultar el movimiento, nos quedamos al descenso de la loma á fin de no ser vistos de la ciudad. El enemigo, que cuando aclaró el día vió que nuestro Ejército no se encontraba ya en el pueblo, ni sabía qué camino había tomado, empezó á informarse mandando espías por todas partes, hasta que supo á punto fijo la dirección que llevábamos, y sin pérdida de tiempo marchó á la ciudad, donde los Coroneles Don Carlos Tolrá y Don Nicolás López juzgaron temeraria nuestra marcha por aquella ruta, y se propusieron subir el Pichincha, ocupar su cima y tomar una posición para impedirnos el paso y batirnos en detall. Pero esta operación fué tardía: nuestro Ejército se encontraba reunido, menos el Batallón *Albión* y el parque; había descansado de la penosa marcha de la noche y estaba acabando de almorzar, cuando á la diez de la mañana anunciaron nuestros espías al General en Jefe, por tres distintos conductos, que el enemigo se aproximaba subiendo el Pichincha. El Coronel Antonio Morales (después General),

Jefe de Estado Mayor del Ejército, nos dió la voz de alarma y mandó salir en tiradores la compañía de cazadores de *Paya*, apoyada por otra de la División del Perú; éstas ocuparon la cumbre de la loma; al divisar la ciudad dieron un grito de alegría vitoreando á la Patria y el resto del Ejército siguió su movimiento.

Los enemigos casi coronaban la altura por entre la maleza del terreno cubierto de matorrales y sumamente quebrado, cuando nuestros tiradores descendieron como media cuadra, se encontraron con ellos á tiro de pistola y rompieron el fuego, empeñándose la lucha entre las descubiertas á pie firme. A los primeros tiros, los batallones números 4º y 8º *del Perú* ocuparon el ala derecha, encontrándose con dos batallones que subían por entre el bosque á tomar una pequeña altura sobre la cima, y comprometieron la batalla; fué necesario reforzar los tiradores por el centro, y el Batallón *Yaguachi* ocupó inmediatamente la línea; el Coronel Córdoba con el Batallón *Alto Magdalena* ocupó el ala izquierda, sin entrar en combate por entonces, porque la tropa enemiga destinada á cargar por ese lado se había dilatado en subir por lo áspero del terreno; el Batallón *Paya* quedó de reserva, y el *Albión* con el parque no había llegado. El General en Jefe mandó precipitadamente al Comandante Daniel F. O'Leary (después General) á que lo hiciera llegar lo más pronto posible, aunque fuera á espaldas de los indios. Los batallones del Perú, al encontrarse con el enemigo, lo arrollaron por más de una cuadra hasta donde halló una posición ventajosa y se paró á combatir á pie firme; nuestros tiradores y el Batallón *Yaguachi* lo hicieron descender en el centro de la línea hasta donde encontró medio batallón de *Aragón* que lo reforzó y se mantuvo también á pie firme. El otro medio Batallón de *Aragón* subía por nuestra ala izquierda, y tenía que flanquear una pequeña ondulación de la loma para llegar donde estaba el Coronel Córdoba con el Batallón *Alto Magdalena* que, descansando sobre las armas, estaba preparado á recibirlos. El fuego era nutrido por ambas partes, sin interrupción alguna, y por momentos crecía el ardor del combate. El General en Jefe se dirigía á un lado y á otro buscando un punto desde donde pudiese ver la tropa que combatía; pero fué en vano, el terreno no se lo permitía. Eran las once y el parque no llegaba: un Ayudante salió á todo escape encargado de hacerlo conducir á todo trance, porque la tropa que estaba combatiendo casi había agotado las municiones, y sin embargo el fuego se sostenía vivamente. Eran cerca de las doce cuando los cuerpos del Perú, sin municiones, empezaron

á hacer fuego en retirada; el enemigo aprovechándose de esta ventaja, recuperó la posición que había perdido y adelantó hasta muy cerca de la cumbre. En aquellos momentos llegó el parque, y el Batallón *Albión* fué destinado á protejer el flanco derecho del *Alto Magdalena*, á quien ya había atacado el medio Batallón de *Aragón*, y otro batallón que ya llegaba á la altura trataba de cortarlo interponiéndose por el flanco izquierdo de la línea que sostenía el *Yaguachi*. *Albión* salió al encuentro de este cuerpo y lo rechazó hasta la quiebra de la loma, al mismo tiempo que el Coronel Córdoba batía el medio Batallón de *Aragón*.

Retirados los batallones del Perú, fué necesario reemplazarlos y reforzar á *Yaguachi* que había agotado las municiones de suerte que casi se había apagado el fuego en la línea. Sin perder un instante se le mandaron algunos cajones, se reanimó el combate, y el General Mires, desmontándose de su caballo, desenvainó su espada, se puso á la cabeza del *Paya* y cargó con él al enemigo por nuestra ala derecha que, con la retirada de los peruanos, había quedado descubierta. La carga fué tan impetuosa que lo desalojó de la posición que había ganado. Rechazado, tomó otra más ventajosa, y después de pocos minutos fué también desalojado de ella, y así siguió forzado á ceder el campo de trecho en trecho; todos los cuerpos cargaron con resolución á un mismo tiempo y arrollaron al enemigo en todas direcciones. Su reserva trató de restablecer el combate en la falda de la loma; pero apenas pudo sostenerse poco rato, porque se le cargó por todas partes y se declaró en derrota dejande en nuestro poder muchos prisioneros y entrándose á las calles de la ciudad para ir á refugiarse al Panecillo, último baluarte que les quedaba. Varios Oficiales y tropa del Batallón *Paya*, y yo, abanderado del cuerpo, llegamos hasta la recoleta de la Merced, en cuya torre vieron los quiteños, por la primera vez, ondear triunfante el pabellón de Colombia. * El Coronel Don Carlos Tolra, que con la caballería formada en el egido de Añaquito había estado observando el combate, luégo que vió su decisión, y que se le unió el Batallón *Tiradores de Cádiz* y parte del de *Cataluña*, se puso en retirada para Pasto con el objeto de reunirse á la División que mandaba Don Basilio García. El General en Jefe hizo bajar precipitadamente la caballería en su persecución, y despachó al Comandante O'Leary

* Se nos aseguró que el General Don Melchor Aymerich, que desde su Palacio estaba observando el combate, asustado con la derrota de sus tropas, le pedía á su mujer lo ocultara de *ese muchachillo de Sucre*, aunque fuera debajo de una artesa.

á la ciudad á intimarles que se rindieran. La caballería salió al instante bajando la loma en el menor tiempo que le permitía lo malo del camino; pero cuando llegó al egido, llevaban de ventaja más de una legua y no fué posible alcanzarlos. De Guayabamba regresó llevando la noticia de que se iban dispersando en la fuga. Don Melchor Aymerich, contestó á la intimación, que se entregaría por una capitulación. A las cinco de la tarde el Ejército descendió del Pichincha trayendo todos los heridos, y se situó en la Chilena, que es un cerrito bajo con algunas casas á la entrada de la ciudad por la parte del norte, donde pernoctó. Al día siguiente por la mañana se presentaron los comisionados, Coroneles Don Francisco González y Manuel Martínez de Aparicio para celebrar la capitulación, que fué ajustada, concediéndoles muchas garantías; firmada y ratificada, ocupamos la ciudad después del medio día.

El Comandante Mackintosh con el Batallón *Albión* fué destinado á ocupar el Panecillo y recibir el armamento, parque y demás elementos de guerra; y como este cuerpo no tenía bandera para enarbolarla en la fortaleza, el General en Jefe me ordenó que fuese con él. Luégo que llegamos al Panecillo se presentaron los Oficiales y la tropa española de nacimiento que babía capitulado, se formaron en la plazuela de la fortaleza, hicieron un saludo á su bandera, la bajaron, la guardaron en una caja para llevarla á España, entregaron las armas, y yo izé la de Colombia, que desde entonces empezó á flamear en la capital de Atahualpa.

La pérdida de los españoles en esta jornada consistió en dos Oficiales y 400 de tropa muertos, 193 heridos, 160 Jefes y Oficiales y 2,100 de propa prisioneros y capitulados, 14 cañones, 1,700 fusiles y fornituras, banderas, cornetas, cajas de guerra, municiones, y cuantos elementos tenían en su poder. Por nuestra parte tuvimos que lamentar la muerte del Teniente Molina, la del Subteniente Mendoza y la de 200 valientes de tropa, entre éstos algunos de los prisioneros de Yaguachi. Salieron heridos los Capitanes Cabal, Castro y Alzuru, los Tenientes Calderón y Ramírez, y los Subtenientes Arango y Domingo Borrero y 140 de tropa. De estos Oficiales murió la misma noche del día de la batalla el Teniente Abdón Calderón, cuya conducta fué tal que bien merece que consagremos un artículo especial á conmemorarlo; y cinco días después murió el Subteniente Borrero, primo hermano del autor de estas memorias.

Los recuerdos de la juventud vienen á formar una especie de segunda vida para los que ya se acercan á su término. Por

eso al evocar estas sombras de los tiempos gloriosos de la patria, vuelvo á sentir en mi corazón el fuego que los años no han conseguido extinguir, y me siento con el brío necesario para alzarme en nombre de mis antiguos compañeros de armas á saludar el sol que alumbró las glorias que alcanzamos en Pichincha.

ABDÓN CALDERÓN, EL HÉROE DE PICHINCHA.

La mañana del 24 de Mayo de 1822, anunciaba uno de aquellos días plácidos y serenos que, no siendo comunes bajo la líena ecuatorial, son ó parecen ser más radiantes y bellos con el fuego de animación que recibe toda la naturaleza en el seno fecundo de la zona tórrida. Levantábase el sol sobre el oriente iluminando las faldas del Pichincha y dilatando sus rayos encima de la aplanada cumbre del pequeño monte del Panecillo, cuando el Ejército realista marchaba ligera y silenciosamente, trepando la falda de aquel elevado antemural de Quito que se alza al occidente de la ciudad, y de cuyo volcánico cráter se levanta una densa columna de humo, que combatida por el viento, imita el vistoso plumaje que ondea sobre la cimera de un guerrero gigante.

El Ejército republicano, comandado por el General Sucre, descansaba al descenso de la loma, á tiempo que nuestros batidores anunciaron la aproximación de las tropas españolas. Serían las diez de la mañana cuando el que más tarde debía llevar el título de Gran Mariscal de Ayacucho, dió sus órdenes para movilizar el Ejército y salir al encuentro del enemigo. La bizarra División del Perú mandada por el Coronel Don Andrés de Santacruz, ocupaba la derecha de nuestra línea de batalla. En el centro, entre otras fuerzas, se encontraba el Batallón *Yaguachi*, respaldado por el de *Paya*; y á la izquierda, la columna mandada por el intrépido Coronel José María Córdoba (después General), protegida luégo por el Batallón *Albión*, último cuerpo que llegó al campo de batalla, cuyas fuerzas estaban á las inmediatas órdenes del valiente General José Mires.

Al empezar el combate por el centro, el Teniente guayaquileño Abdón Calderón, que mandaba la 3ª compañía de *Yaguachi*, recibió un balazo en el brazo derecho; éste lo inhabilitó para tomar la espada con aquella mano y la tomó con la izquierda y continuó combatiendo con imperturbable serenidad, cuando á pocos momentos recibió otro balazo en aquel brazo, afectándole un tendón y fracturándole el hueso del antebrazo, lo que lo obligó á soltar la espada. Un Sargento la

recogió del suelo, se la colocó en la vaina á la cintura y le ligó el brazo con un pañuelo colgándoselo del cuello. El joven guerrero, con el estóico valor de un espartano, siguió á la cabeza de su compañía, y arreciando el combate por la indomable resistencia de los españoles, al forzar su última posición en la falda del cerro, recibió otro balazo en el muslo izquierdo un poco más arriba de la rodilla, que le desastilló el hueso. Inmediatamente los enemigos empeñaron su reserva, y con esto llegó el instante supremo y decisivo de la batalla. Calderón cargó con su compañía haciendo un esfuerzo superior á su estodo desfalleciente, y al alcanzar la victoria, recibió otro balazo en el muslo de la pierna derecha que le rompió completamente el hueso, y lo hizo caer en tierra postrado, exangüe y sin movimiento. Sus soldados lo condujeron al campamento en una ruana, lo colocaron sobre unas frazadas en el suelo de la sala de una casita porque no se encontró cama donde acostarle. Su estado de postración requería auxilios eficaces, para al menos calmar su devorante sed y darle algún alimento; un amigo se encargó de prestarle aquellos servicios, porque el desdichado joven no podía hacer uso de sus brazos, ni mover las piernas. Como la última herida recibida era mortal y no se prestaba á la amputación, murió al amanecer del día siguiente.

El General Sucre lo ascendió, ya muerto, á Capitán, para tributarle los honores fúnebres.

El Libertador, que llegó á Quito el 16 de Junio, informado del bizarro comportamiento de aquel valiente Oficial, expidió un decreto de honor á su memoria, por el cual se dispuso:

1º Que á la 3ª compañía del *Yaguachi* no se le pusiera otro Capitán.

2º Que siempre pasara revista en ella como vivo, el Capitán Calderón, y que en las revistas de Comisario, cuando fuese llamado por su nombre, toda la compañía respondiera: "Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones."

3º Que á su madre, la señora N. Garaicoa, de Guayaquil, matrona respetable y muy republicana, se le pagara mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo.

Era un espectáculo tan comovedor como solemne el ver á los soldados de aquella compañía en los días de revista de Comisario, al proferirse el nombre del Capitán Calderón, llevar el fusil al hombro con ademán de orgullo marcial y responder con una especie de religioso respeto: "Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones."

Aquella ovación, verdadera apoteósis del joven héroe, se cumplia en el Ecuador hasta el año de 1829; no sé si habrá continuado después.

Este episodio revela un recurso más del genio de Bolívar: cómo sabía aprovechar las circunstancias oportunas para mover los nobles resortes del corazón de sus guerreros, excitando el entusiasmo y patriotismo con gloriosas recompensas que inspiraban el desprecio de las fatigas, del hambre, de los riesgos y aun de la propia vida, por el deseo de alcanzar prez y fama póstuma. Así fué como en torno de él aparecían millares de héroes, que hoy debieran recordarse con orgullo porque ennoblecen las páginas de la historia de nuestra Independencia.

CAPITULACIÓN DE QUITO.

En la ciudad de Quito, á 25 de Mayo de 1822, convencidos de que las circunstancias de la guerra obligan á tomar un medio de conciliación que ponga á salvo los intereses del Ejército español con la ocupación de esta ciudad y provincia por las divisiones del Perú y Colombia, á las órdenes del señor General Sucre después de la victoria conseguida por éste en las alturas de Pichincha, en la que los dos ejércicos se batieron con el ardor que les es característico; en atención á que la falta de comunicación con la Península, la opinión general del país y los pocos recursos imposibilitan continuar la lucha, y siendo conforme con las instrucciones de la Corte, dadas al Excelentísimo señor General Mourgeón por el Ministerio de la Guerra, en 3 de Abril de 1823, determinaron los Jefes de los dos ejércitos transigir las desavenencias, nombrando al efecto el señor General Sucre, á los señores Coroneles Don Andrés de Santa Cruz, Jefe de las tropas del Perú, y Antonio Morales, Jefe de Estado Mayor de las de Colombia, y el Excelentísimo señor General Don Melchor Aymerich, á los señores Coroneles Don Francisco González y Don Manuel María Martínez de Aparicio, Ayudante general y Jefe de Estado Mayor de la División española, los cuales, después de reconocidos sus poderes, estipularon los artículos siguientes:

Art. 1º Será entregada á los comisionados del señor General Sucre la fortaleza del Panecillo, la ciudad de Quito y cuanto está bajo la dominación española á Norte y Sur de dicha ciudad, con todos los pertrechos de boca y guerra y almacenes existentes.

Art. 2º Las tropas españolas saldrán de dicha fortaleza con los honores de la guerra, y, en el sitio y hora que determine el señor General Sucre, entregarán sus armas, banderas y municiones; y en consideración á la bizarra conducta que

han observado en la jornada de ayer, y á comprometimientos particulares que pueda haber, se permite á todos los señores oficiales, así europeos como americanos, que puedan pasar á Europa ó á otros puntos, como igualmente la tropa, en el concepto de que todos los oficiales que quieran quedarse, serán admitidos ó en las filas ó como ciudadanos particulares.

Art. 3º Los señores oficiales conservarán sus armas, equipajes y caballos.

Art. 4º Los que de éstos quieran pasar á Europa serán conducidos por cuenta del Gobierno de Colombia hasta la Habana, por la dirección de Guayaquíl y Panamá, escoltados por una partida hasta el embarque, y en el primer puerto español á donde lleguen, serán satisfechos los gastos que ocasionen al comisionado que los conduzca.

Art. 5º El General Aymerich queda en libertad de marchar cuando y por donde quiera, con su familia, para lo cual será atendido con todas las consideraciones debidas á su clase, representación y comportamiento.

Art. 6º Se concede una amnistía general en materia de opinión á todos los empleados públicos, eclesiásticos y particulares. A los que quieran pasar á Europa se les concederá su pasaporte ; pero el viaje lo harán por su cuenta.

Art. 7º Como en el artículo 1º están comprendidas en la presente capitulación las tropas que están en Pasto y su dirección, se nombrarán dos oficiales de cada Ejército, que vayan á conducirla, y entregarse de cuantos prisioneros, pertrechos y demás que allí existan ; pero en atención á las circunstancias de aquel país, el Gobierno español no puede salir garante del cumplimiento de ella, en cuyo caso el de Colombia obrará según le dicten su prudencia y juicio.

Art. 8º Después de la ratificación por ambas partes del presente tratado, el señor General Sucre podrá ocupar la ciudad y fortaleza á la hora y día que guste, cuyos artículos, para la ratificación de las partes contratantes firmarán dichos señores comisionados, en el Palacio del Gobierno de Quito en dicho día, mes y año.

Andrés de Santacruz—Antonio Morales—Coronel *Francisco González—Manuel María Martínez de Aparicio—Patricio Brayn*, Secretario.

Los oficiales y tropa prisioneros harán antes juramento de no tomar las armas contra los Estados independientes del Perú y Colombia.

Santacruz—Morales—Coronel *González—Aparicio—Brayn.*

Cuartel general en Quito, á 25 de Mayo de 1822, 12º

Aprobado y ratificado.

Antonio José de Sucre—Melchor Aymerich.

Cuartel general en Quito, á 26 de Mayo de 1822, 12º

Es copia—*Aymerich—Sucre.*

Como se ve, en esta capitulación quedaron comprendidas las fuerzas que mandaba en Pasto Don Basilio García, á quien inmediatamente se comunicó para que le diera cumplimiento en la parte que le correspondía ; mas Don Basilio, que había hecho su carrera desde soldado, compensaba su falta de luces con toda la malicia y perspicacia que se adquieren con la experiencia en la milicia ; era vivo, astuto y veterano viejo, acostumbrado, por consiguiente, á los reveses que se sufren en la guerra, y calculó que no teniendo conocimiento el Libertador del triunfo de Pichincha y de la ocupación de Quito por el General Sucre, podía hacer unos tratados más ventajosos con aquél, proponiéndoselos como un acto espontáneo.

El Libertador, que contaba yá con un Ejército capaz de ocupar á Pasto, se movió del Trapiche á principios de Junio, y el día 6 al llegar á Berruecos se le presentaron los Tenientes Coroneles Don Pantaleón del Fierro y Don Miguel Retamal, comisionados por Don Basilio García, para proponerle capitulación, trayendo al mismo tiempo poderes suficientes para celebrarla. El Libertador creyó que Don Basilio daba este paso por haberse persuadido de que no podía resistir al Ejército que obraba sobre él ; ignorante de los triunfos del General Sucre, que se le ocultaban cuidadosamente, recibió con gozo á los comisionados, exclamando : " Esto vale más para mí, y es más glorioso que una batalla ganada," frase que honra su corazón.

En el acto se decidió á oír las proposiciones que aquéllos hacían, y nombró al Coronel José Gabriel Pérez y al Teniente Coronel Vicente González, para que celebrasen el convenio propuesto, el cual quedó ajustado y firmado á las seis de la tarde, y fué publicado inmediatamente en el Ejército. Dirigió, además, allí mismo, una proclama á las tropas del Ejército español y á los pastusos, anunciándoles la feliz terminación de la guerra.

Al día siguiente el Ejército emprendió la marcha, el Li-

bertador se adelantó con la vanguardia, y el día 8 temprano llegó con ella á Pasto ; las tropas realistas lo recibieron formando calle desde las primeras de la ciudad, y haciéndole los honores debidos á su rango ; Don Basilio García lo esperó al pie de su bandera, y al acercársele el Libertador, Don Basilio salió á su encuentro, le detuvo el caballo por las riendas, lo saludó con respeto y le rindió su espada. El Libertador, rebozando de gozo, se desmontó, lo estrechó entre sus brazos, elogió su noble comportamiento y le ciñó su espada á la cintura. De allí siguieron juntos á la habitación que le tenían preparada al Libertador, donde ratificaron y firmaron los tratados. Después de este acto supo el Libertador, por el mismo Don Basilio, que el General Sucre había decidido la contienda en el Ecuador, ganando una batalla en Pichincha, y que se hallaba á la sazón en Quito. Esta noticia lo enagenó de alegría, y no sabía cómo acariciar á los españoles de aquella División, distinguiendo particularmente á Don Basilio. La generosidad de carácter del Libertador resplandecía más en sus triunfos : no sólo no le mortificó la estratagema de Don Basilio, sino que se la aplaudió cordialmente, y tuvo particular esmero en cumplirle la capitulación de Berruecos. Allí mismo expidió una proclama general á los colombianos, participándoles la terminación de la guerra.

Esa tarde llegó el resto del Ejército, y al día siguiente Don Basilio procedió á hacer la entrega de armamento, municiones, tropa y cuantos elementos de guerra había en la plaza. Los pastusos, más empecinados realistas que los mismos españoles, al ver practicar esta operación, creyeron que Don Basilio los había traicionado, y trataron de asesinarlo, á punto que fué necesario que se le protegiera, poniéndole en su casa una guardia de las tropas colombianas.

—

CAPITULACIÓN DE PASTO.

Los señores Tenientes Coroneles Don Pantaleón del Fierro y Don Miguel Retamal, comisionados por el señor Comandante general de la segunda División española del Sur, Coronel Don Basilio García, presentaron los siguientes artículos de capitulación á Su Excelencia el Libertador Presidente de Colombia, quien nombró para concluír este convenio á los seño-

res Coronel José Gabriel Pérez y Teniente Coronel Vicente González.

PROPOSICIONES:

Art. 1º No será perseguido ningún individuo del mando del señor Comandante general de la 2ª División española del Sur; tampoco lo serán los últimamente pasados del Ejército de Colombia, inclusas las tropas y vecinos de las provincias del mando de dicho señor Comandante general, cuyo territorio comprende desde Tulcán hasta Popayán y costas de Barbacoas. Los individuos del clero secular y regular quedarán también exentos de todo cargo y responsabilidad—Respuesta. Concedido sin restricción alguna.

Art. 2º Los oficiales y soldados españoles y los del país no podrán ser obligados á tomar partido en Colombia contra su voluntad, no siendo los primeros invitados ni amonestados. Respuesta. Concedido, entendiéndose este artículo solamente con respecto á los soldados españoles y pastusos.

Art. 3º Los oficiales y tropa que quieran ser trasportados al primer puerto de España, lo serán facilitándoles buques, pagando los costos ó como más haya lugar—Respuesta. Concedido. Si los oficiales y tropa españoles se conducen directamente á España, el Gobierno español abonará los costos; pero si son conducidos á los puertos españoles de América ó á puertos neutros de ella, la República de Colombia abonará los costos.

Art. 4º Los oficiales y soldados españoles no serán insultados por ninguna persona de la República de Colombia, antes serán respetados y favorecidos por la ley. A los señores Jefes y oficiales se les permitirá el uso de sus espadas, equipajes y propiedades, inclusos los emigrados. Que si delinquen los favorece la ley de Colombia y su territorio, observando el tratado de Trujillo—Respuesta. Concedido.

Art. 5º Los españoles militares ó civiles que quieran jurar fidelidad al Gobierno de la República de Colombia, conservarán sus empleos y propiedades; y, sin embargo de lo que expresa el artículo 1º se comprenderán en él, y en lo demás, los individuos de las guerrillas de Patía, y los que están dentro de la línea del Ejército de la República de Colombia dependientes del señor Comandante general de la 2ª División española del Ejército del Sur, á los que no se les podrán acusar las faltas que hayan cometido, aunque sean de la mayor responsabilidad. Por último, Su Excelencia el Presidente, como ven-

cedor dotado de una alma grande, usará para con los prisioneros de guerra y para con los vecinos del pueblo de Pasto y su jurisdicción, de la beneficencia de que es capaz—Respuesta. Concedido.

Art. 6º Que así como se garantizan las personas y bienes de la tropa veterana y vecinos de Pasto, éstos y todos los que existen en él, aun cuando no sean nativos de allí, no podrán ser destinados en ningún tiempo á cuerpos vivos, sino que se mantendrán como hasta aquí, en clase de urbanos, sin que jamás puedan salir de su territorio; que á los emigrados se les dé su pasaporte para retirarse al seno de sus familias, y que atendiendo á la pobreza de Pasto y á las grandes erogaciones que ha sufrido durante la guerra, sea exenta de toda pensión—Respuesta. Los vecinos de Pasto, sean nativos ó transeuntes, serán tratados como los colombianos de la República, y llevarán al mismo tiempo las cargas del Estado, como los demás ciudadanos. Su Excelencia el Libertador ofrece constituírse en protector de todos los vecinos del territorio capitulado. Su Excelencia hará conocer sus benéficas intenciones hacia los pastusos por una proclama particular, que será tan firme y valedera como lo más sagrado. Los emigrados obtendrán sus pasaportes para que se restituyan al seno de sus familias.

Art. 7º Que no haya la más mínima alteración en cuanto á la sagrada religión C. A. R. y á lo inveterado de sus costumbres—Respuesta. Concedido. Gloriándose la República de Colombia de estar bajo los auspicios de la sagrada religión de Jesús, no cometerá jamás el impío absurdo de alterarla.

Art. 8º Quedando sujeto á la República de Colombia el territorio del mando del señor Comandante general de la 2ª División española del Sur, expresado en el artículo 1º, las propiedades de los vecinos de Pasto y de todo el territorio serán garantizadas, y en ningún tiempo se les tomarán, sino que se les conservarán ilesas—Respuesta. Concedido

Art. 9º Que en caso que Su Excelencia el señor Libertador tenga á bien ir á Pasto, espera que la trate con aquella consideración propia de su carácter humano, atendiendo á la miseria en que se halla—Respuesta. Concedido. Su Excelencia el Libertador ofrece tratar á la ciudad de Pasto con la más grande benignidad, y no le exigirá el más leve sacrificio para el servicio del Ejército libertador. La Comisaría general pagará por su justo valor cuanto necesite para continuar la marcha por el territorio de Pasto.

Art. 10º Que respecto á que Su Excelencia el Libertador se ha servido prometer á Pasto que gozará de las mismas prerogativas que la capital de la República, se concederá el establecimiento de la Casa de Moneda conforme lo está actualmente—Respuesta. Su Excelencia el Libertador no tiene facultad para decidir con respecto al establecimiento de la Casa de Moneda y amonedación, correspondiendo estas atribuciones al Congreso general, al cual podrán ocurrir los habitantes de Pasto á solicitar esta gracia, directamente ó por medio de un Diputado al Congreso.

Art. 11. Que la persona del Ilustrísimo señor Obispo de Popayán y las de los demás eclesiásticos, sean tratadas con las mismas prerogativas que se ofrecen á todos los vecinos de Pasto, respetando sus altas dignidades—Respuesta. Concedido. El Gobierno y pueblo de Colombia han respetado siempre con la más profunda reverencia al Ilustrísimo señor Obispo de Popayán y á todo el clero de la Nación, siendo los Ministros del Altísimo y los legisladores de la moral.

En cuyos artículos hemos convenido los comisionados á nombre de nuestros Jefes respectivos. Este tratado deberá ser ratificado dentro de cuarenta y ocho horas por Su Excelencia el Libertador Presidente de Colombia y por el señor Comandante general de la 2ª División española del Sur, firmando dos de un tenor, en el Cuartel general libertador de Berruecos, á 6 de Junio de 1822, 12º, á las seis de la tarde.

Pantaleón Fierro—Miguel Retamal—José Gabriel Pérez. Vicente González.

Cuartel general libertador en Pasto, á 8 *de Junio de* 1822, 12º

Apruebo y ratifico el presente tratado.

Bolívar—Por Su Excelencia el Libertador, *José Gabriel Pérez.*

Cuartel general divisionario de Pasto, á 8 *de Junio de* 1822.

Me ratifico y convengo en los presentes tratados.

Basilio García.

El 10 en la tarde el Libertador salió de Pasto para Quito con su Estado Mayor general y un piquete de caballería, llevándose á Don Basilio García, el cual, temeroso de los pastusos, no quiso quedarse entre ellos. El General Sucre había adelantado hasta Otavalo al Batallón *Paya* con el nombre glorioso de *Pichincha*, para que despejara el camino y lo escoltara en caso necesario.

El 16 llegó el Libertador á Quito; el Ejército salió á recibirlo en el Egido de Añaquito, y formado en batalla al orden de parada le hizo los honores correspondientes á su rango. El General Sucre lo mandó plegar en masa, y poniéndose el Libertador enfrente de él, le arengó con aquella elocuencia y laconismo que le eran tan naturales. Empezó por saludar á los vencedores en Pichincha, y después de hacer el elogio de su bizarro comportamiento, concluyó con estas palabras: "Los ecuatorianos no podrán olvidar jamás que en esa cumbre (señalando con el dedo el cerro de Pichincha que se presentaba despejado), inmortal testigo de vuestro valor, tres mil bravos del Perú y Colombia destrozaron para siempre las cadenas que los oprimían, reconquistándoles su Patria y restituyéndoles el goce de su libertad perdida hacía tres siglos. Viva Colombia! Viva la libertad!"

Luégo que el Libertador tuvo conocimiento de cuanto había hecho el General Sucre, fijó su primera atención en mandar ajustar y pagar la División del Perú, y una vez satisfecha de sus haberes, y habiendo ascendido á General de brigada al Coronel Santacruz, le devolvió sus tropas al Gobierno peruano, haciéndolas regresar por tierra como habían venido. Le dió las gracias por su cooperación en la campaña cuyo término fué la libertad del Ecuador, y le ofreció también la reciprocidad, oferta que no tardó en cumplir. De años atrás sentía el General Bolívar su destino de Libertador del Perú, y aludía á ello como cosa fija é inevitable.

Los ecuatorianos, que en Colombia fueron los primeros en pronunciarse por la Independencia, y que á pesar de sus esfuerzos no pudieron conseguirlo por sí solos, llenos de entusiasmo y de reconocimiento á sus libertadores acogieron sin vacilar el pacto de unión que se les ofreció, juraron la Constitución de Colombia, formando una parte integrante de la República, y tuvieron por primer Intendente del Departamento de Quito al General Antonio José de Sucre, no menos hábil y abnegado Administrador que Jefe militar.

El Ejército que quedó en Pasto siguió inmediatamente

para Quito. Luégo que llegaron los primeros cuerpos, uniéndolos á la División vencedora en Pichincha, y dándole el nombre de *Granaderos* al Escuadrón *Lanceros*, el Libertador marchó con estas tropas para Guayaquíl, ordenando que el resto del Ejército que iba de Pasto permaneciese en la capital del Ecuador hasta nueva orden.

Como la diminuta soberanía de Guayaquíl no podía permanecer independiente, tenía necesidad de pertenecer á una de las dos Repúblicas limítrofes, y con este motivo se agitaban dos partidos en la ciudad, uno de anexionistas al Perú, y otro á Colombia. Con la aproximación de nuestras tropas, los partidarios de la anexión al Perú se atemorizaron, la Junta de Gobierno se disolvió, y los más influentes emigraron á Lima.

Nuestras tropas entraron á Guayaquíl el 11 de Julio; el 13 el Libertador consultó, por una proclama, la libre opinión del pueblo, para su anexión á Colombia ó al Perú, y el 30 de Julio, sin ninguna violencia, ese territorio independiente se constituyó en un Departamento de la República de Colombia, regido por un Intendente, que lo fué el General Bartolomé Salom.

Cinco días antes, el 26 de aquel mes, arribó á Guayaquíl en un buque de guerra el General Don José de San Martín, Protector del Perú. Estuvo tres días en conferencias privadas con el Libertador, y nadie, ni el mismo General Sucre supo cuáles fueron los asuntos y términos de que se ocuparon. Aunque muchas personas han pretendido saber de qué trataron en dicha entrevista, lo único que se pudo traslucir fué que el General San Martín indicó al Libertador que, en su concepto, al Perú no le convenía ser regido por un Gobierno republicano democrático, sino por uno monárquico constitucional, lo cual estaba en contradicción con los principios y miras del Libertador; pero sí es cierto que el General San Martín estaba disgustado porque la Junta de Gobierno que dejó establecida en Lima y las personas de más influencia del Perú, no se mostraban contentas con su Gobierno protectoral, y le hacían la guerra, tanto que durante su viaje á Guayaquíl, depusieron, arrestaron y deportaron á Panamá al Ministro de Guerra y Marina que dejó allí, el cual era Don Bernardo Monteagudo. El General Don Domingo Tristan acababa de perder en Ica una lucida División de 3,000 hombres, y los españoles se encontraban con un Ejército superior en número al de los republicanos, por lo cual creyó San Martín que no le era posible concluír la libertad del Perú, é instó al Libertador

á que fuese con el Ejército de Colombia á completar la obra que él había comenzado. El General San Martín volvió á Lima, se encargó del mando supremo, y sin manifestarse resentido convocó un Congreso ante el cual dimitió su autoridad de una manera irrevocable : admitiósele la renuncia, nombrándolo Generalísimo de todas las tropas de la República, y aunque aceptó este nombramiento, no tomó el mando del Ejército. Dejando á los peruanos entregados á sí mismos y en una posición difícil y aun comprometida, se despidió de ellos por una proclama, se embarcó para Chile, de allí pasó á Buenos Aires, su patria, y de Buenos Aires á Europa, sin volver á tomar parte en la lucha de la Independencia americana. Esta conducta del General San Martín ha sido muy aplaudida; vino á colmar la estimación y aprecio de sus conciudadanos, que no vieron sino grandeza de alma en el acto de desprenderse del poder supremo y retirarse á la vida privada, como lo hizo hasta su muerte, ocurrida en París, en medio de afectuosas relaciones, y satisfecho de haber servido á su patria con abnegación y patriotismo. Otros juzgarán hasta qué punto influyó en aquel acto su triste experiencia del Perú y la vista del hombre irresistible y conciente de sí mismo, que tenía que dominar con una mano la anarquía y la confusión, y con la otra herir de muerte á los enemigos peninsulares y á sus aliados.

Desde entonces el Libertador no trató de otra cosa que de la libertad del Perú, y empezó á dictar todas las disposiciones necesarias para preparar las tropas que debían marchar á aquella República á la gloriosa campaña que paso á recordar minuciosamente.

CAMPAÑA DEL PERU.

Concluída la campaña del Sur de Colombia con la del Ecuador el año de 1822, el Libertador solicitó permiso del Gobierno para marchar al Perú con el Ejército.

La más grande de sus creaciones, la República de Colombia, existía yá, inscrita en el catálogo de las naciones por los esfuerzos portentosos de su genio. Pero no era esta la misión que la Providencia directora del género humano había confiado á Bolívar, sino la Independencia completa, absoluta é irrevocable del Continente Americano. Tal era el pensamiento íntimo de Bolívar, tal su destino. Desde la infancia de la guerra

de la Independencia, en los campos sangrientos de Venezuela, nuestro grito de guerra era: *viva la América libre.* Desde las selvas más remotas del Orinoco y en medio de los más grandes reveses, Bolívar, dominando todos los sucesos, las glorias y las adversidades, superior á cuanto pudiera estrechar el horizonte de sus vastas miras, pensaba y trabajaba por la libertad del Perú como de México, de Guatemala como de Buenos Aires. *Cubierta de luto Venezuela*, decía Bolívar á los argentinos en el año octavo, *ella os ofrece su hermandad, para cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanen su suelo.*

Además, Colombia no podía gozar la libertad é independencia que había conquistado: veinte mil soldados españoles sostenían las conquistas de Pizarro y podían, al Sur de nuestras fronteras, elevar su fuerza á más de cuarenta mil hombres. Parecía decretado por el cielo que los bravos vencedores que fijaron sobre las bocas del Orinoco el *Iris de la libertad*, hubiesen de conducirlo en triunfo hasta el Potosí.

Grandes razones de conveniencia para Colombia se interesaron en esta campaña: ellas fueron consideradas detenidamente, y á fines del mismo año yá había en la capital del Perú una División colombiana á las órdenes del General Juan Paz del Castillo; pero este General fué relevado inmediatamente en el mando de la División, por el General Manuel Valdés, á quien el Gobierno de Colombia había designado para que mandase aquella expedición, el cual llevó instrucciones para entenderse con el del Perú sobre varios asuntos, y sobre todo, el de reclamar el Batallón *Numancia*, á quien debía incorporar á las tropas de su mando. Tan luégo como llegó á Lima el General Valdés, reclamó el Batallón, y sin inconveniente alguno fué puesto á su disposición; mas los Generales y algunos Jefes y Oficiales del Ejército del Perú no dejaron de sentir la separación de un cuerpo que ocupaba el primer lugar entre sus tropas, y yá por resentimiento, yá por emulación, se suscitaron celos contra los auxiliares, manifestándose desde el principio de un modo sensible, pues el Gobierno del Perú empezó por reclamar el valor del armamento, fornituras y equipo que había suministrado al Batallón *Numancia*, y con este motivo quiso retener en cajas el haber devengado por la División colombiana.

En consecuencia de esto el General Valdés se dirigió oficialmente al Ministerio de Guerra, manifestándole lo injustificable de esa medida, pues en todo caso sería el Gobierno de

Colombia y no la tropa quien tendría que satisfacer lo que con derecho ó sin él reclamaba el Gobierno peruano; sin embargo, no se atendió á razón alguna, la cuestión se agitó hasta el extremo, y no logrando acordarse en ningún punto, el General Valdés resolvió regresar á su Patria con la División. Pidió buques para el trasporte, le pusieron algunos embarazos, y después de más ó menos rodeos se los facilitaron, y zarpando del Callao con su tropa á fines de Enero, arribó á Guayaquíl á principios de Febrero.

El Libertador se hallaba en Quito, con motivo del alzamiento del Capitán Don Benito Boves (de los presos de Pichincha, que se fugó de Quito y fué á Pasto á encender de nuevo la hoguera realista), alzamiento del cual no me ocupo, por haberlo tratado extensamente el doctor Restrepo. Luégo que recibió la noticia del regreso de las tropas, se dirigió precipitadamente á Guayaquíl con el objeto de llevar adelante la libertad del Perú, á pesar de las fútiles contradicciones é inoportuna contramarcha con que la campaña tropezaba desde su primer paso.

Aunque el regreso de las tropas no se le reprobó al General Valdés, esta medida no guardaba armonía con los principios del Gobierno de Colombia, ni con los deseos del Libertador. El Gobierno estaba convencido de la utilidad y necesidad de auxiliar al Perú, y se disponía á concederle permiso al Libertador para que marchase en persona con el resto del Ejército, á cuyo fin se habían expedido las órdenes convenientes y estaban en marcha diferentes cuerpos de tropa, que debían embarcarse en Guayaquíl y Panamá.

Con el regreso de las tropas colombianas, quedó la capital del Perú con sólo 2,000 hombres, la mayor parte reclutas, porque el General Don Rudesindo Alvarado acababa de perder en Torata y Moquegua una brillante División de más de 3,000 hombres, de los mejores cuerpos que trajo el General San Martín de Chile y Buenos Aires; sin embargo, el Presidente de la República, Don José de la Riva Agüero, y el General Don Andrés de Santacruz, trabajaron con la mayor actividad y organizaron en poco tiempo una hermosa División de 5,000 y tantos hombres, con la cual, mas la escuadra que la condujo, el General Santacruz abrió un poco más tarde operaciones sobre los enemigos dirigiéndose á los puertos Intermedios.

El Libertador, que esperaba con ansia la licencia del Gobierno para marchar al Perú con el Ejército, no descansaba un

momento en los aprestos que exigía su realización. Llamó con interés al General Sucre, que se hallaba en Pasto; é invistiéndolo del carácter de Ministro Plenipotenciario, lo mandó al Perú con el objeto de que le instruyera del estado político y militar de aquella República, dándole, además, el nombramiento de General en Jefe del Ejército auxiliar para cuando estuviese en aquel territorio.

Reunidos con este motivo en Guayaquíl algunos cuerpos, se organizó la primera División del Ejército auxiliar, dando el nombre de *Voltígeros* al Batallón *Numancia*, y colocándolo entre los cuerpos de la Guardia nacional. El mando de las tropas que debían ir al Perú se confió al General Valdés, quien se embarcó con ellas para el Callao en el mes de Marzo, quedando el General Castillo de Intendente en Guayaquíl, el General Salom de Intendente en Quito en lugar del General Sucre, y el Libertador dando disposiciones para organizar y reformar otros cuerpos, que hicieron después parte del Ejército colombiano auxiliar.

Cuando el General Sucre llegó á Lima, el Gobierno del Perú no contaba más que con el Departamento de la capital, el de Trujillo, el de Huamachuco y parte del de Huánuco, y con un Ejército impotente para resistir á los españoles, que con 8,000 y tantos hombres á las órdenes de los Generales Don José Canterac y Don Gerónimo Valdés, salieron de Jauja intentando invadir la capital, en donde sólo había como 5,000, contando con la División que llevó el General Manuel Valdés. En esa situación el Gobierno nombró al General Sucre General en Jefe del Ejército unido, empleo aceptado por él, no para defender la ciudad, pues no creyó poder hacerlo con aquella fuerza, sino para retirarse con ella al Callao y defender las fortificaciones y todos los elementos de guerra que encerraba. El Congreso, el Presidente, los empleados y los sugetos comprometidos, siguieron al General Sucre al Callao; y allí el Congreso lo invistió con facultades extraordinarias para que obrase como á bien tuviese en la defensa, extendiendo su autoridad á todo el territorio libre.

El Presidente Riva Agüero se hallaba en desacuerdo con el Congreso, y este Cuerpo, por un decreto, lo depuso de su autoridad, y en su lugar nombró á Don Francisco Villavieso; pero Riva Agüero no obedeció el decreto, y siguió él solo en ejercicio de sus funciones. El General Sucre, cuyas operaciones tenían que entorpecerse con tales desavenencias, haciendo uso de las facultades que le habían concedido, dispuso

que el Presidente y el Congreso fuesen á Trujillo á continuar sus querellas, en tanto que él defendía la plaza.

Los españoles ocuparon á Lima el 18 de Junio, y allí supieron que el General Santacruz había marchado para Arica, con una División bien equipada; y desengañados de que no eran unos pocos reclutas los que componían aquella expedición, salió el General Valdés de Lima el 30 de Junio con una División á oponerse al General Santacruz. Canterac, viendo que nada podía adelantar sobre el Callao, se retiró el 17 de Julio á la Sierra, después de sacar de Lima una fuerte contribución á los habitantes y cuanto pudo llevar de esa capital, inclusos todos los caballos que existían en las pesebreras.

El General Sucre, con una División de más de 3,000 colombianos y peruanos, dejando investido al General Don José Bernardo Tagle de las facultades que le confirió el Congreso, y al General Valdés de Comandante general de la División del centro, se movió en dirección á Arequipa con el objeto de unirse á la expedición que llevó el General Santacruz y obrar juntos contra los españoles.

En tanto el Presidente Riva Agüero, situado en Trujillo, disolvió el Congreso por un decreto; los Diputados se trasladaron á Lima, y viendo que tenían *quorum* se reunieron, declarándose legalmente instalados en Congreso, y depusieron de la Presidencia al General Riva Agüero, nombrando en su lugar al General Don José Bernardo Tagle.

Cuando estos acontecimientos ocurrían en el Perú, el Libertador se ocupaba en Guayaquíl en organizar tropas y mandarlas sucesivamente para aquella República, tanto en cuerpos arreglados como en partidas de reclutas. De los prisioneros que se le hicieron á Boves en Pasto, se remitieron para Guayaquíl 250 pastusos, de los más peligrosos y empecinados realistas, y para que no se fugaran, se les llevaba amarrados de los lagartos de dos en dos; y cuál sería la obcecación de estos hombres, que al pasar por el pie del Chimborazo, donde hay una elevada peña al bordo del camino, uno de ellos rompe las filas arrastrando al compañero, y se precipita por ella, diciendo: "Prefiero irme á los infiernos antes que servir á Colombia." Dos cuerpos destrozados sobre las piedras fué lo que se alcanzó á ver allá en lo profundo del abismo; pero todavía sus compañeros llevaron más adelante su obstinación.

Habiendo llegado á Guayaquíl, el Libertador dispuso que fueran al Perú en clase de reclutas, y los embarcaron en el bergantín *Romeo*, llevando por toda custodia cinco oficiales y

once soldados pertenecientes á los cuerpos que habían marchado adelante. A los tres días de haber salido del puerto, se sublevaron á bordo, mataron á palos al Teniente Ignacio Durán y al Subteniente Sebastían Mejía, primos del que esto escribe, y dejaron medio muertos é inútiles al Teniente José Caicedo, á los otros dos oficiales y á seis soldados. Como el buque no llevaba más que doce marineros, el Capitán no pudo contener la sublevación, y lo obligaron á que hiciera rumbo á la costa del Norte, con la mira de desembarcar en un puerto de donde pudieran dirigirse á Pasto. El Capitán tuvo que ceder á la fuerza, viró por redondo y navegó hacia Tumaco, punto que le señalaron los sublevados para su desembarco. La bahía de este puerto es de poco fondo, y los buques tienen que fondear bastante distantes de tierra, y por consiguiente no se puede desembarcar con prontitud. Afortunadamente se encontraba fondeada en el puerto la fragata ballenera *Spring-Grove*; el Capitán del *Romeo* le hizo señal de alarma en su buque, y al momento el Capitán de la ballenera tripuló sus botes con todos sus marineros armados, y le prestó auxilio, logrando contener á los sublevados que había á bordo, menos cuarenta y tantos que habían desembarcado. Contenida la sublevación y reducidos á prisión en la bodega de los sublevados, el Capitán del *Romeo* hizo rumbo á Guayaquíl, donde el Libertador mandó fusilar inmediatamente á veintiuno de los cabecillas.

Pero faltaba castigar á los que desembarcaron en Tumaco, y el Libertador dispuso que el Coronel Lucas Carvajal con el Escuadrón *Granaderos* y dos compañías del Batallón *Yaguachi*, embarcándose en la goleta de guerra *Guayaquileña*, siguiese á la costa en su persecución, encargándome á mí del detall de esa columna. En nuestra excursión tocamos en Atacames, Esmeraldas, Iscuandé y Tumaco, capturando hasta cuarenta y tres, á quienes se castigó con la pena de muerte.

Nos hallábamos en Tumaco cuando el Coronel Carvajal recibió orden del Libertador de que marchase con la columna por Barbacoas, y atravesando la montaña de San Pablo saliese á Túquerres. El origen de esta disposición fué la revolución de Agualongo en Pasto, á quien el Libertador en persona se dirigió á combatir. Salió de Guayaquíl con 400 hombres del Batallón *Yaguachi*, reunió en el tránsito y en Quito cuanta fuerza le fué posible, y lo batió en la villa de Ibarra, en donde perecieron 700 pastusos. El General Salom, destinado á restablecer el orden en la provincia de Pasto, persiguió á los derrotados hasta la ciudad de ese nombre. Cuando salimos á Túque-

rres, el Coronel Carvajal recibió orden del Libertador de mandar al General Salom las dos compañías de *Yaguachi* y que él con el escuadrón marchase á Guayaquíl, previniéndome á mí al mismo tiempo que siguiese con él.

Después que el Libertador destruyó á Agualongo en Ibarra, se dirigió á Guayaquíl, desesperado porque no le llegaba la licencia para marchar al Perú. De esta República seguiré ahora haciendo relación.

Al salir el General Sucre del Callao despachó un oficial en comisión cerca del General Santacruz á prevenirle que se iba á reunir con él, llevando una división para obrar en combinación, según el plan de campaña que se había propuesto seguir. El General Santacruz recibió en Zepita las comunicaciones del General Sucre, cuando acababa de obtener allí un pequeño triunfo contra los españoles, y había logrado elevar su fuerza á 7,000 hombres. Enorgullecido con este pequeño halago de la fortuna, se creyó capaz por sí solo de batir á los enemigos, y se negó á esperar al General Sucre y ponerse de acuerdo para obrar en combinación, continuando sus movimientos al interior; pero pagó bien caro en Torata su temeridad.

El General Don Jerónimo Valdés, que desde Lima había hecho una marcha precipitada y de rapidez asombrosa para ir á oponérsele, se reunió cerca del Desaguadero con el General Laserna que tenía algunas tropas, y con el General Olañeta, que bajó de Potosí con 3,000 hombres, formando así un Ejército de 7,000 y tantos, con el cual se le pusieron al frente. Entonces escribió el General Santacruz al General Sucre desde Oruro instándole para que fuese á unírsele, porque emprendía su retirada, no atreviéndose á comprometer una batalla. Los españoles hicieron dos marchas forzadas desde Oruro persiguiendo al General Santacruz hasta Sicasica, donde se empezó á disolver la División por una mala retirada ejecutada al frente de un enemigo hábil y activo que supo aprovecharse de su impericia: el parque, la artillería, los equipajes y cuantos elementos llevaba, con multitud de cansados y dispersos, quedaron abandonados en el tránsito como si hubieran sufrido una derrota, llegando el General Santacruz á Moquegua con sólo 600 hombres, aunque después se le reunieron como otros 600 de los cansados y atrasados que lograron salvarse.

El General Sucre, creyendo que el General Santacruz lo esperaba para continuar sus operaciones sobre el enemigo, salió de Arequipa con la División el 18 de Septiembre, y sólo había adelantado una jornada cuando recibió en Apo la comunicación

muy atrasada, del General Santacruz, y al mismo tiempo la noticia de que se había perdido la División. Con este motivo el General Sucre tuvo que regresar á Arequipa, y de allí pasó personalmente á Moquegua á hablar con el General Santacruz, á quien encontró partidario decidido de Riva Agüero, y no pudo conseguir que se le uniera. Sin embargo, de los restos de la División que se salvaron se formó el batallón número 1º, que á las órdenes del Coronel argentino Francisco de Paula Otero se reunió más tarde al General Sucre en Pisco.

Los españoles, como era natural, después de dispersar la División del General Santacruz, marcharon sobre el General Sucre, quien se dispuso á esperarlos retirándose con la División al pueblo de Uchumayo, cuatro leguas distante de Arequipa, donde dejó estacionado el Batallón *Vencedor*, y diariamente se hacían reconocimientos sobre el camino que debían traer los enemigos. El 8 de Octubre el mismo General Sucre, con un escuadrón de caballería de muy mala calidad á las órdenes del General Miller, hizo un reconocimiento sobre el páramo de Apo, y á más de una legua de Arequipa se encontró repentinamente con un regimiento de caballería española que lo cargó y destrozó completamente, salvándose solamente el General Sucre, el General Miller y unos pocos soldados, que apoyados por el Batallón *Vencedor* se retiraron á Uchumayo, y de allí á Quilca donde se embarcó la División y fué á arribar á Pisco. Al mismo tiempo el General Santacruz con 300 hombres se reembarcó en su escuadra, y se dirigió á Huanchaco para ir á unirse con Riva Agüero en Trujillo; y el Coronel Otero con el batallón número 1º siguió á Pisco, donde se reunió al General Sucre.

Mientras pasaban estos acontecimientos, los deseos del Libertador se habían cumplido. El 1º de Agosto recibió en Guayaquíl la licencia del Congreso para que pudiera trasladarse al Perú á mandar el Ejército, facilitándole además cuantos auxilios de tropa y elementos de guerra necesitara para hacer esa campaña. El día 6 se embarcó en el bergantín *Chimborazo*, y arribó al Callao el 1º de Septiembre, dirigiéndose á Lima el mismo día. Fué su entrada á la capital del Perú un verdadero triunfo; el Gobierno, los empleados y los particulares se manifestaban llenos de gozo al ver al Libertador de Colombia; les parecía que su presencia sola era bastante para que desaparecieran los españoles de la patria de los Incas y para que terminaran sus disenciones civiles.

Al día siguiente dió el Congreso un decreto de autoriza-

ciones al Libertador para que hiciera uso de todos los medios que le aconsejara su prudencia, y terminara las desavenencias con Riva Agüero; y el 10 expidió otro por el cual le concedió la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República con todas las facultades ordinarias y extraordinarias que exigía la situación en que se encontraba el país.

Al encargarse el Libertador del mando del Ejército, sólo encontró en Lima el Batallón *Río de la Plata* de Buenos Aires, el número 11 de Chile, los números 3 y 4 del Perú en cuadro, un regimiento de *Granaderos montados* de Buenos Aires, y un escuadrón de la *Guardia peruana*, porque el resto del Ejército se hallaba insurrecto con Riva Agüero; pero contaba en la capital con tres batallones de infantería y tres escuadrones de caballería de Colombia, y además con la División que se hallaba á las órdenes del General Sucre.

Todo el mes de Septiembre y Octubre lo empleó el Libertador en hacer cuanto estuvo á su alcance para transigir las desavenencias con Riva Agüero, y nada pudo conseguir. Parace que éste, según se dijo después, intentaba más bien unirse á los españoles que servir á su patria; y aun creo que se interceptaron algunas comunicaciones que comprobaban el hecho. *

Entre tanto los españoles ocupaban la mayor parte del territorio; su Ejército no bajaba de catorce á veinte mil soldados veteranos, repartidos en diferentes puntos, y cada día se aumentaba con reclutamientos y conscripciones, aprovechándose de los disturbios del Gobierno peruano y de su impotencia para disciplinar tropas.

El Libertador que estaba acostumbrado á forzar la naturaleza de las cosas humanas, quiso antes que nada sofocar la insurrección del ex-Presidente Riva Agüero, y en Noviembre se puso en marcha con algunas tropas para el Departamento de Trujillo, abriendo una campaña para someterlo por la fuerza á la obediencia del Gobierno.

El General Sucre, que con su División había regresado de Arequipa y se hallaba estacionado en Pisco, tuvo orden de re-

---

* Mi relación está de acuerdo con la del señor Irisarri en su *Historia crítica*, capítulo 1°, excepto que él cree á Riva Agüero ambicioso é inepto pero no traidor como Torretagle y Berindoaga, y sugiere que las comunicaciones de que se habló pudieron ser forjadas por los españoles mismos para dividirnos. Antes de eso dice bien Irisarri, que nadie derrotó á Santacruz, sino que aquello fué una dispersión sin motivo; pero añade que temió que Canterac lo cortara, cuando Canterac estaba muy distante.

plegarse á la costa del Norte, y en el pueblo y puerto de Barranca desembarcó con ella, uniéndose á la otra División de Colombia que se encontraba en marcha. Del Ejército del Perú tan sólo el *número* 1.°, que á las órdenes del Coronel Otero se unió al General Sucre, y el *número* 3, en cuadro, que salió de Lima, nos acompañaron en esta campaña.

En el pueblo de Pativilca permaneció el Ejército unos pocos días mientras se hacían todos los arreglos necesarios, y con la precisión más grande se puso en movimiento atravesando la cordillera de los Andes, superando el inconveniente de no poder tomar agua ni mojarse en dos días de marcha, para evitar el contagio de la verruga, enfermedad que indispensablemente sufre todo individuo que toma agua ó se moja en los ríos ó quebradas de aquella parte del territorio, y de la cual no están exentos ni los animales, ni aun los cuervos.

La mayor parte de las tropas insurrectas estaban situadas en la provincia de Huarás, en la Sierra, á las órdenes del Coronel Don Remigio Silva, quien informado de nuestro movimiento se puso en retirada sobre Cajamarca.

El Libertador, cuyas miras fueron siempre las de someter á aquellas tropas á la obediencia del Gobierno, antes que destruírlas, tocó todos los medios que le aconsejó la prudencia, y desde el pueblo de Corongo se me encargó la comisión de alcanzar al Coronel Silva con su División y ofrecerle un indulto y garantías, haciéndole muchas consideraciones en favor de su Patria, á que no podía ser indiferente. Se me dieron instrucciones y partí inmediatamente para Huamachuco, en donde debía encontrarlo.

El mismo día que llegué á esta ciudad, la División insurrecta, espantada de su sombra, se había disuelto por su propia voluntad. Dos cuerpos de infantería continuaban su retirada sobre Cajamarca, y alguna caballería pernoctaba aquella noche en Cajabamba, donde la alcancé á las dos de la mañana. Es imposible expresar el desorden que reinaba entre aquella gente. El día antes se había repartido entre los Jefes y Oficiales y algunos individuos de tropa el dinero que llevaba la comisaría, y abandonados á discreción, cada soldado disponía de sí libremente.

Ciñéndome á las instrucciones que llevaba, de acuerdo con los deseos del Libertador, convoqué en el momento á los Jefes y Oficiales que encontré allí; les hablé con todo el interés de que eran susceptibles mis sentimientos, y conseguí persuadirlos. Aquel mismo día reuní también muchos dispersos.

Aunque los Coroneles Silva, Novoa y Mancebo, Jefes de la División, se me ocultaron en Huamachuco y no hallé á quien entregar las comunicaciones oficiales que conduje, tuve la advertencia de referirme á ellas para ofrecerles en nombre del Gobierno las garantías necesarias, logrando que los Jefes y Oficiales volviesen á las filas que habían abandonado, y que esperasen órdenes del Libertador. Dirigí también comunicaciones á los dos Jefes de batallón que seguían su movimiento sobre Cajamarca, alegando las mismas consideraciones, que fueron atendidas, y regresé á dar cuenta de mi comisión.

Mientras el Libertador se ocupaba en reanimar el espíritu militar de estas tropas, que había desfallecido, otra escena se representaba en la capital del departamento de Trujillo, por virtud de las sabias y activas disposiciones del genio de Bolívar. El Coronel Don Antonio Gutiérrez de Lafuente, que mandaba el regimiento de *Coraceros*, uno de los mejores cuerpos de las tropas insurrectas, se rebeló contra el ex--Presidente Riva Agüero, lo puso preso á él, á su Secretario, Coronel Don Ramón Herrera, y á algunos de sus partidarios, y remitió á los dos primeros á Guayaquíl, donde el Libertador los mandó poner en libertad y que les dieran pasaporte para Europa. Riva Agüero lo aceptó y se fué para no volver hasta después que se consiguió la Independencia del Perú. En Europa se ocupó, no ya en hostilizar y embarazar la Independencia de su Patria, sino en calumniar á su magnánimo Libertador, disfrazándose con el seudónimo de *Pruvonena*.

El Coronel Lafuente se sometió al Gobierno con las tropas de su mando poniéndose á las órdenes del Libertador. Así terminó felizmente aquella defección, recuperando el Perú el departamento de Trujillo y algunas tropas que sirvieron de base para formar el Ejército peruano.

El Libertador ordenó entonces al General Sucre que se acantonase con el Ejército en la provincia de Huailas, y continuó su marcha con el Estado Mayor general á Cajamarca, á donde llegamos el 15 de Diciembre. Allí se le presentaron los Jefes, Oficiales y tropa de los dos cuerpos que se habían segregado de la División del Coronel Silva, y se dió principio á la organización del Ejército del Perú.

Mas en aquellos momentos todo se oponía á la realización de los planes del Libertador, y por todas partes se presentaban obstáculos que era necesario superar. El día de nuestra llegada á Cajamarca se nos había reunido un edecán del Libertador, el Comandante Julián Santamaría, que de regreso de una comi-

sión traía consigo una dilatada correspondencia interceptada al Ejército español. Por ella se informó S. E. de que el navío *Asia*, el bergantín *Aquiles* y una corbeta venidos de España, á las órdenes del Coronel Don Roque Guruceta, que mandaba la escuadrilla, acababan de entrar al Pacífico aumentando su marina de guerra. Una escuadrilla enemiga sobre nuestras costas en aquellas circunstancias, haciendo el crucero, paralizaba las disposiciones del Libertador, que por entonces lo esperaba todo de Colombia. Muchos cuerpos de tropa debían ir al Perú en diferentes buques mercantes, según las órdenes que se habían comunicado á los Intendentes del Ecuador, Guayaquíl y Panamá. El General Antonio Morales acababa de embarcarse en la Costa para Guayaquíl, con el objeto de hacer cumplir esta disposición sin pérdida de tiempo, y el recelo de que estas tropas llegasen á ser presa del enemigo, causaba al Libertador justo desasosiego.

Por la tarde de este mismo día, el Libertador me llamó personalmente; entramos juntos en una pieza que se le había destinado para alojarse, y reclinándose en la cama que le tenían preparada, hizo que le leyese nuevamente algunas comunicaciones de las interceptadas al enemigo.—"Mucho hay que trabajar (me dijo cuando acabé de leerlas): esta empresa es casi superior á mis fuerzas; pero cuento con bastantes Oficiales jóvenes, que partirán conmigo las fatigas así como los triunfos." Luégo se levantó, empezó á pasearse en la pieza y me ordenó que bien de mañana al día siguiente, estuviese allí para despachar los asuntos más importantes.

Aunque Su Excelencia se hallaba fatigado por la molestia del camino, no se recogió aquella noche hasta muy tarde, y sin embargo, á las cinco de la mañana mandó que me llamasen. Cuando me presenté en su cuarto le hallé en pie y vestido, como acostumbraba hacerlo. Había una luz sobre la mesa, porque aún no aclaraba, y su semblante manifestaba alguna agitación—"Usted sabe (me dijo cuando entré) que no tengo más Secretario ni Oficial en la Secretaría que uno, y usted solo no puede despachar tantos asuntos: haga usted llamar al Capellán y á Santamaría para que lo ayuden; pero entre tanto, vamos á arreglar el trabajo." Su Excelencia mismo tomó varios papeles de importancia, y empezó á metodizar el despacho de los más urgentes. Luégo que aclaró el día, y después de algunas reflexiones sobre la posición en que nos hallábamos en aquellos momentos, ordenó que se llamase al Capellán y á Santamaría, como lo había indicado.

En aquel acto empezó Su Excelencia á dar disposiciones para evitar la pérdida de las tropas que se esperaban de Guayaquíl. A eso de medio día se incorporó el Coronel José Domingo Espinar, que hacía de Secretario interino y había quedado enfermo á retaguardia, y encargándose del despacho, continuó el trabajo sin interrupción hasta las siete de la noche. Cuando se hubo concluído éste, quedamos solos con el Secretario en la pieza del despacho, donde el Libertador empezó á pasearse; y permaneció algún rato en silencio buscando en su imaginación un Oficial que marchase por la posta á Guayaquíl, el cual debía llevar las órdenes que se habían expedido en aquel día, para evitar el encuentro de las tropas de Colombia con la escuadrilla española, de la que no debían tener noticia alguna. Su Excelencia exigía que este Oficial no parase un solo momento, porque cualquiera demora podía costar una pérdida irreparable, y que no se embarcase en ningún punto de la Costa, para que no fuese á ser presa de la escuadrilla enemiga y se frustrasen sus planes. Saliendo luégo de esta meditación, "No hay remedio (nos dijo, dirigiéndose á mí). Siento quedarme sin un Oficial en la Secretaría, pero usted se marcha para Guayaquíl muy de mañana: extienda usted ahí mismo un pasaporte, que irá firmado de mi mano, para que le dén los auxilios necesarios y no lo demoren en el tránsito. Usted está al cabo de todo lo que yo quiero que se haga: trasmítale de palabra al General Castillo todas mis ideas, y explánele por extenso los motivos que me han obligado á contrariar mis disposiciones anteriores. No duerma usted si es posible, mientras no llegue á Guayaquíl: allá descansará algunos días, y puede volverse más despacio. En Lima me encuentra usted á su regreso." El pasaporte se extendió encargando á las autoridades del tránsito, á los hacendados, propietarios y transeuntes, que me facilitasen los auxilios que necesitara para el desempeño de mi comisión. Su Excelencia lo firmó, y se ocupó más de media hora en darme muchas órdenes de palabra, que debían ejecutarse en los departamentos de Guayaquíl, Quito, Panamá y aun en Cartagena. Luégo, tomando un tono jocoso, como acostumbraba cuando se hallaba de buen humor, añadió:—"Que no se le vaya á olvidar nada: mire que lo *afusileo*, como decía el General Cedeño."

A las cuatro de la mañana del día siguiente, 17 de Diciembre, me puse en camino por la posta, atravesando los arenales desiertos de Lambayeque y Piura, y el 24 en la noche llegué á Guayaquíl. Yá los buques de trasporte y las tropas

estaban listos para salir el 26. El General Castillo, que se hallaba de Intendente, dispuso al momento que se aprestase la escuadrilla de Colombia para que convoyase los buques de trasporte, conforme á las órdenes que acababa de recibir. Pocos días fueron necesarios para cumplir esta disposición, que aseguraba de un modo positivo la traslación de las tropas, y, si me es permitido decirlo, aun el éxito de esta campaña tan gloriosa.

Entre tanto el Libertador, que con su Estado Mayor general se dirigía de Cajamarca para la capital del Perú, fué atacado en el camino por una violenta enfermedad. El 11 de Enero de 1824 lo encontré á mi regreso en Pativilca, donde permanecía restableciendo su salud, cuyo quebranto no le había permitido llegar á Lima como lo deseaba; pero sin embargo de hallarse en este estado de indisposición, comenzó á organizar un Ejército capaz de hacer frente á los enemigos de la Independencia, que con un número de tropas cuatro veces mayor que las nuestras, se aproximaban en varias direcciones. Todos los días salían los Oficiales del Estado Mayor general en distintas comisiones, y ansiosamente se esperaban por momentos los auxilios de tropas de Colombia y Chile.

El Libertador previno entre otras cosas al General Don Enrique Martínez, Comandante general de la División del Centro, estacionada en Lima, que con tropas de su División se relevase el Batallón *Vargas*, de la Guardia Colombiana, que se hallaba de guarnición en el Callao, y que este cuerpo, á las órdenes de su Comandante Coronel León Febres Cordero, marchase á Cajatambo. Cumpliendo con esta disposición, los batallones números 11 *de Chile* y *Río de la Plata*, del Ejército auxiliar de Buenos--Aires, ocuparon las fortalezas del Callao al mando del General Alvarado. Pero, ah! cuántas angustias causó al Libertador esta medida, cuyos resultados no estaban en el cálculo humano. Todo podía alcanzarlo y preverlo aquel genio extraordinario, aquella alma superior, pero no concebía que la traición pudiera manchar los antiguos laureles de las tropas argentinas. El era el Jefe de los *colombianos*.

El Gobierno del Perú carecía de recursos pecuniarios, no contaba sino con tres departamentos, puede decirse, y las tropas de la guarnición lamentaban la escasez aun de lo indispensable para su subsistencia; se pasaban dos ó tres días sin que tomasen ración, y hacía más de seis meses que no recibían prest. Esta situación tan penosa se hizo más sensible de día en día, desalentó á toda la República y la sumergió en un abismo.

Las tropas del Río de la Plata, capitaneadas por el Sar-

gento Dámaso Moyano, se insurreccionaron en el Callao poniendo presos al General Alvarado, al General Vivero, Comandante del Arsenal y Capitán del puerto, y á todos sus Oficiales. Empezaron por reclamar sus raciones y sueldos devengados, y dirigieron al Gobierno varias solicitudes pidiendo buques de trasporte para dirigirse á su patria. Aunque el Congreso se encontraba reunido en aquella época, nada hizo para satisfacer los deseos de los insurrectos, ni contener los males que afligieron á aquel país. El Presidente Torretagle se contentó con hacerles algunas promesas en nombre del Gobierno, que fueron desatendidas.

Cuando se informó al Libertador de este acontecimiento, interesó todo su influjo para que se les proporcionase alguna cantidad de pesos á cuenta de sus haberes, y los buques necesarios para su trasporte, recomendando á los encargados del poder que á costa de este sacrificio evitasen la pérdida de las fortalezas del Callao, que á su vista ya era inevitable; pero todo fué en vano. No había dinero, el Gobierno carecía de confianza, y el Presidente no era calculado para contrarestar el torrente de la rebelión.

A los cinco días tomó esta insurrección un carácter distinto. Después de cometer toda clase de desórdenes, Moyano que no sabía dónde estaba parado, puso en libertad á varios Oficiales españoles que se hallaban presos en el Castillo, entre los cuales había un Coronel (cuyo nombre no he podido recordar porque no le conocí), que logró hacerse su confidente y consejero. Enarbolaron el estandarte español en las fortalezas, despacharon un emisario al Virey Laserna, que se halla en el Cuzco, y le ofrecieron la plaza y sus servicios. El Virey, aprovechándose de esta ventaja, hizo partir inmediatamente al General Rodil con el Escuadrón *San Carlos*, y al General Monet desde Jauja con otras tropas, los que se reunieron en el pueblo de Lurín y ocuparon con ellas el Callao el 29 de Febrero. Al General Rodil lo nombró de Gobernador y Comandante general de la provincia de Lima, confiriéndole el mando de las fortalezas y de las tropas que se le acababan de pasar, y le entregó un despacho de Coronel en nombre del Rey de España, para que premiase con él la perfidia del Sargento Moyano.

Este acontecimiento causó un trastorno general en los peruanos. El Congreso, á la vista de un cuadro tan funesto, y en el conflicto del momento, volvió sus ojos al Libertador como el único que podía salvarlos del espantoso naufragio que los amenazaba, y declarándose en receso, lo revistió del poder dictatorial.

En aquellos instantes acabó de desaparecer la confianza, que fué reemplazada por la perfidia, y la capital permaneció abandonada á si misma por algunos días.

El Libertador recibió el 13 de Febrero la autoridad que se le confirió, acompañada de crímenes de lesa-patria. Difícilmente otro hombre, que no fuese Bolívar, habría aceptado un poder que nada tenía de real, cuando verdaderamente sólo podía contar con un puñado de colombianos y el terreno que éstos ocupaban: mas él, á quien no arredraba crisis tan espantosa, porque se hallaba acostumbrado á superarlo todo aun en medio de los más grandes reveses de la guerra, cuando se impuso de las vergonzosas escenas que se representaban en varios lugares, con más arrojo empuñó la palma de la Dictadura. Entonces fué cuando le oímos exclamar, con aquella ardorosa decisión de su genio: "Vamos á salvar este triste país de la anarquía, de la opresión y la ignominia."

Como todos los fundamentos del edificio que empezó á plantear el General San Martín en aquel suelo, habían venido á tierra, el Libertador para reedificarlo sobre una base sólida quería aprovecharse de sus ruinas, y necesitaba salvarlas del contagio de defección que se introdujo en el Ejército antiguo del Perú. El General Necoechea, del Ejército de Buenos-Aires, que con motivo de aquellos acontecimientos había venido al Cuartel general, ocupó la mente del Libertador, quien resolvió despacharlo á Lima, á salvar los restos de la División del Centro, todos los elementos de guerra y cuanto se pudiera, para el Ejército que carecía de todo, menos de valor ni de serenidad con que arrostrar los peligros. Este General, que supo acreditar su valor poco después, instruído confidencialmente de los deseos del Libertador, por un principio de moderación y un sentimiento de delicadeza que le era natural, le hizo presente que hallándose en Lima mandando aquellas tropas el General Martínez, y siendo éste de más graduación que él, dicha medida, que parecía de desconfianza, no haría otra cosa que resentir su amor propio. El Libertador lo penetraba todo y por esto había pensado en él, á pesar de aquellas circunstancias; sin embargo, se decidió á caracterizar al General Martínez, para que con facultades omnímodas se pusiese en retirada, trayendo consigo cuanto le fuese posible y conceptuase necesario para el Ejército. El General Martínez se negó á desempeñar este encargo pretextando enfermedad y la ninguna confianza que le quedaba en el resto de las tropas, y manifestando que habiendo perdido los mejores cuerpos de su División por una

insurrección y defección vergonzosas, estaba resuelto á irse á Buenos-Aires, su patria.

A cada instante se hacía más urgente la necesidad de un Jefe que salvase cuanto fuese posible de la capital, próxima á ser presa de los enemigos, que se hallaban fuera de sus murallas y con tropas más que suficientes para ocuparla. El cuartel general estaba á cincuenta leguas de distancia, compuesto sólo del Libertador y su Estado Mayor general, no completo; el Ejército de Colombia, acantonado en varios puntos, distaba más de cien leguas; y por consiguiente el Libertador no tenía á su lado un Jefe de confianza para que se encargase de esta importante medida. Aunque había en Lima algunos Generales auxiliares y del Perú, temió con fundamento que se excusasen como lo había hecho el General Martínez; y así, sin atender á las consideraciones anteriores, para aprovecharse de los últimos momentos de obrar que le quedaban, ocurrió á las primeras impresiones de su corazón.

El General Necoechea, suficientemente autorizado, partió inmediatamente para la capital, donde todo era confusión y desorden. Los Magistrados habían abandonado sus ministerios, los empleados sus destinos, los Oficiales las filas del Ejército, y aunque Necoechea, con toda la energía que le era característica, dictó muchas providencias, apenas pudo salvar muy pocas cosas, bien fuese por la falta de recursos, ó bien por la desconfianza que se había apoderado de todos los habitantes y aun de los altos funcionarios. Hubo muy pocos que en aquellos momentos no creyesen, de buena fe, infalible el triunfo de los españoles y nuestra total destrucción.

Desmoralizada como estaba la División del Centro, el General Necoechea tropezó sin duda con algunos embarazos en sus operaciones: faltaba la confianza y no era fácil inspirarla en aquellas circunstancias.

Un Regimiento de granaderos montados, de Buenos-Aires, que se hallaba destacado observando por entonces los movimientos de Rodil, habiendo recibido orden para retirarse á Lima, se insurreccionó al frente del Callao, y siguiendo el ejemplo de sus camaradas, se encerró también en las fortalezas, aumentando las filas españolas. No obstante, esta tropa, más generosa con sus Jefes y Oficiales, les había dejado la libertad de elegir libremente el partido que quisieran. Estos, con algunos soldados, se incorporaron al General Necoechea, y volvieron á reformar el Regimiento posteriormente, acompañándonos en la campaña.

Todos estos accidentes aumentaban la confusión, infundían terror y apuraban la perfidia en la capital. El mismo Presidente Torretagle, y Berindoaga, uno de los Ministros de Estado, volaron precipitadamente al enemigo, que los recibió con aplauso en el Callao, y al ejecutarlo expidió el primero una proclama á los peruanos, invitándolos á que se unieran á los españoles *para combatir á los colombianos, que eran los únicos enemigos del Perú;* y de ciento y pico de Oficiales del Ejército peruano, que con destino ó sin él existían en la capital, se le presentaron á Rodil ciento cinco el día que la ocupó, á los cuales dejó tranquilamente en sus casas, excepto algunos que tomaron servicio. Así es que el General Necochea se retiró de Lima con los contados Jefes y Oficiales y 400 de tropa, á quienes animó un sentimiento de honor y patriotismo, y logró escaparse de aquel torrente impetuoso de apostasías.

El Libertador, indignado por esta desmoralización vergonzosa y sin ejemplo, con aquella elocuencia, energía y laconismo que le eran característicos, proclamó desde Pativilca á los pueblos y al Ejército, inspirándoles confianza. Repartió varios cuadros de Oficiales y tropa del Perú, para que formasen cuerpos, y activamente y por todos los medios posibles, removía los obstáculos para crear un Ejército.

Sin embargo de todas las precauciones que se tomaron para contener las defecciones y deserciones de las tropas peruanas, aún no se había colmado la medida. Los Comandantes Novajas y Ezeta, que con un cuadro se hallaban en Chancay formando un escuadrón de caballería, cuando estaba casi completo desertaron con él, llevándose preso al Coronel de Colombia Carlos María Ortega, con cuya ofrenda se presentaron á los españoles en Lima. Este Jefe, con el General Alvarado, y los demás Oficiales presos en las fortalezas del Callao, fueron remitidos á la isla de Estévez. * Todos los días se recibían partes en el Cuartel general de la deserción de uno ó más Oficiales, de uno ó dos piquetes de tropa, más ó menos grandes, que se pasaban á engrosar las filas enemigas. El Libertador, por lo mismo, desconfiaba yá del Ejército peruano, y sólo deseaba tener colombianos á su lado, para destinarlos á los reclutamientos y demás comisiones importantes.

---

* Isla pequeña que servía de presidio y de depósito de los prisioneros que hacían los españoles, situada en el centro de la gran laguna Chucuito ó Titicaca en el Departamento de Puno: desagua en el Pacífico por las inmediaciones de la ciudad de la Paz, cuyo canal sirve de división territorial entre el alto y bajo Perú.

Aunque nuestra situación era en extremo desventajosa, el Libertador no desconfió un momento de organizar un Ejército que libertase de sus opresores la antigua Patria de los Incas. El estaba acostumbrado á crearlo todo de la nada, y con aquella ambición de gloria y aquel entusiasmo y fe que no le abandonaron jamás, me llamó una mañana, y paseándose en la sala mientras yo escribía sobre la mesa del comedor, me dictó una proclama, de la que conservo en mi memoria estos conceptos: —"Peruanos! en menos de seis meses habéis experimentado cinco facciones ó defecciones, causadas por vuestros mismos Jefes; las tropas del Río de la Plata han enarbolado el estandarte español en las fortalezas del Callao; se pasan por partidas á las filas del Ejército español las tropas del Ejército peruano; pero quedan en el Departamento de Trujillo algunos restos de las tropas de Colombia, y diez mil más bravos de la Patria de los héroes surcan los mares por venir á libertaros. ¿Queréis más esperanzas?"

Por lo expuesto hasta aquí debe venirse en conocimiento de que, propiamente hablando, nada existía, y que era necesario crearlo y organizarlo todo para hacer la campaña. Con tal motivo el Cuartel general se hallaba en continuo movimiento; los Oficiales del Estado Mayor general no paraban á ninguna hora, y las órdenes se expedían á todas partes con la mayor presteza. Aquel era un foco radiante de inteligencia, de valor, de constancia, de patriotismo y gloria; aquel era el sol de la libertad en el corazón del Nuevo Mundo.

El Libertador, que en medio de todas sus fatigas soñaba con su Patria, se conmovía sensiblemente á la más leve cosa que tuviera relación con Colombia. Llega el correo y recibe la correspondencia epistolar de algunos empleados del Gobierno en Bogotá, que particularmente le informaban del estado de las cosas políticas, la marcha del Gobierno y la conducta del doctor Miguel Peña, Ministro de la Corte Suprema. El Libertador tomaba tanto interés por su país, que hubiera querido poderse dividir en dos, para dirigir los negocios de Estado en su Patria, y la campaña de que iba á ocuparse; pero como estos deseos no podían llevarse á cabo, se contentaba con indicar á los encargados del Gobierno de Colombia las medidas que en su concepto le parecían más oportunas según la situación. La conducta del Gobierno con el doctor Peña, á quien conocía muy de cerca, le presagiaba un funesto resultado si no se le halagaba y contemplaba. El Libertador se dispuso á despachar el correo, me llamó particularmente á su pieza de habi-

tación, distante de la del despacho de la Secretaría, y con su habitual penetración y prontitud de carácter, al hablar al General Santander, entre otras cosas sobre esta materia, se expresó así : " El doctor Peña es un hombre vivo, de talento, audaz, y.... conviene mucho que usted lo mantenga al lado del Gobierno, halagado con la esperanza de un alto destino, y que por ningún pretexto vaya á Venezuela, para que la patria, usted y yo no tengamos algún día algo que llorar." La correspondencia se cerró, y se siguieron despachando otros asuntos de importancia relativos al Ejército.

Al que no tenga una idea de los trastornos que se experimentaron, no le es fácil conocer nuestra situación en aquella época memorable, y será difícil encontrar una imaginación tan rica, que pueda trasmitir á la historia los pormenores de todos sus acontecimientos ; sin embargo, trataré de describirlos del mismo modo que se presentaron á mi vista.

Ya se ha dicho que el Ejército carecía de todo, y que el Tesoro nacional no tenía con que atender á sus más urgentes necesidades. El Libertador, para remediarlas en cuanto le fué posible, pidió al General Salom, que se hallaba de Intendente en Quito, vestuarios, lanzas, monturas, herraduras para los caballos, víveres, y aun astas para las lanzas, y entre tanto impuso una contribución á los templos que poseían algunas alhajas, y y un donativo entre los habitantes de mayores proporciones en los departamentos de Trujillo, Huamachuco, y parte del de Huánuco, único terreno que ocupábamos. Aun cuando fué su objeto reunir cuatrocientos mil pesos para los gastos de la campaña, para lo cual se hicieron los mayores esfuerzos sin exasperar á los pueblos, sólo se consiguió recoger doscientos y tantos mil pesos, lo más en barras de plata, que se cambiaron en el comercio á siete pesos el marco. Con este auxilio se establecieron maestranzas de toda especie, y se construyeron con la mayor prontitud muchos vestuarios, monturas, equipo y menaje, se compuso el armamento y se hicieron herraduras para toda la caballerría; activamente se reclutó alguna gente de armas, se reunieron caballerías, y con alguna tropa que llegó de Colombia con el General Córdoba, se creó un Ejército en el término de dos meses. A Guatemala envió á Don Bernardino Codecido por frijoles y arroz, que hasta eso faltaba!

¿Por qué no marchaban sobre Trujillo las fuerzas españolas, numerosas, dueñas del Perú, de sus fortalezas, de sus mares y tesoros? Porque allí veían á *Bolívar* y sus *colombianos*.

Entretanto el Gobierno de Chile, que no tenía noticia de la insurrección de las tropas del Río de la Plata, y de la pérdida de las fortalezas del Callao, había hecho embarcar en Valparaíso en dos buques mercantes el batallón número 4, para que á las órdenes del General Aldunate viniese de auxilio. Como no traían convoy, era muy natural que alguno de ellos llegase primero, y por esta razón se combinaron á su salida para reunirse en la isla de las Hormigas, situada un poco al norte del Callao, ó en la de San Lorenzo, situada al frente de este puerto. El buque que conducía el medio batallón de la izquierda llegó primero, y al pasar por el frente de la isla de San Lorenzo, sorprendido de ver flamear en las fortalezas el pabellón español, viró por redondo y se volvió á Chile; el otro, con el General Aldunate, más previsivo, corrió la costa hasta encontrar el Ejército, y desembarcó la tropa en Santa. Esta, que ya no era un cuerpo, ni había otra de su pabellón para incorporarla, la conceptuó el Libertador por su aspecto propia para caballería, y haciéndola cambiar de arma, la agregó por entonces á los húsares de Colombia, sirviendo posteriormente para reformar el Regimiento de *Granaderos montados de los Andes*, que había perdido su tropa insurreccionándose al frente del Callao, como se ha dicho anteriormente.

El Libertador, que desde Marzo llegó á Trujillo y se había ocupado exclusivamente en la creación y organización de tropas, recibió en ese mes los Batallones *Istmo* y *Cartagena*, que fueron de Colombia con el General Córdoba, los que disolvió en el acto, destinando esa tropa á los otros cuerpos del Ejército para llenar las bajas que babían sufrido; reunió allí en Abril el Ejército de Colombia, y con él se puso en marcha por la vía de Otusco al Departamento de Huamachuco, con el objeto de unirse al del Perú, que se hallaba situado en Cajamarca al otro lado de la cordillera de los Andes.

Como estoy persuadido de que muchas personas no deben tener conocimiento de algunos incidentes ocurridos al Libertador, no pasaré en silencio uno sucedido en Huamachuco. En esta ciudad se hizo indispensable establecer una maestranza para construír clavos de buen fierro, y volver á herrar la caballería, que había perdido las herraduras al atravesar la cordillera por la mala calidad de aquéllos. El Libertador encargó de este trabajo á un Sargento Mayor, hijo de Chile (cuyo nombre no recuerdo), que se hallaba sin destino y que buscándolo había venido al Cuartel general. Apenas hacía dos días que se ocupaba en este oficio, cuando recibe el Libertador avisos con-

fidenciales de que un Jefe del Ejército estaba encargado por los enemigos de asesinarle, por cuyo hecho le habían ofrecido una gran recompensa, y él se había comprometido á ello; y aunque no le decían al Libertador quién era este Jefe, ni su nombre, le acompañaban su filiación. El Libertador se hallaba solo en su cuarto leyendo y repasando las señales de la filiación que tenía á la vista, cuando con su infalible golpe de ojo, reuniendo mentalmente el conjunto de facciones descritas en la filiación, se le representa el retrato del Sargento Mayor que hacía dos días había encargado de la maestranza; sale luégo de su pieza, llama á un ordenanza y hace venir inmediatamente al Mayor. Cuando éste entró, el Libertador conservaba en la mano el papel que contenía el denuncio; lo hizo sentar, y paseándose en la sala y haciéndole conversación, tuvo tiempo de comparar más atentamente las señales del Jefe con las de la filiación, y quedó íntimamente convencido de que era él la persona que le denunciaban. El Libertador continuó tratándolo con tanta bondad y dulzura, que pocas veces se mostraría más afectuoso ni sereno con otra persona, y después de un largo rato de conversación, observando con cuidado los movimientos del Sargento Mayor, concluyó diciéndole: "Los Jefes y Oficiales que se unen conmigo, y que generalmente corresponden á mis esperanzas, siempre son colocados dignamente: usted irá de Comandante de armas á un buen pueblo: ocurra luégo al Estado Mayor á recibir órdenes."

El Sargento Mayor salió muy satisfecho, al parecer, de esta prueba de aprecio que acababa de recibir, y cuando había vuelto las espaldas, y yo entraba en la sala, me dijo el Libertador: "Pocas veces he visto un asesino tan bien retratado. ¿No le parece á usted que esta es la filiación de ese hombre que acaba de salir?" (enseñándome el papel que la contenía). Luégo me refirió todas las circunstancias que acabo de exponer, y me ordenó que fuese á hacerme cargo de la maestranza, saliendo el Mayor al día siguiente para su nuevo destino, alejándolo de este modo de su persona. No lo volví á ver en el Ejército.

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO UNIDO.

Por consecuencia precisa de los acontecimientos pasados, existía entre los Generales y Jefes del Ejército antiguo del Perú algún espíritu de partido. El Libertador se colocó en el centro de ellos como un punto de apoyo, y aprovechándose de suposición, los llamó á su lado.

Al gran Mariscal Lamar se le confió el mando en jefe del Ejército del Perú; el General Santacruz, que avergonzado permanecía en Piura de espectador indiferente, fué llamado y nombrado Jefe de Estado Mayor general del mismo Ejército. Al General Necoechea se le nombró Comandante general de toda la caballería del Ejército unido. Al General Miller se le dió el mando de la caballería del Ejército del Perú. El General Sucre tomó el mando en jefe del Ejército auxiliar de Colombia, llevando á sus inmediatas órdenes á los Generales Comandantes Generales de División Lara y Córdoba, quedando por entonces encargado del Estado Mayor general libertador el General Aldunate, y del Estado Mayor general del Ejército de Colombia el Coronel O'Connor. La caballería de Colombia no tenía Comandante general; los Coroneles Lucas Carvajal y Laurencio Silva mandaban cada uno su Regimiento, y el Coronel Bogado el de *Granaderos de los Andes*, anexo á la caballería del Perú. Sin embargo, estos destinos no fueron permanentes en toda la campaña, tanto por la separación del Libertador, como porque se hicieron varias alteraciones posteriormente. El Ejército unido no pasó de diez mil hombres de fuerza total inclusos los hospitales; y así abrió la campaña en Mayo de 1824, á las órdenes del Libertador, haciendo su primer movimiento sobre el Departamento de Huánuco.

No me detendré en algunos pormenores que en nada influyeron en el acierto de la campaña: baste decir que como el Libertador no tenía exacto conocimiento del terreno, ni existían en el Estado Mayor ningunos planos que lo ilustrasen sobre este punto para sus operaciones, se vió en la necesidad de hacer sobre la marcha todos los arreglos que le parecían más convenientes. Es verdad que no faltaban en el Ejército Generales y Jefes que prácticamente conocian el país, y aun á los mismos enemigos que intentábamos batir; pero el Libertador hacía sus movimientos constantemente según las circunstancias y sus cálculos, sin atender á los embarazos que encontraba en el camino; y confiado en el valor de sus tropas, no había obstáculo para él insuperable.

En el mes de Junio ya todo el Ejército, habiendo atravesado una ramificación de los Andes, se hallaba en el Departamento de Huánuco, siguió luégo á la provincia de Baños, donde se detuvo unos días, y tomando medidas y posiciones alternativamente, se fué acercando al enemigo, que se mantenía acantonado en la provincia de Jauja.

En los últimos días de Julio llegó el Ejército unido al

cerro de Pasco, y cada uno de los cuerpos fué alojado en una de las muchas haciendas que se encuentran contiguas unas á otras en la dilatada pampa ó sabana del Sacramento, haciendas que, siguiendo la costumbre española, llevan los nombres de Sacra Familia, Sacramento, Espíritu Santo, Trinidad, Concepción, &c.

El General Canterac, con una División de 9,000 hombres, entre los que contaba 2,000 de una brillante caballería muy bien montada y equipada, porque era su arma favorita, hacía más de un año que estaba acantonado engordando sus caballos y disciplinando sus tropas en la provincia de Jauja, la cual se encuentra en una altiplanicie pasados los lindes de la de Tarma, cuya elevación permite que se alcance á divisar desde el campo que ocupaba el Ejército unido á unas catorce leguas de distancia.

Los españoles, un tanto fanfarrones y presumidos, habían establecido un periódico semanal, que publicaban los sábados con el objeto de describir sus operaciones militares, elogiando su pericia, su valor y sus proezas en las campañas anteriores; y en el último número que llegó á nuestras manos, se vanagloriaban de catorce años de triunfos obtenidos contra los insurgentes del Perú y sus aliados; y denigrando á los colombianos, ofrecían arrollarlos y abatir su orgullo en el primer encuentro, y castigar así la audacia con que habían hollado el suelo que conquistó Pizarro. Aunque el Ejército unido llevaba imprenta y tenía también su periódico, titulado *El Centinela en campaña*, el Libertador no quiso que se les contestase su arrogante artículo, limitándose á manifestar irónicamente en las conversaciones, que por la primera vez se le iba á presentar la ocasión de medir sus armas con tan valientes adalides.

GRAN PARADA ANTES DE LA BATALLA DE JUNIN.

El 1º de Agosto el Ejército unido se reunió en gran parada en la pampa del Sacramento, extendiendo su línea de batalla de nordeste á suroeste, desde la hacienda de Sacra Familia á la de la Concepción. La División del General Córdoba ocupaba la derecha de la línea, el Ejército del Perú el centro, la primera División de Colombia, mandada por el General Lara, la izquierda, y á la cabeza de todas las caballerías el General argentino Don Nicolás Necoechea. El Libertador se presentó acompañado de los Generales Sucre, Lamar, Santacruz y Gamarra, y fué recibido con vivas demostraciones de júbilo y en-

tusiasmo. El sol de la mañana era templado: las encumbradas crestas de los Andes cubiertas de nieve perpetua despedían rayos luminosos de colores varios é indefinidos como los del iris, que reflejaban sobre las armas de los soldados, dándoles el aspecto ideal de legiones osiánicas; las bandas y las músicas hicieron vibrar el aire con sus marciales ecos, inflamando el pecho de aquellos soldados de la libertad.

Los Generales Sucre y Lamar saludaron al Libertador pidiendo la venia de estilo para mandar sus Ejércitos, y colocándose cada uno á la cabeza del suyo, los mandaron ponerse al orden de parada. El Libertador recorrió las filas lleno de satisfacción al ver en el semblante de cada hombre el entusiasmo y la seguridad: trasportado de gozo y lleno de confianza en aquellos soldados, entre los cuales la mayor parte le habían acompañado en cien combates, se propuso marchar lo más pronto posible sobre los españoles y presentarles batalla en su acantonamiento de Jauja el día 7 de aquel mes, como el presagio más seguro de la victoria. Los Generales Sucre y Lamar, pasada la revista de inspección, mandaron plegar sus Ejércitos en columna cerrada, y el Libertador, colocándose á su frente, les dirigió la siguiente alocución:

"Soldados! Un nuevo día de gloria se os presenta: el 7 de Agosto en Caracas, el 7 de Agosto en Boyacá y el 7 de Agosto en las pampas de Jauja (señalándolas con el dedo porque se alcanzaban á divisar). Los enemigos con quienes váis á combatir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates. El mundo liberal os admira, y la Europa entera os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. El Perú y la América toda esperan de vosotros la paz, hija de la victoria. La burlaréis? Nó, nó, nó; vosotros sois invencibles.

"¡Viva el Perú, viva Colombia, viva la libertad!"

El Ejército del Perú, que ocupaba el centro de la línea, entusiasmado con las palabras del Libertador, manifestó en aquel momento el fuego ardiente que discurría en sus venas, y dándole expansión al sentimiento de honor y patriotismo, pidió á voces altas la vanguardia para entrar los primeros al combate. El Ejército todo prorrumpió en aclamaciones de vivas á la Patria, al Perú, á Colombia y al Libertador, y sus ecos fueron repetidos por las concavidades de los cerros, que parecían pronosticar los himnos de la victoria: en aquel instante parecía también que ya se había alcanzado la libertad é independencia de todo el Continente.

Todos los Generales y Jefes rodearon al Libertador, quien pidió los estados de la fuerza para informarse del número de combatientes con que podía contar; observó que teníamos 7,000 y pico de hombres disponibles, porque el resto quedaba rezagado en hospitales á retaguardia, y con aquella confianza en el valor de sus soldados que no le abandonó jamás, se expresó así: " Contando con los vencedores de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha, y aun más, con el brillante Ejército peruano y sus aliados, con sus valientes Generales y Jefes, ya no es posible que vacile en presentar una batalla. Aunque contáramos con menos fuerza, estoy seguro de que alcanzaríamos la victoria, porque un soldado republicano, que tiene conciencia de su libertad, vale por ciento de los que gimen bajo la servidumbre. No está lejos el campo que la mano del destino tiene señalado á los hijos de la gloria para abatir el insano orgullo de los vencedores de catorce años."

Después de esta escena, que dejó inflamados todos los corazones del deseo de presentarse en el campo de batalla para combatir por la libertad é independencia del Perú, los Generales y Jefes también manifestaron el de dar pruebas al caudillo colombiano de su valor y arrojo, y así lo acreditaron cinco días después en la pampa de Junín.

El Libertador regresó al cerro de Pasco acompañado de los Generales y de su Estado Mayor general, y la tropa á sus respectivos cuarteles, en donde con el mayor entusiasmo se aplazaban para el día 7 en las pampas de Jauja y se estimulaban los unos á los otros. Esa misma noche estábamos reunido junto á la casa que ocupaba el Libertador en el cerro de Pasco, los Sargentos Mayores Rafael Cuervo y José Bustamante, el Capitán Vicente G. Piñeres, el Teniente Juan Manuel Grau y yo, cuando pasaba un pelotón de soldados del Ejército libertador, que hablaban acaloradamente, y les alcanzamos á oír estas ó semejantes palabras: "¿ No hemos vencido á los españoles en muchas ocasiones ? Pues bien, aquí también serán vencidos, ó debemos morir antes que mostrarles las espaldas." Tal era el entusiasmo que inspiraba en el soldado la palabra mágica del hombre extraordinario á quien cinco Repúblicas apellidaron su Libertador. Aquellos soldados no habrían cedido á ningún precio el honor de ser los primeros que entraban al combate; se juzgaban invencibles, y lo acreditaron en el término feliz de tan gloriosas campañas. El 6 de Agosto en Junín, el 9 de Diciembre en Ayacucho y el 23 de Enero en el Callao, son eternos monumentos que levanta-

ron para glorificar al Perú, y los últimos gemidos que exhalaron la traición y el despotismo.

Antes de continuar en los detalles del Ejército libertador del Perú, me parece indispensable que nos ocupemos de los españoles para hacer conocer más propiamente nuestra situación y la ventajosa posiciónde aquéllos; y como tal vez no sería muy exacta mi relación con referencia á ellos, para no incurrir en esta falta, me limitaré á los hechos más notorios y hablaré de los demás ligeramente.

Los españoles ocupaban la mayor parte y la más rica del territorio, comprendida en una extensión como de quinientas leguas de longitud de Norte á Sur. Su Ejército, incluso el del General Olañeta, no bajaba de veinte mil hombres, repartidos por Divisiones en diferentes puntos. Se encontraba por lo menos, muy regularmente equipado, pues si no les sobraba todo, se puede asegurar que tampoco les faltaba otra cosa que valor para hollar por más tiempo impunemente la cuna de los Incas y el Templo del Sol; mas por una de aquellas extraordinarias ocurrencias de los gabinetes, cuyos efectos no es fácil remediar á una larga distancia de la metrópoli, los Jefes españoles se hallaban divididos en dos partidos, y habían sometido la cuestión á la suerte de las armas.

El alto Perú, hoy República de Bolívia, pertenecía antiguamente, una parte al Vireinato de Buenos Aires, y la otra al del Perú bajo. El General Olañeta * con una División, se había sostenido en el alto Perú contra el Ejército de Buenos Aires, cuando éste, luchando por la Libertad é Independencia de aquella República, intentó por varias ocasiones reintegrar su territorio; y con este motivo el Gobierno español, para premiar los servicios de este General, acababa de crear un nuevo Vireinato en el alto Perú, comprendiendo los pueblos que pertenecían á Buenos Aires y al Vireinato del Perú bajo.

La desmembración de este Vireinato para la erección de aquél ocasionó la cuestión que se agitaba, de manera que disgustado el Virey Laserna por esta disposición del Rey de España, no sé con qué pretexto retenía en su poder la Real cédula de erección y el título de Virey del Perú alto, que por su conducto se le dirigió al General Olañeta. Este General, en represalia, se había sustraído de hecho con las tropas de su mando á la obediencia de aquél, constituyéndose en única

---

* Aquí voy á referirme á lo que generalmente se decía en el país, porque no tengo otra prueba.

autoridad del Perú alto. El Virey Laserna, valido de su preponderancia, intentó sojuzgarlo por la fuerza, y desde el Cuzco hizo partir al General Valdés con su División para el alto Perú, al mismo tiempo que el Ejército Unido Libertador, desde las costas de Trujillo, se disponía á abrir la campaña, aprovechando dicho accidente, que privaba á los españoles de la ventaja de reunir todo su Ejército en Jauja, para esperar al nuestro, como lo habían calculado. El General Valdés, con arreglo á las instrucciones que llevó, pasó el Desaguadero, y en el primer encuentro con las tropas de Olañeta adquirió un pequeño triunfo; pero habiéndose internado sobre la ciudad de la Plata, hoy Sucre, capital de Bolivia, fué batido, y tuvo que retirarse sobre el Cuzco con alguna pérdida, haciendo sobre la marcha algunos reclutamientos para reforzar su División. El señor Restrepo le da á esta cuestión un origen distinto, tal vez él estaría mejor informado que yo en el asunto, pues el mismo Libertador creyó, según los informes que recibió, que el General Olañeta se había pronunciado en favor de la independencia de su patria, y lo anunció así por una proclama que se verá al fin de esta obra.

COMBATE DE LAS CABALLERIAS EN JUNIN.

Informado el General Canterac de la aproximación del Ejército Unido, se resolvió á salir á su encuentro. y el día 1º de Agosto, abandonando su acantonamiento de Juaja, se movió sobre Tarma. El Libertador, llevando adelante su propósito de atacarlo en su acantonamiento el día 7, levantó el campo de la pampa del Sacramento el día 4, y dejando á la izquierda el camino principal que conduce del Cerro de Pasco á Jauja, tomó otro más corto á la derecha para salir á Tarma, y acampó aquella tarde en la hacienda de "Diezmos." El día 5, tanto los españoles como el Ejército Unido, hicieron una marcha paralela con el mismo objeto, aunque en contraria dirección. El General Canterac salió con su División del pueblo de Reyes, y su vanguardia alcanzó hasta el cerro de Pasco, donde sólo encontró un hospital de nuestras tropas; allí supo cuál era la dirección que llevaba el Ejército Unido, y regresó al día siguiente por el mismo camino que había llevado. El Ejército Unido, siguiendo su derrotero, acampó aquella tarde en la hacienda de "Conocancha," siete ú ocho leguas al oeste del pueblo de Reyes, donde se recibieron noticias positivas del movimiento del enemigo.

Con este motivo el Libertador varió de operaciones, y dejando el camino que llevaba hacia Tarma, se propuso salir al encuentro del enemigo á su regreso y ofrecerle una batalla. Aquella noche, reunido con los Generales Sucre y Lamar, se ocuparon gran rato de la ejecución de este proyecto. Se dispuso que el General Córdoba, con su División, á las cuatro de la mañana del día siguiente, rompiese la marcha, que el General Lamar con el Ejército del Perú lo siguiera inmediatamente, y que el General Lara con su División cubriera la retaguardia.

A las seis de la mañana del día 6, ya todo el Ejército se encontraba en marcha hacia el pueblo de Reyes por donde pasa el camino principal que llevó el General Canterac. A las diez el Ejército tuvo que detenerse mucho tiempo en atravesar el río de Conocancha, con el agua arriba de la cintura. Aquí los espías dieron parte al Libertador de que el General Canterac regresaba de Pasco á paso redoblado, y queriendo aprovechar esta ocasión para dar la batalla, dispuso en el acto que el General Necoechea, con toda la caballería, marchara inmediatamente á la vanguardia del Ejército, y que la infantería redoblara la marcha. El mismo Libertador, y los Generales Sucre, Lamar, Santacruz, Gamarra y Miller, siguieron con el General Necoechea y la caballería, mientras que los Generales Córdoba y Lara hacían marchar la infantería á paso redoblado.

A las cuatro de la tarde nuestra caballería, como á una legua de distancia, divisó al enemigo que salía del pueblo de Reyes por el camino de Tarma: toda su infantería, por columnas en masa, se retiraba al paso redoblado y al trote, por toda la pampa, cubriendo la retaguardia su brillante caballería. El Libertador mandó apurar el paso á la infantería, que apesar de sus esfuerzos iba como á una legua de distancia de nuestra caballería, lo cual había sido observado por el enemigo. Una gran laguna separaba las dos caballerías: la nuestra, dejando el camino de Reyes á la izquierda, marchó por la orilla opuesta como á cortar la del enemigo que aparentaba retirarse con su infantería.

El General Canterac, que desde la pampa observó este movimiento, conociendo que su caballería era superior en número y caballos, y que á la cabeza de la nuestra iban nuestros principales Generales, se dispuso á esperarla para dar una carga contando con un triunfo seguro, según se lo refería al General Rodil en un parte que se interceptó al día siguiente del combate. Recuerdo que entre otras cosas le decía: "La "primera carga de nuestra caballería fué tan impetuosa, que

"logró romper y dispersar las primeras filas enemigas que "habían ocupado su línea de batalla, y cuando contaba con "un triunfo seguro, no sé por qué, porque no cabe en el "cálculo humano, ha vuelto vergonzosamente grupas nues-"tra caballería, dando á los enemigos una victoria que por "derecho nos correspondía."

Nuestra caballería debía salir á la pampa de Junín por en medio de unos pequeños cerros cubiertos de paja situados á la orilla de la laguna. El General Canterac, á la sombra de estos mismos cerros, dejando el camino que llevaba su infantería, descabezó la laguna con su caballería, varió de dirección por una pronta maniobra, y formando una línea de batalla reforzada por otra de reserva, esperó el momento en que asomase la nuestra para atacarla.

Al salir á la pampa el General Necoechea, que vió al enemigo tan inmediato y en aquella formación, sin perder un instante y al trote mandó á su caballería entrar en batalla á la izquierda por retaguardia de la primera subdivisión, pero aun no se había ejecutado tal maniobra, cuando la primera línea del enemigo, aprovechándose de este movimiento para arrollar nuestra caballería antes que estuviese preparada para recibirlos, á todo galope, enristradas las lanzas y con sable en mano, se arrojó sobre la línea que se estaba formando, rompió los primeros cuerpos que habían entrado en batalla, y desordenó parte de las columnas que á retaguardia iban ocupando la línea. Sinembargo de que este primer impulso del enemigo fué violento, el desorden no se prolongó más allá de los escuadrones que sufrieron la carga; los otros, con aquella serenidad hija del valor que siempre los acompañó, refrenando sus caballos sin perder terreno, formaron á discreción de sus Jefes una nueva línea, y vengaron bien pronto á sus camaradas. El enemigo, aunque triunfante al principio, no pudo conservar su formación, por la mayor ó menor resistencia que experimentó en los cuerpos arrollados, y por grupos empezó á cebarse á rienda suelta en aquellos que habían vuelto grupas. El Teniente Coronel Isidoro Suárez, que mandaba el Regimiento de *Coraceros del Perú*, y el Corronel Laurencio Silva, Jefe del de *Húsares de Colombia*, con la mayor presteza los hicieron entrar en el orden de batalla; un Escuadrón de *Coraceros* protegió á los cuerpos arrollados cargando á los enemigos por retaguardia; el Sargento Mayor Felipe Brawn, con el Escuadrón *Granaderos de Colombia*, volvió caras, y se trabó un combate á muerte en el flanco izquierdo de nuestra línea.

Al mismo tiempo la segunda línea de batalla de los enemigos, que constituía su reserva, se arrojó sobre los *Coraceros* y los *Húsares;* Suárez y Silva, prefiriendo no esperarlos á pie firme, se adelantaron á recibirlos lanza en ristre, y el encuentro de estas caballerías fué tremendo, horroroso. Alcanzábamos á ver que los caballos se estrellaban unos contra otros, y el empuje de nuestra caballería fué tan violento, que rompió la de los enemigos por el centro y desorganizó completamente su flanco izquierdo. Desde aquel momento ninguno pudo conservar su formación, se dispersaron en la pampa en grupos más ó menos grandes que impetuosamente se acometían con un valor heroico; ya eran rechazados los unos, ya los otros, y por más de media hora la lucha se mantuvo con furor sin decidirse el combate.

Rara vez se habrá disputado mejor y tan á punta de lanza una victoria. Aquellos soldados españoles habían estado triunfando en el imperio de los Incas por una larga serie de años: los nuestros eran los de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha, que llevaban siete años de lidiar encarnizadamente y de vencer desde las bocas del Orinoco; y á ellos se unieron los *Coraceros del Perú*, que ostentaron un lujo de valor extraordinario en aquella jornada, dando á su Patria un nuevo día de gloria que les hizo ganar el honroso nombre de *Húsares de Junín*.

Los Coroneles Lucas Carvajal y Laurencio Silva, el Teniente Coronel Isidoro Suárez, el Sargento Mayor Felipe Brawn, el Capitán Manuel Jiménez, el Teniente Juan Camacaro y el aspirante Guillermo Corser, holandés (después Teniente Coronel) hicieron prodigios de valor. En la mutua dispersión por grupos que ocasionó el furioso empuje de nuestros ginetes, cada uno de los nombrados tuvo que lidiar aisladamente con un grupo enemigo, luchando cuerpo á cuerpo contra dos, tres y cuatro hombres, á quienes dejaron tendidos en el campo.

El Libertador, que con su Estado Mayor general y los Generales Sucre, Lamar, Santacruz y Gamarra se encontró en la pampa en el primer encuentro de las caballerías, corriendo gran peligro, se retiró á una loma baja de la orilla de la laguna, donde reunió la caballería arrollada y la infantería que sucesivamente fué llegando. Al principio se manifestó agitada al contemplar la desigualdad del número de combatientes; pero luégo que vió la tenacidad con que luchaba nuestra caballería y que ni un soldado ni un herido se retiraba del campo de batalla, no desconfió del triunfo. Permaneció más de media hora

observando con impaciencia el encarnizado combate, y las sombras de la noche cubrieron el campo dejándolo aparentemente indeciso.

Aquí debo consignar un breve pero interesante diálogo que pinta el carácter del Libertador; lo oí yo mismo y lo recuerdo con toda precisión. Cuando el General Bolívar reunía nuestros maltrechos ginetes, llegó el General Lara y le preguntó:

—¿Qué hay, General?

—Qué ha de haber, contestó el Libertador, que nos han derrotado nuestra caballería.

—¿Y tan buena así es la del enemigo?

—Demasiado buena, cuando ha derrotado la nuestra, replicó Bolívar.

—¿Quiere usted que yo vaya á dar una carga con esta caballería? (propuso Lara señalando á los arrollados).

—Nó (concluyó el Libertador), porque eso sería quedarnos sin caballería para concluír la campaña.

Por donde se ve que, aun en momentos de creese vencido, no le pasaba al Libertador por la imaginación la idea de que él no estuviese destinado á dar al Perú la libertad.

A las seis y media ó más, el Coronel Carvajal, herido y con un prisionero al anca del caballo, se presentó al Libertador anunciándole que cuando él se separaba del lugar de la lucha, el enemigo se declaraba en derrota. Hasta entonces sólo divisábamos confusamente allá á lo lejos uno que otro grupo que se alejaba combatiendo, y dubábamos si aquello era fuga ó retirada ; mas pronto empezaron á llegar nuestros heridos y los prisioneros, que nos dieron pormenores más extensos del triunfo alcanzado.

El Libertador hizo montar en las ancas de la mejor caballería unas compañías de *Tiradores*, y mandó perseguir al enemigo, que huyó precipitadamente favorecido por sus buenos caballos y las tinieblas de la noche.

Los españoles perdieron en este encuentro 240 hombres muertos, entre ellos 10 Jefes y Oficiales, 80 prisioneros, 90 heridos y muchos dispersos; quedaron en nuestro poder más de 300 caballos aparejados, otras tantas lanzas y carabinas, y el campo cubierto de despojos.

Nuestra pérdida alcanzó á 93 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros al Capitán Urbina, al Teniente Cortés y 45 de tropa; y entre los segundos al General Necoechea, con siete heridas de lanza y sable, pero ninguna

de gravedad, al Coronel Carvajal, al Comandante Soubervi, gravemente, al Mayor Brawn y al Capitán Peraza.

Los enemigos contaban con 400 y tantos hombres de caballería más que nosotros, y como nuestros primeros cuerpos que fueron arrollados no volvieron á entrar en combate, nuestros valientes tuvieron que lidiar en la pampa de Junín contra doble fuerza, lo que le hizo decir al General Necochea "que la experiencia le había demostrado aquel día, que nuestra caballería podía pelear con ventaja en cualquier campo, contra doble número de la caballería española, tanto por la posición de nuestros soldados sobre el caballo, como por su destreza en manejarlo, pues no había duda de que cada uno de ellos se duplicaba con su agilidad al frente del enemigo." Observación que me pareció justa.

Al día siguiente regresaron la caballería y los *Tiradores* mandados en persecución del enemigo, trayendo algunos prisioneros que se le hicieron en la fuga; y el Ejército Unido ocupó el pueblo de Reyes.

Derrotada en Junín la caballería española, el General Canterac huyó precipitadamente con su División, abandonando las provincias de Tarma, Jauja, Pampas, Huamanga, Cangallo, Andahuailas y Morochucos hasta el Cuzco, corriendo una extensión de 150 leguas, perdiendo entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos más de 3,000 hombres, y dejando en nuestro poder 700 y tantos fusiles que se recogieron en varios lugares.

El Ejército Unido, tres días después del combate, ocupó la provincia de Jauia, donde se detuvo unos siete días en varios pueblos y continuó luégo su marcha hacia Huamanga. Antes de llegar á esta ciudad se incorporaron al Ejército en la Villa de Huanta, el segundo Escuadrón de *Granaderos* y el Batallón *Caracas*, que fueron de Colombia, y con ellos el General Pedro A. Herrán, que era Sarjento Mayor, á quien el Libertador ascendió en Huamanga á Teniente Coronel, confiándole el mando del primer Escuadrón de *Húsares*.

El Ejército acababa de obtener un triunfo que confirmaba el renombre del valor colombiano; estaba bien situado, los españoles debían esperar á resucitar la confianza de sus tropas; y no había temor fundado de un próximo ataque. Sin embargo, por lo expuesto se viene en conocimiento de que el Ejército Libertador era inferior en número al del enemigo, y que no teníamos modo de aumentarlo, á menos que no se hiciesen reclutamientos sobre la marcha; conducta que no hubiera hecho otra cosa que disgustar á los pueblos que interesaba mantener

gratos, y que tampoco habría producido ventaja alguna, porque en aquel país se necesita más de un año para disciplinar un recluta, empezando por enseñarle el idioma castellano.

Debía esperarse que el enemigo no volviese sino más tarde sobre nuestro Ejército, ó bien que lo esperase en una posición ventajosa con su doble fuerza. Aprovechando esta ocasión el Libertador mismo fué á reconocer las escarpadas rocas que bordan el Apurimac, para situar al Ejército, y á su vuelta resolvió regresar á la costa, y mandar la división que debía haberse formado de todos los enfermos que quedaron en los hospitales á retaguardia, y también algunos cuerpos que hubiesen llegado de Colombia, de donde se esperaban más auxilios, de conformidad con las órdenes expedidas con este objeto.

Formado este plan, el Libertador le confió el mando en Jefe del Ejército al General Sucre, por haberse excusado de tomarlo el General Lamar, que era el de más graduación; previniéndole, sin embargo que obrase de acuerdo con este General, tanto por las consideraciones de su grado, como por sus conocimientos militares y prácticos del país y de los enemigos, que sin duda influyeron en el buen resultado de la campaña.

El Libertador, la víspera de separarse del Ejército, ordenó que se llamase al General Sucre. Cuando este General se presentó, se hallaba el primero en conferencia con el General Lamar. Por los informes que tomó de él, rectificó los que había recibido anteriormente del país, y con estos datos, sin vacilar un instante más, dirigiéndose al General Sucre, le dijo: "General: está resuelto el problema: usted tendrá más tropas "con que afrontar al enemigo dentro de pocos días. Yo haré "que vengan de la Costa sin pérdida de tiempo. Entre tanto, "conviene que ganemos terreno. Póngase usted en marcha "con el Ejército y ocupe las provincias que nos ha abandona-"do el enemigo. Si él con su Ejército tomase posiciones más "allá de Apurimac, * manténgase usted al frente mientras le "llegan las tropas para batirlo. Si viniese contra usted con "mayor fuerza, retírese hasta Huancavelica, y tome posiciones "sobre el puente, en el paso de aquel río, que allí debe recibir "los auxilios que voy á enviarle. Si por alguna casualidad se "viese usted forzado en la retirada, ya en un desfiladero, ya "en un paso desventajoso, á perder alguna tropa, antes que tal "cosa suceda comprometa más bien una batalla, porque más

* Río caudaloso que divide los Departamentos de Ayacucho y el Cuzco: corre por entre unos escabrosísimos cerros y riscos escarpados.

" vale aventurar el triunfo con fuerzas desiguales, que perder el " Ejército en una mala retirada."

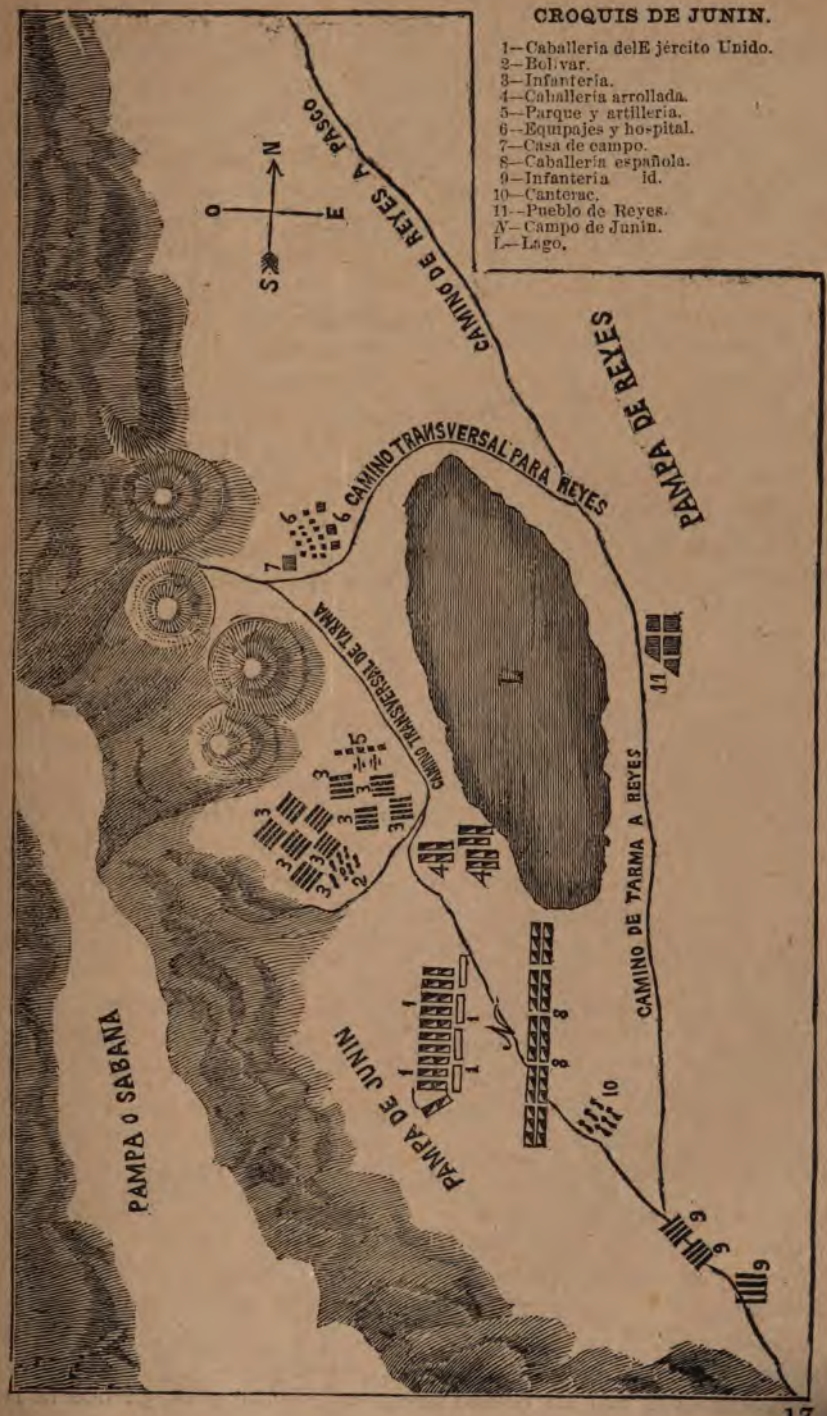
Hechos los arreglos que se creyeron convenientes, el Liberbertador partió para la Costa con el General Santacruz, á quien había nombrado Jefe del Estado Mayor general libertador, y dejando al General Gamarra de Jefe del Estado Mayor general del Ejército del Perú en lugar del General Santacruz que lo desempeñaba.

Yo que deseaba participar de las glorias del Ejército, solicité del Libertador que me dejara en sus filas, y habiéndomelo concedido, me recomendó al General Sucre, encargándole que me diera colocación en uno de los cuerpos de preferencia, y fuí destinado al Batallón *Vencedor de la Guardia*, en el cual hice el resto de la campaña.

Habiendo descansado un mes el Ejército en Huamanga, salió de esta ciudad á principios de Octubre, y adelantándose hasta la provincia de Morochucos, se situó en los pueblos de Pampa-chire, Rumi-pampa, Lurcay y otros, ocupando una dilatada línea de observación en la ribera occidental del Apurimac. Allí se tuvieron noticias muy exactas de la situación del enemigo.

Súpose que el Virey Laserna, que se hallaba en el Cuzco con pocas tropas, luégo que recibió la noticia de la derrota de su caballería en Junín, llamó con urgencia al General Valdés, quien con una División combatía contra el General Olañeta en el alto Perú; que Valdés llegó al Cuzco el 11 de aquel mes, y sobre la marcha el Virey organizó un Ejército respetable compuesto de tres Divisiones de infantería, una de caballería y tres brigadas de artillería, confiándole el mando de la primera División de infantería al General Monet, el de la segunda al General Villalobos, el de la tercera al General Valdés, el de la caballería al Brigadier Ferrás y el de la artillería al Brigadier Cacho; y el cargo de Jefe de Estado Mayor general del Ejército al General Canterac.

El 28 en la tarde, espías de mucha inteligencia y veracidad dieron parte al General Sucre de que el Virey, para evitar cierta rivalidad que existía entre los Generales Canterac y Valdés, poniéndose á la cabeza del Ejército había salido con él del Cuzco hacía dos días, y no se sabía por qué, dejando el camino principal á la derecha, y haciendo un rodeo de catorce leguas, se dirigió al Sur para atravesar el Apurimac en sus cabeceras por Agcha y ocupar como ocupó los pueblos de Pampa-



CROQUIS DE JUNIN.

1—Caballería delE jército Unido.
2—Bolívar.
3—Infantería.
4—Caballería arrollada.
5—Parque y artillería.
6—Equipajes y hospital.
7—Casa de campo.
8—Caballería española.
9—Infantería id.
10—Canterac.
11—Pueblo de Reyes.
N—Campo de Junin.
L—Lago.

chire, Rumi-pampa y Lurcay, que el Ejército Unido abandonó buscando otra posición para hacerle frente.

Luégo, el 31, unos sujetos muy patriotas é inteligentes aseguraron al General Sucre que habían visto salir del Cuzco al Ejército español bien equipado y provisto de cuanto podía necesitar en la campaña; que tuvieron ocasión de calcular su fuerza, y que en su concepto no bajaba de 14,000 hombres, cuando el Ejército Unido sólo contaba con 7,000 escasos.

HONROSA RETIRADA DEL EJERCITO UNIDO.

En virtud de tales informes y cumpliendo las instrucciones que le dejara el Libertador, á principios de Noviembre emprendió el General Sucre la retirada haciendo marchar el Ejército en tres Divisiones y por tres distintos caminos, con dirección todas al pueblo de Lambrama, situado en una cañada, y rodeado de cerros en la provincia de Andahuiálas, mientras que él personalmente, con un piquete de caballería, quiso ir á reconocer al enemigo para convencerse por sí mismo de la verdad de los informes recibidos, calcular su fuerza y obrar en consecuencia.

A los cinco días de marcha las tres Divisiones se reunieron en el pueblo de Lambrama, y ninguna noticia se tenía del General en Jefe. Al principio se creyó que tal vez había sido hecho prisionero, y en esta incertidumbre, los Generales se reunieron en Consejo y opinaron por esperar al enemigo y presentarle la batalla, si el General en Jefe no se reunía antes. A las nueve de la noche llegó el General Sucre, que muy detenidamente había observado al enemigo, y calculado su fuerza, al cual dejaba á tres leguas de nuestro campo. Convencido de la superioridad numérica del enemigo y de la mala posición que ocupábamos, ordenó en el acto la retirada, que se efectuó en el mejor orden, con asombro de los enemigos; se caminó toda la noche sin descansar, se almorzó de paso al día siguiente en un pueblecito de indios, y se rindió la jornada á las cinco de la tarde en el valle de Cacinchigua, acampando por Divisiones en las haciendas del valle. Allí permaneció el Ejército tres días y se pasó revista de inspección, quedando el General Sucre satisfecho y orgulloso de mandar unas tropas á quienes no intimidaba el mayor número de sus enemigos.

Los españoles, que no se atrevieron á perseguirnos en esa dirección porque ocupábamos una posición ventajosa, hicieron su movimiento por su flanco izquierdo como á cortarnos la re-

tirada, y el Ejército Unido continuó la marcha, situándose por Divisiones en Andahuáilas, San Jerónimo y Talavera, donde quedaron establecidas el día 14, mientras que los enemigos se adelantaron hasta Huamanga, ciudad que ocuparon el 16, logrando sorprender un pequeño destacamento que quedó allí con un hospital. Satisfechos de habernos cortado la comunicación con la costa de donde podiamos recibir refuerzos, volvieron sobre el Ejército Unido hasta la altura de la orilla occidental del río Pangora, que corre por el profundo valle de Pamacochas, y uniéndose al Pampas, va á enriquecer con sus aguas el torrentoso Marañón. El día 18 cuando se tuvo conocimiento de esta operación del enemigo, el Ejército Unido salió á buscarlo; el 19 nuestras partidas se batieron en el puente del Pangora con un cuerpo enemigo, y el 20, al ocupar nuestro Ejército el pueblo de Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Un Escuadrón de Colombia y dos compañías de *Rifles* con el Coronel Silva, fueron destinados á reconocerlas; constaban de tres compañías de *Cazadores*, que fueron desalojadas de la altura y obligadas á repasar el río Pangora, donde se encontraba todo el Ejército realista. Siendo difícil pasar el río é imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro Ejército quedó en Uripa y los enemigos en Concepción, manteniéndonos á la vista. El 24 los españoles levantaron su campo en marcha hacia Vilcas-Huamán, y nuestro Ejército se situó en las alturas de Bombón, hasta el 30, cuando, sabiendo que los enemigos venían por la noche á la derecha del Pangora por Uchubambas á flanquear nuestra posición, se ordenó la retirada.

El día 1º de Diciembre el Ejército Unido atravesó el río Pangora; la División del General Córdoba y el Ejército del Perú, sin detenerse un momento, coronaron la altura y tomaron asiento en la pequeña pampa de Matará (el señor Restrepo dice pueblo de Matará); la División del General Lara, apesar de sus esfuerzos, no alcanzó á salir y tuvo que pernoctar en media cuesta; pero muy de mañana al día siguiente se puso en marcha, y antes de las ocho se reunió á su cuerpo de Ejército. *

Tratábase de racionar el Ejército, que no había comido el día anterior, cuando el enemigo, que al conocer nuestro movi-

---

* El señor Restrepo dice que al atravesar el río se ahogaron dos soldados; no sé cómo pudo ser, porque había establecido un puente de bejucos de montaña de mucha consistencia, construido al uso del país; tenía como metro y medio de ancho, estaba enrejado á sus costados, y por allí pasaron la caballería, la artillería, el parque y los equipajes.

miento, repasó rápidamente el Pangora, se nos presentó como á las nueve de la mañana ocupando una altura á su izquierda, á tiro de cañón de nuestro campo: nuestros soldados abandonaron el ganado con que iban á ser racionados, corrieron á las armas, el General en Jefe trazó la línea de batalla, el Ejército la ocupó y se dispuso á esperar el ataque. Es imposible describir el ardor y entusiasmo que manifestó la tropa; el Ejército del Perú por segunda vez pidió la vanguardia para combatir los primeros, y estoy seguro de que el primer General del mundo se habría enorgullecido de mandar aquellos soldados, dignos de su ya bien probado Capitán.

Más de una hora permanecimos en aquella situación, y viendo que el enemigo no se movía aunque se hallaba ventajosamente colocado dominando nuestra posición, el Coronel Silva salió con un Escuadrón á provocarlo con algunos tiros, sin conseguir que hiciera ningún movimiento. Así continuamos todo el día hasta que oscureció, y cuando las sombras de la noche cubrieron todo el campo, se varió la línea; temiendo un asalto se vigiló por Divisiones hasta el día siguiente.

El General Sucre no podía concebir por qué no nos habían atacado el día antes, cuando tenían sobre nosotros la ventaja de la posición y la de su fuerza numérica. La razón de esto, según supe después, fué que la División del General Valdés, cuando marcharon á Vilcas-Huamán y atravesaron el Pangora para atacarnos por retaguardia, iba á la vanguardia, y al volver sobre nosotros quedó á retaguardia y no se reunió al cuerpo de su Ejército hasta las siete de la noche del día 2; y como muy prácticos del terreno, creyeron que en el difícil paso de la quebrada de Corpahuaico, que al retirarnos necesariamente debíamos atravesar como á una legua de distancia de nuestro campo, les sería más fácil cortarnos y batirnos ó al menos dispersarnos, como lo había hecho el mismo Valdés con el General Santacruz en Torata.

El día 3, á las cuatro de la mañana, el General Valdés con los Batallones *Burgos*, *Cantabria*, *Jerona*, el *Infante* y un Regimiento de caballería, marchó, sin que pudiera ser visto, por detrás de la loma que ocupaban, y se situó en el paso de la quebrada de Corpahuaico, ocultándose entre un bosque espeso que orilla la quebrada arriba del paso. El grueso de su Ejército, que había permanecido á nuestra vista desde el día antes, emprendió la marcha por toda la cuchilla de la loma que ocupaba, la cual se dilata de Sur á Norte formando un ángulo obtuso hasta llegar al paso de la quebrada de Corpahuaico. Como

CROQUIS DE MATARA, CORPAHUAICO Y TAMBOCANGALLO.

1 General Valdes español.
2 Su infantería.
3 Su caballería
4 Sus tiradores.
5 Laserna y su E. M. G.
6 Su artillería y parque
7 Su infantería.
8 Su caballería.
9 General Sucre y su E. M.
10 División del Gral. Córdoba
11 Ejército del Perú.
12 División del General Lara.
13 Artillería y parque.
14 Madrinas de mulas y cabs.
15 Caballería.
16 Granaderos de Colombia.
17 Batallón Rifles.
18 Compañía de Cazadores de Bogotá.

NOTA-Las tropas de la primera columna son Españolas: las de la segunda Patriotas.

los enemigos tenían que recorrer doble distancia que la nuestra para llegar al paso de la quebrada, el General Sucre creyó llegar primero que ellos y atravesarla antes que llegaran. Mandó á reconocerlos al Sargento Mayor José Bustamante, Ayudante del Estado Mayor general, que á nuestra vista fué hecho prisionero por una partida que le emboscaron cuando lo vieron subir; y levantando el campo, el Ejército emprendió la marcha en retirada con la cabeza á la izquierda, los fusiles enfundados y sin cargar. El General Córdoba con su División subió la loma y descendió al paso de la quebrada, sin descubrir la División del General Valdés que se hallaba oculta en el bosque; por precaución dejó apostada en la loma la compañía de *Cazadores de Bogotá*, mandada por el Capitán Vicente G. de Piñérez, para que observara al enemigo que marchaba en masa por toda la cuchilla; la División atravesó la quebrada sin inconveniente, y cuando dos batallones del Ejército del Perú la habían atravesado también, y la División del General Lara empezaba á subir la loma para descender al arroyo, salió repentinamente del bosque la División del General Valdés, desplegó en tiradores el Batallón *Burgos*, apoyándolo con los otros tres cuerpos, y cargó á la compañía de *Cazadores de Bogotá*. El Capitán Piñérez resistió la carga haciendo fuego en retirada, protegiendo el paso de los últimos cuerpos del Ejército del Perú, el que pasada la quebrada, desplegó una compañía de *Cazadores* para proteger con sus fuegos la compañía de *Bogotá*, y ambas sostuvieron en toda la cuesta la retirada del Ejército del Perú. La División del General Lara quedó cortada y se vió obligada á tomar otro camino á la derecha por la falda de la loma, para pasar la quebrada por otro punto más abajo del paso principal. El General en Jefe que había pasado la quebrada, viendo cortada la División de reserva, mandó un Ayudante con orden de que el Batallón *Rifles* subiera la loma y batiera las guerrillas del *Burgos*, que ya dueños del paso principal descendían sobre la División. El Coronel Sandes, que mandaba el *Rifles* y que en nada pensaba menos que en batirse, conducía su batallón con la cabeza á la izquierda, los fusiles enfundados y sin cargar, y al recibir la orden de atacar al enemigo, empezó á subir la loma quitando la funda á los fusiles y cargando sobre la marcha Con el acreditado valor de este cuerpo atacó al Batallón *Burgos* quitándole la altura, y arrollándolo al descenso de la loma al lado de la quebrada mediante un reñido combate; pero cargado allí por los otros cuerpos de la División del General Valdés, le fué imposible resistir

al triple número de los enemigos; rompió sin embargo por entre las guerrillas de *Burgos* buscando la quebrada para atravesarla, dió con una peña en declive como de ocho varas de altura y por ella tuvo que arrojarse á la quebrada, perdiendo más de trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y al Mayor Dusvery, * inglés que peleando cuerpo á cuerpo con su sable en mano, al borde del precipicio, terminó como un héroe su existencia.

Cuando los Batallones *Vencedor* y *Vargas* llegaron al principio de la bajada para descender al segundo paso de la quebrada, todas las madrinas de mulas y caballos, el parque general, la artillería, caballería y equipajes, estaban agolpados, porque no podían bajar sino desfilando de uno en uno, por lo estrecho del camino. El General Miller, viendo que se le dificultaba el paso de la caballería por aquel punto, dejando á los regimientos de *Granaderos de Colombia* y de los *Andes* para que custodiaran las madrinas y el parque, marchó con los *Húsares de Junín* y los *de Colombia* por encima de una loma sin camino, en busca de otro paso, y atravesó la quebrada muy abajo por Chonta; los Batallones *Vencedor* y *Vargas*, rompiendo por en medio de las cargas, lograron bajar y atravesar la quebrada, y pasada ésta, la compañía de *Cazadores de Vargas*, desplegada en guerrilla, protegió con sus fuegos al Batallón *Rifles* cuando ya se arrojaba por la trágica peña.

Dueños los enemigos del paso principal, descendieron al segundo, atacaron á los *Granaderos*, que tuvieron que retirarse por encima de la loma en busca de otro paso, y se apoderaron de las madrinas de mulas y caballos, del parque general, de un cañón de artillería y de algunos equipajes que no hubo tiempo de salvar.

Los enemigos, que no dejaron de perseguir al Ejército del Perú hasta que coronó la altura, lo hicieron con más interés y constancia con la 3ª División, pues viéndola ya cortada creyeron batirla en detall; pero no consiguieron ni desordenarla, mucho menos dispersarla. Pasada la quebrada se retiró en masa, con armas á discreción, al paso regular, y sin comprometer más tropa que los *Cazadores* que protegían el movimiento. Los Generales españoles al ver la serenidad, valor y denuedo de nuestras tropas, desde aquel día desconfiaron de alcanzar la victoria, según lo confesaron después de la batalla de Ayacucho.

La persecución del enemigo fué incesante hasta más de las siete de la noche, y aun osaron llegar muy cerca de la

* Como se pronunciaba en español.

altura que ocupamos, donde fueron rechazados por nuestros tiradores.

Situado nuestro Ejército en una buena posición, ya no temió el ataque: el General en Jefe recibió el parte de las novedades, por el cual resultó que nos faltaban como 700 hombres de infantería y los dos regimientos de *Granaderos*, y teníamos un hospital de 93 heridos que se puso á cargo del Capitán José María Tello. El General Sucre se acusaba á sí mismo por no haberse retirado de Matará el día antes, y fuí testigo de la aflixión que sentía su corazón, que sólo se calmó un poco por algunas reflexiones que le hicieron los Generales Lamar y Gamarra. *

Al día siguiente por la mañana se destacaron unas compañías de *Cazadores* para que fueran á provocar al enemigo en su campo, y ver si aceptaban el combate; pero lo excusaron haciendo salir unas compañías de tiradores que se tirotearon con las nuestras, lo cual sirvió de señal para que salieran y se nos reunieran muchos soldados de los atrasados y dispersos el día antes, y para que el regimiento *Granaderos de Colombia* buscara el Ejército. Los *Granaderos de los Andes* no se volvieron á reunir hasta después de la batalla de Ayacucho.

A las diez de la mañana el General Monet con su División pasó la quebrada, arriba de su campo, y marchó por su flanco izquierdo por encima de los cerros, sin atreverse á descender á la llanura. El Ejército Unido emprendió la retirada por toda la pampa de Tambo-Cangallo; como á las doce, en el tránsito se incorporó el regimiento de *Granaderos de Colombia*, y á las tres acampamos en medio de la pampa en unas lomas bajas, donde se escogió una posición para esperar al enemigo.

El grueso del Ejército español, luégo que abandonamos la altura, atravesó la quebrada por el paso principal y siguió por el mismo camido que nosotros; á las cuatro la División del General Monet bajó de los cerros, se unió á su cuerpo de Ejército, y acamparon en la misma pampa como á media legua de distancia de nuestro campo.

Aunque teníamos perfectamente libre la retirada para Huamanga, se presentaba un inconveniente: á corta distancia de

---

* Que los manes del General Sucre y del señor Restrepo me dispensen que no estemos de acuerdo en la relación que cada uno de ellos ha hecho de este encuentro, el primero tal vez por condescendencia con su Estado Mayor, y el segundo por informes equivocados; yo escribo la verdad con imparcialidad y sin prevención alguna, [illegible] nada tengo que temer ni esperar.

nuestro campo el camino se estrecha entre unos cerros escarpados y penetra en un callejón angosto de casi una legua de largo, por donde no podía pasar el Ejército sino desfilando de uno en uno; el enemigo se hallaba sobre nosotros y nos podía atacar y destruír impunemente si nos alcanzaba allí, no quedándonos, pues, otro recurso que variar de dirección. El terreno por nuestro flanco derecho era abierto; la sabana se dilata hasta descender á la quebrada de Acocro, y el General en Jefe resolvió marchar por esta vía.

Con esta mira se buscaron conductores ó guías prácticos del terreno, y poniéndole uno á cada División, el Ejército emprendió marcha á las diez de la noche por tres distintos caminos con dirección á cierto paso de la quebrada de Acocro, y en el mayor silencio. A las cuatro de la mañana del día siguiente, 5 de Diciembre, cuando ya todo el Ejército se hallaba al otro lado de la quebrada, se le presentó al General en Jefe el Comandante Medina, Edecán del Libertabor, que iba de la Costa con varias comunicaciones oficiales. El General Sucre empezó á informarse por éste de su contenido antes de abrirlas, continuando la marcha hasta el pueblo de Huauchao donde se habían reunido algunos víveres para racionar el Ejército que hacía cuatro días no comía, y allí acampamos á las seis de la mañana, dejando al enemigo á más de cuatro leguas.

El General Valdés, que mandaba la vanguardia del Ejército enemigo, vino esa misma noche con ella á las dos de la mañana sobre el campo que acabábamos de abandonar, creyendo sorprendernos; y viéndose burlado, trató de perseguirnos por el camino principal calculando alcanzarnos en el desfiladero; pero quedó confundido al encontrar desierto el camino, sin saber el que habíamos tomado, hasta las diez, que divisaron las hogueras de nuestro campamento.

El Libertador en sus comunicaciones le anunciaba al General Sucre, que no debía contar con más fuerza para la campaña, y le hablaba extensamente sobre varias ocurrencias que habían tenido lugar en la Costa, de las que nos ocuparemos por un momento para hacer conocer más propiamente nuestra situación, y la previsión con que había obrado el Libertador, volando á la Costa, para salvar los auxilios de Colombia, las tropas que había en ella, y aun el mismo Ejército.

Al abrirse la campaña, la capital de Lima y las fortalezas del Callao con todos los elementos de guerra que encerraban sus almacenes, parque y arsenal, habían quedado en poder de los españoles, por la traición de las tropas de Buenos Aires y

Chile, que se pasaron á los enemigos cuando las guarnecían, y en toda la Costa no había quedado tropa alguna del Ejército republicano. Desde Huamachuco hasta Pasco, habían quedado en los hospitales más de 3,000 hombres, y el Libertador le previno desde Huarás al Coronel Luis Urdaneta, que como fuesen saliendo curados los enfermos de los hospitales que quedaban á retaguardia, y tuviera más de mil hombres disponibles, entre ellos cien de caballería, bien montados, ocupase la capital de Lima, y procurase encerrar los enemigos en las fortalezas del Callao, mientras que el Almirante Guisse con la escuadra que se armaba en la Costa, y él con más tropas por tierra, estrechaban el sitio.

El Coronel Urdaneta tan pronto como contó con la fuerza que se le previno, que serían unos 1,100 hombres, marchó con ellos á Lima y ocupó esta ciudad sin oposición, porque los enemigos se reconcentraron á las fortalezas, dejando éstos un regimiento de caballería muy bien montado, establecido en Bellavista, á un cuarto de legua del Callao.

Tenía orden expresa el Coronel Urdaneta de no comprometer ningún encuentro con los enemigos, y que se limitara á impedirles el que hicieran excursiones sobre la Costa para proveerse de recursos; pero contrariando estas disposiciones, dicho Coronel mandó sus fuerzas en la dirección del Callao, y á tiempo que él estaba todavía en Lima recibiendo felicitaciones, la División fué sorprendida en el tránsito por una fuerza de caballería al mando de Don Pedro Zavala, que emboscada en la huerta de la *Vireina* le acometió por retaguardia, y otra al mando de Don Mateo Ramírez, que lo hizo por vanguardia, poniéndola en derrota y lanceando hasta en las calles de Lima á cuanto militar ó paisano encontraron: hazaña por la cual, dice el historiador Torrente, "el Teniente Coronel Don Isidro Alaix (que la dirigió) obtuvo una gloria brillante...dejando por todas partes señales sangrientas de su victoria." Urdaneta perdió en esta sorpresa más de 100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y más de 200 dispersos. El Libertador, por uno de sus impulsos providenciales, se presentó inmediatamente en la Costa, y reparó el error de aquel Jefe recogiendo los dispersos y salvando como por milagro el resto de esas tropas y las demás que se esperaban.

Pero suelen estos episodios ú operaciones colaterales de la guerra ser, en proporción, más desastrosos que las batallas decisivas, y así sucedió con la función de armas de Bellavista, que costó, entre otras muertes, una que fué muy sensible al

Ejército Libertador, la del Teniente Coronel Fidel Pombo, joven de mucho espíritu, agraciado y valiente, de 22 ó 23 años, hijo, hermano, sobrino y primo de próceres de la Independencia colombiana, que el año de 1820 había sido compañero mío en Popayán en el Estado Mayor de la División del General Valdés y ya tenía entonces el grado de Capitán. Por su cultura y aptitudes se le había retenido en el servicio de ese ramo y en comisiones importantes en el Sur de Colombia, tránsito indispensable y todavía inseguro para los constantes refuerzos y auxilios que el Libertador exigía para la libertad del Perú; y ávido como el que más, de participar en nuestros peligros, su impaciencia por esa detención lo mantenía en tortura (como él decía), hasta que cediendo á sus súplicas se le despachó á donde deseaba. Pero no se le destinó todavía á incorporarse al Ejército Unido, ni se imaginaba que estuviésemos casi en vísperas de Ayacucho, y apenas se presentó á tiempo para reunirse á Urdaneta y morir prematura y tristemente pocos días después. Salió de Lima con las fuerzas aquel mismo día; sorprendidos en el camino retrocedieron; los españoles entraron á la ciudad mezclados con los soldados republicanos hasta la plazuela de San Sebastián, y allí alcanzaron á Pombo y le dieron muerte á lanzasos, por los momentos preciosos que le hicieron perder para salvarse tres circunstancias: su repugnancia á volver la espalda al enemigo, su sordera que no le dejó oír el toque de retirada, y lo inobediente de la bestia en que iba, que lo obligó á desmontarse y volver á montar.

Un respetable ciudadano del Perú, el señor Don Francisco Carasas, que era Teniente en las tropas derrotadas, y vive todavía, fué testigo de esta lamentable escena, y refiere una singular circunstancia que ocurrió en ella. En una de las casas que forman el marco de la plazuela de San Sebastián, se había refugiado un soldado patriota huyendo de los españoles, y ése, al ver postrado á Pombo, vengó en el acto la muerte de su Jefe disparando su arma contra el matador, y con tal tino y prontitud, que los dos cadáveres quedaron en el mismo sitio. Ocurrió esto el 3 de Noviembre de 1824. *

---

* Escrito esto, me han hecho ver original una carta dirigida por el Comandante Pombo al Capitán (después General), Joaquín Acosta, su íntimo amigo, que casualmente pinta su alma como la he descrito y tiene mucho de profética. No puedo resistir á la tentación de citar algo de ella. Es fecha en Popayán, el 6 de Abril de 1823, y entre mil afectos y originalidades le dice esto: "Excusa toda especie de ceremonias en nuestra correspondencia, y evita esos grandes márgenes que pueden emplearse más últilmente; quiero decir, para mí, que no deseo nada blanco en tus cartas.....Todos mis deseos

Este revés vino á ser de trascendencia, porque no había cómo auxiliar al Ejército que se hallaba en campaña. El General Salóm y las tropas que se esperaban de Colombia no habían llegado, ni se tenía noticia cierta de su venida; no obstante, el Libertador las aguardó impaciente algunos días más, ocupándose entre tanto en organizar los restos de las del Coronel Urdaneta, para cubrir los puntos más interesantes de la Costa.

La escuadra peruana babía tenído al frente del Callao un encuentro con la del enemigo y bien descalabrada se había refugiado en Guayaquil. El Libertador, que desconfiaba del Almirante Guisse como partidario aferrado de Riva Agüero, le quitó el mando de la escuadrilla, confiándoselo al Comodoro de Colombia Juan Illingrot. Este Jefe, digno compatriota del heróico Lord Cochrane, mandó las escuadrillas de Colombia y el Perú, y uniéndose posteriormente á la de Chile, que á las órdenes del Vice-Almirante Don Manuel Blanco Encalada vino de auxilio, cooperó activamente al sitio y rendición de las fortalezas del Callao.

No habiendo mejorado de situación hasta fines de Noviembre, el Libertador se convenció de la imposibilidad en que se hallaba de mandar refuerzos al Ejército, y reflexionando que cuanto más duraba éste sin recibirlos tanto se disminuiría necesariamente, sin esperanza de aumentarse, se resolvió á buscar en la suerte de las armas el resultado de la campaña.

Su presencia era tan indispensable sobre Lima, cuanto que ella sola estaba conteniendo á los enemigos, ella sola podía salvar los refuerzos de Colombia; y sola salvarnos á todos de quedar sepultados en el Perú en el caso de un revés en la campaña del interior. Por la extraña ley de 28 de Julio del Con-

---

se han visto frustrados, y en Popayán nada hay para mí interesante, nada me conmueve..... Siento que yo haya sido creído útil en este Departamento. Estoy resuelto á salir de aquí, y lo verificaré tan pronto como haya un Oficial que sepa firmar y pueda desempeñar esta Secretaría. Alvarado ha sido batido en el Perú, como ya sabrás; Lima está al perdese, y una División de Colombia debe salvarla. Esta es una campaña pronta, vigorosa y heróica, y yo no me privaré de hacerla conforme á mis deseos. Seguiré pronto, mas no sé qué día. La carrera militar es de gloria, y es preiso buscarla en la campaña, hasta que después de andar en boletines y papeluchos, viene una bala y todo se concluye: digno término de todos los placeres y disgustos de la vida..... Si existe la tertulia, á ella y á su Protectora ofrezco tiernas expresiones. Recibe el corazón y afecto de tu mejor amigo—*Fidel.*"

Las desgracias del Perú eran para Pombo calamidades personales que lo afligían como propias; pero creía al mismo tiempo que *una* División colombiana debía y podía salvar á Lima. Jovenes de tales sentimientos formaban nuestro Ejército; de allí salieron Junín y Ayacucho.

greso colombiano, se le había privado, como Presidente, del mando del Ejército nacional, por lo cual él no podía mandarnos en persona: pero, disimulando generosamente el agravio que eso envolvía, dejó el mando á Sucre, y dirigía desde donde se hallaba todas las operaciones, como Generalísimo en el Perú de las fuerzas libertadoras.

Sin esperar más tiempo, mandó expedir una orden terminante al General en Jefe, previniéndole que, cualquiera que fuese su posición y la del enemigo, aventurase una batalla, bajo el concepto de que no debía reparar en el mayor número, ni en atrincheramientos, ni fortificaciones si las tenían, y que en todo caso debía buscarlo para batirlo. A esto se redujeron las comunicaciones que el Comandante Medina entregó al General Sucre.

El General Sucre pensaba retirarse hasta Huancavelica dejando el camino principal á la izquierda, y contaba ya con que el enemigo no nos podría alcanzar aunque redoblase la marcha; pero recibidas las instrucciones anteriores no vaciló un momento en cumplirlas, todos los Generales del Ejército acataron la orden del Libertador de atacar y vencer, compensando la enorme desigualdad de fuerzas con la habilidad y el denuedo, y ya no se pensó en otra cosa que en buscar un terreno para el campo de batalla. Así fué que el Ejército, después de haber comido, se puso en movimiento aparentando continuar la retirada á un paso regular, y á la seis de la tarde se acampó por Divisiones en masa sobre el mismo camino que llevaba.

El enemigo, saliendo aquel día de la pampa de Tambocangallo, ocupó una altura casi al frente de nuestro campamento, pero bien distante, y separado por unos elevados peñascos que se levantaban perpendicularmente á la orilla de la quebrada de Acocro.

Al día siguiente muy temprano el Ejército Unido emprendió la marcha para Acosvinchos, atravesó este pueblo y á las once llegó al de Quinua, situándose en una pequeña sabana de plano inclinado al Occidente de la población.

El enemigo, cuyas miras fueron siempre cortarnos la retirada, porque temía que recibiéramos refuerzos al paso que su Ejército se disminuía diariamente por la deserción, hacía sus movimientos por su flanco izquierdo; á las cuatro de la mañana se puso en marcha, y á la una de la tarde ya estaba con nosotros. Un regimiento de caballería se nos presentó al extremo de la sabana que ocupábamos, y formó en batalla; creyóse que

nos iban á atacar, y los Generales Sucre y Lamar trazaron una línea de batalla esperando que asomase su infantería para ocuparla.

A las tres de la tarde, viendo el General en Jefe que no avanzaban, mandó al Coronel Silva con el Regimiento de *Húsares* á reconocerlos; al acercarse nuestra caballería, la del enemigo, descabezando á retaguardia, se retiró precipitadamente. Aquella operación del enemigo había tenido por objeto aparentar que intentaban atacarnos, mientras que su Ejército al trote pasaba un desfiladero que se encontraba al descenso de la sabana en el camino que llevaban. Después de buscar de loma en loma una posición para situarse, se acamparon á las cinco de la tarde en las alturas de Pacaicasa, habiendo hecho una marcha de 14 leguas y quedando muy satisfechos, en su concepto, de habernos cortado completamente la retirada.

No dejaré de referir una pequeña ocurrencia á que dió lugar la nueva resolución de esperar al enemigo para dar la batalla.

A fin de que las operaciones del Ejército Unido se efectuasen con menos embarazo y con mayor prontitud, el General en Jefe había dispuesto desde algún tiempo atrás, que todos los equipajes y un hospital ambulante quedasen á retaguardia, siguiendo el movimiento del Ejército á bastante distancia. Cuando se emprendió la retirada, marchaban al contrario, dos ó tres leguas adelante, y el enemigo, situándose aquella tarde del 6 en el cerro de Pacaicasa, nos dejó interceptados. No pasaron muchas horas sin que esto se supiera por el enemigo, y al instante mandó una partida de infantería y caballería en su persecución. Esta los alcanzó en la villa de Huanta, y después de una pequeña resistencia se apoderó de los equipajes, que al momento distribuyeron entre sí, y cogieron prisioneros aquellos enfermos que por el mal estado de su salud no pudieron escaparse con la fuga.

Cuando se informó al General en Jefe de este acontecimiento, ordenó al Sargento Mayor Rafael Cuervo que con dos compañías de infantería y cincuenta *Húsares de Colombia* flanqueando al enemigo por la izquierda, fuese á Huanta, y rescatase y protegiese los equipajes y hospital; y Sucre salió con el General Lamar á recorrer el campo, buscando una posición para establecer el Ejército. Al oriente del pueblo de Quínua, al pie del cerro de Cundurcunca, se encontró la pequeña sabana de Ayacucho, á donde, á las doce se trasladó el Ejército, situándose por Divisiones con el frente al enemigo en el mismo lugar

que ocuparon en la batalla. Los enemigos se adelantaron por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, haciendo una pequeña jornada por lo malo del camino, y pernoctaron aquella noche en un cerro á nuestra vista; y al día siguiente, antes que se nos pusieran al frente, regresó el Mayor Cuervo trayendo algunas reses de que teníamos necesidad. Había ido á Huanta el 7 por la tarde, encontró la partida enemiga, la batió matándole unos pocos soldados y rescató el hospital, sus enseres y unas pocas caballerías, mas no los equipajes, porque sólo halló los miserables despojos del pillaje.

El día ocho por la mañana se acercó el enemigo un poco más con la misma dirección, y se acampó temprano como á un cuarto de legua por elevación de nuestro campo, pero separado por una cañada de bastante profundidad y de difícil paso que pende de la cima del elevado cerro de Cundurcunca que nos quedaba á la izquierda. Más tarde, levantando su campo ejecutó sin tardanza un movimiento simultáneo por el flanco izquierdo, y subiéndose á la cumbre se perdió de vista aparentando descender al lado opuesto.

El General en Jefe, el General Lamar y algunos otros Jefes y Oficiales desde nuestro campo con los anteojos estuvimos gran rato observándolo, calculando su fuerza y el resultado de aquel movimiento. El General Lamar, que había militado algún tiempo con ellos, y que los conocía muy de cerca, después de haber hecho varias observaciones nos dijo: "El Virrey ha "tenido miedo de comprometer su Ejército en el paso de la "cañada, y por no atravesarla á nuestra vista, se ha subido á "la cumbre para descabezarla en su nacimiento, y descender "sobre nosotros por aquí (señalándonos con el dedo el punto "del cerro más inmediato á nuestro campo), porque su táctica "se ha fundado siempre en atacar á sus adversarios desde "alguna altura, y rara vez se ha presentado en campo raso." Hora y media después se realizó este juicio.

A las cinco de la tarde el enemigo en masa empezó á bajar el cerro por el mismo lugar que había indicado el General Lamar, y sin detenerse hasta que llegó á la falda, tomó una posición que dominaba todo nuestro campo; con la mayor presteza montó su artillería volante, y con la misma nos rompió un fuego alternativo que duró más de media hora; pero sin embargo de hallarse nuestros cuerpos formados también en masa, no recibieron el menor daño, porque las balas pasaron por lo alto.

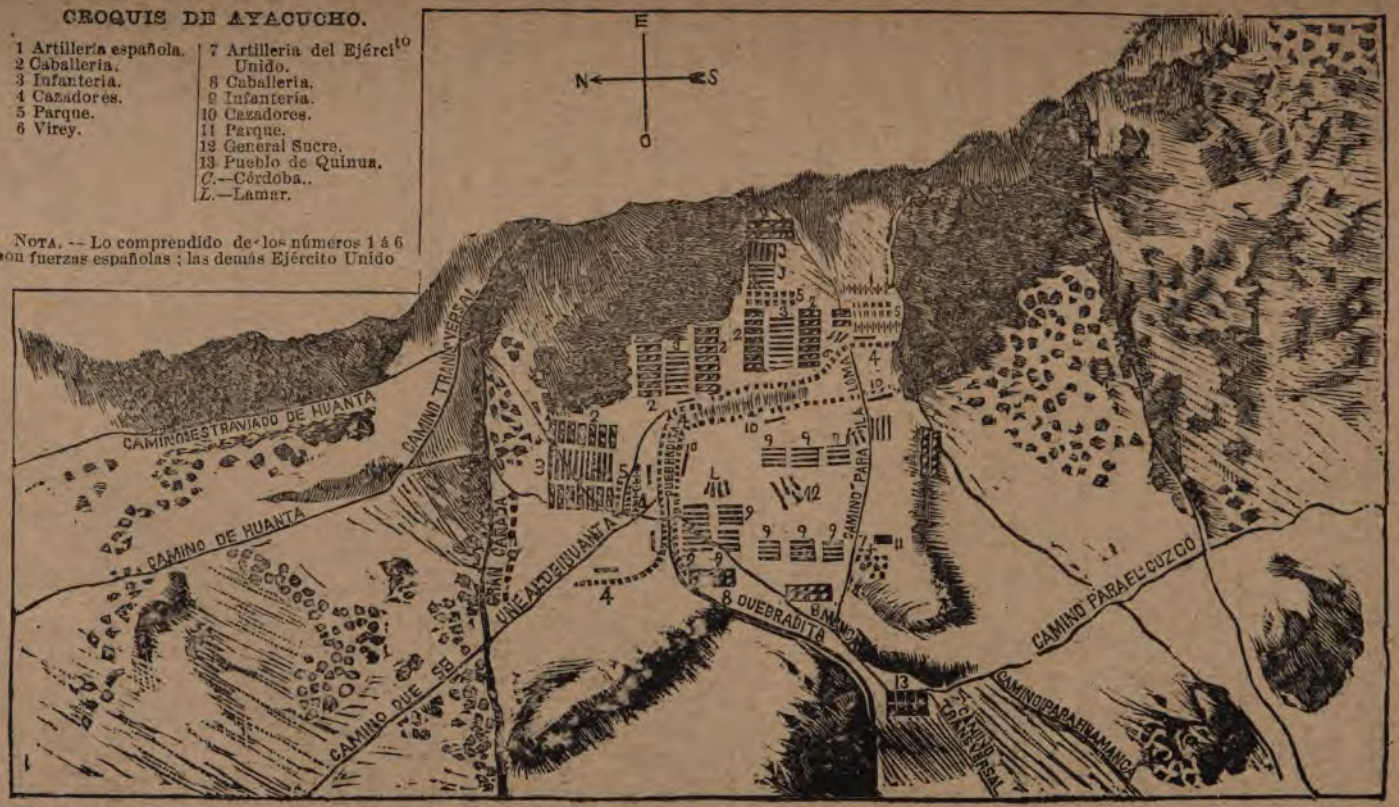
El General Sucre mandó que se le contestasen sus fuegos

con el único cañón que nos había quedado, y nuestros artilleros, más diestros que los suyos, pusieron la primera bala en el centro de una columna de infantería enemiga, obligándola á variar de posición. Al cerrar la noche el General en Jefe hizo cubrir el campo con una línea de cazadores, y el enemigo á su ejemplo hizo también lo mismo, quedando las dos líneas tan inmediatas que podían hablarse, como efectivamente lo hicieron los Generales Monet y Córdoba que las mandaban.

A las ocho de la noche el General en Jefe previno al General Córdoba que alarmase al enemigo con una escaramuza, y éste en cumplimiento recogió todas las bandas de tambores y músicas del Ejército, previniendo á los cuerpos que permaneciesen tranquilos aunque se rompiese el fuego sobre el campo. Las bandas y músicas fueron colocadas en distintos puntos sobre la línea, y se les ordenó que á la primera señal de la corneta, los tiradores rompieran fuego graneado ganando terreno, y que las bandas y músicas á un tiempo tocasen ataque marchando sobre el enemigo hasta que se les indicase la retirada para volver á situarse en su posición. A eso de las once se hizo la señal, y los cazadores, las bandas y músicas ejecutaron con viveza y prontitud la orden que se les había comunicado. El enemigo se alarmó sobremanera creyendo que todo el Ejército nuestro lo cargaba, y entre la confusión y desorden del momento se les dispersó alguna gente; pero luégo calmó la agitación de su campo, nuestra tropa volvió á ocupar la línea, las bandas y músicas se retiraron, y dormimos apaciblemente.

BATALLA DE AYACUCHO.

Al describir lo que sin exageración puede acaso llamarse el día más grande y famoso de América, acto definitivo de divorcio político entre el Viejo y el Nuevo Mundo, y sello de nuestros derechos como miembros activos y responsables de la familia humana, espero que se perdone á un viejo soldado si entra en pormenores que respecto de otros sucesos nada importarían. Bendigo fervorosamente á Dios, que me permitió poder decir *yo lo ví, allí estuve*, aunque poco menos que último entre los que disputaron del lado de la justicia ese campo tan estrecho en tierra pero ilimitado en trascendencia histórica. Ciertamente no trocaría por tesoro ninguno esta satisfacción, que en vez de amortiguarse ha ido avivándose de año en año en los sesenta



CROQUIS DE AYACUCHO.

1 Artillería española.
2 Caballería.
3 Infantería.
4 Cazadores.
5 Parque.
6 Virey.
7 Artillería del Ejército Unido.
8 Caballería.
9 Infantería.
10 Cazadores.
11 Parque.
12 General Sucre.
13 Pueblo de Quinua.
C.—Córdoba..
L.—Lamar.

NOTA. — Lo comprendido de los números 1 á 6 son fuerzas españolas ; las demás Ejército Unido

y cuatro que de entonces acá han trascurrido; y diera con placer los pocos que todavía me restan, si al evocar tan sagrado recuerdo tuviese yo el poder de infundir en las presentes generaciones americanas la grandeza y fraternal unidad de sentimientos que nos inflamaban aquel día, y si se me concediese bajar al sepulcro arrullado con aquellas sublimes esperanzas y aquella absoluta fe en Dios y en nosotros mismos, que al frente de un enemigo casi doble en fuerzas, apartó de nuestra mente, desde el General en Jefe hasta el último soldado, toda sombra de duda, todo presentimiento de temor, como si el cielo nos hubiese de antemano garantizado la victoria. Ah! si para enlazar y templar así nuestros corazones, desde Chile hasta México, fuese necesario otro Ayacucho, allí quisiera yo morir, y este recuerdo daría entusiasmo y fuerzas al brazo del octogenario para ir, espada en mano, á buscar entre las filas del enemigo una tumba gloriosa!

Pero.....borremos medio siglo, volvamos con el alma á Ayacucho, y sintamos otra vez todo lo que estamos viendo. Como yo no soy Julio César, ni tengo tanto en qué ocuparme como él, no sabré referir grandes cosas en cuatro plumadas, ni eso me satisfaría. Mi tesoro es Ayacucho, y me deleito en contarlo cuarto por cuarto; y si esto fastidia á algún lector, vuelva la hoja ó las diez hojas en que voy á dejar cuanto guardaba en la memoria.

En la juventud, con el cuerpo y el corazón sanos y dispuestos para todo, la juventud es por sí sola una fiesta perpetua; pero si á su natural efervesencia de vida y contento se añade la grata camaradería de la vida militar, el constante cambio de escena de una campaña activa, y el estímulo de una causa magna y generosa, entonces la elasticidad del espíritu juvenil no tiene límites, y vale cada uno de aquellos días más que la juventud entera de un sedentario poco menos que asfixiado, física y moralmente, por su inmovilidad. Pero el día especial de fiesta para un soldado es el de la batalla, porque los de marcha suelen cansar el cuerpo, y la maquinal rutina del campamento no dice nada al alma, mientras que la batalla, como un festín franqueado al valor y á la noble ambición, abre campo á cada hombre para mostrar cuanto hay en él, y ser aplaudido y premiado á su propia medida; y es una novedad, un grande espectáculo en que cada cual va á ser actor y á saber qué son y qué tal lo hacen los demás.

Henchidos de este sentimiento despertamos el nueve de Diciembre en la sabana de Ayacucho; pero todo contribuía, en

nuestras circunstancias, á exaltárnoslo extraordinariamente. Los soldados de Carabobo, en que una sola División lo hizo todo y no dejó á las demás otra tarea que la de recoger prisioneros y perseguir fugitivos; los del Pantano de Vargas y Junín, donde ni ya vencidos, dejaron de salir vencedores; los de Bomboná, donde, no matando, sino muriendo, aterraron al casi ileso enemigo; los de Corpahuaico, donde seis días antes, asombrado Canterac al ver á *Vargas* y *Vencedor* burlarse del General Valdés, retirándose á paso regular, arma descargada y á discreción mientras el *Rifles* los protegía resistiendo y rechazando él solo la División entera de dicho General que los había cortado, bajó de la loma á señalárselos á su censor exclamando: "General Valdés! ¿son soldados esos, ó no son? esos fueron los que me derrotaron en Junín!" Aquellos héroes, en fin, tenían derecho á creerse invencibles, y esperaban que no concluyera ese día sin apellidarse cada uno libertador del Perú y de toda la América.

Por otra parte, llevábamos ochenta leguas de marcha en retirada, y el corazón parecía decirnos como el héroe del romancero, "mi descanso es pelear"; 1,200 bajas sumaban nuestros estados en los últimos quince días, y cualquiera prefería morir lidiando, antes que despeñado en los precipicios, ahogado en los torrentes, helado en los páramos ó de fiebre en el hospital; alzados además contra nosotros los indios del territorio desde que supieron el contratiempo de Corpahuaico, nos tenían irritados acechándonos y asesinando á cuantos sorprendían lejos de sus filas. Añádase á esto, que habiéndose quedado la infantería sin combatir en Junín, cada infante ardía anheloso por su parte de función, donde probar que su bayoneta no era menos eficaz que la lanza de aquellos formidables ginetes; y como desde Chile hasta Centro América allí estaban más ó menos representadas casi todas las secciones del Continente, y rodaban de boca en boca los nombres de Boyacá, Maipú, San Mateo, Carabobo, Chacabuco, Pichincha y Junín, como botafuegos de emulación caballeresca para el certamen general que nos aguardaba, aspiraba cada cual á dejar orgullosos de llamarse hermanos suyos á sus recién conocidos camaradas. Hasta los aficionados á agüeros ya veían el de nuestra victoria en el brillante tiro de cañón de la víspera, y aun en el nombre del cerro de Cundurcunca, *cuello del Condor*, que aseguraban había de erguirlo allí como rey de su tierra, sobre sus insolentes disponedores advenedizos.

Y sobre todo, el gran Bolívar nos había enseñado á em-

bestir sin contar; él nos mandaba vencer, y bajo la dirección de su Teniente, el Bayardo americano, la voluntad del padre de Colombia tenía que cumplirse. Excusado es mencionar un estímulo más, que aun los últimos de nuestros soldados postergarían á cualquiera de los otros: el General Sucre anunció en Quinua el día 7, que en la Comisaría restaban cuarenta mil pesos, y que serían dados al cuerpo que más se distinguiese en la batalla. Luégo veremos cómo los adjudicó el sabio Jefe equitativamente, y haciendo del oro vil un timbre de gloria para su Ejército.

Para que hasta el tiempo conspirara á nuestro entusiasmo, el cielo de las cordilleras, que felizmente nos fué sereno desde el Apurímac en toda la retirada, el nueve de Diciembre desplegó entero su lujo de trasparencia y esplendor. Era una de esas mañanas frías pero tónicas en que el aire es éter puro, que acorta las distancias y eleva y sumerge la tierra en el flotante azul del firmamento; cuando uno se siente como con alas, y todo se muestra tan bello que hasta la guerra pierde su horror y la muerte su melancolía. El drama qué iba á representarse parecía preparado por la mano maestra de Dios, solemne y religioso en su designio, fascinador en su espanto y vivificante en sus mismos estragos; y todos nos sentíamos allí como de orden divina, y que nada de lo que iba á pasar sería casual ni insignificante. Jugábase nada menos que un mundo.

Alzado ya el sol á nuestro frente por sobre la majestuosa cima de Cundurcunca, el escenario nadaba en luz y tenía aire de retocado para la fiesta. Estábamos viendo, palpando con los ojos, aquel hermoso cerro, algo menos elevado que el Monserrate que domina á la capital de Colombia; también menos descarnado, y más cubierto de la vegetación achaparrada y pajiza de las cumbres andinas; más alto á nuestra izquierda que á la derecha; y suave en su centro, desde la cumbre hasta la falda, entre un escarpe áspero que lo corta á la derecha (véase el croquis), y arbustos que lo estrechan á la izquierda en la parte superior. En la falda aparecían á la izquierda, por ciento ó ciento cincuenta varas de arriba abajo, unas ondulaciones ó arrugas horizontales, y muchos altillos en forma de túmulos, situados desordenadamente, terreno embarazoso para caballería; y quedaba á la derecha un espacio igual y continuo como de trescientas varas de ancho, entre las cabeceras de un arroyuelo y el escarpe mencionado, por donde nuestros ginetes podrían trepar sin inconveniente al campo del enemigo. La sabaneta que se extiende al pie tendrá á nivel mil varas de

longitud en el sentido de la falda, y unas quinientas de Este á Oeste. Córtala á la izquierda en toda su extensión la impenetrable cañada ó quiebra de unas cién varas de profundidad, á que ya se hizo alusión; y bajando del Cundurcunca recórrela trasversalmente de izquierda á derecha el arroyuelo antedicho, de aguas limpias y tal cual arbusto, con su orilla de una vara de alto, y cauce de cuatro varas, seco entonces en su mayor parte.

Hé aquí el terreno sabiamente escogido por los Generales Sucre y Lamar para que quedáramos inflanqueables por la izquierda, merced á la gran cañada, y seguros de no ser envueltos por la derecha, á favor del escarpe al sur de Cundurcunca. Al frente no podría el Virrey Laserna desplegar contra nosotros ni una División de sus nueve ó diez mil soldados; el arroyuelo á la izquierda nos facilitaba algo la resistencia, sin dejarles tampoco espacio (si lo ocupaban) entre nuestra línea de tiradores y la cañada, para desplegarse en batalla ni obrar de otro modo que en masa, desaprovechando también su número; y como á la diestra y á la espalda el suelo quebraba de pronto para caer suavemente á los caminos del Cuzco, Huamanga y Quinua, allí nuestros lanceros aguardarían su hora, abrigados de la lujosa artillería de los peninsulares. El campo era, pues, muy estrecho aun para las armas de corto alcance de la época, tanto que ofendiendo el proyectil español á nuestra reserva, hubo que mandarla acostarse; fué escogido, no para darnos ventaja, sino para burlar la del enemigo; no había allí dónde ser cobarde, ningún hombre quedaría ocioso, y la mortífera tarea tenía que ser rápida y ejecutiva, porque al perderse tiempo los contrarios nos abrumarían con su enorme superioridad aritmética. Pero Sucre confiaba en sí mismo y en el brío y la disciplina de su gente.

El General en Jefe dispuso nuestras fuerzas en tres Divisiones, en esta forma: de ala derecha y parte del centro, orillando á cién varas con su línea de tiradores la falda de Cundurcunca (espacio calculado por Sucre para cargarle con ímpetu á la infantería española á medio bajar de lo alto), la primera División, mandada por el General de vanguardia José María Córdoba, constante de los Batallones *Bogotá*, *Voltígeros*, *Pichincha* y *Caracas*, cuyos Jefes eran respectivamente el Coronel León Galindo, los Tenientes Coroneles Pedro Guás y Manuel León y el Coronel José Leal, y sumaban unos 2,300 colombianos; y detrás, ó á su costado, en el declive sur, el Regimiento de *Granaderos*, de 200 plazas, también colombiano,

regido por el Coronel Lucas Carvajal, en dos Escuadrones que tenían por Comandantes á los Tenientes Coroneles José de la Cruz Paredes y Mariano Acero. Al resto del centro, y de ala izquierda, á unas treinta varas al sur del arroyo, pero siguiendo con la línea de tiradores el curso de su orilla, la 2ª División, á órdenes del Mariscal Don José de Lamar, formada de los batallones 1º, 2º, 3º y *Legión Peruana*, y detrás el Regimiento *Húsares de Junín*, compuesto de los Escuadrones 1º, 2º y 3º, cuerpos todos peruanos, mandados en dicho orden por el Coronel Francisco de Paula Otero, los Tenientes Coroneles Ramón González y Miguel Benavides y el Coronel José María Plaza, y (los *Húsares*) por los Tenientes Coroneles N. Bruix, Pedro Blanco y José Olavarría, con todo el regimiento á órdenes del Teniente Coronel Isidoro Suárez: División que sumaba de 1,200 á 1,280 hombres. De reserva, al extremo occidental, la 3ª División colombiana, mandada por el General Jacinto Lara y compuesta de los Batallones *Rifles*, *Vencedor* y *Vargas*, de unas 1,800 plazas por junto, cuyos Jefes eran los Coroneles Arturo Sandes é Ignacio Luque y el Teniente Coronel Trinidad Morán, respaldada por el Regimiento *Húsares de Colombia*, de 200 ginetes en dos Escuadrones, de uno de los cuales era Comandante el Teniente Coronel Pedro Alcántara Herrán, y de ambos el Coronel Laurencio Silva, caballería que ya se ha dicho se resguardaba, lo mismo que la peruana, en la caída occidental del terreno. Y en fin, nuestra ridícula pero certera artillería, constante de una sola pieza de montaña de á cuatro, se asentó á la diestra de la reserva en el vértice sudoeste del campo, y contiguo el parque del Ejército, de treinta cargas de á dos mil tiros, mezquino residuo que nos quedó en Corpahuaico, amparado aquí tras de la ruina de una choza de indios que no conservaba en pie sino tres paredillas de bahareque, ya sin techo y abierta al occidente. Era Comandante general de las caballerías del Ejército Unido el General Guillerme Miller, y Jefe de Estado Mayor general del mismo, el General Agustín Gamarra. Total de nuestras fuerzas, 5,780 hombres.

Las fuerzas realistas, que descendiendo de Pacaicasa llegaron por el camino de Huanta y subieron tras de la cañada para dominarnos el día, 8 descolgándose por Cundurcunca, ocuparon desde luégo el elevado frente del cerro, formando también en tres Divisiones. El General D. Jerónimo Valdés, Jefe de vanguardia, mandaba el ala derecha con la 3ª División, situada primero al oriente, fuerte de los 4 Batallones *Cantabria*, *Centro*, *Castro* y 1º *Imperial*, dos Escuadrones de *Húsares* de

Fernando VII y una batería de 6 piezas. Regía el centro el General D. Juan Antonio Monet con la 1ª División, constante de los Batallones 1º de *Burgos*, *Infante*, *Victoria*, *Guías del General* y 2º del *primer Regimiento*, y tres Escuadrones de *La Unión*. Y formaba el ala izquierda, la 2ª División, bajo el mando del General Don Alejandro González Villalobos, con los Batallones 2º de *Burgos*, 2º del *Imperial*, 1º del *primer Regimiento*, y *Fermandinos*, con 4 Escuadrones de *Granaderos de la Guardia*. Tocando al último, en la altura de nuestra derecha, se situó el Virey Laserna con su guardia, que era el Escuadrón de *Alabarderos*, mas una compañía del Regimiento *Guías del General*, y 5 piezas de artillería; y en una depresión de la altura, á retaguardia de la División de Villalobos, la reserva, mandada por el General Don José Carratalá y compuesta de los Batallones *Fernando VII*, 1º y 2º de *Gerona*, y el Regimiento de *San Carlos*. Entre la reserva y Villalobos, en la depresión mencionada, se situó el parque, que en sus 100 ó 140 cargas incluía la mayor parte del nuestro, cortado y capturado en Corpahuaico. Era Comandante general de las caballerías el Brigadier Don Valentín Ferraz, pero con sus cuerpos distribuídos como se ha dicho, á los costados de todas las Divisiones; disponían de 16 piezas de artillería, mandadas por el Brigadier Cacho, 11 de ellas montadas y puestas á los dos flancos ó extremos de su línea, 5 con el Virey y 6 con Valdés; y en fin, era Jefe del Estado Mayor general el General Don José Canterac, cuyas *situaciones* de ese día nos revelaron un total efectivo de 9,310 hombres mandados en jefe por el mismo Virey, General Don José de Laserna.

La esperanza es una coqueta que sonríe á todos y á cada bando, ya con disfraz de mujer, ya con el del poder, ya con el del oro, ya con el de la gloria, y si no fuera por esas dobles sonrisas que á tantos comprometen, pocos dramas habría en este mundo. Nosotros, ébrios de Libertad y de Bolívar, anhelábamos atacar y esperábamos vencer á los españoles. Ellos entre tanto, estaban seguros de aniquilarnos, envanecidos con lo que llamaban catorce años de triunfos, desde Huaqui, Vilcapugio, Ayohuma, Rancagua y Viluma, hasta Ica, Torata, Moquegua, Intermedios, la disolución del Ejército de Santacruz sin combatir, la infame traición del Callao y las de los Jefes Caparroz y Novajas; explicándose siempre como efectos de casualidades, como cebo de jugadores novicios, los triunfos de los independientes, inclusive Maipú, Chacabuco, Pasco, Pichincha y Junín; viendo que el veterano y astuto San Martín se había dado por vencido en su empresa de libertar el Perú, malogran-

do el poderoso golpe de su nombre y de su triunfal invasión y los extraordinarios elementos de que dispuso, con el mar Pacífico, barrido por Lord Cochrane, la opinión pronunciada en su favor, la Costa, la capital y el Norte enteramente suyos, y una peste de defección desmoronando á los realistas en el resto del país, á punto que los preocupó seriamente la necesidad de retirarse al Brasil; viendo los españoles, que Rivagüero, á pesar de su actividad, no había sido más feliz; que ya la presunta patria era un caos de rencillas y de desmoralización, un laberinto sin salida para los patriotas; que la administración militar de Bolívar sin los elementos de San Martín, no le prometía mejores resultados; y en fin, que el vencedor de Yaguachi y Pichincha, mordido en Arequipa y en Corpahuaico, huía y seguía huyendo aunque con *alguna viveza*, una línea de 80 leguas, aparentemente por conciencia de su incapacidad para medirse con ellos; y una vez cortado, según creían, y obligado á parar, tiene que entregarse (tal era su convicción), y Bolívar y la guerra del Perú están concluídos.

Los campamentos españoles en América ardían entonces, por otra parte, en las pasiones y violentas banderías de que era la Península teatro lamentable. Dividida entre constitucionales y absolutistas, con facciones que competían en errores y excesos, ocupada y arreglada por los franceses como tierra de conquista, repuesto por ellos en el trono Fernando VII, el más estúpido é ingrato de los ídolos, pero ídolo de muchos todavía; ahorcados el indiscreto Riego y el benemérito Empecinado, y expedidas en fin la feroz *amnistía* del 1º de Mayo de 1824, y las reales órdenes de *purificación* y *clemencia innata* del mismo año, imagínese cómo repercutirían tales novedades en los ánimos de los Jefes peninsulares, ya ilustrados, ya más ó menos incapaces de ilustración, pero patriotas por lo general, que tenían mando de armas en América. El enérgico Laserna, Virey por obra de motín, era constitucionalista, lo mismo que sus principales Generales. Olañeta entre tanto, absolutista intransigente, se creía Virey del alto Perú y de Buenos Aires en virtud de un nombramiento fraguado por algunos jóvenes traviesos y confirmado por la prensa patriótica y por falsos pliegos que Miller introdujo por el Pacífico; y proclamando á Fernando Rey absoluto, sosteníase hábil y valientemente contra Laserna en su territorio. Pero como Laserna y sus Tenientes en el campo se entendían bien, y hombres del brío y méritos de Valdés, Canterac y otros, no podían menos de aspirar á mayores distinciones, cada uno de ellos se prometía sobresalir

en el triunfo, revolver contra Olañeta y eliminarlo, y salvador del Perú, ó de América para la Metrópoli, volar con tan hermoso timbre á restablecer á España misma en el goce de un gobierno digno de ella y en el puesto que le debía corresponder entre las naciones cultas, aunque, por política hacia Olañeta, ya se habían declarado tan absolutistas como él. Su impaciencia bajo la espuela de ambición tan generosa, era extraordinaria; el Ejército entero traía de 119 á 290 leguas de marcha, del Cuzco, ó de Chuquisaca; estaba cansado de esa campaña de piés y no de pólvora y balas, y censurábase hasta por pasquines la demora en el ataque; Canterac ardía además por hacer olvidar su derrota de Junín y callar á Valdés y demás colegas, por quienes se creía ridiculizado; el amor propio de Valdés se sentía no menos herido por alusiones á Zepita, donde los ginetes de Bransden y Soulange lo habían batido, y á su inconclusa empresa contra Olañeta, en la cual por un chasco singular los que huían de él le dieron dos derrotas. La inminente batalla era una cita de honor; allí concluiría el destrozo empezado en Corpahuaico; y tocaba al pobre Sucre con su acosado Ejército saldar todas esas cuentas entre sus adversarios. Así les hablaba la esperanza, disimulándoles que Corpahuaico, con aquellos cuerpos que vieron retirarse *á la Blucher*, había sido el engañoso Ligny de este su Waterloo.

Una consideración más: el deber del Virey Laserna de atacarnos sin demora, era urgente en extremo. La deserción le había hecho perder 4,000 y tantos hombres en su marcha desde el Cuzco; pero todavía nos aventajaba en más de un tercio de fuerza, pues algunos cuerpos nuestros habían quedado cortados en Corpahuaico y aun á la vista podía calcular que nos faltaban de 1,000 á 1,500 soldados del número con que emprendimos la retirada. Infería que veníamos en busca de refuerzos, que la actividad del Libertador nos los enviaba y muy considerables, y que de un día á otro se nos podrían reunir: razones, además de la captura de nuestro parque, para correr una curva de catorce leguas, como lo hizo, atravesarse delante de nosotros, y forzarnos, según él creía, á trabar combate. Aunque tuviese por infalible su triunfo, debido era asegurarlo contra cualquiera nueva *casualidad*, como las de Chacabuco ó Junín; y á este fin también, tomó una posición decisiva á su juicio en favor suyo, muy lejos de imaginar que Sucre mismo se la había designado para encogerlo y clavarlo en ella: error en el cual ciertamente no entró casualidad ninguna.

Despertado cada hombre, en su puesto de batalla, al són

de las cajas y cornetas de más de 40 dianas que vibraban gratamente revueltas, porque aquel anfiteatro nos permitía escucharlas todas á un tiempo, uno y otro campo nos buscamos con los ojos y nos saludadamos con cortesía de soldados y de adversarios. Pronto vino el sol á desentumirnos deliciosamente el cuerpo, casi insensible por el frío de la noche, y rompió la música á desentumirnos el alma y soltarle todas sus alas á nuestros sentimientos.

Tenían regulares bandas el *Voltigeros*, *Rifles*, la *Legión Peruana*, y el *Número* 1º del Perú; pero la favorita de todo el Ejército era la del *Vencedor*, aunque sólo de cornetas, cornetines, pitos y tambores, por su mayor y más diestro personal y su abundante repertorio. En competencia unas con otras, habían venido durante la campaña trasladándonos en espíritu á nuestros hogares y pueblos, y volviéndonos con encanto á las querencias de la memoria del soldado; pero en la sublime espectación de esta mañana, el tumulto de sus golpes de armonía fué para nosotros licor de gloria (ni había otro con qué embriagarnos), y sentíamos que fundía el corazón de 6,000 hombres en uno solo, ardiente y grande como la América.

Todo empezó á tomar un aspecto marcial, los cuerpos fueron inspeccionados por sus Jefes en uno y otro campo, y formando pabellones se dispusieron á hacer el desayuno.

A las ocho el General Monet, personaje fornido, bizarro, de barba acanelada, bajó á la línea patriota, llamó á Córdoba, conocido y amigo suyo desde la víspera, y le manifestó que habiendo en el campo español varios Jefes y Oficiales que tenían hermanos, parientes y amigos en el republicano, deseba saber si podrían verse antes de la batalla. El General Córdoba le contestó que en su concepto no había inconveniente para ello y que sin duda el General en Jefe lo consintiría; y habiéndoselo comunicado al General Sucre, éste dió al punto el permiso para que pasasen á la línea cuantos quisiesen hablar á sus amigos, é hízolo así con suma complacencia, pues la humanidad y la cortesanía lo encontraban en su terreno, lo mismo que la guerra. Fuimos más de cincuenta, especialmente peruanos, como el Teniente Coronel Pedro Blanco y otros, y *numantinos* ó miembros del Batallón colombiano *Numancia* (creado en Barinas por Don Sebastián de la Calzada en 1815, doblado en fuerza en Bogotá por Don Pablo Morillo en 1816, condenando á servir en él á muchos patriotas, pasado á San Martín desde Chancay el 2 de Diciembre de 1820, y bautizado *Voltigeros* por el Libertador en 1823), entre ellos los Sargentos Mayores gra-

nadinos Rafael Cuervo, Jefe de día, Antonio Zornosa y Pedro Torres, y los venezolanos Pedro Guás, de Guanare, y Antonio Guerra, maracaibero. Muchos acudieron de curiosos más que de interesados. Dejamos las espadas en nuestra línea, y nos reunimos en el campo neutro que la separaba de la española; allí estaban Monet y unos cuarenta Jefes y Oficiales; dicho General y Córdoba, los dos *Generales de la línea* ese día, se pusieron á conversar á solas algo apartados á nuestra izquierda; nosotros, de uno y otro campo, después que saludaron respetuosamente al General Monet el Mayor Cuervo y demás numantinos y peruanos que lo conocían, avanzamos á buscarnos y dar suelta á la cordialidad juvenil, como estudiantes en oyendo sonar la campana de vacación; pero á todos nos ganó en presteza el Brigadier español Don Antonio Tur, interesante joven de alta estatura y unos 34 años de edad, que fué tal vez quien pidió esta entrevista, y se nos abalanzó en demanda del Teniente Coronel Vicente Tur, del Estado Mayor peruano, hermano suyo y como seis años más joven. Encontrándolo al punto, lo apostrofó con tono acerbo: "*¡Ay! hermanito mío! cuánto siento verte cubierto de ignominia!*"—"*Yo no he venido á que me insultes, y si es así, me voy*," le contestó Vicente, y dándole la espalda, ya se iba, cuando Antonio corrió tras de él y abrazándolo lloraron estrechados largo rato. La misma escena, pero sin reconvenciones, pasó entre los dos hermanos Blanco, Pedro, Comandante de un Escuadrón de *Húsares de Junín*, y el otro, Comandante también de un cuerpo de caballería española, ambos nativos del alto Perú.

Rafael Cuervo, héroe de la víspera, á la sazón Jefe de día, mozo moreno, delgado y el más espigado de nosotros, pero sobre todo, el tronera más popular del Ejército, afectaba reírse de esas lágrimas, pero su risa era máscara de su emoción; así lo acostumbraba, y creo que nunca logramos sorprenderlo *infraganti*, excepto una vez, mucho antes de Ayacucho, en que paseando por el campo con un camarada, oyó cantar á unos *cuculíes* ó palomas torcaces (?) y se detuvo preguntándole al otro qué ruido era ese:—"unas palomas," respondió aquél; "eso no puede aguantarse, sigamos!" añadió Cuervo, y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Y también el 15 de Enero de 1825, cuando lo vimos en el Cuzco soltarse á llorar como una mujer escuchando la patética retreta con que nuestras bandas nos despidieron de esa generosa población para seguir á la Paz el siguiente día.

Los demás no éramos excéntricos, é imagine el lector qué

impresión nos haría semejante entrevista, que si como duró media hora, hubiese durado una entera, tal vez nos agua é inutiliza el corazón para la pelea. Muchas fueron las parejas de llorosos, y no era para menos, pues aquellos abrazos podían ser adioses eternos entre hermanos y tiernos amigos, y aun yo mismo vi allí por última vez á mi joven padrino de confirmación, el valiente Capitán de cazadores de *Guías*, Don Narciso García, herido de bala en una pierna la noche anterior y á quien luego veremos qué raya hizo y qué glorioso fin tuvo en la dura lid que nos aguardaba.

Lo que entre tanto hablaban los Generales Córdoba y Monet no eran simples palabras de cortesía, ni quedó en misterio. Monet propuso al primero, que antes de echar la bárbara suerte de la batalla, viesen si era posible entrar en alguna transacción que ahorrase la sangre que iba á derramarse; y Córdoba le contestó que eso no sólo era posible sino fácil, justo y racional, pues la cuestión quedaba terminada con que los Jefes españoles reconociesen la independencia de América y regresasen pacíficamente á España, si les convenía. A esto repuso Monet que tal cosa no era admisible, ni expresión del juicio y la voluntad popular, como lo probaba el hecho de que el mismo punto de la independencia y del auxilio de Colombia dividía en opiniones á los peruanos; y que, como cuestión militar, considerase que ellos, los españoles, tenían fuerzas superiores á las nuestras, que nuestra posición estaba completamente dominada por su Ejército, y que no había posibilidad de que le resistiésemos. Córdoba cerró ese asunto de su conversación con estas palabras: "La opinión del Perú, General, es la de todo el "mundo, en que cada cual quiere mandar en su casa; y en "cuanto á la decisión por las armas, ciertamente ustedes tienen "más tropas y mejor posición que nosotros, pero no soldados "iguales á los nuestros, como lo verá usted á la hora del combate." El General Monet confesó después de la batalla que Córdoba tenía razón.

Acaso movió al General Monet á abrir camino á una transacción, aparte del humano deseo, y aun deber, de evitar un conflicto que le parecía desesperado por parte nuestra, el mismo sentimiento que acababa de herirnos hondamente en nuestra cordial entrevista con los Jefe y Oficiales enemigos, á saber, que á pesar de todo, y con el Oceano de por medio entre nuestros respectivos gobiernos, aquélla era una verdadera guerra civil. Nuestro corazón acababa de descubrir, y nos lo decía á gritos, que esos distinguidos caballeros y excelentes muchachos

con quienes hablábamos en nuestra misma lengua y con los cuales íbamos á dar una batalla, es decir, á matarnos y dañarnos voluntariamente hasta que el exceso de la muerte y del daño obligase á uno de los dos bandos á ponerse en fuga, eran nuestra misma carne y sangre, de los mismos gustos y caracteres que nosotros, y, hasta cierto punto, de las mismas opiniones liberales; pues á la generalidad de ellos les parecía Fernando VII un amo tan vulgar y tan abominable, como á nosotros sus brutales mayordomos y cómitres, esos Morillos, Enriles, Morales, Rosetes, Antoñanzas y cien más en Colombia; esos Callejas y Salcedos en México, esos Osorios, Marco del Pont y Benavides en Chile, y esos Benaventes, Huicis, Ramírez y Goyeneches en el Perú y Río de la Plata, que España solía enviarnos, ó autorizar desde allá, para arrancarles las entrañas á nuestra tierra y á nuestra gente por el derecho de que Colón descubrió la América y de que sus inocentes y generosos indios no tenían armas de fuego. *Los tribunales de purificación* de Fernando VII debían parecerles á nuestros contendores una represalia tomada por la Providencia, en la Península misma, por los idénticos tribunales establecidos en nombre de su Gobierno por Morillo, Marco del Pont y Pezuela en las desdichadas colonias. No ignoraban que peninsulares y americanos sosteníamos indistintamente, en la Península ó en América, los sagrados fueros del hombre; que entre los soldados, héroes y mártires de la independencia española y de la Constitución de 1812, se habían contado no pocos naturales del Nuevo Mundo, entre ellos San Martín y Lamar, así como entre los mártires de nuestra independencia venerábamos la memoria de Casa-Valencia, Ramón de Leiva, Diego Jalón, Manuel Anguiano, y otros nacidos en la Península, y entre sus héroes al generosísimo Mina, á los denodados Villapol y Campo-Elías, adversarios de Boves, y á tantos otros; que el benemérito General José Mires, peninsular, había sido el segundo del General Sucre en el Ecuador, y actor decisivo de la victoria de Yaguachi y poco después en la derrota de Guachi, el cual tuvo á sus órdenes al Mayor del *Paya*, y más tarde General de aquella República, Antonio Pallares; y que en el mismo campo en que hablábamos, tenían al frente en nuestras filas al Mayor Tur, ya nombrado, al Teniente Coronel Miguel Benavides, al Mayor José Olivo, del *Vargas*, á los Capitanes J. Quintana y Manuel Ros, de la *Legión Peruana*, al Teniente Juan Masutier, del *Pichincha*, al Subteniente Juan Torres, de *Húsares de Junín*, al del mismo grado M. Muñoz, del Batallón 2º del Perú, á los

Oficiales España, Ayala, Bubiano, Jinés, Ayaldeburu, Pedro Rodríguez, Miguel Macero y D. Díaz, de los cuerpos de Colombia, y sabe Dios á cuantos más, que aunque nacidos españoles europeos, no se tenían en menos por sostener con sus hermanos de América la libertad y la dignidad humanas. Indios y mulatos abundaban bajo nuestras banderas, pero no había menos indígenas bajo las españolas, aunque no tantos, como deja entender el historiador Torrente cuando asegura (tomo 3º, página 489) que "las tropas de los realistas eran todas del país, excepto 500 europeos," falsedad que se cae por su peso al recordar que ellos no tenían en Ayacucho cuerpos exclusivamente de americanos; que sus Jefes y Oficiales eran generalmente españoles, y el *Burgos*, *Cantabria*, los dos *Gerona*s y *Fernando VII*, casi en su integridad; y que en la misma página dice Torrente que para corregir la deserción, hacían marchar las tropas *encerradas en cuadros formados por los europeos*: de donde rectamente se deduce que los últimos no bajaban de 3,000 ó 3,500 hombres.

Bajo cualquier concepto era, pues, fratricida aquella contienda, y por parte de los españoles, claramente contraria á los intereses de España, tales como de mucho tiempo atrás los consideraron algunos verdaderos políticos. Mas seguía siendo la imprevisión el carácter de aquel Gobierno, guiado siempre por el sofisma lugareño de un punto de honra que llevándolo á remolque de los acontecimientos, lo ha condenado á pasar por las mayores humillaciones, en vez de sacar buen partido de lo inevitable. Aun dado que sus Generales así lo advirtiesen, no les correspondía cambiar sistema tan fatal; pero cegados á su vez por el orgullo de los *catorce años de triunfos*, se creyeron magnánimos al no proponer otra cosa que nuestro sometimiento y humillación.

La patética entrevista duró una media hora, y de allí fuimos unos y otros á almorzar tranquilamente en nuestros campos sin que ninguno de los dos Ejércitos diese muestras de alarma ni hiciese movimiento alguno. Gracias a las reses que trajo de Huanta el Mayor Cuervo, y al maíz y *café de cebada* de que no carecíamos, el almuerzo no fué tan escaso como puede inferirse de algunos historiadores, y aun lo fué menos el de los realistas, quienes no es cierto que pocos días antes tuviesen que apelar á la carne de burro para alimentarse. Muchos de nuestros Oficiales y soldados guardaron consigo una reserva de *cáuncha*, ó maíz tostado en polvo, con hígado asado, para lo que pudiera suceder durante el día.

Aunque en torno al rancho reinaron el buen apetito y la jovialidad del soldado, estimulados el primero por el clima y la segunda por la esperanza de una gran victoria, ocurrió una particularidad que fué motivo de broma y, poco después, de preocupación y asombro. Dos Oficiales valerosos y distinguidos tenían, no precisamente miedo, sino seguridad de ir á morir: el uno, el joven guayaquileño Manuel Prieto, Teniente del *Pichincha*, quien durante la batalla de ese nombre se había portado con bizarría en las filas del Batallón *Yaguachi*; y el otro, el joven cuencano, vulgarmente llamados morlacos, José Sevilla, Teniente del *Vencedor*. Uno y otro se hicieron notar por cabizbajos y taciturnos, y la melancolía del primero llegó á tal punto, que á pesar de las instancias y pullas de los camaradas no pasó bocado, ni un trago de agua en esta mañana, que, más que otra ninguna, exigía ración competente. El lector no tardará en saber lo que significaba esa siniestra sombra de melancolía en medio de ese cuadro radiante de despreocupación y esperanza.

Recuerdo que uno de los temas de complacencia y saladas especies en aquel almuerzo fué la salud á toda prueba de la madre de un niño nacido en la peligrosa noche de Matará. Esforzada mujer de un soldado colombiano, habíalo acompañado desde su tierra en marchas y ballatas; el alumbramiento no la atrasó un día, y madre y niño estaban en su puesto en nuestro campo y siguieron triunfantes hasta la remota Chuquisaca. Seis años más tarde ella me reconoció en Tocuyito de Venezuela, y marido y mujer continuaban inseparables. Dios sabe cuánto esas hermanas militares de la caridad, aliviaron la ímproba tarea de nuestra independencia, desde sacar agua y víveres, como Moisés, hasta de las rocas del desierto, y hacer el rancho y vendar las heridas, hasta cargar pertrechos y fusiles y espiar á su manera al enemigo.

Despachado el almuerzo, nuestros vecinos procedieron á uniformarse de parada ciudadosamente, cortesía que no pudimos corresponderles porque no teníamos dos ejemplares completos de vestido, y ninguno de ellos vistoso. Nuestro uniforme (enviado de Chile por el ilustre Coronel Daniel Florencio O'Leary), consistía en casaca corta ó *polonesa*, con variación de chaqueta, guarnecidos cuello y mangas de azul claro, verde ó encarnado, según los cuerpos, y al través de la guarnición de las mangas un *marrueco* ó cerradura de otro color, ojalada con tres botones; pantalón ancho de pliegue al frente y capote largo hasta la espinilla, todo de bayeta ó de paño ordinario azul

oscuro, mas un duplicado de pantalones de género blanco. Quien carecía de manta para dormir se cobijaba con el capote, prenda de uso constante, sobre el cual iba cruzada la fornitura; detrás, morral de cuero curtido; en la cabeza un morrión alto y pesado de baqueta negra en forma de cono inverso, con sus cordones blancos, encarnados ó verdes, y *pompón* verde, celeste ó encarnado, y una roseta tricolor ó bicolor por escarapela; y carrilleras escamadas de hojalata bruñida. Los Sargentos y Cabos, sin caponas, con su divisa al brazo bajo el capote. Los ginetes, de chaqueta azul con alamares amarillos. Los Jefes y Oficiales sin más distinción que las presillas y el sombrero elástico ó apuntado, éste de hule negro con borla de oro y escarapela tricolor ó bicolor, según que fuese colombiano ó peruano; pero algunos Jefes de caballería con alamares de hilo de plata. Raros galones, nada de bandas, bordados ni penachos; y en punto á charreteras, usábanlas únicamente los Generales, cuyos sombreros se distinguían por una orla ó cresta de pluma blanca.

Dominaba tanto en el efecto óptico el burdo y sombrío capote, que á la distancia debimos parecerles á los españoles un Ejército de frailes con fornitura; y nos darían por Obispo al tremendo Laurencio Silva, quien, como hombre de color, gustaba de colores, y era único entre todos por su infalible esclavina roja, que iba costándole la vida en Junín. Cargando con ella á la cabeza de su Regimiento en aquel furioso combate, antojóseles á los húsares de Canterac, que ese no podía ser sino el General Bolívar, y una vez dispersos nuestros ginetes, los contrarios se le vinieron encima con marcada predilección; supo medirse con cuatro á un tiempo, y dejando muertos á tres, al otro herido y en fuga, y despejado el contorno, mereció como el que más, el sobrenombre de *la lanza de Junín*, que solíamos darle. Los movimientos de esa esclavina ejercitaban en Cundurcunca la curiosidad, y daban viva tentación á los artilleros.

Entre tanto aquella eminencia nos estaba pareciendo altar de Corpus campesino, que todo era allí colorines y refulgentes visos de oro y plata, contrastando con nuestro campo como el persa con el griego, como el boato monárquico en frente de la sobriedad de una República no dejenerada. Los veintiseis ó veintisiete cuerpos de los realistas, ostentaban muchos uniformes diferentes, como lo exigían su distinción y manejo; y un pintor habría gozado viendo sobre el fondo verde pajizo del Cundurcunca aquellas largas líneas de matices móviles que ra-

yaban la cuesta alternando con gracia el blanco, el azul, el verde, el gris, el amarillo, el barroso, el encarnado y otros tintes, en las piezas de aquel vestuario de parada, en sus vueltas y divisas, en tantas ricas banderas y estandartes, y en aquellos millares de airosas banderolas que se agitaban como impacientes de entrar en combate. La vista herida con los reflejos del acero y demás metales, descansaba en las telas y pieles; y los ordenados movimientos de esas líneas de colores nos amenazaban desde lejos como preciosas víboras, mostrándonos la perfecta disciplina rigorosamente enseñada por los instructores castellanos. Por el pantalón blanco y dormán verde con vueltas de piel color de azabache, distinguíamos á nuestra derecha el Escuadrón de *Alabarderos* del Virey, cuerpo de alta distinción fundado desde el año de 1557 por Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y cuarto Virey del Perú; cerca de él atraía la vista, alborotando á Silva, Carvajal y demás llaneros, el Regimiento de *Guías del General*, vestidos como de bermellón con vueltas blancas. Los Jefes y Oficiales, sombrero apuntado como los nuestros; pero, á diferencia de nosotros, profusión de penachos, pieles, guantes, botas altas, charreteras, bordados, bandas, cintas, cruces y demás distinciones de ordenanza.

Oyendo hablar de Vireyes, Brigadieres y Generales en presencia de aquel empinado jardín viviente, el chistoso payanés, Teniente del *Pichincha*, Rafael Delgado, alias *Pasitos*, se acordó de la famosa fiesta de su tierra brevemente pintada por Arboleda en el *Gonzalo de Hoyón*, y exclamó: "A Belén, muchachos! á cojer á los tres Reyes con toda su comitiva!" que algo así, en efecto, se ve en Popayán aquel día con los millares de ñapangas gayamente vestidas que suben á dicha capilla á adorar al niño Dios después de oír abajo la *relación* ó especie de auto sacramental de los Reyes Magos—Vicente Gutiérrez de Piñérez, cartagenero, Capitán graduado del *Bogotá*, José Antonio Vallejo, panameño, Teniente del *Voltígeros*, y el Capitán maracaibero Escolástico Andrade, edecán del General en Jefe, que eran, con Cuervo, los mozos más traviesos y ocurrentes del Ejército colombiano, soltaban agudeza tras de agudeza á propósito de uno y otro campo, de la trasnochada que habíamos dado al enemigo, de la *vaca loca* (como llamábamos la iluminación nocturna del cerro con las luces y fuegos del campo realista), de la muy seria función que se preparaba, y de sus novelescas consecuencias. Escuchando á tales atenienses era imposible acordarse de tener miedo. Y aun nos faltaba el ca-

raqueño Correa, bonito como Adonis, y, acaso por lo mismo, insubordinado é insufrible. Llevaba sus chanzas tan lejos que, á consecuencia de ellas, estaba casi perpetuamente preso y se perdió de participar con nosotros en Junín y Ayacucho.

A eso de las diez y media, nuestro conocido el General Monet se presentó de nuevo en la línea espléndidamente uniformado; y llamando al General Córdoba le dijo: "General! vamos á dar la batalla!"—"Vamos," le contestó Córdoba, y se volvió á participárselo al General Sucre, quien estaba en observación situado al centro de la sabaneta, treinta ó cuarenta varas detrás de la División de vanguardia, que era la de aquel Jefe. Rodeábanlo su Secretario el Teniente Coronel neivano Juan Agustín Geraldino, antiguo Oficial patriota condenado á servir en el *Numancia*, y sus otros edecanes Andrade, el Capitán Pedro Alarcón, el Oficial N. García, de Guayaquil, y dos ó tres más que ahora no recuerdo. Sucre picó en el acto su caballo castaño-oscuro, para recorrer los cuerpos del Ejército, y deteniéndose al frente de cada uno, le dirigió una breve arenga, en términos oportunos y cultos, como todo lo que salía de la boca de tan perfecto caballero.

Empezando por la derecha, arengó primero al Regimiento de *Granaderos*, poco más ó menos como sigue:

"Compatriotas Llaneros! Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín. ¿Qué podré temer? ¿quién supo nunca resistirles? Desde Junín ya sabéis que *allí* no hay ginetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil ó dos mil soberbios caballos con que pronto remudaréis los vuestros. Sonó la hora de ir á tomarlos. Obedientes á vuestros Jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. Lanza al que ose afrontaros! Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! Viva el llanero invencible! Viva la Libertad!"

En seguida al *Bogotá*:

"Heróico *Bogotá!* Vuestro nombre tiene que llevaros siempre á la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros; y hoy, no sólo el Perú, sino toda la América, os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles Cazadores de vanguardia de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvérosla asombrado de vuestro heroismo. La tiranía (*señalando el campo español*) no tiene

derecho á estar más alta que vosotros. Pronto ocuparéis su puesto al grito de ¡Viva *Bogotá!* viva la América redimida!"

Luégo al *Voltígeros*:

"*Voltígeros!* Harto sabe el Perú que nadie aborrece tanto como vosotros el despotismo, y que nadie tiene tanto que cobrarle. No contento con hacernos esclavos á todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la patria y de la libertad. Pero él mismo honró vuestro valor con el nombre de *Numancia*, el más heróico que España ha conocido, porque quizá no encontró peninsulares que pudieran honrarlo más que vosotros. Hé aquí el día de vuestra noble venganza! Cinco años de sonrojo, cinco años de ira, estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles. ¡Sucumba el despotismo! ¡Viva la Libertad!"

De allí al *Pichincha*:

"Ilustre *Pichincha!* Esta tarde podreís llamaros *Ayacucho!* Quito os debe su libertad y vuestro General su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuanto hicimos, y están riéndose de nosotros. Pronto los haremos *creer*, echándoles encima el peso del Pichincha, del Chimborazo, del Cotopaxi, de toda esa cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente enemiga de la tiranía, que hoy por última vez (*señalando el campo español)* osan profanar con sus plantas. ¡Viva la América libre!"

Al *Caracas*:

"*Caracas!* Guirnalda de reliquias beneméritas (del *Caracas*, el *Zulia* y el *Occidente*) que recordáis tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos! Ayer asombrásteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán á vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda á todos ser héroes. Es el de la Patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el Libertador! ¡viva la cuna de la Libertad!"

Como los cuerpos que constituían la División peruana eran casi todos nuevos, y sus nombres en consecuencia no se prestaban, excepto el de los *Húsares de Junín*, para distinciones locales ni para peculiares reminiscencias históricas, habló á toda la División en un solo discurso más extenso que los otros, en el cual señaló honoríficamente como prendas de victoria, á su ilustre y veterano Jefe el Mariscal Lamar, al generoso Miller, á aquel Regimiento de *Húsares* que á órdenes de Suárez se había inmortalizado "cargando al enemigo en el momento de huír de él

"si los corazones no eran muy firmes; y decidiendo con el "peso de sus brazos la balanza del triunfo." Recordó á Pichincha, "otra gloria que ya partíamos como buenos hermanos"; aludió al Libertador y á la inmensa honra que le tocaba en representarlo al frente de peruanos y colombianos unidos; y en el tono en que el Jefe habla al soldado para inspirarle su fe y persuadirlo de que él no puede ser vencido, dijo: "El gran "Simon Bolívar me ha prestado hoy su rayo inevitable, y la "santa Libertad me asegura desde el cielo que los que hemos "destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros "es imposible que nos dejemos arrancar un laurel." Concluyó diciendo: "El número de sus hombres nada importa; somos "infinitamente más que ellos, porque cada uno de nosotros re-"presenta aquí á Dios Omnipotente con su justicia y á la Amé-"rica entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. "Aquí lo hemos traído, peruanos y colombianos, á sepultarlo "juntos para siempre. Este campo es su sepulcro, y sobre él "nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. ¡Viva "el Perú libre! ¡viva toda la América redimida!"

Pasando á la reserva dijo al Batallón *Rifles*: "*Rifles!* Na-"die más afortunado que vosotros! Donde vosotros estáis, ya "está presente la victoria. Acudísteis á Boyacá y quedó libre "la Nueva Granada; concurrísteis á Carabobo, y Venezuela "quedó libre también; firmes en Corpahuaico, fuísteis vosotros "solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador; "y todavía no satisfecha vuestra ambición de gloria, estais en "Ayacucho, y pronto me ayudaréis á gritar: ¡Viva el Perú li-"bre! ¡Viva la América independiente!"

En seguida al *Vargas*: "Bravos del *Vargas!* Vuestro "nombre significa disciplina y heroismo, y del Cauca á Corpa-"huaico hartas veces habéis probado que lo merecéis. No tu-"ve la dicha de admiraros en Bomboná, pero aquí está el Perú, "y la América entera, para aplaudiros en el mayor de los triun-"fos. Acordaos de Colombia! acordaos del Libertador! y dad-"me una nueva palma que ofrecerles á ambos en la punta de "vuestras bayonetas. Viva Colombia! Viva el Libertador!"

Concluyó pasando luégo al frente de mi Batallón, el *Vencedor*, y allí lo estoy viendo, y uno por uno vibran en mis oídos sus acentos. Su tipo, todas sus facciones, son las de la delicadeza, la circunspección y el pundonor; el timbre de su voz es fino y firme como él. Viste levita azul cerrada, con una simple hilera de botones dorados, sin banda ni medallas; pantalón azul, charreteras de oro, espada al cinto. Geraldino y dos ms

lo acompañan. Tocados por su presencia como por una corriente eléctrica, al llegar él echamos arma al hombro, nos saluda cortésmente moviendo la mano derecha, deja descansar la izquierda con la rienda sobre el pico delantero de su galápago húngaro; y á tiempo que la inquietud de su castaño contrasta con su tranquilidad británica de actitud y de expresión, nos dirige, literalmente, estas palabras:

" *Vencedores!* Desde las orillas del Apure hasta las del "Apurímac habéis marchado siempre en triunfo. El brillo de " vuestras bayonetas ha conducido la Libertad á todas partes, " y el ángel de la victoria está tejiendo en este instante las co- " ronas de laurel con que serán ceñidas vuestras sienes en este " día de gloria para la Patria. ¡Viva la Libertad!"

Creo que también el General Lamar arengó á los cuerpos de la División peruana, pero ignoro en qué términos lo hizo. Así mismo algunos Jefes de otros cuerpos, una vez que pasó adelante el General Sucre, tomaron la palabra, á imitación de él, y citaré por ejemplo, al Comandante Pedro Guás, quien dirigió al suyo esta ruda pero elocuentísima notificación: "Voltígeros! Para nosotros no hay cuartel"; y en efecto, por ellos, expresamente, se habían negado los españoles á la excitación de Bolívar para regularizar la guerra, quedando los prisioneros á discreción del vencedor; y aunque Laserna no era cruel, es muy probable que ningún *numantino* hubiese escapado.

Quedáronse sin arenga los *Húsares de Colombia*, que estaban á nuestra espalda; porque no había acabado el General Sucre de hablar al *Vencedor*, cuando observamos que la División española de vanguardia bajaba de la falda de Cundurcunca, donde ocupa el costado norte, y dejando este puesto á la del centro, que lo cubrió al punto, vino con extraordinaria velocidad á tomar su propio puesto de ala derecha, designado para el ataque. Traía á su frente una batería de cuatro piezas, y avanzando hasta el arroyo su línea de tiradores, quedó casi á tiro de pistola de nuestra línea por la izquierda, haciendo martillo con el resto de su Ejército. Detrás de sus tiradores se colocó su artillería, protegiendo cuatro cuerpos de infantes en masa; y á uno y otro costado de éstos, un cuerpo numeroso de caballería. Todo ello no fué obra de un largo rodeo, como dicen Miller y el historiador Restrepo, sino de minutos, y movimientos característicos, por su precisión y prontitud de su Jefe el General Valdés, el hombre de las grandes y rápidas marchas, y después de Boves, acaso el más brillante Jefe militar que acaudilló en América huestes realistas.

Un soplo frío corrió por nosotros ante la desdoblada magnitud de la fuerza enemiga, viéndonos como cogidos entre dos enormes mandíbulas de bronce; pero ese soplo pasó al momento. Sucre, al contrario, se sonrió viendo su plan ya en ejecución, y, al ruido del *viva* con que le respondimos, picó y volvió á su puesto, que era casi al centro del campo, y tan al alcance del fuego español, como el de cualquiera soldado. Allí el General, esforzando la voz y en tono solemne exclamó: ¡Soldados! "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur"; y señalando las columnas enemigas que descendían, añadió: "Otro día de gloria va á coronar vuestra admirable constancia"; á lo cual respondió el Ejército con nuevos y estrepitosos vivas.

Exageré al decir que nadie tuvo miedo, pues confirmando la regla, fué notoria la única excepción. A la vuelta de Sucre ya silbaban las balas; oyendo el toque de *atención!* cierto Capitán sintió en el estómago no sé qué agonía, y pasando detrás de su compañía, se echó al suelo. Indignado un Teniente, le lanzó la interjección del caso, salió al frente de la compañía, y dijo á los soldados: "Firmes! El Capitán se enfermó, y no hay que contar con él; pero no nos hará falta, aquí estoy yo, y tomo el mando!" Después de la batalla el Capitán se quejó de irrespeto al General en Jefe. Sucre lo despachó diciéndol con urbanidad: "Capitán, cuando usted cometa esa falta será Sargento Mayor."

A un tiempo se rompió el fuego en la línea general de tiradores, acabando de variar de frente nuestros cuerpos de la izquierda para dárselo á Valdés. Eran las once menos cinco minutos, y el día continuaba como escogido para una lid pareja, con el sol casi vertical que nos dejaba ver bien las caras.

Me parece que entró en el plan del General Sucre no precipitar las cosas, á fin de manejar económica pero eficazmente nuestra minoría de hombres y municiones. Así fué que al principio resistimos impasibles dejando que el enemigo forzara su ataque hasta presentarle al General la oportunidad que espiaba para el suyo. *

La situación al romperse el fuego era, por cuerpos, la si-

* El plano de Ayacucho sólo representa la posición de los dos Ejércitos antes de romperse los fuegos porque después el Virey se movió sobre su derecha, echó pié á tierra y fué personalmente á dirigir las operaciones del centro y de su ala izquierda, disponiendo que se bajase su artillería para colocarla, como lo hicieron, en dos puntos, de donde pudiera ametrallar á la División del General Córdoba, pues antes habían arrojado solamente balas.

guiente: Componía nuestra línea de tiradores, de derecha á izquierda, cinco compañías: la de cazadores de *Pichincha*, mandada por el Capitán Manuel Barrera, pastuso; la cuarta de *Voltígeros*, por el Capitán Guillermo Fergusson; la de cazadores del *Vencedor*, por el Teniente Lorenzo Hernández; luego, una de la *Legión Peruana*, y al extremo, otra del número 1º del Perú, haciendo un total como de 500 hombres.

A nuestro extremo derecho el *Bogotá* en columna formaba un pequeño martillo avanzado hacía la falda al pie de la posición del Virey, quien cubría su parte de campo con una compañía de cazadores del *Guías del General*; siguiendo á la izquierda, *Voltígeros* y *Pichincha*, por columnas en masa, daban frente á la División de Villalobos. *Caracas* miraba á la División de Monet, la cual, por el terreno embarazoso que describí, quedaba un poco atrás. Dicho terreno dejaba un claro considerable entre Monet y Valdés. La *Legión Peruana*, algo inclinada en vértice del ángulo, y los demás cuerpos peruanos, en la misma formación en masa, quedaron contrapuestos á la División de Valdés. La reserva, caballerías y artillería, donde antes dije.

Tanto por el plan del General Sucre, como por la resistencia que ofrecieron nuestros cazadores, soldados escogidos de entre los más veteranos del Ejército, se empleó más de una hora en el tiroteo de esas dos líneas exteriores y en el juego de la artillería. El último continuó por parte de los realistas tan ineficaz como la víspera en nuestro centro y derecha, pues no oí decir que en todo ese tiempo nos causase allí otro destrozo que el de la olla en que se había hecho el almuerzo del General Córdoba, incidente que ocasionó risa y no sé qué chiste de un soldado. Es probable que nuestro General en Jefe, quien desde 1815 en el heróico sitio de Cartagena acreditó mucha inteligencia en fortificación y artillería, hubiese también calculado que de arriba para abajo sus piezas no nos ofenderían, con lo cual teníamos otra de sus ventajas cercenada por la superior maestría del adversario.

Pero esto no era general, ni nuestros cazadores resistieron igualmente en todas partes. Sucedió que los dos extremos del Ejército español se adelantaron un poco á Monet y Villalobos en arreciar la ofensiva; que la batería del Virey y sus cazadores de *Guías* se encarnizaban contra el *Bogotá*, situado más inmediato que los otros cuerpos, y que la batería del General Valdés (para quien no existía esa desventaja del terreno alto) empezó al mismo tiempo á ametrallar á los cazadores del

Perú haciendo á cada tiro replegar á los suyos de suerte que dejasen claro para el paso de la metralla. Esta, y el nutrido fuego de la infantería de Valdés, amedrentó á dichos cazadores, que no eran tan veteranos como los de Colombia; y observándolo el General Lamar cuando sereno y arrogante recorría toda su línea por en medio de los dos fuegos, temió que fuesen arrollados, pidió á la reserva un cuerpo colombiano, y Sucre ordenó que se le mandase inmediatamente el *Vencedor*. Desplegándose en batalla este cuerpo reemplazó en la línea á los cazadores del Perú, los cuales, sin haber perdido terreno se replegaron sobre la derecha haciendo fuego.

Apenas tendría ocho ó diez minutos de comenzado cuando Lamar pidió aquel refuerzo; y como trascurrió todavía más de una hora de tiroteo preliminar, se le ha censurado al General Sucre su prontitud en enviarlo. Dicha censura no resiste examen al considerar que los cuerpos peruanos, fuertes sólo de 1,280 hombres, tenían al frente toda la temible División de Valdés, constante de 3,000; el juicio de Lamar era además muy competente, y Sucre no podía, en aquel terreno, desatenderlo, dejando nuestro flanco izquierdo en peligro. La censura procede tal vez del historiador español Torrente (tomo 3º, página 482) quien, después de asentar otros errores, dice que "Valdés se hallaba empeñado con toda la reserva, que Sucre comprometió con la mayor torpeza, cuando por las otras alas tomaba la batalla un carácter muy diferente." Ni ese era el momento, ni fué toda la reserva, sino un solo cuerpo; mas Torrente habría preferido sin duda, en honor de Sucre, que hubiese perdido la batalla sin incurrir en torpeza ninguna. Consuélese advirtiendo que los Generales españoles la perdieron científicamente.

Al punto mismo de ponerse en marcha el *Vencedor* para reforzar á los peruanos, el ya nombrado José Sevilla, Teniente de aquel cuerpo, fué herido de muerte, realizándose su presentimiento de un modo muy singular. La bala pareció buscarlo y escogerlo, pues penetró hasta él cuando se encontraba en el centro de la columna, y lo pasó por el hígado. Como ese era mi batallón, lo ví caer; mucho nos sorprendió, pero no había tiempo para sentirlo. A mi regreso de lo alto, después de la batalla, era ya un cadáver.

El Teniente Prieto se adelantó á Sevilla. La primera bala de los cazadores españoles que alcanzó al Batallón *Pichincha*, acabando de mandársele *Firmes! por la derecha, alinearse*, lo hirió en la frente, y cayó muerto. Los afligía, pues, á él y á

Sevilla, no el presentimiento de morir combatiendo, sino el de morir en la batalla y sin combatir: desaire cruel, muerte la más triste para un soldado.

Reforzada nuestra izquierda, seguía sin desventaja confrontando desde sus puestos á la División Valdés. Entre tanto al otro extremo el Batallón *Bogotá*, mártir una vez más de la disciplina, como lo fué en Cariaco, era fusilado impunemente por los cazadores de *Guías* del Capitán Don Narciso García, que, provistos tal vez de las mejores armas, aprovechaban tras de una ceja del declive la proximidad de aquel cuerpo y su situación, efecto de la estrechez del terreno, pero calculada para cruzar más tarde su fuego contra la izquierda enemiga. Irritado el General Córdoba, previno al Coronel Carvajal que cargase á dicha compañía con el Regimiento de *Granaderos*. Tres veces lo ensayó Carvajal, por repetidas órdenes de Córdoba; pero siendo el terreno inaccesible á los caballos, y formando grupos la compañía de cazadores, otras tantas veces tuvo Carvajal que retroceder, y dícese que en cada ocasión dió un ascenso el Virey al Capitán García, concluyendo por enviarle con su propio bastón la insignia de Coronel. Córdoba no se empeñó más en este incidente aislado, porque le faltaba orden de Sucre y no era tiempo de comprometer nuestro ataque. Cuando este momento llegó, el valeroso Coronel García fué una de las primeras víctimas. Hasta entonces el *Bogotá* sufrió inmóvil sin disparar un tiro, pues habiendo sólo cuarenta cartuchos por plaza, preciso era no consumirlos en preámbulos.

Los españoles reforzaron su línea entera de cazadores, y el fuego que hacían sobre todas nuestras columnas era nutrido y mortífero. Con tal motivo, recorriendo el General Sucre de extremo á extremo, frente á la División Córdoba nuestra propia línea avanzada, se le veía morderse los labios de impaciencia, á tiempo que, como observa en su Historia el General español García Camba, testigo presencial, nuestras fuerzas se mantenían *admirablemente inmóviles*. "Echenle el capote encima y cubrir claros," mandaba uno de los Jefes del *Bogotá* á cada soldado que caía. "Saldremos algunos menos, pero la victoria es nuestra," decía el Comandante Leal, del *Pichincha*, viendo caer á su Sargento Vargas, y pocos instantes después fué herido el mismo Leal; y así probaban todos nuestros soldados una firmeza y perfección de disciplina, que aquellos Jefes, que antes no nos llamaban sino *montoneras*, solamente en Corpahuaico habían presenciado hasta entonces.

El enemigo presentó al fin la oportunidad que nuestro Ge-

neral aguardaba con previsión inflexible. Ambas Divisiones de frente español empezaron á descender. La del General Monet se detuvo en las sinuosidades de la izquierda; Villalobos dirigió un cuerpo (el 1º del primer Regimiento, mandado por el Coronel Don Joaquín Rubín de Celis) oblicuando á nuestra derecha, á que protegiese el descenso y monta de la artillería á los dos extremos del frente; y los demás batallones de esa División siguieron por escalones el movimiento. Por una senda del Cundurcunca bajó desfilando el Escuadrón de San Carlos, á órdenes de Don Manuel de la Canal, con los ginetes á pie guiando los caballos de la brida; y otros Escuadrones venían por los intervalos de los cuerpos. Apesar de la pendiente, la operación se hacía con rapidez, presidida en persona por los Generales Laserna y Villalobos, y daba gusto ver oscilar al paso esas masas de acero refulgentes con el sol meridiano. Pronto estuvieron dos de los batallones del último pisando la sabaneta y entraban montando aprisa los Escuadrones; y dispuesta casi toda la batería del centro, empezó á vomitar plomo y metralla, especialmente contra el *Caracas* que vino á quedar á su frente.

El plan de los realistas era disponer allí cómodamente todas sus fuerzas; aguardar á que el impetuoso Valdés nos distrajese por la izquierda, rompiendo la División de Lamar; y cargarnos al punto por el centro é izquierda, de suerte que no sabiendo á quién atender, sucumbiésemos entre el doble empuje de masas tan superiores á las nuestras. Pero Canterac, autor principal del plan, según entiendo, no contó con el ojo napoleónico que le espiaba cada paso para cargarle en el momento preciso en que la fuerza descendida no fuese excesiva para destrozarla, ni insuficiente para envolver la rota de todo el Ejército, á fin de que la retirada no lo salvase.

Aunque el General Valdés, en mejor terreno y con su División bien ordenada y más numerosa que nuestra izquierda, llevado de su ardor nos comprometía por ese flanco, inconclusa todavía la formación de ataque del frente, no era tiempo aún de ordenarle la acometida decisiva; Sucre, por consiguiente, ganó de mano á sus contendores de ambas alas, y puede asegurarse que dos ó tres minutos que hubiese demorado su propia acometida, habría expuesto gravemente el éxito de la jornada.

"Los enemigos (dice el mismo General Sucre en su parte) situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también las masas, á tiempo que estaba yo revisando la línea

de nuestros tiradores. Di á éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fué ya la señal del combate. Los españoles bajaron velozmente sus columnas.....Observando que aún las masas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor General Córdoba que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería."

Dada la gran palabra, y cargados nuestros hábiles tiradores hacia las baterías enemigas para despejarlas un tanto, el General Córdoba recorrió á galope sus cuerpos haciendo á cada cual una arenga concisa y enérgica, si no esmerada. Con el *Pichincha* (que incluía su antiguo batallón) fué más expresivo. "Contra infantería disciplinada no hay caballería que valga," dijo señalando la muchedumbre de ginetes realistas; y poniéndose al centro como unos quince pasos delante de sus columnas, les dió con arrogante acento aquella voz desconocida en la milicia y característica desde entonces, del héroe que la inventó y de la famosa jornada que decidió con ella: "DIVISION! ARMAS Á DISCRECION, DE FRENTE PASO DE VENCEDORES!"

Imagínese la belleza de aquel General de veinticinco años en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de jipijapa y rigiendo con la izquierda el favorito castaño claro, habituado por él á cabriolar y saltar, su rostro encendido como el de Apolo, fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraron como rayos por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos á envolvernos. Repetida por cada Jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del *Voltígeros* rompió el *bambuco*, aire nacional colombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte; los soldados, ébrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles; y entre frenéticos vivas á la libertad y al Libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó rectamente esa cuádrupla legión de enconados leones, reprimida hacía casi dos horas por la diestra mano de su amo.

El avance fué simultáneo de parte del *Bogotá*, *Voltígeros* y *Pichincha*, mas no así respecto del *Caracas*, ya por la inmovilidad de la División Monet, ó acaso por dar tiempo á nuestros cazadores para que despejasen la batería, y espacio á nuestros ginetes para penetrar si fuere oportuno, pues Sucre y Córdoba observaron sin duda que allí precisamente, y al norte, y en frente del *Pichincha*, veíanse ya formados unos tres Escuadrones españoles, dejando el claro conveniente para la dirección

de la metralla. También pudo tenerse en cuenta la situación comprometida de nuestra ala izquierda á que alude el General Sucre. Lo cierto es que los soldados del *Caracas* continuaron sentados, y gran número entretenidos en un juego de campamento en el cual solía hacer cabeza Salvador Córdoba, hermano del General y Capitán de la primera compañía. Estaban sentados por descanso y á precaución contra el fuego de Valdés, que ya por la izquierda llegaba hasta ellos, aunque no los distraía de su entretenimiento.

Lo más corto de la batalla de Ayacucho fué la batalla misma; ni entre tan resueltas y disciplinadas huestes podía tardar un resultado decisivo. Al moverse la División Córdoba los cazadores españoles redoblaron su fuego, especialmente á nuestra derecha, apoyados por el cuerpo del Coronel Rubín de Celis, que intrépidamente rompió la ofensiva lanzándose contra el acribillado *Bogotá*. El General Villalobos en persona acudió á secundar á su bizarro Teniente dirigiendo contra el *Voltígeros* el segundo batallón del *Imperial Alejandro* con su Comandante Don Juan Moraya á la cabeza. Nuestra falange prosiguió imperturbable y como con los ojos cerrados, pues ya estaría á cien pasos de los infantes enemigos cuando sorprendió al *Pichincha* la vista del famoso Escuadrón de *San Carlos* que venía por su frente á cometerle. Tan súbita fué la embestida, que no alcanzando su Comandante á dar la orden de que cerrase en cuadro, la tropa instintivamente cuadró por sí al paso redoblado, y resistiendo el formidable choque, fueron muchos los ginetes que cayeron al plomo, no pocos quedaron traspasados en las bayonetas, y otros tantos á la concusión saltaron desmontados. Variando los de atrás por su izquierda, siguieron adelante el impulso de otros dos Escuadrones que con fragor de espantosa creciente iban por entre *Pichincha* y *Voltígeros* á medirse con los *Húsares de Colombia*. Por ese intervalo venía oportunamente el hombre fatal de la esclavina encarnada, con su Escuadrón y el regido por el valerosísimo Comandante Herrán, quienes retrocedieron un tanto, á usanza llanera, para volver con sus ginetes sobre los atacantes, é hiciéronlo con tal furia que, como dice el Brigadier García Camba, "el valiente Escuadrón de *San Carlos* quedó casi todo en el campo de batalla," y rozando á *Pichincha* y *Voltígeros* repasaron por el mismo claro los fugitivos, que caían unos sobre otros, bajo las lanzas de sus perseguidores. Detuviéronse éstos, conforme á orden anterior, para reorganizarse y no embarazar á nuestros infantes; pero, cebado ya en la tarea, el mismo Coronel Silva

desobedeció su propia orden, y seguido del Teniente apureño, Diego Zurbarán y de cuatro ó cinco soldados, entráronse al frente realista á repartir lanza por su cuenta y riesgo á otro Escuadrón que alelado y como sin Jefe, estaba en columna contra la falda de la montaña. No faltaron en él algunos animosos que advirtiesen cuán pocos eran los asaltantes, y trataron de responderles, pues recorriendo Silva la columna por un costado, descubrió su propio costado derecho y le asestaron tres lanzasos; mas ya aquélla estaba como desflecado por las garras de un león y remolineaba esquivando el bárbaro acometimiento, cuando observado esto desde el *Pichincha* que avanzaba á bayoneta calada, el joven Alférez Manuel Guerrero, de Barbacoas, gritó de entre sus filas: *se nos van! fuego!* Los compañeros de Silva retiraban á su Jefe herido, muchos soldados dispararon, y el Escuadrón volvió caras en desaforado espanto. La esclavina encarnada fué desde luego un sagrado muy visible que apartó de Silva y su grupo la puntería de nuestros fusileros. *

---

* Como curiosa muestra de lo que era la disciplina de los cuerpos colombianos, quiero dar aquí al lector, al pie de la letra, algunas de las palabras con que me ha referido este incidente de las heridas de Silva mi benemérito camarada el Teniente Coronel Pablo Ibarra, caraqueño, que habiéndose alistado de soldado en Septiembre de 1813, cuando entró Bolívar a Venezuela con un puñado de granadinos, combatió en Virigima, Araure, Aserradero, Guama, Zaragoza, Tocuyo, Uriche, Guárico, Ladera de la Portuguesa, Carora, etc., hasta Rincón de los Toros, donde cayó prisionero, y después en Riobamba y Pichincha; y de Teniente del batallón de este nombre se condujo en Ayacucho con la distinción que prueba la efectividad de Capitán que allí obtuvo. Hoy, sordo, asmático y con el grave achaque de 80 años á cuestas, lo tenemos en Bogotá entre nuestros inválidos pensionados; y contándonos el lance en cuestión, dice: "Entonces el Coronel Silva hizo una cosa sumamente fea. Formando su Regimiento en frente del enemigo, dejó sus filas, y seguido de Sulbarán y cuatro ó cinco soldados, se le fué encima á un Escuadrón español á *puyarlos* y lancearlos como si eso fuera un corral de cochinos. Al Coronel le dieron tres lanzasos, y muy merecidos, porque aquello no era regular." De suerte que, disciplinado Ibarra desde su juventud para cien años que viviera, y que ojalá le conceda el cielo, ni en Ayacucho, ni en más de medio siglo después, ha comprendido todavía que lo que hizo Silva fuese un acto de arrojo y de pujanza digno de Ayax. No encuentra en él sino una cosa contra ordenanza, y por consiguiente muy fea.

A propósito de la disciplina y calidad de nuestra gente, el General español García Camba en sus "Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú," se vió forzado á reconocerlas. Dice, por ejemplo, aludiendo á Corpahuaico: "La bien dirigida resistencia que los independientes mostraron en el mencionado choque, y el orden y parsimonia con que llevaban su retirada, advertían la prudencia y el arte que era preciso emplear para abordarlos con esperanza de buen éxito." (tomo 2.°, página 225). "Atacar de frente al enemigo hubiera sido una temeridad imperdonable, y más advirtiéndose

Por ese momento, y cargando como el *Pichincha*, á disparo y bayoneta, al través de una lluvia de fuego que de derecha á izquierda y de lo alto abajo venía arreciando con los nuevos cuerpos españoles que descendían, *Bogotá* y *Voltígeros*, dieron la misma cuenta con el Batallón *Guías del General*, dispuesto en guerrillas, á quienes nada valió ni el llamarse Don Joaquín Bolívar su antiguo Comandante, ni la bravura del Capitán García; y con el 1º del *Primer Regimiento* de Rubín de Celis, y con el 2º del *Imperial Alejandro*, todos los cuales, cruzando sus bayonetas con los nuestros, sucumbieron á su empuje, dejando inertes en el campo al mismo García, á Rubín de Celis, al segundo de Rubín, á uno de los Jefes del *Imperial* y á muchos otros de su denodada oficialidad. " Resultado tan rápido como terrible é inesperado (dice García Camba), produjo grandísima sensación en el Ejército real."

Habiendo el *Pichincha* sesgado un tanto á la izquierda evitando los primeros escombros del *San Carlos*, y desembarazado por entonces su frente, se dirigió hacia la batería del centro enemigo; pero á su llegada estaba ya en nuestras manos. Los cazadores colombianos acosaron y afligieron á modo de irritado enjambre aquella brigada de artillería, regida por Don Fernando Cacho, hasta que rodeada de heridos y muertos más que de vivos, el ágil Sargento de la cuarta de *Voltígeros*, Manuel Pontón, natural de Bogotá, asaltó el primero uno de los cañones, y montándose en él, gritó á sus compañeros: *Este es mío, sírvanme de testigos*, y cediéndoselo al *Pichincha*, que no tardó en llegar á ese punto, siguió á su frente, ya cuesta arriba del Cundurcunca.

A la sazón, maravillado *Caracas* de que se olvidasen de él, continuaba sentado evitando los fuegos de Cacho y de Valdés, y algunos de sus hombres jugaban á un tiempo, alegremente, dados y vidas, cuando por fin llegó un Ayudande del Estado Mayor que á la voz de *arriba, Caracas!* lo puso en obra; y más árdua en verdad de lo que él imaginaba, se la había reser-

al amanecer el día 4 mucha tranquilidad en su campo, que cuando medos indicaba conocimiento de la posición que ocupaba, y mucha confianza en la calidad de su tropa después del contraste sufrido la tarde anterior." (página 226.) " Llevando la campaña con semejante mesura (*sitúandose Laserna en Pangora y haciéndonos guerra de montaña en vez de buscar batalla campal*) habría habido también ocasiones parciales para que las tropas realistas tantearan la manera de combatir de los ponderados colombianos, que habían roto la engreída caballería de Canterac en Junín, y que en tan buen orden se retiraban á su vista (*en Corpahuaico*), dando con el hecho lugar á tristes y recientes recuerdos y á consiguientes sensibles comparaciones." (Página 249.)

vado previsoramente el General en Jefe. Aunque el uniforme ímpetu de los tres otros cuerpos, y la segur de Laurencio Silva y sus ginetes parecían haber decidido la jornada en pocos instantes (pues más he tardado yo en contarlo que ellos en hacerlo), la División del centro enemigo, la más fuerte de todas y mayor todavía en número que la del General Córdoba, permanecía intacta detrás de aquellas arrugas y atillos que ordinariamente han denominado barranco. Como el General Canterac, segundo del Virey, observase con asombro lo que ocurría, ordenó á Monet el cargar inmediatamente; y acompañando animoso la voz con el ejemplo acudió él mismo con el 1º y 2º de *Jerona*, principal fuerza de la reserva, á tratar de restablecer el combate. No menos eficaz el pundonoroso Monet, dió á sus cinco batallones la orden de seguirlo, y se precipitó en persona á la cabeza del *Infante* y del *Burgos*, oblicuando á su izquierda por sobre las desigualdades que lo apartaban del campo. *Caracas* evaporó en su marcha con cuatro tiros no sé qué Escuadrón que amagaba oponérsele; y pesaroso creyendo que tan á poca costa triunfaba, y más aún al ver ya tomada la codiciada batería sobre la cual redoblaba el paso, vino á encontrarse de pronto, corrido el velo de los fugitivos, con aquellos dos batallones que saliendo de una hondonada, aparecían erguidos á su frente, mas los que llegasen en pos de ellos, mas los dos *Jeronas* que á la izquierda de Monet descendían por la falda y cuyo fuego bien pudiera alcanzarlo y envolverlo.

Pero también alcanzaba allí, como á todas partes, la serena mirada del General Sucre, quien oportunamente mandó á Córdoba que en su ascensión se cargase hacia la izquierda, y al *Vargas* y los *Húsares de Junín* que atendiesen á reforzar el ala de los peruanos y asegurar que no se interpusiese Valdés por el flanco del *Caracas* entre nuestras dos Divisiones.

A medio avance perdió *Caracas* á su Jefe, el Comandante León, que cayó mal herido; y aunque reemplazado al punto por el Mayor Juan Bautista Arévalo, su falta puso á más dura prueba el temple de ese batallón en tan rigoroso empeño. Mas como salió de él, auxiliado apenas por su derecha, dígalo el General Camba, que refiere así el resultado: " El choque con la División Monet, aunque no había llegado á formar en la orilla occidental del mencionado barranco más que la primera brigada que mandaba Don Juan Antonio Pardo, fué horriblemente sangriento por todas partes, recibiendo de la nuestra un leve balazo el mismo General (Monet), y quedando muertos tres Jefes de cuerpo; pero arrollada esta brigada, la segunda no

pudo acabar de cruzar el barranco sin desordenarse." En efecto, y dominando ya *Caracas* el largo seno por donde el enemigo desembocaba, derrumbó á bayoneta á los que resistían y aun alcanzó á escarmentar á balazos á los que venían en su apoyo, que volvieron cara en confusión. En cuanto á los dos *Jeronas*, impresionados por el mismo ahinco de Canterac, y orejeros de la brisa de terror que venía soplando por la izquierda, casi á la sola vista del *Pichincha* y *Voltígeros* empezaron á atrasarse y guardar el bulto; resistieron á los cintarazos, empujones, imprecaciones y súplicas de sus Jefes, y atropellándolos en fin, abandonaron su ventajosa posición y huyeron sin haber hecho más que unos trémulos disparos. De todos esos cuerpos, el *Infante* presentó más esforzada resistencia, y así dejó lastimosa hecatombe. *Cararas* había cobrado con usura sus azares de juego, y ganado el nombre sin igual de Batallón *Ayacucho*.

Sacando bríos de mozo el respetable Virey, más que viejo, envejecido por su brega política y militar del Perú, había atendido á todas partes, á caballo y aun á pie, para situar las baterías y los cuerpos, activar su descenso ya trabado el combate, y corregir la sorpresa que después de tanta preparación le dió nuestra arremetida. Visto que ciaban las guerrillas, y luego á luego los batallones de Rubín y Moraya, el Escuadrón *San Carlos* por tierra, dos ó tres más postrados ó en fuga, y ya el *Bogotá* en alcance de la batería que lo dominaba, todo obra de minutos, entró en afán bajo el peso de su responsabilidad, sospechó que tal vez en ese instante el opulento Perú estaba escapándosele al Rey por sus manos, que su confianza había sido lijereza, su plan de batalla desatino, y que un insurgente generalillo de treinta años lo había metido en la fatal camisa de Agamenón. Adivinándose él y Canterac, puso éste en movimiento la División Monet, y corrieron á sacar á la línea el 1º y 2º de *Jerona*; mas como dos de los batallones vencedores acudieron tan rápidamente al centro, que su efecto no se hizo esperar, y el pavoroso desconcierto subía por instantes, sintió Laserna que allí se ahogaba, y cortando por entre muchos desbandados, previno al Batallón *Fernando VII*, parapetado en la falda, que á su tiempo resistiese hasta morir, y ordenó á tres recién formados Escuadrones, que por el espacio, á la sazón suficiente, entre *Bogotá* y *Voltígeros*, cargasen al Regimiento *Granaderos de Colombia*. Dos de aquellos Escuadrones eran de la brigada del General Bedoya, y uno de los *Granaderos de la Guardia* á órdenes del Teniente Coronel Don Domingo Vidart, y con ellos

querría privar de apoyo al *Bogotá*, desahogarse en la llanura, y fiado en que Valdés ya traería á buen paso nuestra izquierda, esperó así quizá cortarnos y desconcertar todavía por retaguardia el ataque de Córdoba. Mucho valor requirieron los Jefes de esos Escuadrones para intentarlo siquiera, pues desde Junín veíamos vacilar sus ginetes á cada movimiento de los nuestros; pero algo podían prometerse, en un esfuerzo unánime, del tremendo impulso de tantos caballos, que en el mismo campo de Junín había desconcertado á nuestra caballería colombiana, chilena y argentina cuando estaba formando en batalla. Esta fué la última jugada del Virey en Ayacucho, semejante á la de Napoleón con su *Vieja Guardia*, y su éxito no menos desastroso, como aparece de la ingenua relación del mismo Brigadier Camba, actor en ella:

"Los tres Escuadrones formados recibieron orden de cargar desde sus respectivos puestos, lo que, animados por todos sus Jefes, ejecutaron con la mayor prontitud y orden, y los lanceros de Colombia los esperaron á pie firme enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad, por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo á nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios y en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos. Allí comenzó, sin embargo, un combate encarnizado aunque disigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los ginetes españoles, imposibilitando del todo la continuación del descenso de esta caballería. Al Brigadier Camba, en el momento en que dirigía la carga del Escuadrón reunido y formado de la brigada que mandaba, le mataron el caballo que montaba, quedando al caer cogido de una pierna del animal. Poco después de desembarazado de tan aflictiva situación, le tomó en ancas del suyo Don Antonio García Oña, segundo Ayudante de Estado Mayor, y le sacó de en medio de aquel espantoso cuadro á tiempo precisamente que la izquierda y centro de la línea estaban totalmente batidos, y las siete piezas de artillería en poder de los dichosos vencedores."

La obra de los *Granaderos* de Carvajal fué probablemente más breve y sencilla que la de los *Húsares* de Silva, pues parados de temor los del Virey y perdida la ventaja de sus caballos, ya los últimos estaban vencidos: no había lucha posible con aquellos centauros que sin vacilar un segundo aprovecharían la vacilación del enemigo. Aquí el *Bogotá* pagó á los *Granaderos* las cargas que habían dado al Capitán García; convergien-

do rápidamente á la izquierda, apoyó á Carvajal con fuego de flanco sobre los tres Escuadrones, y esos son los infantes que quizá salvaron la vida de Camba á costa de la de su caballo, deteniéndolo á retaguardia de su Regimiento. Vése también que dos cañones más (la batería del Virey) ya estaban así mismo en poder del *Bogotá*.

Como vasto incendio que, ya indomable, parece embravecerse y respirar mejor con el agua que le arrojan, los últimos cuerpos lanzados contra la División colombiana no sirvieron más que de pábulo á sus estragos. Deshecha la primera línea, abandonó Córdoba su caballo al tocar el Cundurcunca, y emprendió treparlo á pie dirigiendo la inflexible carga contra los batallones de refuerzo. "Mientras los realistas, dice Miller, iban subiendo á las alturas, los patriotas desde el pie de ellas los cazaban á su salvo, y muchos de ellos se vieron rodar hasta que algún matorral ó barranco los detenía." Dejando atrás bien pronto las dos baterías capturadas, y huellas espantosas de porfiado choque entre ánimos iguales (por ejemplo, los dos sargentos que quedaron recíprocamente pasados con sus bayonetas), siguió la línea de Córdoba cuesta arriba precedida de una vanguardia de terror y confusión no menos formidable que nuestras armas. Peor que incendio, semejaba aquello una de esas súbitas irrupciones del mar sobre las costas del Perú, en que, como desequilibrado el abismo, las ondas barren en momentos naves, diques, bosques, ganados, muros de mampostería y poblaciones enteras. Ginetes y peones, montados ó á pie, nivelado el escalafón por el común desastre, huían atropellándose despavoridos, dando por muertos á todos sus Jefes, anunciándole al Virey mismo que era muerto el Virey, cuando ileso todavía, forcejeaba y se desgañitaba por contenerlos. El *Fernando VII* hizo algunas descargas desde su trinchera natural, soltó las armas y siguió la corriente; el *Victoria*, desmereciendo su nombre, y los demás cuerpos que no entraron en lid, habían desaparecido; los mimados *Alabarderos* del Virey tampoco se ofrecieron al martirio de la fidelidad. Sin quererlo, sirvieron allí á nuestra causa mucho más eficazmente que á la suya.

Derribado de su caballo y exhausto de fuerzas, el infortunado Virey logró atravesar hasta un recodo ó ensenada de peña, donde recostado en pié hurtaba el cuerpo al ciego tumulto. Largo y erecto de talla, acartonado de complexión, sin barba y de gran nariz, cubierto de un grueso capote negro con el cuello alzado, sombrero alón de vicuña, y visible por debajo un gorro oscuro de seda, á su aspecto más que grave, tomáronlo nuestros

soldados por sacerdote, y algunos al pasar le dijeron: " Padre capellán, échenos la bendición "; mas llegó cierto oficial portoriqueño de índole dura, que se detuvo á preguntarle:—" y usted quién es ?"—y respondiéndole él quitándose el sombrero: "Soy el Virey, señor," alzó el sable, y parte en la cabeza, parte en la mano, hízole una cortada. Mas, felizmente lo vió en ese trance nuestro nobilísimo sargento Pontón, el mismo dueño de uno de los cañones, que por allí subía, y como *numantino* que era, lo reconoció al punto é intercedió por él vivamente, con lo cual dió tiempo á que, apareciéndose también el Mayor Rafael Cuervo, salvasen entre los dos al ilustre prisionero, y lo enviaron debidamente escoltado para su seguridad, á la iglesia de Quínua, donde atendiesen nuestros médicos á curarlo. Cuervo y Pontón habían tomado del Virey la *noble venganza* recomendada por el General en Jefe á los numantinos; Cuervo, siempre generoso de carácter, reprendió severamente al portoriqueño, y cinco días después, por aviso que él dió á Sucre, el sargento era Subteniente de su batallón. La captura del General Laserna, harto honrosa para él, coronó al par el triunfo sobre la izquierda y centro realistas, y la heróica tarea de la División Córdoba, que fatigada de tamaño esfuerzo no tardó en recibir orden de retirarse. Veámos la obra de nuestra izquierda, que mal podría un oficial de ella haberla olvidado.

Hablándose de Ayacucho, el público generalmente no ha tenido ojos y atención sino para nuestra ala derecha, embelesado, como es justo, con la amplitud y brillantez del espectáculo, con aquel momento crítico del descenso y formación de la línea de ataque española, " momento, según Miller, de interés sumo, en que parecía hasta suspensa la respiración por la ansiedad de dudas y esperanzas que á la par se ofrecían á la vista de todos"; por la serenidad con que Sucre vigilaba, y la certeza con que cortó en esa coyuntura decisiva; por el heroico estoicismo del *Bogotá* y la pericia y firmeza del *Pichincha ;* por la gallardía de Córdoba, la audacia y pujanza homéricas de Silva, y del otro lado la no menor bravura de García, de Rubín, Monet, y tantos otros héroes mal correspondidos de la fortuna; por la regularidad geométrica y el parejo ímpitu del ataque; por la nueva crisis que presentó la tentativa de Canterac y Monet, y la magistral conversión de Córdoba sobre ellos, completada por el esfuerzo pasmoso con que hizo frente el *Caracas* á dos ó tres de sus batallones; por la variedad de los incidentes que ocurrieron, y en fin, porque allí estaba el Virey y el grueso de ambos Ejércitos, é indudablemente en ese costado se decidió la

batalla desde el primer encuentro. Pero si bien de menos brillo é interés, la empresa de nuestra izquierda fué más prolongada y exigió una solidez de resistencia extraordinaria, con tropas en su mayoría novicias y contra fuerzas al principio más que dobles de las nuestras y en condiciones iguales de terreno, excepto que el adversario no podía desplegarse como quisiera, gracias á la previsión del General en Jefe. Tángase también en cuenta quién era Don Jerónimo Valdés, que el ya célebre Comandante Don Antonio Aspiroz lo secundaba, y que él abrió el primero los fuegos y los cerró el último por parte de los españoles, inclusive su batería, que mientras fué suya no descansó de ametrallarnos. Por consiguiente el resultado habla muy alto del experto General Lamar, de los cuerpos peruanos, y de los colombianos mandados en su refuerzo.

Si sobre el humo de sus primeros metrallazos, que dieron cuidado á Lamar, hubiese hecho el General Valdés rebato violento por romper nuestras líneas y abrirse campo para envolvernos, el General Sucre habría tenido que cambiar de plan, empleando contra él algún batallón de los de Córdoba y, tal vez desde un principio toda la reserva. Sin embargo, dando así á nuestra temida caballería cuanta ocasión deseaba en la llanura, probablemente había sido otro el carácter del conflicto, pero con igual resultado, visto que ya Valdés se mediría contra unos tres mil soldados antes de que Monet pudiese, siguiendo por retaguardia su movimiento, apoyarlo con vigor y uniformidad. Aquella fué la única oportunidad de Valdés, pero desacorde con el mismo plan del Virey, é inoportunísima para los demás Jefes.

Cuando vió el General Valdés que el *Vencedor* reforzaba nuestra izquierda, no satisfecho con el fuego de su artillería y cazadores, hizo que avanzando un poco sus columnas en masa nos dirigiesen descargas cerradas de fusilería, las cuales siguieron por largo tiempo y abriendo claros en toda la extensión de nuestras filas. Tal vez buscaba así nuestra parte débll, aguardando aviso de la formación de ataque del centro é izquierda, y la orden de hacer su propia acometida. Llevado de su impetuoso natural, antes del necesario aviso destacó por un sesgo á su izquierda dos batallones (uno de ellos el *Cantabria*) contra la *Legión Peruana*, como para interponerse entre ésta y la División de Córdoba; y distinguió al *Vencedor* cargándole él personalmente con el resto de su División. Hizo al mismo tiempo que el Escuadrón de su costado derecho se uniese al de su izquierda pasando por detrás de los infantes. Entonces fué

cuando observó Sucre que "el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido," y siendo ya oportuno, ordenó á Córdoba dar su carga, y envió en nuestro apoyo el Batallón *Vargas*, que pasando á espaldas del *Vencedor* entró por la derecha desplegado en batalla; y debidamente secundados por los cuerpos peruanos avanzamos al encuentro del General enemigo. Los *Húsares de Junín*, á cuya cabeza iba el General Miller, siguieron nuestro movimiento, y por entre *Vargas* y los peruanos marchaban á oponerse á los ginetes de Valdés ya reunidos en columna.

El avance de la División Lamar fué tan simultáneo como el de Córdoba, pero necesariamente menos regular y rápido porque tuvimos que desordenarnos un tanto al cruzar el arroyuelo, ocasión que Valdés no alcanzó á aprovechar. *Vencedor* y *Vargas* marcharon en batalla; 2º y 3º *del Perú*, y *Legión Peruana* en columnas cerradas, por falta de campo á su derecha; y el 1º *del Perú* á retaguardia de sus compañeros. Los *Húsares de Colombia*, destrozado ya el *San Carlos* y otros Escuadrones realistas, estaban disponibles en cualquiera dirección, y el *Rifles* en reserva aguardaba orden para cargar donde fuera necesario. El General Lamar recorría por la espalda sus cuerpos, acompañado de sus edecanes. Salvado el arroyo, en cuyas aguas teñidas en sangre calmé la sed que me devoraba, los cazadores de Valdés huyeron á incorporarse á sus masas, y abandonada por ellos la artillería que estaba al centro, cayó en nuestras manos. En esos momentos fué pasado por el pecho el Coronel Luque, Comandante del *Vencedor*, y tomó su puesto el Mayor Agustín Anzoátegui, sin que tal desgracia nos retardara el paso. Sorprendido Valdés con nuestro movimiento, y resonando ya tal vez en sus filas, al menos en los dos cuerpos destacados hacia el codo de nuestra línea, la catástrofe que á manera de terremoto venía envolviendo rápidamente la izquierda y centro del Ejército español, hizo alto, y nos aguardó á pié firme. Nuestro bien dirigido fuego hacía brechas en sus columnas y empezó á desordenarlas, mas no sin costo, pues en ese espacio quedaron fuera de combate los Capitanes Dorronsoro, Gil Espina y Granados, del *Vencedor*, el Capitán Miro y el Teniente Ariscum, del *Vargas*, el Teniente Coronel Ramón Castilla, del Estado Mayor Peruano, el Capitán Miranda y los Tenientes Posada y Montoya, del 1º *del Perú*, los Subtenientes Iza y Alvarado, del 2º, el Teniente Suárez, de la *Legión Peruana*, el Teniente Otálora, y otros Oficiales. Vueltos los cañones contra el enemigo (aunque sin un artillero que los manejara), amagamos á

unos veinte pasos de él concluír el ataque á la bayoneta; pero no nos aguardaron á pesar de la resolución y aun rabia de su General. Desorganizadas las primeras filas, toda la infantería se desgranó en instantes; la caballería, entre tanto, resistió menos que los peones, pues no atreviéndose á protegerlos ni á esperar el ataque, huyó al sólo presentarse Miller y Suárez con los afamados *Húsares de Junín.* Con esto se completó la derrota por la izquierda, y sin oírse otro tiro de fusil, nuestra labor quedó reducida á perseguir al enemigo en su fuga y hacerle prisioneros. El General Lara con el *Rifles* había reemplazado á Córdoba en Cundurcunca, y aquél y Lamar, como lo expresa el General Sucre, debían reunirse en la persecución en los altos de Tambo, á un cuarto de legua hacia el norte de aquella eminencia.

"El General Valdés, dice García Camba, extremadamente afectado á la vista de tal desastre, buscaba como de intento la muerte, y hasta llegó á sentarse sobre una piedra para que los vencedores lo acabaran; mas el valiente Coronel don Diego Pacheco y otros Oficiales le obligaron á abandonar tan temerario empeño, y á continuar retirándose hacia la cumbrede la cordillera." Cónstame la verdad de este incidente, pues el Capitán ó Mayor Mediavilla, uno de los Oficiales á que alude Camba, me lo refirió. Cubierto de un capotón azul de *carro de oro* y ladeado en la cabeza un sombrero de vicuña color de canela como el del Virey, estaba sentado en aquella piedra el simpático General, como atónito bajo el peso de la fatalidad, cuando volviéndose á Mediavilla le dijo, en tono de despecho:

"Mediavilla, dígale usted al Virey que esta comedia se la llevó el demonio."

—"Qué piensa usted hacer?" le preguntó el Oficial.

—"No sé," respondió Valdés.

—"Todavía podemos hacer una honrosa capitulación," replicó aquél; y contestándole el General: "dice usted bien," montó á caballo y se dirigió á la cumbre á conferenciar con los demás Jefes sobre ese triste término de la jornada.

¿Llamó Valdés *comedia* tan sangrienta batalla? Palabra airada que nada significaba sino la estupefacción del que la dijo, al ver deshecho en un instante aquel Ejército acostumbrado á triunfar de tropas indisciplinadas. ¿De expresiones como esa tomaría pie la rídicula especie de que los Jefes españoles se habían vendido? Mal pudo calumniarse Valdés á sí mismo y á sus compañeros, que perdiendo el Perú, nada gana-

ban en España sino el desprestigio, aparte de que todos ellos jugaron su vida en este campo, con un plan indiscreto y pésimo, mas exponiéndose intrépidamente como Jefes y aun como soldados. Aquella calumnia procedió de la ignorancia crasa que había en la Península sobre las cosas y los hombres de América, ignorancia mantenida por la presunción de sus agentes y que influyó no poco para traerlos á peripecias como las de Boyacá, Junín y Ayacucho.

Suele obrar contra su autor el descrédito malicioso del adversario, y esto sucedió en Ayacucho. A pesar de que los Jefes españoles en el Perú sabían muy bien que la guerra á muerte iniciada y forzada por Monteverde en Venezuela, había terminado por la regularización de Santa Ana; aunque conocían las generosas capitulaciones de Cartagena, Maracaibo, Puerto Cabello, Pichincha, Berruecos, etc., y los esfuerzos de Bolívar con el Virey Sámano para salvar á los prisioneros de Boyacá (proposiciones que aquel imbécil desechó sin contestar ni recibir siquiera el pliego que las contenía), y á pesar de que desde Trujillo ó Pativilca, Bolívar había propuesto al mismo Laserna la regularización, y Laserna se había denegado á ella,—persuadieron á la tropa de que los colombianos éramos asesinos y no les daríamos cuartel, de donde creo resultó en parte aquel contagio de terror tan espantoso después de la primera ventaja alcanzada por Córdoba, cuando todavía quedaban al Virey mayores fuerzas y mejor situadas que las nuestras. En prueba de ello, uno de los primeros prisioneros que yo hice fué el Capitán Celestino Pérez, lucido joven, hermano del Secretario del Virey, quien al rendirme la espada alzó á mirarme la escarapela del sombrero y me preguntó: "Es usted colombiano?" respondiéndole que sí, tembló todo él y los guantes se le cayeron de las manos; yo los recojí del suelo y se los devolví diciéndole: No tenga usted cuidado, caballero Oficial. Fuimos después excelentes amigos y me confesó que les habían hecho formar de nosotros una idea aterradora.

Valdés y sus Jefes y Oficiales, dice Camba, "no pudieron conseguir que su tropa resistiera por más tiempo, ni se replegara en orden á la próxima falda de la cordillera. Aterrorizados los soldados de una manera inexplicable, por un desenlace inesperado y del cual estaban muy distantes sus creencias, sólo atendían á dispersarse por entre las breñas, arrojando muchos las armas, las fornituras, las casacas y los morriones para tomar con mayor desembarazo la dirección que más cuadraba al intento.....Hasta el Batallón de *Cantabria*, que el día 3 en

Corpahuaico había cargado y hecho correr al batallón colombiano *Rifles*, uno de los de mayor confianza de Sucre (*y llama carrera esa admirable retirada, cumplido ya el objeto de contener á Valdés y abrir paso al Vargas y Vencedor*), se entregó como los demás á la fuga sin que nada lo pudiera detener."—Gracias al retiro de la División Córdoba y á lo fatigoso de la ascensión del Cundurcunca con sus escabrosidades por una y otra vía, Valdés encontró reunidos en lo alto á los Generales Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y otros. Preso el Virey, el mando superior había recaído en Canterac, y á excitación de éste conferenciaron sobre el partido que hubiesen de tomar, empezando por reconocer á Olañeta por tan enemigo suyo como los vencedores si se dirigían al Alto Perú en su retirada. Camba opinó que, sin embargo, no quedaba otro medio, y que, si Olañeta no era traidor, todavía tal vez podría salvar el Vireinato. "Pues vamos á marchar," dijo Valdés, y con 300 caballos y poco más de 200 infantes allí reunidos, ya emprendían la retirada contando con recojer gran masa de dispersos, cuando supieron que éstos se negaban absolutamente á obedecer, y aun habían muerto al Capitán Salas porque ensayó reorganizarlos. En ese instante se les presentó el Brigadier Somocurcio, peruano, quien confirmando el relato añadió que á él mismo ya iban á hacerle fuego para que no los obligara á reunirse, y que sólo había escapado prometiéndoles en lengua quíchua la libertad. Vistas en toda su extensión las proporciones de la derrota, y que la retirada era la muerte, resolvieron capitular, y el General Canterac bajó en persona en busca de Lamar, antiguo compañero suyo, para dirigirse acompañado de él al General Sucre. Asegura Camba que dicha resolución fué efecto de que un parlamentario de Lamar, seguido por este Jefe, se les presentó prometiéndoles una capitulación tan ámplia como á Sucre se lo permitían sus altas facultades; pero tal cosa no es exacta. Viven aún quienes vieron á Canterac bajar solo, con un pañuelo blanco en la punta de su espada, en solicitud del General Lamar, á quien halló prontamente, y siguiendo juntos se unieron al General Sucre en el campo de la batalla y pasaron á la reducida tienda del último á fijar allí las bases de la capitulación. Luégo se les reunió el General Carratalá; éste y Canterac, después de conferenciar con Sucre, extendieron las bases preliminares; remitidas á lo alto de la cordillera á los demás Jefes españoles, se conformaron con ellas, dice Camba, haciéndoles algunas modificaciones, y acordaron que el día 10 temprano pasasen Valdés el mismo Camba que esto refiere al campo de Sucre á perfec-

cionarlas. "Sucre, añade Camba, ostentó ante los nuevos comisionados mucha franqueza y generosidad: aceptó lisa y llanamente las bases preliminares presentadas, con sólo tres restricciones que puso de su puño en el mismo borrador escrito por don José Carratalá.....y sin otra garantía que el empeño de su palabra."

Insértase en seguida la capitulación de Ayacucho, que no puede compararse en el esplendor de su generosidad sino con la brillantez de la victoria que inmortalizó aquel campo. Don Mariano Torrente, más franco que García Camba, dice á tal propósito: "Este fué el momento terrible y doloroso para aquellos Generales y Jefes: rendir las armas que con tanto lustre habían manejado hasta entonces, y verse precisados á implorar del vencedor honrosas condiciones que hicieran menos sensible su desaire, son verdaderamente sacrificios, los más costosos que pudieran imponerse á militares engreídos con la fortuna. Su posición era, sin embargo, tan triste y deplorable, que podía considerarse como una gracia cuanto les fuera otorgado por el orgulloso enemigo."

Pero volvamos al gran día. Media hora, á lo sumo, después de trabado por masas el combate, la palma era nuestra en toda la línea, y á eso de las tres de la tarde, emprendida ya por Lara y Lamar la persecución de los fugitivos, pasaba en la iglesita de Quínua una escena, casi una trajedia, que no dejaremos olvidada. Convertido en hospital de sangre por el pronto, cubrían el suelo de aquel rancho sagrado cuantos heridos cupieron en él, entre otros el Virey, que sentado pacientemente al centro á la derecha sobre un estradillo entapizado de lana, aguardaba como los demás la visita de nuestros médicos; y á su derecha, participando del estradillo, yacía el Teniente Ramón Chabur, natural de Bogotá, contuso en 1822 en la batalla de Pichincha, y herido, y de los primeros que cayeron del cuerpo de ese glorioso nombre, en la que acabábamos de lidiar con las huestes de su ilustre vecino. Llegados los médicos á atender á Chabur, éste les pidió que lo hicieran primero al señor Virey, cortesía que el noble viejo se rehusaba á aceptar insistiendo en que lo descuidasen mientras no estuviese remediado el último de los patriotas. La urbana porfía, y sobre todo el título de *Virey* que se cruzaba en ella, hizo levantar la cabeza á un sargento de los llanos quien, delirando probablemente con nuestra guerra á muerte, y encandilada su vista por el puño de oro y brillantes que el Virey descubrió bajo el capotón al presentar á los cirujanos la mano herida, preparó su fusil é iba

á hacer fuego contra el anciano, con ojos de hiena y refunfuñando expresiones feroces. Boves, Lizón, Zuazola, quién sabe qué monstruo reía en ese instante en la febril imaginación del sargento. El joven Chabur tuvo que incorporarse para advertir con afán á los médicos que lo contuviesen, sin lo cual aquel furioso habría manchado con el asesinato de Laserna los laureles que la sangre del mismo sargento estaba consagrando. Momentos después llegó á la puerta de la iglesia el General Sucre, acompañado de otros Jefes, Córdoba entre ellos; preguntó por el Virey, quien se puso en pié al instante, y saludándolo Sucre con afable respeto y expresándole la pena que le causaba el verlo herido, le pidió permiso para trasladarlo al paraje menos incómodo que pudiese hallarse. Otro de los Jefes dobló al punto el brazo derecho y asiéndoselo de la muñeca con la otra mano, dijo á los presentes: "Llevémonoslo en silla de manos," observado lo cual por el Virey, le respondió: "Mil gracias, caballero; puedo andar por mis piés," y salieron juntos.

Melodrama del mundo en compendio, pandemonium moral, fué de las dos ó tres de la tarde en adelante el anfiteatro de Ayacucho. Al orden táctico sucedió el desorden del destino caprichoso, y aquello parecía gran mesa de juego revuelta, ya terminada la partida. Algunas nubecillas, humedad condensada por el fragor de los cañones, descendían sobre el Cundurcunca y ayudaban á la olorosa niebla de la pólvora para velar su limpidez; piquetes de soldados iban por sus breñales y quiebras en cacería de fugitivos, ó volvían con su presa; la margen septentrional del arroyo, tinto de sangre, y sobre todo, una zona de campo al pié del cerro, estaban cubiertas de cadáveres, y por los que dejó cada cuerpo antes y después de la carga, diseñábanse perfectamente su posición y su marcha; así como el terrible encuentro por los cúmulos de realistas é independientes revueltos, donde la enorme proporción de heridas de bayoneta y lanza atestiguaban la forma de ese choque y su recíproca animosidad. El gesto de los últimos, á diferencia de los de bala, daba espanto. Veíanse los ginetes y sus caballos separados por montones de los infantes, y sobre unos y otros ya se cernían en el cielo las auras ó buitres hambrientos, y en la tierra los soldados y sus mujeres, en ejercicio del repugnante derecho de botín. Rasgaba el corazón ver esos cuerpos tan ardorosos y gallardos poco tiempo antes, y ya fríos, desnudos y perdidos en aquella masa anónima de muerte; y ver tantos anillos, carteras, alfileres, mimadas prendas de amor y amistad, mementos de madres

y hermanas cariñosas miles de leguas distantes, rodando á rebatiña por las groseras manos de soldados y pelanduzcas, que iban á venderlas por cualquier cosa si no preferían adornarse con ellas. Un rico reloj de alguno de los Jefes españoles, vino andando, cuando él yacía inerte, á manos de un soldado de *Pichincha*, que aprendió allí á leer las horas; y el sargento Carreño, del mismo cuerpo, cocinaba esa tarde su bodrio de cerdo en la vagilla de plata del General Canterac. Más dura que nuestra gente para con los realistas, así que vencimos, acudió como brotada de la tierra una plaga de patriotas improvisados, los mismos indios que poco antes nos habían asesinado más de cien enfermos con su escolta, y al músico Santacruz, alto peruano, á quien hicieron picadillo con los chuzos de que se armaban; y varios como ellos, de mayor categoría, que en otra escala hacían lo mismo ó jugaban con dos barajas, de realistas y de independientes, y ahora resultaban héroes y mártires de la libertad peruana. Añadidos á éstos los francamente *pasados* que empezaron allí á presentársenos, Bolívar habría podido formar un ejército numerosísimo desde esa hora en que ya no fué necesario. Más veces la victoria hizo la opinión, que la opinión la victoria.

Parte de *Vargas* y *Rifles* formaron cuadro en la sabaneta para el recibo de prisioneros y armamento. Corrió á eso de las cinco rumor de ataque de un cuerpo de caballería, mas vióse al punto que eran 200 ginetes que venían con banderola blanca y en formación á entregarse; y había ya en grandes montones más de 2,500 fusiles recogidos mayormente por los nuevos voluntarios, y sobre 2,000 prisioneros custodiados por sólo 50 centinelas. Sucre y Córdoba daban vueltas á caballo tomando informes de los cuerpos por sus Jefes y Oficiales y atendiendo á los heridos, y uno y otro, lo mismo que Laurencio Silva, eran principales objetos de aplausos y felicitaciones. Los Oficiales peruanos abrazaban á los de Colombia como á libertadores de su patria; cada héroe refería sus lances y sus predicciones, y contaba *in pectore* con su ascenso, y los españoles todavía estupefactos con tan desusado y ejecutivo desbarato, atribuíanlo á lo largo de nuestras lanzas, y no se cansaban de mirar á Córdoba, ascendido á General de División en el campo de batalla, y al animoso é inquietísimo Capitán Ayudante José María Gaitán, de Bogotá, á quien Silva había pasado su esclavina encarnada con motivo de las heridas, y cubierto con ella andaba por todas partes gozando de la sensación que causaba. Algunos soldados nuestros, disfrazados también, pero con uniformes españoles, y

que en broma se resistían á entregarse á sus camaradas, corrieron peligro de pagar la broma con la vida. El aguardiente de las cantimploras realistas se hizo sentir pronto en nuestros grupos, estallando en expansiones hiperbólicas de la lengua, y ya empezaban á oírse las tonadillas colombianas, los tiernos yaravíes y las músicas españolas recién capturadas, de las cuales el Coronel Leal escogió 50 músicos para su batallón, cuando un intempestivo aguacero obligó á cada soldado á hacerse un cimiento de piedras ó cascajo y encuclillarse sobre él depositando ingeniosamente su parte de botín en el centro. Brava gente, nunca había dormido más feliz; y probablemente el entusiasmo de la gratitud peruana excedió luégo las más dulces fantasías de sus modestos sueños de vencedores, " mientras, dice Camba, los demás Jefes españoles (fuera de Canterac y Carratalá) con la poquísima tropa que les obedecía, camparon en la cumbre de los Andes, donde el frío, la lluvia, la escasez de leña y la falta de alimento vinieron á aumentar por la noche los padecimientos de tan adverso día."

Grandes fueron en Ayacucho los trofeos de la muerte y el dolor, vencedores de ambas partes en todas las batallas. Rara vez el hombre, la más artificiosa y dañina de todas las fieras, habrá destruído ó inutilizado mayor cantidad de vidas en un choque de quince ó treinta minutos, á pesar de que allí no había ametralladoras ni *Krups*, ni fusiles de aguja, ni siquiera de percusión, sino piezas de montaña de estilo primitivo, con 700 varas de tiro á lo sumo, y fusiles *chopos*, que eran ingleses, y *canillones* ó *carranclones*, de fábrica española, los primeros más gruesos y pesados, los segundos más ligeros y largos, unos y otros de piedra, con bala de 18 á 20 en libra y de 300 varas de alcance. En proporción al número de combatientes, y considerado el cortísimo tiempo que duró, no recordamos un conflicto más cruento en la historia. De 9,310 realistas, de los cuales sólo 6,000 usarían sus armas, quedaron (según el parte de Sucre) 1,800 muertos y 700 heridos, total, 2,500; y de 5,780 independientes, unos 500 muertos, (Sucre dice 370, mas yo recorrí el campo de orden suya para buscar los cuerpos de Sevilla y Bonilla y darles sepultura, y estoy cierto de que excedían de tal cifra), y 609 heridos; total, 1,109, y de ambas partes, 3,609 ó casi un tercio de 11,000 combatientes, puesto que de nuestra parte tampoco el *Rifles* combatió, á pesar de lo cual su Capitán Alcalá, el Teniente Colmenares, el Alférez Sabino y varios de tropa fueron heridos en su posición de reserva.

Lord Wellington tuvo en Waterloo 67,655 hombres y 156

cañones, y luégo concurrieron 25,000 del cuerpo de Fielthen y 35,000 de Bulow, con no sé cuántas piezas; total, 127,655 hombres, contra 71,947 de Napoleón, y 246 piezas: que suman 199,602, y quizá 500 cañones. Wellington contó casi 15,000 muertos y heridos, los prusianos 7,000 y Napoleón 28,000, poco más ó menos, pues no consta el número exacto. El total de 50,000 fuera de combate entre 200,000, ó sea una cuarta parte, en una lucha encarnizada y con tal lujo de artillería, que duró desde las once y media hasta las ocho y media ó nueve de la noche en aquel largo día de verano., significa un horroroso elogio de la disciplina y denuedo de los ejércitos de Sucre y Laserna que, sin artillería que hiciese mayor daño y aumentase en 25 hombres por pieza el verdadero valor de su fuerza, dejaron en un cuarto de hora un tercio de ella en el campo. La bayoneta y la lanza raras veces obraron con más terrible eficacia en las batallas modernas.

La pérdida del ejército independiente resultó dividida casi por igual entre todos los cuerpos de infantería que combatieron, probando así su buena colocación y la sabia distribución de su esfuerzo contra un enemigo tan superior en número y situado en dos posiciones muy diversas, cuales eran el Cundurcunca y la faja de llanada que ocupaba Valdés. El exceso recayó sobre el *Bogotá*, *Pichincha*, *Caracas* y *Vencedor*. Fué mucho menor, desde luégo, entre los ginetes, porque los realistas de esta arma no atacaron ni resistieron como sus infantes.

De aquí el destino que por orden general del 16 de Diciembre, señaló el General Sucre en la ciudad de Huamanga á los 40,000 pesos antes ofrecidos al cuerpo que más se distinguiese. Dispuso que, por cuanto en la batalla había sido igual el debido comportamiento de todos los cuerpos del ejército, aquella suma existente en la Comisaría tocaría á todos ellos, dándose dos sueldos ó pagas mensuales á cada individuo herido, y una á los que no lo fueron. Por decreto de fecha 19 hizo marcada elección de los sobresalientes entre los buenos, concediéndoles un ascenso que no fué extensivo á todos los Jefes y Oficialidad. Unicamente el héroe del "paso de vencedores," su brazo derecho en tan perfecta ejecución de plan tan perfecto, fué ascendido en el mismo campo de batalla, y con satisfacción y aplauso general. Por otro decreto se distinguió al *Caracas*, cambiando su nombre por el de *Batallón Ayacucho*, y los *Húsares de Colombia* (Regimiento que en la batalla quedó á órdenes de Herrán una vez herido Silva) se llamaron *Húsares de Ayacucho*. Al *Pichincha* no se le denominó de otro modo, porque aquel

bautismo era demasiado querido, tanto al General como á los soldados, para resignarse á perderlo.

Ya que no trascribo, por muy conocido, el parte del General Sucre de la batalla de Ayacucho, daré en su integridad los nombres de nuestros Jefes y Oficiales muertos ó heridos en aquel campo: memoria de amor para la Patria, título de nobleza para sus familias.

A los Jefes y Oficiales heridos de los cuerpos peruanos que ya mencioné (p. 169) se añadió el Comandante Pedro Blanco, del 2º de *Húsares de Junín*. Felizmente no murió ninguno del Perú, pero sí siete colombianos, que fueron el Capltán Urquiola, de *Húsares*, los Tenientes Olivo de *Granaderos*, Prieto de *Pichincha*, Sevilla de *Vencedores* y Colmenares de *Rifles*, y los Subtenientes Ramonet de *Pichincha* y Bonilla de *Bogotá*. El Mayor Duxbury y el Subteniente Ramírez, ambos de *Rifles*, que Sucre menciona entre las víctimas de Ayacucho, cayeron en Corpahuaico, muerto el primero, el segundo herido y prisionero, rescatado en Ayacucho y muerto el día 9 ó 10 en nuestro hospital.

Jefes colombianos heridos, los Coroneles Silva, Luque y Leal, los Tenientes Coroneles León y Geraldino, y los Sargentos Mayores Pedro Torres y José Antonio Zornoza; Oficiales, los Capitanes Florencio Jiménez (más tarde Coronel y Comandante del *Callao*), Francisco Coquis, Pedro y Florentino Dorronsoro, Jorge Brown, Gil Espina, Salvador Córdoba, Sebastián Ureña, Juan Landacta, Emigdio Troyano, José Alcalá, Vicente Granados y José Miro; los Tenientes Jesús Infante, José Silva, Pedro Suárez, Bernardo Vallarino, José María Otáola, Carlos French, Eugenio Peraza, José María Piedrahita, Carmen Moreno y Juan Ariscun; y los Subtenientes Nepomuceno Galindo, Ramón Chabur, Pedro Rodríguez, Manuel Malavé, José Geral, Ramón Pérez, José Manuel Calles, Santos Marquina, Francisco Paredes, José Sabino, Guillermo Corser y Miguel Macero: omitidos los dos últimos en el parte: total, 42.

Jefes y Oficiales españoles muertos, como 60, cifra gloriosa para sus armas.

Los trofeos inmediatos obtenidos por los vencedores en Ayacucho antes de presentarse el General Canterac, ya excedían de mil prisioneros, entre ellos 60 Jefes y Oficiales con el Virey, 11 piezas de artillería y 2,500 fusiles. En la misma tarde los prisioneros ascendieron á dos mil y tantos hombres y cinco bandas de música, que fueron asignadas al *Pichincha*, *Vargas*, *Ri-*

fles y á dos cuerpos peruanos. En virtud de la capitulación debieron entregarse todos los restos del Ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques y almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias; pero en lo relativo al Callao el General Rodil la desobedeció, y no vino á rendirse sino después de un largo sitio, el 23 de Enero de 1826. El día siguiente á Ayacucho estuvieron en poder del General Sucre, además del Teniente General Laserna, el del mismo grado Canterac, los Mariscales de campo Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los Brigadieres Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 Coroneles, 68 Tenientes Coroneles, 484 Sargentos Mayores y Oficiales, y otros mil y tantos de tropa que en la inteligencia de entregarse lograron reunir en lo alto los Generales; inmensa cantidad de fusiles, todas las municiones, las cajas de guerra y cornetas, y cuantos elementos militares contaban en el campo. Pocos días después se añadieron los cuatro cañones desmontados que habían dejado atrasados ú ocultos.

El segundo fruto de esta victoria fué la consolidación del Perú en el sentido de la independencia, obra que la inesperada noticia produjo como por magia en todo su territorio, obligando á acogerse á la capitulación expresada al General Antonio María Alvarez en el Cuzco, al nuevo Virey Don Pío Tristán en Arequipa, y á otros Jefes que en el Bajo Perú intentaron por un momento negarse á ella, mientras que en el Alto Perú una parte de las mismas tropas del valiente General Olañeta se volvieron contra él y lo sacrificaron miserablemente.

Con fecha 3 de Abril de 1825 el General Sucre remitió desde Potosí al Gobierno de Colombia, de los trofeos tomados en el Cuzco y en el Alto Perú, el estandarte real de Castilla con que tres sigols antes Pizarro y sus soldados habían entrado á la Capital del Imperio Peruano, y cuatro pendones reales, insignias de vasallaje de aquellas provincias, con una comunicación que termina resumiendo la espléndida cosecha de la batalla redentora con las siguientes palabras:

"A estos trofeos que el Ejército tributa, como resultado de sus trabajos, al Gobierno de su patria, añade el noble orgullo de asegurarle que han desaparecido los enemigos que oprimían la tierra de Manco Capac, y que desde Ayacucho á Tupiza se han humillado 25 Generales españoles, 1,100 Jefes y Oficiales y 18,000 soldados, en el campo de batalla y en las guarniciones; y redimido del poder de los tiranos un terreno

de cuatrocientas leguas y dos millones de habitantes que bendicen á Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido."

No le faltó sino añadir: la paz, y el gobierno para siempre americano en todo el Continente Hispano-americano, el mayor laurel, el más noble y trascendental que un caudillo ha obtenido jamás en esta parte del mundo, y laurel que Sucre presentó al Libertador Bolívar como Director de lo que él simplemente decía haber ejecutado. Bolívar á su turno, el generoso por excelencia entre los grandes hombres, fué quien más aplaudió á su insigne Capitán, repitiéndole las palabras que le había dicho antes de darle aquel cargo: "Yo no soy más que el hombre de las dificultades. Sucre es el hombre de la guerra." Bolívar dictó en Lima una elocuente biografía de Sucre, y es en extremo interesante la lucha de amor y de orgullo de cada uno en el otro de ellos, que aparece en su correspondencia y en los recuerdos que existen de su trato.

Tal fué, con sus consecuencias brevemente indicadas, la batalla de Ayacucho, una de las decisivas en los destinos de la humanidad, por lo completo del triunfo obtenido en el campo y por la habilidad y rapidez con que el caudillo vencedor prosiguió á recoger todo su posible fruto, imposibilitando, ya por la clemencia, ya por lo sorpresa, á un enemigo que todavía contaba con fuerzas triples de las suyas, para que volviese á oponerle forma alguna de resistencia.

Nada más inesperado y sorpendente en el Perú y en España que semejante deselance; y el testimonio de los historiadores españoles Torrente y Camba no puede ser más explícito en el particular:

"La opinión pública (dice Torrente, t. 3º, pág. 495) no estaba preparada para recibir de un glope tan terrible suceso. Un Ejército tan brillante como el que habían sabido formar los Generales españoles, tan orgulloso y temible por sus repetidas victorias; unos Jefes tan inteligentes y esforzados, que habían destruído todas las fuerzas combinadas del Perú, Chile, Buenos Aires y aun las primeras expediciones de Colombia *(falso respecto de Colombia)*, ¿podría creerse que en un sólo aciago día perdieran el fruto de tantos sacrificios y el lustre de tantas hazañas? ¿Podría esperarse que el Perú fuese arrebatado de sus manos en el momento en que parecía estar asegurado sobre bases las más firmes é indestructibles? Nadie por cierto creyó este fatal y brusco desenlace; pero nosotros no nos admiramos de que así haya sucedido.....El reino de Santafé se

perdió así mismo (*en Boyacá*) en el momento en que había menos elementos para producir este funesto resultado.....Bolívar adquirió el dominio de las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo, que fué seguramente la que empeñó con menos probabilidades de victoria.....El Dios de los Ejércitos dispensa ó retira su patrocinio según acomoda á sus altos juicios; los infinitos sucesos de la historia sagrada y profana nos recuerdan la facilidad con que el Autor Supremo deshace los planes inventados por la soberbia, valiéndose á veces de medios al parecer muy mezquinos, con el designio de dar una muestra más positiva de su omnipotencia. La batalla de Ayacucho se perdió contra la esperanza aun de los vencedores y contra la creencia general de los pueblos de América y de Europa..... Fué completa y decisiva para las armas de la República: todo lo perdieron en ella los españoles.....perseguidos vivamente en todas direcciones por los vencedores orgullosos."

Trascribiendo García Camba tales consideraciones y otras muchas de Torrente en el mismo sentido, añade que "el triste y trascendental desenlace de Ayacucho decidió de la emancipación del Perú cuando menos era de esperar." (T. 2º, p. 243). "Es, sí, evidentemente cierto que el Ejército real marchaba al enemigo con incuestionable ilimitada confianza, ya fundada en sus gloriosos precedentes, ya nacida del convencimiento universal de que si las tropas de Colombia eran batidas, también era consiguiente la pacificación total é inmediata del Perú. La ventaja obtenida seis días antes en Corpahuaico sobre las tropas de Sucre, aumentó visiblemente esa excesiva confianza." (Id. p. 264).

Inesperado, en efecto, y sorprendente para todos, fué aquel triunfo, excepto para los que lo obtuvieron, como concurre á demostrarlo el testimonio de los mismos historiadores españoles al reconocer que el desastre de Junín fué un *golpe mortal de terribles consecuencias* (Camba 2º, p. 200), al aludir tantas veces al *engreimiento* de las tropas colombianas, y observando el *buen orden y la parsimonia* en que venía retirándose nuestro Ejército y la seguridad que mostraba el General en Jefe aun al día siguiente de la sorpresa y descalabro de Corpahuaico. Aquel Ejército, que ni viéndose completamente cortado por un enemigo muy superior en número, daba señal de desmoralización ó siquiera de sobresalto, y que dos veces durante su retirada, en Matará y Tambo Cangallo, le presentó batalla que el otro no aceptó, evidentemente no se retiraba por desconfianza en sí mismo, sino porque aguardaba la orden de Bolívar, recibida por

fin el 5 de Diciembre en la quebrada de Acocro, para forzar al enemigo á combatir. Ahora, ¿tiene remota idea de quién era BOLIVAR el que imagina que alguna vez lo abandonó la fe, la seguridad más que humana en el buen éxito de sus empresas, por temerarias y desesperadas que pareciesen á todos los demás hombres? Baste recordar su profecía de Casacoima, cuando sus Tenientes lo juzgaron loco; y el testimonio respetable del señor Joaquín Mosquera, quien refiere que á mediados de Enero de 1824, encontrando al Libertador en Pativilca en una de las más angustiosas situaciones de su vida, acosado de agravios, traiciones, desastres, disenciones y desengaños, amenazado por 22,000 soldados realistas, con menos elementos que nunca para salir bien de su formidable empeño de libertar el Perú, desesperando de recibir refuerzos de Colombia, y personalmente reducido á esqueleto por una violenta fiebre de la cual apenas empezaba á convalecer, le describió el mismo Bolívar lo apurado de sus circunstancias; y preguntándole el señor Mosquera—*¿ Qué piensa usted hacer* ?—entonces aquel esqueleto " sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un huertecillo, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y dejando ver las descarnadas piernas y dos rodillas puntiagudas debajo de sus pantalones de guín, con voz hueca y débil me contestó: *Triunfar!*" —¿ I qué hará usted para triunfar ? replicó asombrado Mosquera.—Tengo dadas las órdenes (concluyó el Libertador) para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio militar todos los caballos buenos del país; y he embargado todos los alfalfares para tenerlos gordos. Luégo que recupere mis fuerzas me iré á Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera á buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería. Si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar: subiré la cordillera, y derrotaré á los que están en Jauja." (Restrepo, t. 3º, p. 382.)

¿ Y es á ese titán y á Sucre y su Ejército á quienes Torrente llama " medios al parecer muy mezquinos," de que el Autor Supremo se vale á veces para castigar la soberbia mostrando mejor su Omnipotencia? Cualquiera observará que, si hubo castigo, no hay contrición sino reincidencia en el mismo que tal observación hace; en el que teniendo á la vista las cifras numéricas y los resultados, y el parte de Ayacucho de nuestro General en Jefe, habla de la *torpeza* con que Sucre comprometió allí *toda su reserva*, y del *mayor ingenio* del General español en Junín, y de

los mayores talentos y pericia de los Jefes realistas, * y de que éstos en Ayacucho, *fiados en la superioridad de sus talentos más bien que en la de sus fuerzas, trataron de lanzarse á la pelea con la mayor impavidez y confianza* (p. 490). Ni es disculpable el decir que "orgullosos los enemigos con sus brillantes triunfos se propasaron á mancharlos violando repetidas veces la capitulación de Ayacucho" (p. 516), y esto á propósito de la muerte del Brigadier Echavarría; ** y que Bolívar dejó el mando á Sucre y regresó de Huamanga á Lima acaso "porque creyese que reunidas las fuerzas realistas del Sur con las del Norte, iba á ser irresistible su impulso....y según otros, para que no recayese sobre sí la mengua de la derrota que recelaba." (P. 478). Y no incurre en menos injusta malicia al dar á entender (p. 528) que Rodil y demás heroicos defensores del Callao debieron á la clemencia del General Salom el que escapasen de la muerte á que Bolívar los había condenado; cuando precisamente lo contrario es la verdad, excepto que el Libertador sí los había declarado fuera de la ley porque resistían al cumplimiento de la capitulación.*** Y la injusticia pasa á negra ingra-

---

* Este pasaje concluye con una interpretación muy original, que nos induce á copiarlo: "Es, pues, evidente que la calidad de las tropas independientes era superior á la de los realistas, si bien éstos tenían á su favor el prestigio de sus anteriores victorias y los mayores talentos y pericia de los Jefes, como lo confesó el mismo Sucre, manifestando (en su parte de Ayacucho) que la ventaja de sus enemigos estaba en los piés, es decir, en el acierto de sus maniobras" (Tomo 3.°, página 489). Sucre aludió, claramente, á la mayor mobilidad de aquéllos.

** García Camba en sus "Memorias" recomienda á los Jefes capitulados en Ayacucho con su misma conducta violatoria de la capitulación, lo cual no sólo contesta á Torrente, sino que da la medida de la indulgencia de Bolívar y Sucre. Por ejemplo, á la página 271 del 2.° tomo dice: "El Coronel Aballe no consintió que el Coronel colombiano y la escolta que acompañaban al ex-Virey Laserna, pasasen adelante, mientras no recibían del nuevo Virey Tristán la autorización conveniente, y así desde Caravelí continuaron los Jefes españoles su marcha como por país propio, ocupados todos de los medios que aun se podían emplear para continuar la defensa del reino, y de los legales á que se podía recurrir para habilitar á dichos Jefes á prestar nuevos servicios. ¡Cuántas ilusiones alimentaban con este motivo las esperanzas de la más firme lealtad! ¡Cuánto aliento noble infundía la idea de la utilidad que debía ofrecer nuestra escuadra, entonces superior á la enemiga!"

*** "Una vez, en 1825, estando en la Paz el General Bolívar, recibió una carta del General Salom, en la cual mostraba este Jefe gran resentimiento contra el Brigadier don José Ramón Rodil, que, sin esperanzas de salvación, sostenía temerariamente el sitio del Callao. Grandes eran los sacrificios y penalidades de los sitiadores en aquella mansión de la muerte; pero muchos más debían ser los de los sitiados. Sin embargo, Salom exasperado al ver que los tiros disparados de aquellos soberbios é inexpugnables torreo-

titud y perversa calumnia cuando (como á la p. 534) pinta con los colores más contrarios á la verdad el carácter de Sucre, el *impecable*, como lo llamó su apasionado amigo y único superior en América; y la conducta de aquel magistrado sin tacha en su desempeño de la Presidencia de Bolivia. Al especificar las causas de la derrota de Ayacucho, varias le ocurren excepto la habilidad del enemigo, que de su misma relación salta á los ojos; llama los magníficos términos de aquella capitulación *ventajas obtenidas* por los Jefes vencidos, y no, como evidentemente fueron, graciosas concesiones del generosísimo Sucre. Pero bien se le pueden perdonar tales ligerezas, especialmente las que significan cortesía ó consuelo para los no favorecidos con el triunfo; pues en la misma obra advertimos algunos rasgos de justicia, que ojalá fueran más frecuentes en nuestros hermanos de la Península cuando se ocupan de los sucesos y personajes de América. *

---

nes le mataban ó herían algunos soldados, preparó un duro castigo á Rodil y á los suyos para cuando se rindieran, y de esto habló al Libertador. Bolívar al instante tomó la pluma, y apreciando con justicia el mérito del Jefe español, se apresuró á responder á Salom: *No me parece que conviene una venganza como la que usted desea, contra los defensores del Callao. El heroismo no merece castigo; y al vencedor sienta muy bien la generosidad. Concibo que usted tiene mil derechos para estar furioso con Rodil; pero ¡cuánto no le alabaríamos si fuera patriota!* Salom meditó estas palabras, y proclive siempre al bien y á la magnanimidad, no se vengó de Rodil, sino que le concedió mucho más de lo que pidió y debió prometerse de la capitulación." (Larrazábal, "Vida de Bolívar," introduccion, página XXI).

* "Reconcentrado el expresado ejército de Bolívar en el valle de Huarás, emprendió su marcha sobre Pasco en el mes de Julio.... Inconcebible parece cómo en tan poco tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de trasporte y cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña." (Torrente, Tomo 3.º, página 474). Nótese que esa habia sido la labor del esqueleto de Pativilca.

"Las tropas de Bolívar cruzaron los horribles desfiladeros de las cordilleras de los Andes con tanta constancia y sufrimiento, que seria un acto de injusticia negarles el gran mérito contraido en esa campaña; pero la gloria que refluye sobre ellas en haber ejecutado con tanta felicidad esta penosísima marcha, habria podido ser disputada por los realistas si su situación les hubiera permitido salirles al encuentro con antelación." (Pagina 475).

"No fué, pues, la pérdida de 400 caballos sufrida por los realistas (en Junín) la parte más sensible para el celoso General que los mandaba, sino la desconfianza que se introdujo en ellos desde que vieron tanta serenidad y firmeza en sus contrarios. Si esta acción se hubiera ganado, habria formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió, y lo formó de contrastes y reveses." (Pagina 478).

"El Ministro de Real Hacienda don Francisco Martinez de Hoz, que habia

El General García Camba, debiendo serlo menos, es mucho más avaro que su compatriota en dar justicia á los nuestros, y bebe sin criterio en fuentes impuras; pero inadvertidamente él mismo refuta sus injusticias y las de Torrente, y hace

---

salido en busca de víveres con una corta partida, se apoderó en este mismo día del equipaje de Sucre, cuyo uniforme de gala se mandó entregar al tambor mayor (del *Jerona*, dice Camba) con la idea, al parecer, de manifestar el desprecio que se hacia de las insignias rebeldes. Esta mal calculada altanería de los realistas ofendió vivamente al afortunado caudillo, á cuyos piés vió rendidos á los pocos meses á los autores de aquel escarnio.—El hombre en todas las situaciones debe tener siempre á la vista la insignificancia de las cosas terrestres y la volubilidad de la fortuna. Quien obra por estos principios; quien al hallarse en un puesto encumbrado considera á los demas como activos instrumentos que pueden derribarle á él para ocuparlo ellos á su vez; quien en medio de sus prosperidades no adquiere otro engreimiento sino el que resulta de las buenas acciones; si á éstas ha debido su suerte feliz; y quien adquiere mayores grados de modestia, de afabilidad y dulzura á medida que se ve mas adulado por la misma fortuna, nunca tendra motivos de arrepentirse de haber chocado con personas que pueden llegar por un curso natural de los sucesos á ser árbitros de su suerte." (Página 481). En ese filósofo cristiano, mas modesto y afable cuanto más adulado por la fortuna, hizo Torrente, sin advertirlo, el fiel retrato moral del nunca bien lamentado Mariscal de Ayacucho, como lo confirmarán cuantos lo conocieron y recuerden, si no basta al efecto leer la capitulación que concedió á sus contrarios, *añadiendo* humanidad y cortesía á cuanto ellos solicitaron. De paso apuntaré que Sucre no llegó a saber que su uniforme había sido dado al tambor mayor de aquel cuerpo realista, que por cierto se condujo tan mal en Ayacucho, según el testimonio de Torrente y de Camba; y es seguro que si lo hubiese sabido, no habria hecho más que sonreirse del llamado escarnio, pues tan grande hombre no hacia caso de pequeñeces, y á la amabilidad de una dama reunía la inalterabilidad de un ingles."

"Así terminó esta desgraciada batalla, sin que se hubieran salvado de ella sino muy pocos individuos, que por haber tomado una fuga anticipada ó por ir mejor montados, pudieron llegar al Cuzco con bastante trabajo. Increíble parece que la pérdida de una acción, aunque reñida y sangrienta, haya tenido resultados tan decisivos: otras veces hemos visto ser batido un ejército ó una división y replegarse una parte de sus tropas á algun punto designado de reunión.... Los Jefes y oficiales del Virey Laserna se hallaron en la dura alternativa, ó de caer en manos de Sucre ó en las de Olañeta: prefirieron lo primero, seguros de hallar entre los enemigos la seguridad que temían les fuera negada por su terrible antagonista." (Página 502). No puede evidenciarse mejor la muy singular rapidez y el verdadero genio con que Sucre, sin tropas andadoras como las de los realistas, completó su victoria aprovechándola cuanto podía desearse; y la *seguridad* que los mismos Jefes vencidos abrigaban de la cultura y magnanimidad de su vencedor.

"Los disidentes no tenian más patria que la América: aunque batidos una y mil veces, y obligados sus caudillos á mendigar algún auxilio en los países ó islas contiguas y en los bosques é impenetrables desiertos, volvían con nuevo ardor a la pelea, aunque no pudieran contar con ninguna de las probabilidades de la victoria. La emigración era para ellos más terrible que la misma muerte: a fuerza de su indomable valor y constancia llegaron á

recaer sobre los Jefes españoles toda la responsabilidad por el mal éxito de sus operaciones. Finalmente, los imparciales hallarán en uno y otro historiador datos abonados para admirar la obra de Bolívar en el Perú, y la de Sucre en la retirada del Apurímac y en el campo de Ayacucho. *

---

hacerse superiores á sus desgracias y á dominar la misma fortuna." (P. 609). Y estos son los héroes á quienes Torrente alguna vez, y Camba a cada paso, no califica sino de *afortunados*. Ese fué particularmente Bolívar, sólo que España también era patria para él; que nada tenía que temer de la emigración, por sí mismo; y que no *se hizo*, sino que *siempre* se mostró superior á sus innumerables reveses y desventuras, después de los cuales, como dijo el General Morillo, reaparecía más hábil que nunca y más enérgico y temible.

Todo aquel *Discurso final* de Torrente merece leerse, pues aparte de la quimera de reconquista á que tiende, reconoce expresamente entre las causas de la pérdida de la América para España, la exaltación de los peninsulares por tener parte en su Gobierno, á pretexto de desconfiar de la fidelidad de los criollos; la arrogancia de las tropas expedicionarias, y el impolítico desprecio con que los pueblos fueron mirados al principio; la conducta violenta de algunos de los encargados de los mandos; el descuido y la torpeza de muchos militares españoles (palabras todas del historiador); y hace estas observaciones, justas en un todo, como consta, por ejemplo, de la casi interminable guerra de Pasto y de las campañas de Boves en Venezuela y de Bolívar y Sucre en el Perú: "La América no se ha perdido por la fuerza de la opinión á favor de la independencia..... No estaba preparada para una revolución tan sangrienta..... Al principio de esta guerra civil los combatientes por una y otra parte eran naturales del país, y ningún individuo perteneciente al ejército español se pasó á las banderas contrarias hasta que la imprudente conducta de algunos de sus Jefes, y su falta de política para conservar el prestigio real, retrajo á muchos de la carrera de la fidelidad." (P. 607).

"La pérdida del Perú fué tanto más sensible cuanto que sucedió cuando menos se esperaba, cuando ya sus defensores habían destruído casi todos sus enemigos, cuando ya habían corrido todos los riesgos de penosas campañas y cuando ya habían adquirido el renombre de invencibles. No nos admiramos por lo tanto de ver á algunos de los Jefes de dicho ejército realista, derramar lágrimas de dolor siempre que se habla en su presencia de tan funestos acontecimientos." (P. 515).

* García Camba, aunque testigo y actor en aquella lucha y personalmente beneficiado por la generosa política de Sucre y del Libertador, repugna mucho más que Torrente el reconocimiento del mérito y virtudes de tales adversarios, sin advertir cuánto más empequeñece así á los que por ellos fueron vencidos. No obstante que su obra es muy abonado testimonio sobre la serie de situaciones ingratas y probadoras en que Bolívar se encontró en el Perú por los celos y la prevención de propios y extraños y por las monstruosas traiciones que se sucedieron, no le merecen una palabra de admiración, sino miserables censuras, el incomparable valor, la energía y actividad que desplegó entonces aquel semidiós, hasta aceptar y ejercer la Dictadura en los instantes de mayor aislamiento, como si provocado por su mala fortuna, en vez de huír de ella, se le abocase á asirla por la cabeza como a bestia viciosa. Y no lo llama sino el *afortunado*, el *dichoso Bolívar*, y lo mismo á

Hasta donde cabe hermosura en la furia de la guerra, esa retirada y la batalla que vino á coronarla son clásicamente bellas y originales. Por la primera resolvió Sucre el árduo problema de retirarse el trecho de ochenta leguas, constantemente flanqueado y aun cortado por un enemigo *doble al principio* en número, y mucho más móvil que él y práctico del terreno; y

---

Sucre, y harto hace con reconocerle al primero que indudablemente carecía de medios de resistencia, que su energía dió fruto, que conocía bien el terreno que pisaba, que aclimató habilmente sus tropas para la campaña de Junín, que antes de aquel combate sus movimientos fueron militares y prudentes, que burló y estuvo á punto de cortar á Canterac, que los escuadrones colombianos aguardaron allí la carga á pié firme "con admirable resolución," y que el resultado de Junín fué un golpe mortal para la causa realista en el Perú; y al General Sucre, que en su retirada cruzó el río Pangora sin ser advertido, y que en Ayacucho mostró que era *harto entendido* y que *no carecía de capacidad.* Califica al Libertador de *advenedizo*, de *ambicioso*, de *intrigante* y *sanguinario*, porque en la hora de la traición aconseja el rigor; y llámalo *astuto*, *doble* y *simulado* porque instruye á Torretagle para darle á ganar un poco de tiempo conferenciando pacíficamente con el enemigo, recurso que aplaude en el Coronel español Casariego cuando éste lo empleó para asegurar la infame entrega del Callao. Los calumniosos y cizañeros desahogos del traidor Torretagle contra el redentor de su país, son para Camba un fondo de información histórica de primera importancia, pues los reproduce con sus documentos; y quiza usa igualmente las elucubraciones del despecho de Rivagüero, aunque el mismo Camba establece sobre su propio testimonio la traición de aquel peruano, y observa *egoísmo* en sus anteriores servicios á su patria (T. 2.º, p. 86). Acuérdanse Torrente y Camba en que no el genio de Bolívar y Sucre, sino el golpe de Junín, y la escición de Olañeta, obraron la emancipación del Perú; y ni á uno ni a otro ocurre que la misma escición y pertinacia de Olañeta (única gracia que la fortuna hizo á Bolívar en el Perú) fué también obra del genio de Bolívar, esto es, de la fe y el entusiasmo que comunicó á los verdaderos patriotas, entre ellos á varios consejeros de Olañeta; y ventaja vivamente fomentada por Bolívar, como aparece por la propia historia de Camba (Ps. 102, 156, 158, 189 y 362), y la de Torrente (T. 3.º p. 311).

En compensación de estas cortedades de juicio, Camba contradice sin advertirlo la aserción de Torrente, de que los Jefes españoles hubiesen destruído alguna vez fuerzas colombianas en el Perú antes de Corpahuaico, pues Torrente no pudo aludir sino al lance de Arequipa, respecto del cual explica el primero (T. 2.º, ps. 83 y 88) que el General Sucre no participó de la disolución del ejército de Santa Cruz, toda vez que llamado por éste muy tarde y siéndole imposible auxiliarlo, reembarcó su división colombiana y volvió con ella á Pisco [no al Callao, como dice Camba] "con pérdida de la mejoe parte de su caballería." Y esta mejor parte no fué sino un escuadrón chileno denominado *de los Inocentes* por su indisciplina, comandado por Miller y Raulet, que moviéndose cerca de Arequipa "para reconocer las tropas españolas" [p. 75] huyó, como tenía que hacerlo, del Brigadier Ferraz que "con dos escuadrones escogidos y cuatro compañías de *Cantabria*," le salió al encuentro.

Los compatriotas de Camba que participen de su espíritu parsimonioso

por un territorio de la más peligrosa topografía imaginable, apurado ya de recursos por ambos ejércitos (V. Torrente, 3º 480) y activamente hostil, sobre todo en los últimos días: retirada hecha por Sucre con mucho menos pérdida que la de su enemigo, concentrando sus fuerzas á su vista, haciéndose respetar y aun evitar de él, burlando á tantos expertos Generales en los varios artificios que discurrían para perderlo, excepto en uno, del cual sin embargo salió airoso y admirado por ellos; adelantándose á frustar todos sus golpes, desde Chuquibambilla del 2 de Noviembre hasta la ocupación de Quínua verificada el 6 del siguiente mes (V. Torrente, 481 á 487); y retirándose, en fin, no para salvar su ejército, sino para atacar y aniquilar el del adversario cuando y como le convino hacerlo, y persuadiéndolo entonces de que su parada y posición eran forzadas por aquél, cuando sucedía precisamente lo contrario. Señálese en la historia una retirada de tales condiciones y con tal desenlace.

Fijado el campo de batalla, en él resolvió Sucre con audaz prudencia y con la misma perfección, el problema de destruír 9,300 hombres con 5,700, * haciendo lo contrario de lo que tal vez habría hecho cualquiera otro General, es decir, no eligiendo un desfiladero ú otra posición patentemente fuerte y favorable al menor número, sino cediendo al adversario la posición dominante, estrechando allí su frente de suerte que no pudiese obrar sino por masas, inutilizándole en gran parte dos de las armas, (caballería y artillería), y embarazando la mutua observación y

---

con los adversarios, notarán por otra parte, que, confesándole habilidad á Bolívar y á Sucre en sus marchas y batallas, ofrece él mismo un lastimoso contraste con la descripción y calificativos que le merecen la inacción de Canterac en Jauja, sus movimientos y disposiciones en Junín, *sin reflexión, cordura ni inteligencia; el no haber dejado reserva alguna para el combate*, mandando con presunción alejar su infantería; y sobre todo, su inexplicable fuga, más bien que retirada, en que perdió tres mil hombres, 700 fusiles y toda la moral [Ps. 191 á 202]. Tampoco parece satisfacerle la marcha posterior de Laserna en persecución de Sucre, marcha lisiada de vacilaciones y consultas; y mucho menos las disposiciones de Ayacucho, en donde á una batalla habría preferido Camba que se iniciase *guerra defensiva ó de partidas!* Esto daña los elogios de Torrente á los superiores talentos y pericia de sus Jefes y le devuelve con ventaja el falso cargo de torpeza que hizo á Sucre por haber empleado en Ayacucho todas sus reservas. Lease, en fin, en Torrente su relación de esa retirada de Sucre, y aun allí admirará cualquier despreocupado la prodigiosa maestría y sagacidad desplegadas en toda ella por el General colombiano.

* En el mismo Camba [T. 2.º p., 324], aparece por testimonio español que el número de hombres de Laserna era mucho mayor que el de Sucre.

apoyo de todas ellas, en tanto que él se reservó una posición segura aunque inferior, de fácil y espedito concurso para todas sus armas, y con la preciosa circunstancia de poder elegir el momento de ataque y la magnitud de la masa atacable, que una vez derrotada le ayudaría poderosamente contra la restante, y marcando para el efecto las armas, los hombres, las distancias, los pormenores, los momentos, con previsión y economía pasmosas. Presenciado esto, nada más obvio y hacedero, como el huevo de Colón, como un cuadro de Rafael, como toda sublimidad del genio; pero aquí también podemos exclamar: cualquiera lo hace, mas nadie lo había hecho antes que el General Sucre. Con la unidad y armonía de una obra de genio, las partes de Ayacucho corresponden al total: por ejemplo, la destrucción de la División Monet por el Batallón *Caracas*, fué en compendio el plan y la obra de toda la batalla; y ésta, no un cáos, una nube, un enigma, como es, según Víctor Hugo, cualquiera gran batalla, sino un juego terrible, visto y dominado por Sucre en todo sus lances; un sólido silogismo de lanza y bayoneta; una mole granítica donde á golpes de muerte labró la América independiente.

Sello de la gloria del Gran Mariscal de Ayacucho fué la insana emulación que suscitó lo inaudito y definitivo de su triunfo. No hace cuarenta años, y muerto él cincuenta y tantos años antes, todavía tanta luz desvelaba á sus envidiosos. Un sobrino suyo, don Domingo de Alcalá, con el espontáneo concurso de muchos beneméritos peruanos y de otras repúblicas, rechazó sus tiros en un interesante folleto titulado "Para la historia de la América del Sur," impreso en Lima en 1850.

Fresca aún la sangre de Ayacucho hubo quien discurriese que aquella victoria se debía á la superior maestría del General Lamar, sólo porque acompañó á Sucre en la elección del campo; y otros afirmaron que si Valdés, y no Laserna y Canterac, hubiese dirigido á los realistas, Sucre habría sucumbido, también por su inferioridad respecto de aquél. El tiempo se burló de ambas especies: de la primera, en el Portete de Tarqui, á donde se asegura que algunos émulos de Lamar, con el designio de perderlo, indujéronlo á ir á estrellarse con el Mariscal Sucre, á pesar de los fraternales esfuerzos de éste para evitar tal escándalo. De la segunda, en la célebre sorpresa de las Amézcuas, dada en 1835 por Zumalacarregui á Valdés, lance muy semejante al que Valdés preparó á Sucre en Corpahuaico, pero del cual salió el Jefe español completamente deshecho. Valdés tenía, notoriamente, el defecto de su cualidad: era rápido y brillante, pero precipi-

tado, como lo probó en el alto Perú y más tarde en la Península. Lamar dijo el día 8 por la tarde, señalando el Cundurcunca y aludiendo á los realistas: *por allí subirán, por allí bajarán*; pero ya nuestro campo estaba trazado sobre ese cálculo, hijo del respeto inspirado en Junín por nuestros ginetes, que traía al ejército español de alto en alto y últimamente de Pacaicasa á Cundurcunca. El miedo, pésimo consejero, nos lo situó allí; no siempre un buen mirador es buen campo de batalla.

Mi memoria, mi alma se resiste á pasar con el tiempo más acá de aquella fecha inmortal, que hay de por medio un abismo de lástimas, un cáos de pequeñez. Bolívar, Sucre, Lamar, Córdoba, Carvajal, Cuervo..... en la oficialidad Salvador Córdoba, Tadeo Galindo, José M. Vezga, Tomás Herrera, José M. Melo, Manuel María Franco, Pablo Merino, Juan Camacáro, José A. Segovia, Francisco Piedrahita..... tantas sombras queridas, dramas espantosos, tristes y apresuradas muertes, vergüenza de todos nosotros, y congoja y soledad de los que sobrevivimos. En España otro tanto: Canterac asesinado en 1834 en Madrid, por un motín oscuro, y sabe Dios cuántos otros muertos como él, y todos sus patriotas compañeros empeñados hasta 1839 en una guerra no infecunda para la nacionalidad, pero atrozmente fratricida. La misma raza, con sus mismas grandezas y ruindades, con los mismos extremos sublimes y odiosos, con la misma lamentable violencia de carrera y de fin; raza meteórica, de fierro y de llamas, liga fantástica de romana y oriental. Leed los anales de la madre Patria, leed los nuestros desde la conquista, y atreveos después á pedir á Bolívar la templanza y la serena fortuna de Jorge Washington. El suelo determina la forma hasta del cielo que lo cubre. Bolívar pensaba, adivinaba en 1819 y en 1830 lo mismo que en 1815 (V. Baralt y Díaz, t. 3º, p. 358 &ª); se inmoló entero y á sabiendas; sus llamados desvaríos, sus despechos, no fueron obra suya; sus amarguras no fueron desengaños. Más feliz que él, el *impecable* Sucre, "el filósofo guerrero," "hombre que se había anticipado algunos siglos á la éra de nuestra civilización," * logró morir á tiempo, alcanzado por la fatalidad de su gente antes que el Padre y Profeta de cinco repúblicas.

Probemos ahora el ver si al cabo de medio siglo somos capaces de perdonar tanta virtud, tantos beneficios, tanta gloria.

---

* Bellas y exactas expresiones, la primera del doctor Don José Manuel Losa, Ministro de Bolivia en el Perú; y la segunda, del doctor Don Miguel del Carpio, Consejero de Estado peruano.

Sea Ayacucho el campo de nuestros abrazos, el crisol de nuestra fusión fraternal, el ara santa de nuestra purificación, la arena de nuestros juegos olímpicos, á donde acudan con igual derecho nuestros hermanos de ultramar á conquistarnos y ser conquistados con la única conquista legítima, duradera y fecunda: no la de la espada que mata, la del orgullo que ciega y envenena, la de tierra que se deshace y se escapa, la de formas y palabras que nada esencial significan, pero que al vecino deben respetársele: sino la conquista del amor que arde igualmente en nuestra sangre y clama en una misma voz en nuestras lenguas; la del bien común, que es el mayor bien de cada uno y el único que responde á las necesidades de todos; la del espíritu que eleva y vivifica restableciendo la pujante unidad perdida y la fe quebrantada, é imponiendo fuera de nosotros el aprecio y respeto universal que nuestro pasado acredita que merecemos. *

He tratado de resucitar nuestro más famoso día, con su atmósfera etérea de virtud, y evocando los sagrados espíritus que lo pueblan en el culto de mi alma; y bien sé que si hay una juventud predispuesta á inflamarse á su aliento poderoso, esa es la de mi patria, y que al surgir para ella una causa tan elevada como la que dió por fruto á Junín y Ayacucho, surgirán aquí á su medida millares de hombres de aquel gran tipo moral que desde Bolívar y Sucre hasta el humilde Sargento Pontón, sobresalió no menos que por la valentía, por la generosidad. No disipeis lastimosamente el genio y los bríos nativos en causas menos dignas de precedentes como los nuestros, en lides que os estrechen el horizonte y el corazón. Mirad con orgullo, con amor propio, por el decoro de la hija de padres inmortales; y ya que ellos fueron tan modestos que no os contaron despacio sus grandes hechos, perdonad si por amor á ellos y á vosotros hizo la tentativa de llenar tal vacío respecto de Ayacucho un simple oficial del Estado Mayor General Libertador.

---

* "Dia llegará, dijo Lord Brougham, en que se mida la verdadera cultura de un pueblo por el grado de aprecio que él haga del nombre y virtudes de Jorge Washington." Mucho honra al sabio inglés haber juzgado así á quien emancipó de la corona la América del Norte, en fuerza del mismo vigor inglés y para multiplicar su misma activad y su prestigio. No fueron menos, é hicieron mucho mas que él, Bolívar y Sucre, creadores del pueblo, en vez de creados y sostenidos por él como lo fué Washington. Los hispanoamericanos sentimos que el Cid, Pelayo, Castaños, Mina, etc., son héroes nuestros, y los amamos y nos enorgullecemos de ellos. Cuando España sienta lo mismo de los héroes de acá (y conocemos generosos españoles que ya lo sienten), entonces el verdadero sol, no el de Carlos V, dejará de tener ocaso en *nuestros* dominios. Entretanto.....lidiemos y gritemos por empequeñecernos, cuando las demas familias suspiran, cantan y lidian por completarse y robustecerse.

CAPITULACION DE AYACUCHO.

Don José Canterac, Teniente General de los Reales Ejércitos de su Majestad Católica, encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excelentísimo señor Virey Don José de Laserna, habiendo oído á los señores Generales y Jefes que se reunieron después que el Ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo á las tropas independientes; y debiendo conciliar á un tiempo el honor á los restos de esta fuerza, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor General de División de la República de Colombia, D. Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú, será entregado á las armas del Ejército Unido Libertador, hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

(R). 1º Concedido: Y también serán entregados los restos del Ejército español, los bagajes y caballos de tropa, las guarniciones que se hallen en todo el territorio, y demás fuerzas y objetos pertenecientes al Gobierno español.

2º Todo individuo del Ejército español podrá libremente regresar á su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entre tanto la debida consideración, y socorriéndole á lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente á su empleo, interin permanezca en el territorio.

2º Concedido: Pero el Gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione trasportes. Los que marcharen á España, no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la Independencia, y ningún individuo podrá ir á punto alguno de América que esté ocupado por las armas españolas.

3º Cualquier individuo de los que componen el ejército español será admitido en el del Perú en su propio empleo, si lo quisiere.

3º Concedido.

4º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados á favor

de la causa del Rey, ni los conocidos por pasados: en este concepto tendrán derecho á todos los artículos de este Tratado.

4º Concedido: Si su conducta no turbare el orden público, y fuere conforme á las leyes.

5º Cualquier habitante del Perú, bien sea europeo ó americano, eclesiástico ó comerciante, propietario ó empleado, que le acomode trasladarse á otro país, podrá verificarlo en virtud de este Convenio, llevando consigo su familia y propiedades, prestándole el Estado protección hasta su salida, y si eligiese vivir en el país, será considerado como los peruanos.

5º Concedido: Respecto á los habitantes del país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

6º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse á la Península y tengan allí intereses de su pertenencia.

6º Concedido: Como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de modo alguno hostil á la causa de la libertad y de la Independencia de América, pues en caso contrario el Gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

7º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del artículo 5º, y no se le exigirán más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del Ejército.

7º Concedido.

8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del Gobierno español en el territorio.

8º El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga á los intereses de la República.

9º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos; y si alguno ó algunos no lo fuesen ó prefiriesen trasladarse á otro país, serán comprendidos en los artículos 2º y 5º

9º Continuarán en sus destinos los empleados que el Gobierno guste confirmar, según su comportación.

10. Todo individuo del Ejército, ó empleado que prefiera separarse del serivcio y quedarse en el país, lo podrá verificar, y en este caso, sus personas serán sagradamente respetadas.

10. Concedido.

11. La plaza del Callao será entregada al Ejército Unido

Libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este Tratado.

11. Concedido: Pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias será entregada á disposición de Su Excelencia el Libertador dentro de veinte días.

12. Se enviarán Jefes de los Ejércitos Español y Unido Libertador á las Provincias, para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias, y las tropas de las guarniciones.

12. Concedido. Comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las Provincias estarán del todo entregadas á los Jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.

13. Se permitirá á los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses después de la ratificación de este Convenio, para habilitarse y salir del mar Pacífico.

13. Concedido. Pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco á su salida del Pacífico, siendo obligados á salir de todos los mares de América, no pudiendo tocar en Chiloé ni en ningún pueblo de América ocupado por los españoles.

14. Se dará pasaporte á los buques de guerra y mercantes españoles para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.

14. Concedido: Según el artículo anterior.

15. Todos los Jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.

15. Concedido: Y los heridos se auxiliarán por cuenta del Erario del Perú, hasta que completamente restablecidos dispongan de su persona. *(Adición del General Sucre)*.

16. Los Generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas, y podrán tener consigo á su servicio los asistentes correspondientes á sus clases, y los criados que tuvieren.

16. Concedido: Pero mientras duren en el territorio estarán sujetos á las leyes del país.

17. A los individuos del Ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este Convenio, se les permitirá reunir sus familias é intereses y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar á su destino.

17. Concedido.

18. Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente Tratado, se interpretará á favor de los individuos del Ejército español.

18. Concedido: Esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluídos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos Convenios, se firmarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convengan. Dados y firmados por nuestras manos en el campo de Ayacucho, á 9 de Diciembre de 1824.

José Canterac—Antonio José de Sucre.

PROCLAMA DEL GENERAL SUCRE.

El General en Jefe del Ejército Unido.

Soldados: Sobre el campo de Ayacucho habeis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles que vencieron catorce años en esta República, están ya humillados á vuestros piés.

Peruanos: Sois los escogidos de vuestra Patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

Colombianos: Del Orinoco al Desaguadero habéis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las ha destinado la victoria para garantir la libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel general en Ayacucho, á 10 de Diciembre de 1824.

Antonio José de Sucre.

SUCESOS POSTERIORES.

La Audiencia del Cuzco, presidida por el Mariscal de Campo Don Antonio María Alvarez, luégo que tuvo conoci-

miento de la prisión del Virey y de la pérdida de su Ejército, nombró de Virey al Mariscal de Campo Don Pío Tristán, que se hallaba en Arequipa. Este General, investido con el carácter de Virey, empezó á tomar medidas muy activas, y por el momento intentó sostener la moribunda causa de su Monarca, contando para ello con los Generales Alvarez, Montenegro y Echavarría, con el Coronel Maroto, con otros Jefes y Oficiales, y con 1,700 hombres que tenía en el Cuzco, 700 en Arequipa, 600 en Quilca, 400 en Puno y algunos mas de otras guarniciones y destacamentos; pero se convenció bien pronto de su impotencia para resistir á nuestro Ejército victorioso, y se acogió á la capitulación de Ayacucho, cuando el Libertador se dirigió al General Alvarez haciéndole presente que toda resistencia sería inútil, puesto que ya no le quedaba en América al Gobierno español un solo pueblo donde fuera reconocida su autoridad; y por último, como para convencerlo de su difícil posición, con ese poético lenguaje que acostumbraba, se expresaba así:

"Sabrá Usía que desde el Magallanes hasta el golfo de México, toda la América es independiente:

"Sabrá Usía que las huestes colombianas han venido sombreadas por un bosque de laureles desde la riberas del Orinoco, hasta calmar su sed en las aguas del Guayas:

"Sabrá Usía que la nube cargada de tempestades que tronó en el Atlántico, voló al Pacífico para ir á descargar sobre el campo de Ayacucho los rayos que le sobraron en Carabobo."

El General Rodil con su División, compuesta en su mayor parte de la pérfida tropa (no colombiana), que á principios del año había desertado de nuestras filas convirtiéndose en instrumento de oprobio y de opresión, no quiso someterse á las condiciones de la capitulación celebrada en Ayacucho, y permaneció por más tiempo ocupando las fortalezas del Callao, con la esperanza de recibir auxilio por mar con el General Echavarría, quien después de haberse sometido á la capitulación, aceptó del General Olañeta la comisión de ir á comprar armas para continuar las hostilidades y auxiliar al General Rodil; pero en la Costa se le puso preso y remitido á la ciudad de Arequipa, fué fusilado por haber quebrantado su juramento conforme á lo estipulado en los Tratados; sin embargo, el General Rodil continuó resistiendo en sus murallas por cerca de un año, durante el cual, perdida toda esperanza de recibir auxilios, capituló.

El día 14 el Ejército Unido se movió del campo de Ayacucho en dirección á la ciudad de Huamanga, que nos quedaba

á cinco leguas, llevando un hospital considerable de heridos de ambos ejércitos, los prisioneros y capitulados y cuantos elementos de guerra quedaron en nuestro poder. En esa ciudad se establecieron hospitales para curar convenientemente á los heridos, se aumentó y organizó el ejército con los prisioneros y capitulados, elevándolo á un pie de fuerza respetable; se hicieron varios arreglos para marchar sobre el alto Perú ocupado por las tropas del General Olañeta, y se dió pasaporte á los Generales, Jefes y Oficiales capitulados, para marchar á la Costa con el objeto de embarcarse para su patria.

Antes de salir de Huamanga, el General Sucre, tomando el nombre del Libertador y el de los Gobiernos de Colombia y el Perú, expidió á los ascendidos un despacho provisional concebido en estos términos:

"Atendiendo al mérito y servicios de usted, y á su distin-
"guida comportación en la batalla de Ayacucho, he venido en
"ascenderle á tal grado; pero por ahora estos grados serán
"considerados como del Perú, mientras no sean aprobados por
"el Gobierno de Colombia." El General Santander, Vice-Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, no vaciló un instante en aprobar los ascensos concedidos por el General Sucre, y remitió inmediatamente los despachos, á los que el General en Jefe puso el cúmplase en la ciudad de Chuquisaca. (Conservo el mío).

El 24 de aquel mes el General Sucre se hallaba en el Cuzco, en cuya ciudad le fué entregado el estandarte de Pizarro, que hacía tres siglos se hallaba depositado en la Catedral, y el diez de Enero siguiente todo el Ejército Unido se encontró allí reunido. El 16 salió de esa ciudad la División del General Córdoba, y el Ejército del Perú, los que ocuparon el Departamento de Puno, quedando la División del General Lara en la Provincia de Lampa.

La presencia del Ejército Libertador en aquellos lugares despertó vivo sentimiento de amor patrio, y el General Alvarado y los demás Jefes y Oficiales que se hallaban prisioneros en la isla de Esteves en Chucito, tuvieron la fortuna de adquirir la libertad y de volver á sus filas.

Libre el Perú-Bajo de sus enemigos, y con un Ejército suficiente para sostener su independencia, no le restaba otra cosa que llevar sus glorias hasta el Alto-Perú, y constituírse de un modo permanente.

El General en Jefe, juzgando innecesaria toda la fuerza del Ejército para destruír los últimos restos del enemigo, dis-

puso desde Puno que el General Lara con su División pasase de cuartel á la ciudad de Arequipa, situada en la costa del Sur, mientras que la división del General Córdoba y el Ejército del Perú, pasando el Desaguadero, buscaban las tropas del General Olañeta para batirlas en el primer encuentro.

En el mes de Febrero el General Lara marchó con su División para Arequipa, á donde acabó de llegar el 3 de Marzo, y el General en Jefe, pasando el Desaguadero con el resto del Ejército, llegó á la ciudad de la Paz el 8 de Febrero.

La pérdida del Ejército español en Ayacucho obró poderosamente en la desmoralización de las tropas del General Olañeta. En Cochabamba el Comandante Araya, en Valle-Grande y Santa Cruz de la Sierra las guarniciones, y un escuadrón de dragones en Chuquisaca, se pronunciaron en favor de la libertad é independencia de su Patria.

El General Olañeta, que mantenía un pequeño Ejército repartido en dos Divisiones, se dispuso á reconcentrar sus fuerzas en un punto para esperar las nuestras, y desde Potosí ordenó al Coronel López Medinaceli, Comandante General de una de ellas y que se hallaba estacionado en Copaguita, que marchase al Cuartel general con la de su mando, para hacer frente á los insurgentes, con quienes no se debía transigir. Este Jefe, que era hijo del país y que conocía su difícil posición, se convenció de que no podía resistir á nuestras tropas, como también de la justicia de la causa que sostenían los americanos, y reuniendo todos sus oficiales, se decidieron á no prolongar por más tiempo esa guerra fratricida. Bajo estos principios, aparentó obedecer la orden del General Olañeta y se puso en camino con su División para el Cuartel general, y cuando se hallaba inmediato á la otra División, que también venía en su busca para reunírsele, proclamó en Chicas, en unión del pueblo, el 30 de Marzo, la libertad de su Patria; y el 1º de Abril le presentó batalla á la otra División en Tumusla y la batió completamente, quedando muerto en el campo el General Olañeta, que perdió la vida en aquel combate por sostener obstinadamente á su Rey.

En la ciudad de la Paz recibió el General en Jefe el parte de esta ocurrencia inesperada, y asegurado del triunfo de la opinión, que despertó en aquel suelo con entusiasmo, ocupó tranquilamente todo el Alto-Perú, repartiendo las tropas de cuartel en varios pueblos.

El Libertador, que á su llegada á la Costa se ocupó en reunir los soldados que se dispersaron en la fatal salida del Coronel Urdaneta, y los que fueron saliendo de los hospitales

que quedaron á retaguardia del Ejército, consiguió organizar dos cuerpos y con ellos había ocupado á Lima el 10 de Diciembre. Los Generales Antonio Valero y Miguel A. Figueredo llegaron de Colombia llevando 1,800 hombres; con esta fuerza se pudo formar una lucida División que se destinó inmediatamente á ponerle rigoroso sitio á las fortalezas del Callao.

El General Bartolomé Salom, que llegó posteriormente, tomó el mando de estas tropas por tierra; y el Vice-Almirante don Manuel Blanco Encalada, que con una escuadrilla había venido de Chile en auxilio de la Escuadra Unida ó combinada, el de las del mar, quedando á sus órdenes el Comodoro de Colombia Juan Illingrot.

El parte de haberse ganado la batalla de Ayacucho lo recibió el Libertador el 21 de Diciembre, y ese mismo día decretó la convocatoria del Congreso constituyente, fijando el 10 de Febrero próximo para su instalación, aniversario del día en que se le confirió el Poder dictatorial, y el 25 lo anunció á la Nación por una proclama.

Instalado el Congreso constituyente el día señalado, el Libertador le dió cuenta del uso que había hecho de la facultad dictatorial, y en aquel acto mismo le devolvió al Cuerpo representativo de la Nación, ese poder tremendo que con valor heróico y patriótica abnegación había ejercido por un año, participándole que quedaba cumplida la promesa que le había hecho al pueblo peruano de completar su libertad antes de que terminara el año de 24.

El Congreso en sus primeras sesiones, ascendió al General Sucre al más alto grado de la milicia, dándole el glorioso título de Gran Mariscal de Ayacucho; decretó honores al Ejército declarándolo benemérito de la Patria en grado heróico, y le asignó un millón de pesos de gratificación y otro al Libertador, que no quiso aceptarlo. Le instó por segunda y tercera vez que lo recibiera, y entonces dispuso de veinte mil pesos que mandó dar al señor Lancaster en recompensa de haber establecido en Venezuela su sistema escolar. En virtud de su orden le dieron una letra al señor Lancaster contra una casa de Londres, y cuando la presentó, se habían agotado los fondos que tenía del Gobierno, y fué protestada; por lo cual tuvo el Libertador que hacérselos pagar de sus sueldos.

Terminó el Congreso sus sesiones sin nombrar Presidente, dejando al Libertador encargado del mando supremo, militar y político, con facultades extraordinarias y con la de poder suspender los artículos constitucionales que creyera conveniente mientras se reunía el Cuerpo legislativo.

Reanimado el espíritu público de todos los habitantes del Perú, y llenos de confianza, todo lo aguardaban del Libertador. Este en el mes de Abril, quiso recorrer personalmente una parte del país, y dejando establecido en Lima un Consejo de Gobierno para que el General Salom se entendiera con él en todo lo relativo á sus operaciones de sitio, salió de la capital por la Costa; fué visitando aquellos pueblos, revisando sus tropas, y recibiendo en todas partes los honores del triunfo, y los halagos de un tierno reconocimiento. En varios lugares ocurrieron algunas escenas tan patéticas, que llegaron á humedecer los ojos de este guerrero afortunado: entre ellas hubo varias que merecen sin duda un lugar en la historia, y estoy cierto que no faltará una pluma que pueda describirlas; mas yo solo referiré una de que fuí testigo.

A principios de Mayo llegó el Libertador á la ciudad de Arequipa, donde se encontraba de cuartel la División del General Lara. Fué recibido como debía esperarse de una ciudad populosa y cuyos habitantes exceden en ilustración á muchos pueblos de la América del Sur. La División salió á su encuentro fuera de la población; al presentarse le hizo los honores debidos á su cargo, y pocas veces le ví tan complacido como entonces; rebosaba de gozo, y me pareció que no podía dar expansión á sus sentimientos, porque se lo impedía la misma satisfacción que sentía en aquel momento. Los cuerpos plegaron en masa, y colocándose él á su frente, les dirigió estas palabras: "Soldados! veo en vosotros los primeros cuerpos de la Guardia que han dado la libertad al Nuevo Mundo, y os saludo como vencedores de Ayacucho. Viva el Perú! Viva Colombia! Viva la libertad!"

Retirados los cuerpos á sus cuarteles, toda la oficialidad se dirigió á felicitarlo á su alojamiento. Un inmenso concurso de personas notables, el Prefecto y todos sus empleados, los Magistrados, los Jueces, la Municipalidad, el Obispo y Cabildo eclesiástico, los comerciantes nacionales y extranjeros, ocupaban el patio, los corredores y las piezas que le habían destinado; y cada uno por su orden le fué dirigiendo la palabra en elocuentes discursos, á que su Excelencia contestó con fuego y entusiasmo, brillando en sus ojos una satisfacción inexplicable. De pronto, en medio del alborozo que reinaba allí, vióse venir haciéndose campo por entre la multitud, á un venerable sacerdote á quien seguían modestamente dos jovencitas de extremada belleza, de edad como de once á doce años, ricamente vestidas, y adornadas con prendas de subido valor; detrás de

ellas iban también dos criadas bien vestidas que conducían bajo sus paños unas grandes palanganas de plata. Luchando con el numeroso concurso de gente que se oponía á su paso, llegaron al fin al corredor principal, donde el Libertador permanecía en pie: las dos jovencitas se adelantan, hacen á sus criadas que pongan á las plantas del Libertador las palanganas de plata que llevaban, entre las que se veían muchas alhajas de piedras preciosas y de perlas, engastadas en oro y plata, y una cantidad de monedas acuñadas de uno y otro metal; y por turno una y otra niña le dirigen un discurso tan tierno y patético, que conmoviendo aquella numerosa reunión, la mantuvo muda y como absorta en su sentimiento, en tanto que se veían rodar lágrimas por las mejillas de muchos de los concurrentes. Las jovencitas pertenecían á una familia distinguida, y eran educandas del Colegio de aquella ciudad, que con su capellán habían venido á ofrecer al Libertador aquellas prendas y dinero para que los distribuyera entre los soldados que habían dado libertad á su patria. En la alocución que le dirigieron le manifestaron que aquellas prendas y dinero no pertenecían al Colegio ni á nadie de fuera de él; que eran fruto de labor personal de ellas y sus colegas, y que siendo lo único que poseían, lo ofrecían en recompensa de sus fatigas á sus libertadores, á quienes conceptuaban dignos de poseer cuanto ellas tenían, exigiéndoles tan sólo que les permitieran reservarse el dote de la naturaleza, la libertad. Al pronunciar estas últimas palabras, se despojaron de todas las alhajas con que iban adornadas y las unieron á las otras para hacer más cuantiosa la ofrenda. Las mejillas de estas dos criaturas celestiales se encendieron, como sonrojadas de su misma virtud, al mirarse aliviadas del peso de sus prendas, y las gracias encantadoras de la naturaleza se presentaron con todo su esplendor sin los superfluos atavíos del arte. Enternecido el Libertador y con una voz entrecortada por las efusiones inarticuladas del corazón, les contestó su discurso manifestándoles que su voluntad sería cumplida comunicando á sus soldados los términos de tan precioso presente; que, aceptáranlo ó no en su valor material, siempre los dejaría deudores de gratitud sin límites hacia las donantes; y asegurándoles que los soldados de la libertad no serían menos fieles soldados de la moral y de la civilización, consagrando con igual ardor el resto de sus días á hacer la felicidad de la más preciosa parte de la especie humana, cuya dignidad, bienestar y dicha siempre significa al mismo tiempo la dignidad y la dicha de la sociedad entera; y concluyó con estos conceptos: "En estos quince años de combates por la libertad, vuestra suerte ha

estado constantemente alimentando el valor de nuestros soldados. ¡Las hijas de la América sin patria! ¡Qué! ¿No había hombres que se la conquistaran? ¡Esclavos vuestros padres y vuestros hermanos! ¡Por esposos, humildes esclavos! ¡Esclavos también vuestros hijos! ¿Habríamos podido sufrir tanto baldón? No! Antes era preciso morir: millares y millares de vuestros compatriotas han hallado una muerte gloriosa luchando por la causa justa y santa de vuestros derechos, y esos soldados que hoy reciben de vuestras manos un premio celestial, vienen desde las costas del Atlántico buscando á vuestros opresores para vencerlos ó morir. Hijas del Sol, ya sois tan libres como hermosas, ya teneis una patria iluminada por las armas del ejército libertador, libres son vuestros padres y vuestros hermanos, libres serán vuestros esposos, y libres daréis al mundo los hijos de vuestro amor."

El Libertador era hombre tan extraordinario en la elocuencia de sus discursos, como en la extensión, rapidez y seguridad de sus campañas, y en el valor en los campos de batalla; pero pocas veces sería más elocuente que en el día de su recibimiento en Arequipa.

A esta ovación de las educandas siguió inmediatamente un acto no menos noble y generoso de los soldados colombianos de aquella División. El estado del Tesoro había obligado al General en Jefe á retener en caja la tercera parte del sueldo devengado durante la campaña, cuyos ajustamientos le iban á ser satisfechos en esos días; pero esta tropa, modelo de desprendimiento y de todos los elevados sentimientos, aquellos que con heróico valor combatieron por la libertad en Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha, se negaron á recibir el dinero que les correspondía, presentáronse al Libertador exigiendo que sus haberes fuesen distribuídos entre las educandas que tan generosamente los habían recompensado, y los huérfanos, de los cuales hay una casa establecida en aquella ciudad. Sus deseos fueron satisfechos sin demora; el señor doctor Pedro Antonio Torres, capellán del Libertador, y después Obispo de Popayán, fué el encargado de llevar á las educandas y á los huérfanos esa ofrenda, que era el precio material de las fatigas, de los riesgos y aun de la sangre de aquellos valientes que en Ayacucho vencieron á los vencedores de catorce años, como vanagloriosamente se denominaban los españoles. Pasaron ya aquellos tiempos heróicos; mas ojalá no pase nunca en las generaciones que cosechan su fruto, la memoria de tantos incidentes que pudieran registrarse semejantes á éste, en que se mostraron émulos en virtud y grandeza los cora-

zones de las generosas hijas de América y los de sus abnegados campeones, resplandeciendo á la par entre tanto esplendor moral la cortesanía y elocuencia del digno caudillo.

El Libertador pasó al Cuzco, la Paz y Potosí, y en el mes de Diciembre se hallaba en la ciudad de La Plata, hoy Sucre, capital de Bolivia, donde libremente se reunieron los Diputados de todas las Provincias del Perú-Alto para deliberar sobre su suerte futura. Esta Asamblea general acordó formar del Alto-Perú una República independiente, bajo los auspicios de su Libertador, interponiendo sus respetos y consideraciones para constituírse sin intervención de la República de Buenos Aires, á quien pertenecían antiguamente aquellos pueblos. No faltó alguna oposición del Gobierno argentino para que los alto-peruanos se constituyesen independientemente; pero al fin, cediendo aquel Gobierno en obsequio de su mediador, realizaron su anhelo de erigirse en Estado separado; y ya constituído legalmente, para dar una prueba de gratitud á su protector, le dieron el nombre de *Bolívar*, que cambiaron luego en el de Bolivia, nombrando de su primer Presidente constitucional al General Sucre, á quien el Gobierno de Colombia dió permiso para que aceptase y desempeñase tan honroso encargo.

Durante la ausencia del Libertador de la capital, el General Salom, por todos los medios posibles, activaba las operaciones del Callao. De día en día mejoraba la situación del Ejército sitiador, porque se le escaseaban los recursos al sitiado. A mediados del año el General Rodil, que no tenía los medios suficientes para mantener su escuadrilla, la que por otra parte, tampoco era capaz de oponerse á la del Perú, Colombia y Chile unidas, se resolvió á mandarla á la Península en busca de refuerzos; y después de haber remontado algunos grados al Sur, á cierta altura, se sublevó la tripulación y marineros del navío *Asia*, y se presentaron con él al Gobierno de México, exigiendo por este hecho que se les abonasen sus sueldos devengados, y que entregarían el buque, á lo que accedió el Gobierno muy gustoso. El mismo ejemplo siguió el bergantín *Aquiles*, presentándose del propio modo al Gobierno de Chile; y sólo la corbeta continuó su viaje á España á llevar á su Monarca tan desagradable noti, cia. La ausencia de la escuadrilla española de nuestras costas obligó al Consejo de Gobierno á disminuír la Escuadra sitiadora, que con buques más que suficientes no hacía otra cosa que aumentar los gastos del Tesoro nacional sin producir ventaja alguna, y con este motivo, dándole las gracias al Vice-almirante Blanco Encalada por su activa cooperación y servicios, se le

mandó hacer su ajustamiento á su Escuadra, se le abonó su haber, y se le ordenó que entregase el mando al Comodoro de Colombia Juan Illingrot, permitiéndole retirarse á Chile con la de su mando.

El General Salom en 15 de Julio había invitado al General Rodil para que por medio de una capitulación honrosa, pusiese término á los males que afligían á la guarnición y vecindario del Callao; pero este General le contestó el 17 negándose á toda transacción, haciendo valer por pretexto su honor y reputación. Las hostilidades continuaron, y el 11 de Enero del año siguiente, 1826, en que el General Rodil se encontraba rigurosamente estrechado y sin esperanzas de recursos, y en que se esperaba al libertador de un día á otro, exigió del General Salom se le permitiese enviar un oficial al buque del Comodoro inglés en la isla, para informarse por los papeles públicos, del estado de Europa. Concedida esta demanda, é impuesto de cuanto deseaba, ofició el 15 proponiendo que se nombrasen comisionados para celebrar tratados. Después de varias comunicaciones relativas á este objeto, el General Salom, autorizado de antemano por el Libertador, y luego por el Consejo de Gobierno, nombró por su parte al Comodoro de Colombia Juan Illingrot y al Teniente Coronel del Perú don Manuel Larenas, como comisionados, dándoles de Secretario al Sargento mayor don Francisco Gálvez. El General Rodil nombró por la suya á los Tenientes Coroneles don Francisco Duro y don Bernardo Villazón, sirviendo de Secretario el Teniente don Manuel Domínguez. Reunidos éstos el 18 en una barraca de toldos situada entre los sitiadores y sitiados, se celebró una capitulación que nos devolvió las fortalezas del Callao, que hacía dos años nos había arrancado la más negra perfidia.

El 23 de Enero de 1826, á las ocho y media de la mañana, el Ejército sitiador ocupó las fortalezas del Callao, y el Brigadier don José Ramón Rodil, después de haber hecho la entrega, acompañado de los jefes y oficiales que lo quisieron seguir, entre ellos el traidor Moyano, que hizo parte de su comitiva, se embarcaron en unos buques ingleses para dirigirse á la Península.

CAPITULACION DE LA PLAZA DEL CALLAO.

Los Diputados, reunidos en el camino cubierto, frente á la plaza del Callao, para tratar una capitulacion entre ésta el y

ejército sitiador, y poner término á la guerra del Perú, á saber: por parte del General de Brigada en Jefe del Ejército sitiador Bartolomé Salom, el Coronel-comandante en Jefe de la Escuadra unida Juan Illingrot, y el Teniente-coronel Comandante de artillería del Perú don Manuel Larenas; y por parte del Brigadier Gobernador de la plaza del Callao, don José Ramón Rodil, los Tenientes-coroneles Comandante de artillería don Francisco Duro, é interino de ingenieros don Bernardo Villazon - convencidos de la necesidad de terminar los desastres de la guerra que por tanto tiempo ha oprimido este país, convienen en los artículos siguientes:

Proposiciones que hacen los Diputados por la plaza:

1.° Se concederá una amnistía ó perdón general á todos y cada uno de los individuos de cualquier clase, sexo ó condición que fueren, así militares, eclesiásticos, como civiles, y por consiguiente inviolables sus personas, sean cuales fueren sus servicios al Rey. Contestación.

1.° Concedido, respecto á su conducta pasada hasta la rendición de la plaza.

2.° Los Jefes, oficiales y empleados que prefieran restituírse á la Península á quedarse en el país, podrán hacerlo, y se les proporcionará pasaje para verificar su marcha por cuenta del Estado de la República en transporte inglés.

2.° Concedido, en inteligencia de que los empleados no pasen de tres.

3.° Como hay algunos individuos de tropa y gente de mar, procedentes de los cuerpos expedicionarios de la Península, y son en corto número acreedores á regresar á sus hogares, se les permitirá su pasaje á los que gustosamente quisieren, por cuenta del Estado del Perú hasta el Janeiro, y á los demás á las provincias de su oriundez.

3°. Concedido, respecto á los peninsulares. Los americanos serán enrolados en los cuerpos del Ejército sitiador.

4.° Se permitirá que un transporte inglés venga á la bahía á recibir sus equipajes en el momento de la ratificación de la capitulación; y los Jefes, oficiales, tropa y gente de mar, pasarán á su bordo acto continuo que sean relevadas las guardias por el Ejército sitiador, cuyo buque servirá para conducirlos á Europa ó para conservarlos en depósito, según acuerde el Gobernador con el Comandante de la fragata de guerra de S. M. B. la *Briton*, mientras que se proporciona el modo de su pasaje.

4.° El embarque de los equipajes deberá practicarse después de la ratificación, relevo de todos los puestos de la plaza y co-

rrespondiente reconocimiento por los que fueren comisionados al efecto en presencia de sus dueños.

5.° El Gobierno de la República del Perú depositará en la misma fragata de S. M. B. la *Briton*, la suma del pasaje de todos los individuos que estén aptos para marchar á la Península incontinentimente, á fin de obviar incomodidades, marcando el señor Comandante del expresado buque, el importe de cada uno, puesto que el transporte ha de ser bajo su pabellón, debiendo entregar el Gobernador, en el acto de ratificar los tratados, relación nominal clasificada de los que se hallen en semejante caso, y servirá para que un comisario del Ejército sitiador pase revista á certificarse de su existencia.

5.° El Gobierno de la República proveerá, luego que se verifique la ratificación de este tratado, la suma necesaria, á concepto de los señores Comandante en Jefe de la Escuadra Unida y de la fragata de guerra inglesa la *Briton* para el pasaje de todos los individuos comprendidos en la relación presentada por los señores comisionados por la plaza, y éstos elegirán la bandera y seguridades que gusten para su cómodo transporte.

6.° El Gobernador ratificará á bordo de la *Briton* la capitulación, y desde este momento permanecerá en ella por rehenes hasta que la guarnición del Ejército sitiador se posesione de la plaza en la forma que se estipulará, y después quedará expedito para marcharse cuanto antes le sea posible á dar cuenta á S. M. C.

6.° La ratificación se hará en la misma plaza, y su Gobernador debe presenciar la entrega, la cual verificada, puede embarcarse con la parte de guarnición que ha de hacerlo en el transporte inglés destinado al efecto.

7.° Un General de Brigada del Ejército sitiador pasará también en rehenes á bordo de la *Briton* en el instante que lo verifique el Gobernador de la plaza, y será libre de esta obligación cumplidos que sean los artículos 4.° y 5.°

7.° No habrá rehenes por alguna de las partes contratantes.

8.° El Gobernador, Jefes y Oficiales conservarán el uso de uniforme y espada, y podrán llevar los asistentes correspondientes á su clase, y los criados que tuvieren.

8.° Concedido.

9.° A los Jefes, Oficiales, tropa y toda clase de los empleados que deben quedarse en el país, se les concederá por el Gobierno de la República pasaporte ó licencia para regresar á sus domicilios ó á donde mejor les convenga, también por cuenta de la misma.

9.° Concedido, respecto á los pasaportes y salvo-conducto.

10. Los Jefes, Oficiales y tropa sacarán su ropa, dinero, libros, ajuar de servicio, monturas, asistentes, y cuanto les pertenezca á ellos y á sus respectivas familias, previa revisión de un Jefe del Ejército sitiador, si se considera prudente.

10. Concedido, con la prevención de que en lo respectivo á alhajas y dinero sólo podrán llevar lo que valga la mitad de sus haberes en el sitio, no entendiéndose comprendido en esta especie el servicio particular de plata proporcionado á cada clase.

11. Los Jefes, Oficiales y empleados que les acomodase el servicio de la República, serán admitidos en sus graduaciones respectivas.

11. Negado.

12. Que se conserven á los eclesiásticos de todas clases, y á los paisanos, sus haberes é intereses.

12. Concedido, con arreglo á la ley de 2 de Marzo de 1825 respecto de los bienes existentes fuera de la plaza.

13. Se concederán seis meses de tiempo á los paisanos, tanto seculares como eclesiásticos, y empleados de todas clases, para vender sus bienes raíces; y se les permitirá retirarse con su producto y familias al país que eligieren, igualmente que á las viudas de los oficiales que hayan fallecido en el sitio.

13. Concedido, con restricción á la misma ley de 2 de Marzo en toda su extensión y relaciones.

14. El pueblo no será vejado, ni se le exigirá más contribución que á otro cualquier sujeto de la República.

14. Concedido.

15. Los individuos de la Sección de Confianza, Batallón de Obreros y guerrillas de Lima y Chancay, son considerados como de milicias, exceptuando los oficiales del 2.°, que son veteranos, y gozarán de los beneficios que á cada clase dispensen estos tratados.

15. Concedido.

16. Los individuos esclavos que sirven provisionalmente en los cuerpos, volverán con sus dueños legítimos, como lo acreditarán con papeles del Gobierno que se les expidió con semejante condición.

16. Concedido, respecto á los enrolados durante el sitio.

17. Los heridos y enfermos de la guarnición que de ningún modo puedan viajar ó navegar, serán alimentados y curados por cuenta de la República, y restablecidos disfrutarán las mismas

consideraciones que los sanos en los artículos en que cada uno se halle comprendido en su clase.

17. Concedido.

18. Las banderas de los Cuerpos del *Infante don Carlos de Arequipa* se concederá que las lleve en su equipaje el Gobernador.

18. Concedido.

19. Los prisioneros del ejército á la plaza, y de ésta á aquél, quedarán en libertad después de la ratificación.

19. Concedido.

20. Se entregarán de buena fe las municiones, armas, cañones, morteros, obuses, útiles de la Casa de Moneda, imprenta de Gobierno, archivo, talleres, almacenes, cuerpos de guardia y cuanto existe en San Miguel, arsenal, y baterías exteriores y esta plaza, al tiempo de la capitulación; sin mojar la pólvora, corromper los comestibles y pozos, maltratar las armas, dejar yesca o mecha encendida en los almacenes y hornillos, ni hacer oro fraude, entendiéndose el tiempo de la capitulación, el auto de la ratificación.

20. Aceptado, como conforme á las leyes de la guerra y buena fe entendida en toda capitulación.

21. La República del Perú resumirá en sí los créditos y débitos contraídos por este Gobierno desde que tomó posesión de estas fortalezas en 29 de Febrero de 1824. 21. Negado.

22. Se nombrarán comisionados por una y otra parte á concluír la entrega y recibo con la claridad y honor que los caracteriza.

22. Concedido.

23. El Gobernador llevará sus papeles reservados y protocolos de las presas de su tiempo, para dar de todo cuenta á S. M., y entregará lo demás que no sea correspondiente á este objeto.

23. Concedido.

24. Los pasados del Ejército sitiador á la plaza, serán perdonados, y disfrutarán todas las gracias que corresponden á la División según sus clases.

24. Concedido.

25. El mismo día á las ocho ocuparán los puestos de guardia las fuerzas que se necesiten al relevo correspondiente, y á las diez comenzará la entrega por los cuerpos más modernos, que irán saliendo con sus correspondientes pasaportes conforme en todo á los artículos anteriores: y al intento destinará el General sitiador un cuerpo para que se posesione de la plaza, de

la que entregará las llaves el Teniente del Rey Coronel don Pedro Aznar.

25. Concedido, después de la ratificación y convenidos en la hora de la entrega.

26. Los ornamentos, vasos sagrados y alhajas de la Capilla de la plaza é iglesia de la población, harán su entrega los párrocos de ellas, por sus respectivos inventarios, como igualmente los depositados en la Tesorería por los libros de entrada y salida.

26. Concedido y aceptado.

27. Toda duda que ocurra acerca de la interpretación de los precedentes artículos, se entenderá á favor de la guarnición, quedando de mediador en toda diferencia por parte de la misma guarnición, el señor Comandante de la enunciada fragata de S. M. B. la *Briton*, á quien se le pasará un ejemplar de este extracto inmediatamente que se convengan los comisionados para obtener el consentimiento á que se extiende su línea de neutralidad.

27. Concedido, sin mediación respecto á ser innecesaria.

28. Las formalidades de entrega y modo en que ha de hacerse, será en los términos siguientes:

Relevados los puestos por un cuerpo de tropas que destinará al efecto el señor General del Ejército sitiador, irán saliendo los de la guarnición por el orden de antigüedad que previene el artículo 25, con su Jefe y un Oficial por compañía, que traerá lista nominal de los individuos de ella y estado de armamento y vestuario.

28. Concedido.

29. La hora de la entrega será aquella en que esté listo el transporte que debe recibir los equipajes ó personas que han de embarcarse con arreglo á lo que previene el artículo 4.°

29. Concedido.

30. Los señores Generales, Jefes y Oficiales de la guarnición de la plaza del Callao, no podrán tomar las armas contra los Estados independientes de América durante la presente contienda.

30. Corriente.

31. El presente tratado será ratificado por una y otra parte en el término de tres horas.

31. Concedido.

Dado en el Camino Cubierto, frente á la plaza del Callao, á las doce de la mañana del día 19 de Enero de 1826.

Nota. Habiendo ocurrido que concluídos estos tratados, S.

E. el Concejo de Gobierno hizo algunas observaciones sobre los artículos 6 y 21, los señores Diputados volvieron á reunirse en el mismo sitio el 22 del corriente, en que acordaron y convinieron sobre dichos artículos en el modo y forma que al presente se observan. Y después de haber estado conformes en todo lo estipulado, sancionaron que este nuevo tratado fuese ratificado por una y otra parte en el término de una hora.

Dado en el Camino Cubierto, frente á la plaza del Callao, á la una de la tarde del día 22 de Enero de 1826.

Juan Illingrot—Manuel Larenas—Francisco Duro—Bernardo Villazon—Francisco Gálvez, Secretario—*Manuel José Domínguez*, Secretario.

Ratificada por mí la anterior capitulación á la una y tres cuartos de la tarde. Cuartel general en Bella-vista, á 22 de Enero de 1826.

Bartolomé Salom.

Ratificada por mí la anterior capitulación. Real Felipe del Callao, Enero 22 de 1826 á las dos de la tarde.

José Ramón Rodil.

El Libertador, que regresó del Alto-Perú, hizo su entrada en Lima el 7 de Febrero, en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasta por su libertad, y bien puedo asegurar sin temor de equivocarme, que no se presentará en nuestra América otro acto donde hayan brillado como en éste, mezclados con el contento y la alegría, el lujo, la magnificencia, el esplendor. Sólo el Gobierno gastó en este recibimiento 40,000 pesos, según me aseguraron los señores Ministros Unánue y Pando, fuera de los cuantiosos gastos que hicieron los particulares. Al suntuoso baile de esa noche concurrieron quinientas parejas de lo más selecto del señorío de Lima: fué necesario derribar las paredes interiores del Palacio para formar grandes salas donde se pudiera bailar.

¡Qué noche aquella tan llena de corazón y de esperanzas para la Patria! Ese sin igual concurso de la hermosura, el patriotismo, el valor y los sentimientos fraternales que deben unirnos, fué como el último y más espléndido arrebol de aquel día de sublime fiebre que dejó un mundo libre.

El Libertador regresó del Alto-Perú con el objeto de concurrir á la instalación del Congreso Legislativo, que había sido convocado oportunamente y debía instalarse el 10 de Febrero. Hallándose todos los Diputados en la capital, y siendo muchos de ellos partidarios de la Constitución Boliviana, en cuyo planteamiento se interesaban, resolvieron reunirse en Junta preparatoria

con el objeto de deliberar si tenían poderes suficientes para resolver el asunto, y al fin determinaron someterlo á la decisión de los Colegios electorales.

Allanados todos estos inconvenientes, el Congreso se reunió más tarde y quiso nombrar de Presidente de la República al General Bolívar; mas él, tomando de la mano al General Lamar, les dijo: "Este es el Presidente que debeis elegir." Con esta indicación el General Lamar fué nombrado Presidente; pero antes de tomar posesión, se vino á Guayaquil á ver á su familia y arreglar sus intereses, quedando entretanto el Libertador á la cabeza del Gobierno.

Al informar el Libertador al Congreso de todas las disposiciones que había dictado en virtud de las facultades que se le concedieron, le manifestó: "Que el Perú estaba libre de los enemigos exteriores, y constituído en Estado Soberano é independiente; que una nueva República, hija de las victorias del Ejército Unido, se acababa de levantar al Sur, sobre los escombros de unos pueblos que poco antes gemían bajo la servidumbre, la cual tendía amorosa sus brazos fraternales á los hijos del Perú Bajo; que por tanto estaba cumplida su misión en el Perú, y que se le permitiera regresar á Colombia con sus hermanos de armas, dejándoles la libertad como se lo había ofrecido, y sin tomar un grano de arena de aquel suelo."

El Congreso se manifestó reconocido á sus servicios, y se opuso con encarecimiento á que regresase á su patria antes que estuviesen establecidas y afianzadas sus instituciones en todo aquel país, el más minado por la anarquía, y juguete de la fluctuación de las opiniones: y éste fué el motivo por qué el Libertador y el Ejército permanecieron más tiempo en el Perú; y no como dice el señor Restrepo, t. 3,° pp. 477 y 520.

Apesar de las exigencias del Congreso, Bolívar insistió, como antes de ellas, en venirse con el Ejército, y al efecto ya había mandado formar el nuevo Batallón *Junín*, tomando de todos los cuerpos del ejército la tropa y oficiales necesarios hasta completar 1,400 plazas, y una vez organizado, fué puesto á las órdenes del Coronel Carlos María Ortega, y se le embarcó para Colombia. Poco después el Batallón *Vargas*, que se hallaba en Arequipa, en la 1.ª División que mandaba el General Lara, fué también mandado á Colombia, y sucesivamente el Regimiento de *Húsares de Ayacucho*, á órdenes de Herrán, que se destinó á la guarnición de Guayaquil.

Dos Repúblicas hijas de nuestras victorias se levantaron en el Perú, ocupando un lugar entre las naciones del Nuevo Mundo;

mas no era la independencia la obra más importante. La felicidad de los pueblos depende necesariamente de sus hábitos y costumbres, de sus leyes y de la marcha del Gobierno según que sepa, ó no, acomodarse á sus necesidades y condición.

Las ambiciones personales, celos que más gloriosamente debían haber competido antes, en la lid contra el enemigo común, y no después del triunfo que habían hecho más difícil; y los esfuerzos de los enemigos perdurables del orden público, pretendieron esparcir presunciones injustas en varias fantasías acaloradas y tramaron una conjuración en la capital contra el Libertador. Los Mariáteguis se pusieron á la cabeza de ella, contando con el apoyo de algunos Generales auxiliares, de algunos otros Jefes y varios Oficiales y aun tropas del Perú; pero fueron descubiertos por un oficial colombiano, y el 28 de Julio en la noche redújose á prisión á todos los cabecillas y á unos pocos de los cómplices, entre los que se contaban los Generales Nocoechea y Correa, del ejército de Buenos Aires, y Albarado del de Chile. Sin embargo de haber sido convictos y confesos, no sufrieron otra pena que la de ser deportados los Jefes y cómplices para Chile. Aquella noche el Libertador estaba invitado para una función de teatro. Dijo que iría así que despachara *cierto asunto;* lo investigó todo, arrestó sin escándalo á los conspiradores, y se presentó oportunamente en el teatro como si no hubiese ocurrido novedad ninguna, aunque el plan era nada menos que eliminarlo, por inconveniente para *ellos*, de aquel escenario.

El día 18 de este mismo mes había llegado á Lima la desagradable noticia de la revolución de Valencia en Venezuela, efectuada el 30 de Abril. El Libertador la recibió con profundo sentimiento de dolor, porque entreveía que se iba á destrozar, sin la más mínima responsabilidad por parte suya, la obra de tantos sacrificios; y su primer impulso no fué otro que tratar de calmar la agitación de los partidos en su patria, sin atreverse á decidir sobre la línea de conducta que debía seguirse. En esos momentos fué escrita aquella carta al General Páez, * que muchas veces ha corrido impresa en varios papeles públicos, contestación de otra que nunca ha llegado á publicarse.

Este nuevo motivo de cuidado para el Libertador, apresuró su salida del Perú, y apesar de la afectuosa oposición de todos sus habitantes, y áun del Gobierno, el 3 de Septiembre se embarcó en el Callao para Guayaquil, abandonando aquellas playas que no volvieron á ser holladas por sus plantas durante su vida.

El General Sucre quedó en Bolivia de Presidente de la Re-

* De Lima, 8 de Agosto de 1826.

pública, con la 2.ª División del Ejército de Colombia, mandada por el General Figueredo, por haberse venido el General Córdoba á esta capital á responder de un juicio que se le seguía. ** Los Batallones *Rifles* y *Vencedor* se hallaban en Arequipa al mando del General Arturo Sandes, á quien se previno que viniera con ellos á Lima y se pusiese á las órdenes del General Jacinto Lara que quedó allí de Comandante General de las tropas de Colombia.

Yo abandoné aquel país por este mismo tiempo, y los acontecimientos que ocurrieron después pertenecen á otra pluma.

El mismo Libertador describió brillantemente en sus proclamas la campaña del Perú, por lo cual las inserto á continuación. Allí el lector verá cumplido, en el mes de Diciembre de 1824, el arrogante pronóstico de Marzo de 1823: la obra más grande y más fielmente ejecutada por un mortal.

** Hé aquí, en breves extractos de origen muy respetable, lo que fué el Presidente Sucre :—" Los talentos políticos, civiles y administrativos de Sucre lo hacen aún más admirable que sus triunfos de guerrero. Las bases, las primeras leyes de Bolivia, sabias, liberales y progresivas, son obra propia y exclusiva suya. En el manejo de los intereses fiscales nada puede decirse que no sea inferior á la verdad: era la pureza personificada, tánto, que al separarse de Bolivia tuvo que pedir prestadas unas cuántas onzas para su viaje. Sirvan estas líneas de holocausto en la tumba del más culto y eminente campeón de la libertad americana.—*José Ballivian*."

" Al marchar sobre Olañeta, fué todo su conato economizar sangre americana.... Desde los primeros días de su administración discrecional, confió la elección de todos los empleados á Juntas calificadoras de vecinos. Regularizar la hacienda pública, organizar la justicia, instituír escuelas primarias y colegios en todos los departamentos; garantizar y proteger los derechos y deberes de la compasible raza indígena; pacificar el departamento de Santacruz, defender las fronteras, y reconciliar entre sí á los bolivianos, divididos por crueles rencores, fueron sus más notables actos.—No aceptó el mando supremo, después de mutuas y repetidas interpelaciones, sino con la condición de ser admitida su renuncia por el primer Congreso constitucional. Él hizo amables *libertad, orden y patria*, con el ejemplo de su veneración santa á las leyes, con el respeto á los hombres y á sus derechos. Durante su administración de más de dos años, la hacienda pública duplicó sus rentas, sin mayor gravamen de los bolivianos; arregló el mejor servicio de las catedrales y del culto, y á no ser por el valladar invencible de las preocupaciones, habria hecho que el Fisco asistiese á los Párrocos, suprimiendo los diezmos y aranceles opresivos; no intervino en lo judicial sino para salvar víctimas del cadalso, en uso de sus atribuciones de clemencia, siendo cierto lo que dijo en su último Mensaje: *Ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa.* Habitando sin guardias apostadas en su palacio, y expuesto alguna vez al puñal del asesino, paseando y visitando francamente, con un edecán ó con un amigo, sin el menor aparato del *Poder*, era un republicano, un demócrata por excelencia: modernas virtudes cívicas, entonces desconocidas ó amargamente censuradas por las fuertes impresiones de la educación colonial; sorprendiendo en cualquiera hora del día los colegios, escuelas, hospitales y otros establecimientos públicos para informarse de su estado y servicio: á cada instante ofrecía el Gran Mariscal el tierno y sublime espectáculo de un padre cariñoso y diligente en el seno de su familia. Su sangre pudo corresponder á Colombia; pero su corazón estaba asiduamente consagrado al bien y ventura de los bolivianos.—Su profundo y casi fanático acatamiento á las instituciones, á las garantías públicas y privadas, le retrajo de sofocar oportunamente esa conjuración revolucionaria que estalló en Chuquisaca el 18 de Abril de 1828, y que lo expuso á morir; pero la misión del Vencedor de Ayacucho era el apostolado de la Libertad: ser su paladín, su gran sacerdote y su mártir-

" *José Manuel Losa.*"

PROCLAMAS DEL LIEBRTADOR.

A LOS PATIANOS, PASTUSOS Y ESPAÑOLES.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC.

El Ejército de Colombia va á entrar en vuestro territorio con miras benéficas y con intenciones pacíficas. Su objeto es terminar la guerra: reunir los miembros discordes de la familia colombiana: poner de acuerdo los intereses de todos los hermanos y borrar para siempre el odioso nombre de *enemigos*.

Patianos! El Gobierno de Colombia os ama, porque habéis cambiado vuestros sentimientos de rencor contra vuestros hermanos. Ya os mostráis moderados y amantes de la paz. Así, seréis tratados como amigos cordiales; ninguno será perseguido por ninguna causa ni pretexto: vuestras familias serán respetadas, como también vuestras propiedades.

El Ejército no se servirá de nada sin pagar su precio. No tendréis motivo alguno de quejas; y por el contrario, yo espero que alabaréis la conducta de los que hasta ahora habéis llamado vuestros *enemigos*.

Pastusos! Yo os ofrezco solemnemente las mismas seguridades, las mismas garantías que á los patianos: seréis respetados con vuestras propiedades. Ninguna ofensa recibiréis de nosotros: os trataremos como amigos, os veremos como hermanos, y Colombia será para vosotros tierna madre. Ningún pastuso debe temer, ni remotamente, castigo ni venganza.

Españoles! La guerra ha cambiado, y con ella los motivos de odio. Vosotros pertenecéis á una nación libre, y por tanto, no sois nuestros enemigos. La mayor parte de la nación española ha mostrado su inclinación hacia nosotros, y pronto la paz curará nuestras mortales heridas. La guerra que continuáis, españoles, es una guerra desesperada, sin motivo, sin objeto. La España está dividida en partidos, y su gobierno sin fundamento ni opinión. Nada debéis, pues, esperar de ella. El nuevo mundo entero está libre, y tanto la Europa como la América del Norte están prontas á reconocer nuestros gobiernos. ¿Qué esperáis sino nuevos torrentes de sangre y dar nuevas causas de encono á los hijos de la América? Sed al fin justos. Si queréis volver á vuestra patria, el Gobierno de Colombia os enviará á ella con vuestras familias y bienes; y si queréis ser colombianos, seréis colombianos, porque nosotros deseamos hermanos que aumenten nuestra familia. El que quiera abrazar la causa de Colombia, puede contar con su destino y empleo.

Españoles! Si os conducís como debéis, seréis tratados con una generosidad sin límites; pero si sois obstinados, temed el rigor de las leyes de la guerra.

Cuartel general libertador en Popayán, á 12 de Febrero de 1822, 12.º

SIMÓN BOLÍVAR.

A LAS TROPAS DEL REY DE ESPAÑA Y PASTUSOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC.

Una transacción honrosa acaba de estancar la sangre que se vertía de vuestras venas. Ya no se oirá más en Colombia el estruendo de la guerra. Vuestro valor y constancia os han hecho acreedores á la consideración del Ejército libertador y pueblo colombiano : en recompensa os ofrecemos nuestra amistad.

Españoles! La regeneración de vuestra patria os promete el término final de esta guerra, que habéis sostenido por llenar vuestros deberes, con un esfuerzo digno de admiración.

Pastusos! Vosotros sois colombianos, y por consiguiente sois mis hermanos. Para beneficiaros, no seré sólo vuestro hermano sino también vuestro padre. Yo os prometo curar vuestras antiguas heridas; aliviar vuestros males; dejaros en el reposo de vuestras casas; no emplearos en esta guerra; no gravaros con exacciones extraordinarias ni cargas pesadas. Seréis, en fin, los favorecidos del Gobierno de Colombia.

Emigrados en Pasto! Regresad al seno de vuestras familias á consolarlas de la viudez y de la orfandad. Ya vosotros estáis al abrigo de toda persecución, porque sois colombianos.

Soldados españoles! La capitulación que ha terminado vuestros padecimientos, os ofrece dos patrias, Colombia y España. Escoged: si queréis un suelo libre, tranquilo y pródigo, sed colombianos; pero si queréis dejar vuestras cenizas en el sepulcro de vuestros padres, la España es libre y debe ser dichosa.

Cuartel general libertador en Berruecos, á 6 de Junio de 1822, 12.° de la Independencia.

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS COLOMBIANOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC.

Colombianos! Ya toda vuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el Ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión dé Colombia. Una sola plaza resiste, pero caerá.

Colombianos del Sur! La sangre de vuestros hermanos os ha redimido de los horrores de la guerra! Ella os ha abierto la entrada al goce de los más sagrados derechos de libertad y de igualdad. Las leyes colombanas consagran la alianza de las prerrogativas sociales con los fueros de la naturaleza. La Constitución de Colombia es el modelo de un Gobierno representativo, republicano y fuerte. No esperéis encontrar otro mejor en las instituciones políticas del mundo sino cuando él mismo alcance su perfección. Regocijaos de pertenecer á una gran familia que ya reposa á la sombra de bosques de

laureles, y que nada puede desear, sino ver acelerar la marcha del tiempo, para que desarrolle los principios eternos del bien que encierran nuestras santas leyes.

Colombianos! Participad del océano de gozo que inunda mi corazon, y elevad en los vuéstros, altares al Ejército libertador, que os ha dado gloria, paz y libertad.

Cuartel general en Pasto, á 8 de Junio de 1822, 12°.

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS HABITANTES DE PASTO.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE DE COLOMBIA, ETC., ETC.

HABITANTES DE PASTO! Una capitulación honrosa os ha sometido al Gobierno de la República de Colombia, y sois colombianos. Nuestras leyes benéficas son el garante de vuestra libertad, seguridad y prosperidad. Vosotros sois ciudadanos de Colombia. La guerra con sus desastres ha desaparecido para siempre. El Gobierno Real ya no existe. Tenemos un Gobierno propio, obra de nuestra elección, y la expresión de nuestras voluntades.

Mientras se establece el sistema constitucional de la República de Colombia en esta capital y su jurisdicción, decreto lo siguiente:

1.° La autoridad civil y militar de esta ciudad y su jurisdicción, queda cometida al Sr. Coronel de milicias Ramón Zambrano, que la ejercerá con arreglo á las leyes españolas, como hasta aquí, excepto en los casos que aquéllas se opongan á los principios fundamentales de la Constitución de Colombia.

2.° La Municipalidad queda instalada con los mismos miembros que antes componían el Ayuntamiento de esta ciudad, hasta nuevas elecciones: esta Municipalidad gozará de las atribuciones que detalla la Constitución de Colombia.

3.° Todos los empleados civiles y militares, y de hacienda, excepto los que reciban su pasaporte, ejercerán las mismas funciones y autoridad que en el Gobierno español, hasta que se establezca y organice el régimen constitucional de Colombia.

4.° La moneda que circulará en este país será toda moneda de cordoncillo colombiana y española, y la antigua macuquina española, por sus respectivos valores.

Cuartel general libertador en Pasto, á 10 de Junio de 1822, 12.°

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS GUAYAQUILEÑOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE DE COLOMBIA, ETC., ETC.

Guayaquileños! Terminada la guerra de Colombia, ha sido mi primer deseo completar la obra del Congreso, poniendo las provincias del Sur bajo el escudo de la libertad y de las leyes de Colombia. El

Ejército libertador no ha dejado á su espalda un pueblo que no se halle bajo la custodia de la Constitución y de las armas de la República. Sólo vosotros os veiais reducidos á la situación más falsa, más ambigua, más absurda, para la política como para la guerra. Vuestra posición era un fenómeno, que estaba amenazando la anarquía; pero yo he venido, guayaquileños, á traeros el arca de salvación. Colombia os ofrece por mi boca justicia y orden, paz y gloria.

Guayaquileños! Vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas yo quiero consultaros para que no se diga que hay un colombiano que no ame su patria y leyes.

Cuartel general libertador en Guayaquil, á 13 de Julio de 1822, 12.

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS PERUANOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE DE COLOMBIA, ETC. ETC.

Peruanos! Los desastres del Ejército y el conflicto de los partidos parricidas, han reducido el Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un Dictador para salvarse. El Congreso constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición á Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber visto jamás el Perú, y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de *Dictador*. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.

Peruanos: vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado á Colombia, á sus bravos y á mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Yo os declaro, á nombre de Colombia y por el sagrado del Ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos á la victoria; que al acto de partir el Ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.

Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la *Dictadura*; y de allí me volveré á Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú, y dejándoos la libertad.

Cuartel general en Trujillo, á 11 de Marzo de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR.

AL EJERCITO LIBERTADOR. *

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC.

Soldados! Vais á completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar á los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

Soldados! Los enemigos que vais á destruír se jactan de *catorce años de triunfos:* ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? Nó! nó! Vosotros sois invencibles.

Cuartel general libertador en Pasco, á 29 de Julio de 1824, 14.°

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS PERUANOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR, ETC., ETC.

Peruanos! La campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado bajo los auspicios más favorables. El Ejército del General Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen despavoridos, abandonando las más fértiles provincias, mientras el General Olañeta ocupa el Alto-Perú con un Ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad.

Peruanos! Dos grandes enemigos acosan á los españoles del Perú: el Ejército unido y el Ejército del bravo Olañeta, que desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo, y combate con el mayor denuedo á los enemigos de la América y á los propios suyos. El General Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana; y yo los considero eminentemente beneméritos y acreedores á las mayores recompensas. Así el Perú y la América toda, deben reconocer en el General Olañeta á uno de sus libertadores.

Peruanos! Bien pronto visitaremos la cuna del Imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de sus Incas.

Cuartel general libertador en Huancayo, á 13 de Agosto de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS PERUANOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR, ETC., ETC.

Peruanos! El Ejército libertador, á las órdenes del intrépido y

* En la gran parada del Sacramento, el 1.° de Agosto, el Libertador dijo esta proclama al ejército, variando elegantemente el principio, de improviso. Al fin dijo tres veces No. Véase la página 113).

experto General Sucre, ha terminado la guerra del Perú, y aun del Continente Americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el Ejército ha llenado la promesa que á su nombre os hice, de completar en este año la libertad del Perú.

Peruanos! Es tiempo de que os cumpla yo la palabra que os di, de arrojar la palma de la Dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al Cuerpo legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

Peruanos! El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del Norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al Gobierno; el ex-Presidente Riva Agüero, usurpador rebelde y traidor á la vez, combatía á su patria y á sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas; y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus Jefes, entregaron aquella plaza á los enemigos. El Presidente Torre Tagle, llamando á los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía: todo estaba disuelto. En estas circunstancias el Congreso me nombró Dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

La lealtad, la constancia y el valor del Ejército de Colombia lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil; reconocieron al Gobierno legítimo y han prestado inmensos servicios á la Patria, y las tropas que las defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú: esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad: la plaza del Callao está sitiada, y debe rendirse por capitulación.

Peruanos! La paz ha sucedido á la guerra; la unión á la discordia; el orden a la anarquía; y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que á los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo

Peruanos! El día que se reuna vuestro Congreso, será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡ No mandar más !

Cuartel general libertador en Lima, á 25 de Diciembre de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR.

AL EJERCITO VENCEDOR DE AYACUCHO.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC.

Soldados! Habéis dado la libertad á la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores: contemplad, pues, el bien que habéis hecho á la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

Soldados! Recibid la ilimitada gratitud que os tributo á nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volveros á vuestra hermosa Patria. Mas nó..... jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

Soldados peruanos! Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

Cuartel general dictatorial en Lima, á 25 de Diciembre de 1824.

SIMÓN BOLÍVAR.

A LOS LIMEÑOS.

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE, ETC., ETC.

Limeños! Yo me ausento con el mayor dolor de vuestra hermosa capital, para ir á los departamentos del Sur á llenar el dulce deber de mejorar la suerte de vuestros hermanos recientemente incorporados á la República. El gobierno de aquellos pueblos ha sido hasta el día puramente despótico; y el de sus leyes propias aún no está completamente organizado: ellos, pues, hán menester de la inmediata autoridad suprema para el alivio de sus pasados infortunios.

Limeños! Yo voy altamente satisfecho de vosotros por vuestra absoluta consagración á la causa de vuestra Patria. En recompensa os dejo un gobierno compuesto de hombres dignos de mandaros, y un Ejército tan disciplinado como heroico. Nada, pues, debéis ya temer. El reino del crimen ha cesado: leyes justas habéis recibido de vuestros lejisladores, y á hombres próbidos he encargado de su ejecución. Vuestro deber queda limitado á gozar tranquilamente del fruto de la sabiduría del Congreso y de vuestros magistrados. Bien necesitáis de un largo reposo para curar vuestras profundas heridas. Yo os deseo este reposo; pero en el suave movimiento de la libertad.

Cuartel general libertador en Lima, á 10 de Abril de 1825.

SIMÓN BOLÍVAR.

Arranz
TELEFONO 54-70-97
MADRID

F 2235 .L866 1889
Recuerdos historicos de la gue
Stanford University Libraries
3 6105 041 704 631

F
2235
L866
1889

Stanford University Libraries
Stanford, California

Return this book on or before date due.